

Aproximaciones Al Personaje Histórico De Santa Anna En Cuatro Novelas

by

Olga J. Sigüenza-Ponce

A Dissertation Presented in Partial Fulfillment
of the Requirements for the Degree
Doctor of Philosophy

Approved November 2011 by the
Graduate Supervisory Committee:

Emil Volek, Chair
Alberto Acereda
Manuel Hernandez-G

ARIZONA STATE UNIVERSITY

December 2011

ABSTRACT

Antonio López de Santa Anna (1794-1876) is considered as one of the biggest villains of Mexican history. This frequent president in the first decades of Independence of México is the main character portrayed in the novels analyzed in this dissertation: Su alteza serenísima (1895-1896) by Ireneo Paz, Santa Anna, el dictador resplandeciente (1936) by Rafael F. Muñoz, El seductor de la patria (1999) by Enrique Serna, and México mutilado (2006) by Francisco Martín Moreno. Many Mexican novelists have tackled iconic personalities from Mexican history. However, based upon the historical context that occurred within their lifetime, each author takes a different approach to the story and characters they portray. In the novel Su alteza serenísima, Santa Anna is presented with identical characteristics as in the official history. That was written for other liberals, like Paz, the author. In El dictador resplandeciente an image almost romantic of the leader is presented through the valorization of his role in history. The narrator shows the contradictions of Santa Anna, who was a hero and villain. Santa Anna is presented from different perspectives in El seductor de la patria. The narrator uses Santa Anna's voice projecting a consciousness of the future's judgment of history upon his actions and the voices of "the others" that live around him. In México mutilado Santa Anna is presented from the same perspective as the official history, although other traitors are added to distribute the fault among various important figures. This dissertation works through the analysis of the discursive mechanisms used in these novels, of the configuration of the message that they wish to convey to the reader, of the level of re-writing official history, of the perspective from which each author is reviewing the history, of the recount of what historical aspects and voices were chosen for inclusion in each novel, and

through the evaluation of how the authors recover the figure of Santa Anna. This study follows an eclectic model of cultural commentary, taking up critical concepts from Latin American literary scholars such as Perkowska, Pons, Jitrik, Aínsa, among others.

ABSTRACTO

Antonio López de Santa Anna (1794-1876) es considerado como uno de los villanos más grandes de la Historia mexicana. Este personaje, varias veces presidente en las primeras décadas del México independiente, es el protagonista de las novelas analizadas en esta disertación: Su alteza serenísima (1895-1896) de Ireneo Paz, Santa Anna, el dictador resplandeciente (1936) de Rafael F. Muñoz, El seductor de la patria (1999) de Enrique Serna, y México mutilado (2006) de Francisco Martín Moreno. Muchos novelistas mexicanos han trabajado a figuras icónicas de la Historia mexicana. Sin embargo, de acuerdo al contexto histórico en que su vida ha transcurrido, cada autor tiene una aproximación diferente a la historia y a los personajes que presenta. En la novela Su alteza serenísima, Santa Anna es presentado con las mismas características que en la Historia oficial, que fue escrita por otros liberales, como Paz, el autor. En El dictador resplandeciente una imagen casi romántica del líder es presentada a través de la revalorización de su papel en la Historia. El narrador muestra las contradicciones de Santa Anna, quien fue héroe y villano. Santa Anna es presentado desde diferentes perspectivas en El seductor de la patria. El narrador utiliza la voz de Santa Anna, consciente del juicio de la Historia sobre sus acciones y las voces de los “otros” que viven a su alrededor. En México mutilado Santa Anna es presentado desde la misma perspectiva que tiene la Historia oficial, aunque otros traidores son agregados para distribuir la culpa entre varias figuras importantes. Esta disertación se realizó mediante el análisis de los mecanismos discursivos usados en estas novelas, de la configuración del mensaje que desean transmitir al lector, del nivel de re-escritura de la Historia oficial, de la perspectiva desde la que cada autor revisa la Historia, del recuento

de qué aspectos históricos y voces se incluyen y cuáles no en cada novela, y a través de la evaluación de cómo los autores recuperan la figura de Santa Anna. Este estudio sigue un modelo ecléctico de estudios culturales, usando conceptos de críticos literarios latinoamericanos como Perkowska, Pons, Jitrik, y Aínsa, entre otros.

A Josefina, por todo el amor y apoyo incondicional.

A Justin, por ser el amor y compañero de mi vida.

A David y Mariana, por ser el mayor orgullo y el mejor motivo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a ASU por la enorme oportunidad de realizar mis estudios e integrarme a la experiencia laboral al mismo tiempo.

Gracias al profesor Emil Volek, por todo su apoyo y guía en el proceso de mi estancia en esta institución y del conocimiento literario.

Gracias a los profesores que compartieron sus conocimientos sobre la literatura, la vida académica y profesional conmigo; especialmente al profesor Manuel Hernández Gutiérrez y al profesor Alberto Acereda por el tiempo dedicado a la revisión de este trabajo y por su valiosa colaboración al mismo.

ÍNDICE

| | Pag. |
|--|------|
| INTRODUCCIÓN..... | viii |
| CAPÍTULO | |
| 1 LA NOVELA HISTÓRICA | 1 |
| Lukács y la teoría de la novela histórica..... | 1 |
| El debate contemporáneo: la muerte de la Historia y la novela histórica | 4 |
| El rol de los hechos y personajes..... | 6 |
| Diferentes tipos de novelas históricas | 8 |
| Los intentos latinoamericanos de definición y Fernando Aínsa | 12 |
| Perkowska: la novela histórica vs la Historia oficial..... | 18 |
| Evolución de la novela histórica en México..... | 19 |
| Periodo histórico y obras representativas | 23 |
| El presente estado de la novela histórica en México: popularidad y causas | 34 |
| 2 CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA DE SANTA ANNA | 36 |
| Biografía de Santa Anna | 36 |
| Perspectivas sobre Santa Anna en su época..... | 46 |
| Perspectivas contemporáneas sobre Santa Anna | 66 |
| 3 <u>SU ALTEZA SERENÍSIMA</u> DE IRENEO PAZ..... | 82 |
| Contexto histórico del autor..... | 82 |
| Conexiones entre el pasado de la obra y el presente del autor | 89 |
| Características de la obra..... | 91 |
| Elementos de una novela romántica | 96 |

| CAPÍTULO | Pag. |
|---|------|
| Presentación de Santa Anna..... | 100 |
| 4 <u>SANTA ANNA, EL DICTADOR RESPLANDECIENTE DE RAFAEL F. MUÑOZ</u> | 118 |
| Contexto histórico del autor..... | 118 |
| Características de la obra..... | 123 |
| Otros personajes históricos..... | 130 |
| Presentación de Santa Anna..... | 137 |
| Conexiones entre el pasado de la obra y el presente del autor | 167 |
| 5 <u>EL SEDUCTOR DE LA PATRIA DE ENRIQUE SERNA</u> | 171 |
| Contexto histórico del autor..... | 171 |
| Características de la novela | 178 |
| Las otras voces de la Historia | 185 |
| Giménez: filtro del discurso | 189 |
| Otros personajes históricos..... | 191 |
| Perspectivas sobre Santa Anna | 195 |
| Defectos y virtudes de Santa Anna | 202 |
| Descripciones físicas de Santa Anna | 211 |
| Las mujeres alrededor de Santa Anna | 217 |
| La Historia y los historiadores | 225 |
| Corresponsabilidad de la sociedad | 227 |
| Nueva novela histórica | 233 |
| Conexiones entre el pasado de la novela y el presente del autor | 239 |

| CAPÍTULO | Pag. |
|--|------|
| 6 <u>MÉXICO MUTILADO</u> DE FRANCISCO MARTÍN MORENO..... | 243 |
| Contexto histórico del autor..... | 243 |
| Características de la obra..... | 250 |
| Características de <u>México mutilado</u> como novela histórica..... | 255 |
| Presentación de Santa Anna..... | 260 |
| Paralelismos entre Santa Anna y Polk | 280 |
| Otros traidores..... | 285 |
| México y EE.UU. | 291 |
| Conexiones entre el pasado de la novela y el presente del autor | 297 |
| 7 CONCLUSIONES..... | 301 |
| BIBLIOGRAFÍA | 310 |

INTRODUCCIÓN

La Historia de México se ha forjado en una larga lucha partidista, por lo que ha tendido a los extremos, a una historia de blanco y negro, sin claroscuros. Por un lado la Historia oficial, escrita por los liberales, que glorifica la etapa prehispánica, rechaza el pasado colonial y crea la imagen de México a base de una serie de héroes: Hidalgo, Morelos, Guerrero, Juárez, Madero y los otros revolucionarios. Por el otro, la Historia conservadora, que privilegia la etapa virreinal, negando lo que considera ajeno, la época prehispánica. Como si fuera de otra nacionalidad, rechaza a los insurgentes para venerar a Iturbide y elige a Miramón y a Maximiliano como símbolos tradicionalistas.

A partir de los años cuarenta se inició un proceso de profesionalización de la Historia que poco a poco ha pulido los puntos más álgidos; se han humanizado los héroes que antes eran figuras de bronce intocables y se han revalorado tanto los antecedentes prehispánicos como los hispánicos. Aunque como Josefina Zoraida Vázquez hace notar:

Hay una etapa que ha resistido la revisión, que rechazan tanto tirios como troyanos. A ese periodo, que más o menos comprende de 1823 a 1855 Alamán pensó que “pudiera llamarse con propiedad la historia de las revoluciones de Santa Anna”, etapa de cambio, de pérdidas, de búsqueda de la forma que debía adoptar el Estado, con sus pronunciamientos y acusaciones de traición es difícilmente atrayente para los que buscan glorias y justificaciones, de manera que la han dejado de lado. (Vázquez 11)

Los pocos intentos de estudio de esta época resultan en una condena general; para los liberales y positivistas fue sólo una etapa de caos, que les sirve para subrayar los logros de la Reforma y del gobierno de Juárez y Porfirio Díaz, reconocidos como los forjadores de los cambios estabilizadores del país. Mientras que los conservadores, ven en esos años los males y problemas que justificaron el experimento monarquista. Antonio López de Santa Anna sirvió como un comodín a ambas posturas, se le recuerda sólo por el mal que hizo, porque nadie le reconoce aciertos; resultó el culpable de la pérdida de Texas y del fracaso en la guerra de 1847: “se le hizo tan indispensable como lo era para sus contemporáneos en apuros, tanto que si no lo tuviéramos, lo hubiéramos inventado”. (Vázquez 12) Así fue cómo Santa Anna se convirtió en uno de los villanos más grandes de la Historia mexicana y al extender su sombra como dictador y traidor se olvida el papel que jugaron otras figuras históricas de la época.

La ficción histórica ha estado presente en la literatura mexicana desde el siglo XIX, con momentos de mayor o menor producción. Sin embargo, los últimos treinta años han sido los de mayor auge de esta corriente, tal vez porque México se encuentra en un punto decisivo de su Historia, en donde resulta muy importante la revisión del pasado para entender sus efectos en el presente del país; de ahí que también sea relevante el análisis de las obras producidas por esta corriente.

Las lecturas posibles de la Historia de México dependen de las fuentes informativas que se utilicen, los métodos de investigación historiográfica aplicados, pero sobre todo de la perspectiva desde la que se cuente, a partir de dónde se revise el pasado; lo que deviene en el problema en que se enfocará

esta investigación: ¿Cuál es la perspectiva desde la que se revisa el pasado histórico? ¿Cuáles son los aspectos que se rescatan y cuáles se ocultan? ¿A qué voces se le dan cabida en la presentación de la Historia? ¿Cómo se revalora al personaje mítico?

El interés por Antonio López de Santa Anna, el héroe-traidor que en la Historia oficial es sólo una figura de bronce, ha sido evidente en la literatura mexicana; donde los escritores han tratado de presentar y explicar la figura ambigua del caudillo en muchas ocasiones. En esta disertación se realizará el análisis de cuatro de estos intentos, las novelas: Su alteza serenísima (1895-1896) de Ireneo Paz, Santa Anna, el dictador resplandeciente (1936) de Rafael F. Muñoz, El seductor de la patria (1999) de Enrique Serna y México mutilado (2004) de Francisco Martín Moreno. Estas obras han sido seleccionadas por el amplio rango temporal y estilístico que presentan, lo cual ayudará a hacer más claras las diferentes perspectivas desde las que se revisa la Historia y por lo tanto la forma en que se revalora a los personajes míticos, específicamente a Santa Anna.

En el primer capítulo “La novela histórica” se realizará un recorrido por los conceptos de novela histórica más importantes, desde Lukács, quien privilegiaba el modelo de la novela histórica de Scott sobre el de Vigny. Pasando por algunos de los conceptos establecidos en el área por la corriente del Posmodernismo (McHale, Hutcheon); hasta llegar a los conceptos de la Nueva Novela Histórica, que provienen de críticos literarios latinoamericanos como: Alexis Márquez Rodríguez, Juan José Barrientos, Fernando Aínsa, Noé Jitrik, Ma. Cristina Pons, Seymour Menton Y Magdalena Perkowska. En este capítulo también se hará un recuento de la evolución del género de la novela histórica en

México, comenzando con su aparición a principios del siglo XIX con Xicoténcatl (1826), hasta la explosión del género a finales del siglo XX e inicios del XXI, cuando las nuevas novelas históricas contribuyen al rescate de la identidad mexicana, al mismo tiempo que dan voz a la Historia que ha sido silenciada, usurpada o falseada, y también dan dimensión humana a los personajes históricos que hasta entonces habían sido figuras de bronce.

En el segundo capítulo “Contextualización histórica de Santa Anna” se presentará una breve biografía de Antonio López de Santa Anna de 1794, año de su nacimiento a 1876 cuando muere en la ciudad de México; siguiendo los acontecimientos importantes de su vida privada y política. Para hacer más completa la perspectiva histórica sobre Santa Anna, también se mostrarán diversas opiniones de personajes contemporáneos al caudillo como de Madame Calderón de la Barca, Carlos Ma. De Bustamante, los autores de Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos, José Má. Roa Bárcena, Guillermo Prieto, Justo Sierra y el propio Santa Anna al revisar su autobiografía Mi historia militar y política. Luego, para tener una visión desde el siglo XX sobre el personaje, se revisarán los trabajos de historiadores mexicanos como: José Fuentes Mares, Enrique Krauze, Josefina Zoraida Vázquez, Enrique González Pedrero y Ma. Del Carmen Vázquez Mantecón. Con la exploración de las obras de estos autores se logrará presentar una imagen mucho más rica del personaje histórico, ya que se revisarán diversas perspectivas del mismo.

En los siguientes cuatro capítulos se presentará el análisis de “Santa Anna” como personaje en las novelas seleccionadas para el corpus de la investigación, siguiendo el orden de la fecha de su publicación. Al inicio del

estudio de cada obra se realizará un breve recuento de los principales elementos del contexto social, político y cultural del momento en que las novelas fueron producidas. Para el análisis de las obras se partirá de un marco teórico ecléctico, que abarca desde elementos de la estructura narrativa como el tipo de narrador o las figuras literarias utilizadas; hasta conceptos de la nueva novela histórica como la carnavalización y degradación de los personajes históricos o la valoración de si se cuenta la Historia desde arriba, usando a los personajes históricos como protagonistas o se cuenta desde abajo, usando a la gente común como protagonistas. También se usarán clasificaciones como la de Noé Jitrik, quien divide a las novelas históricas en: catárticas, arqueológicas o funcionales, según las intenciones con las que se escriben y las condiciones del presente desde el cual se producen. Por supuesto, el estudio se enfocará de forma mucho más detallada al análisis de la presentación del personaje histórico, Santa Anna, en cada novela; revisando qué elementos se recuperaron y cuáles se dejaron fuera de la narración.

El tercer capítulo contiene a la primera obra revisada Su Alteza Serenísima de Ireneo Paz publicada entre 1895 y 1896; cuando México se encuentra en la segunda etapa del porfiriato. La perspectiva del autor es claramente posicionada desde el positivismo y Santa Anna es presentado como traidor y dictador insensible.

El cuarto capítulo presenta el análisis de Santa Anna, el dictador resplandeciente de Rafael F. Muñoz, la obra fue publicada en 1936 cuando México iniciaba un proceso de estabilización política y social después del proceso de la Revolución Mexicana. El narrador de esta obra ya no está tan

seguro de la traición de Santa Anna, hay cierta disculpa del dictador y una revaloración de la figura del caudillo.

El quinto capítulo contiene el estudio de la obra de Enrique Serna El seductor de la patria (1999), publicada cuando México se encuentra en un periodo histórico llamado “movilización ciudadana y cambio político”. Esta novela definitivamente pertenece a la corriente de la nueva novela histórica y presenta algunas de las características más importantes de la misma como: la multiplicidad de puntos de vista, la superposición de tiempos diferentes, el uso de voces de los subalternos, pero sobre todo la degradación carnavalesca del personaje histórico de Santa Anna, quien es mostrado como un hombre de carne y hueso, con todas las complicaciones que esto conlleva; y no como la figura de bronce de los museos.

El sexto capítulo presenta la última obra estudiada México mutilado de Francisco Martín Moreno, publicada en el 2004, que coincide con el periodo más reciente de la Historia de México, al igual que la obra de Serna. La novela histórica de Moreno ha sido un fenómeno de ventas en México, un “bestseller”; lo que muestra el grado de interés que el público general y las editoriales tienen sobre la Historia de México. Sin embargo, la novela se queda corta tanto en la revisión histórica de la época como en la presentación de un esquema novedoso del género.

Al final se presentan las conclusiones del estudio sobre la recuperación del personaje de Santa Anna en las cuatro novelas históricas.

CAPÍTULO 1

LA NOVELA HISTÓRICA

Se puede considerar que la definición de novela histórica es una construcción posterior al surgimiento de las novelas a las que en un momento dado, y por sus características similares, se las reúne bajo el título de “novelas históricas”. Es importante hacer notar que hasta el surgimiento de la nueva novela histórica (fines del siglo XX) la definición de novela histórica que se manejaba correspondía a las categorías de una novela histórica tradicional, es decir, de corte romántico o realista.

Lukács y la teoría de la novela histórica

Uno de los estudios clásicos sobre la novela histórica es el de Georg Lukács, en el que el crítico considera que la novela histórica no es sólo un recuento de hechos históricos, sino una obra que permite reexperimentar las tendencias sociales y las fuerzas históricas envueltas en dichos eventos históricos (Lukács 34-42). Como Lukács hace notar, lo que hace a una novela histórica no es sólo el tema sino la forma en que se presentan los personajes y sus acciones, es decir la particularidad histórica de la época retratada.

Según él, es a partir de la experiencia colectiva de las guerras napoleónicas (1799-1815), que los individuos entienden su existencia como algo que está condicionado por la *Historia*¹, esto conlleva al despertar de la sensibilidad nacional:

¹ El empleo, en este trabajo, del término *Historia* (con mayúsculas) no remite a una noción de historia como un concepto universal y unívoco. Sólo se trata de establecer una diferencia entre el concepto de *Historia* (en términos históricos) como referente de la

The appeal to national independence and national character is necessarily connected with a re-awakening of national history, with memories of the past, of the past greatness, of the moments of national dishonor, whether this results in a progressive or reactionary ideology. (Lukács 25)

Es a partir de un nacionalismo naciente, del re-despertar de la Historia nacional y de la importancia que ella adquiere para ciertas generaciones, que surge la novela histórica, como la posibilidad de dar a conocer los momentos clave de la Historia de una nación. Al mismo tiempo, ayuda al afianzamiento de la conciencia nacional; es decir, que la novela histórica se desarrolla “mano a mano” con la conciencia nacional, de la cual surge y ayuda a crear al mismo tiempo.

Los autores de las novelas históricas intentan presentar la realidad histórica tal y como fue para que pueda ser más auténtica desde la perspectiva humana pero también ser revivida por los lectores posteriores. Lo importante de la novela histórica no es el contar grandes eventos históricos, sino el “revivir” a través del arte de narrar a la gente que participó en esos eventos; se trata de entender y “revivir” los motivos sociales y humanos que llevaron a esos hombres y mujeres a pensar, sentir y actuar como lo hicieron en su realidad histórica.

Lukács basa su estudio crítico en la obra de Walter Scott (1771-1823), quien a comienzos del siglo XIX, con novelas como Ivanhoe (1819), fijó un modelo de la novela histórica en el cual hay, en primer plano, personajes y

novela histórica, y la noción de historia (en términos narratológicos) respecto al componente del binomio historia/intriga. El término “Historia” (con mayúsculas) se usará para referirse tanto al concepto del acontecer histórico pasado, como al discurso que es producto de la actividad historiográfica. Con el término “historia” (con minúscula) se hará referencia al aspecto de la narrativa de ficción que remite al acontecer narrado.

sucesos inventados por el autor y colocados sobre un fondo de carácter histórico. Los sucesos y personajes que de verdad existieron aparecen en un segundo plano y forman el contexto dentro del cual se desarrollan los hechos ficticios. En su estudio de la novela histórica scottiana, Lukács defiende ese modelo y afirma que la mejor manera de presentar los eventos del pasado, para su reexperimentación, es a través del destino y la vida de un héroe mediocre y pasivo que funcione más como catalizador que como agente de cambio; de ahí el novelista debe mostrar a la sociedad en su conjunto, desde sus bases, a través de ciertos personajes ficticios como protagonistas y usando a los personajes históricos sólo en roles menores.

El problema con la definición de Lukács es su carácter normativo que limita a la novela histórica sólo al modelo clásico desarrollado por Walter Scott; además, ese modelo fue desde muy temprano revisado e, incluso, puesto en entredicho. El primer autor que rechazó abiertamente el modelo scottiano fue Alfred de Vigny (1797-1863) quien, en 1826, publica su novela Cinq-Mars, donde los sucesos y personajes histórico-reales están en primer plano, como anécdota central del relato, y lo ficticio se encuentra en un segundo plano. Vigny narra con gran veracidad los hechos históricos de la conspiración encabezada por el joven Marqués de Cinq-Mars contra el rey Luis XIII y sólo recurre a ciertos recursos ficticios, en particular la cronología de algunos sucesos, pero su propósito de poner en primer plano los hechos y personajes reales es intencional, e incluso, lo menciona en el prólogo de su obra (Márquez Rodríguez 34). A pesar de este

temprano desafío, el modelo de Scott y su concepto de la novela histórica prevalecieron por largo tiempo tanto en Europa como en América².

El debate contemporáneo: la muerte de la Historia y la novela histórica

La dificultad para determinar qué es lo que se entiende actualmente por novela histórica, a principios del siglo XXI, surge principalmente de la naturaleza híbrida del género y del lugar preponderante que la Historia ocupa en él. La concepción de Historia, que lo determina al ser el elemento esencial del género, ya no es desde finales del siglo XX una concepción estable y mucho menos unívoca. Tampoco queda claro en qué medida y de qué manera deba darse la presencia de la Historia en la ficción para que el producto sea considerado como una novela histórica, lejos ha quedado la “caja exacta” del modelo scottiano.

Durante las últimas décadas del siglo XX se inicia un profundo debate sobre la validez de las narrativas del siglo XIX, y se da una consiguiente ruptura de paradigmas y modelos que afectan a los grandes discursos desde la gran narrativa del pensamiento liberal y del marxismo hasta el *gran* discurso de la Historia. Fue en la década de los ochenta cuando se anunció la muerte o el fin de la Historia: este diagnóstico surgió en las sociedades de Europa y América del Norte, sociedades satisfechas y, en parte, desideologizadas e inmersas en el proceso de la posmodernidad; los autores, como Jameson en 1984, hablaban de la parálisis o debilitamiento de la historicidad y dudaban que el hombre posmoderno, imbuido en la homogeneidad del presente, fuera capaz de experimentar la Historia como vivencia personal (Perkowska 19). Este debate

² Véanse por ejemplo las novelas de autores como José Mármol (1817-1871), Soledad Acosta de Samper (1833-1913), Eligio Ancona (1835-1893) y Manuel Payno (1810-1894).

sobre los grandes discursos y las consiguientes rupturas que trae consigo tienen lugar en Europa, pero se proyecta con fuerza en Latinoamérica, introduciendo lo que se ha llamado “la condición posmoderna”; se entiende ésta como una nueva sensibilidad estética, una nueva corriente de pensamiento y un nuevo estado de ánimo que correspondería a una nueva realidad social: el agotamiento o crisis de la modernidad inconclusa. Es dentro de esta nueva corriente de pensamiento que la Historia ya no es el discurso absoluto que se le consideraba antes y a la cual los autores comienzan a cuestionar constantemente.

La Historia, que se incorpora en la ficción de la novela histórica, ya no es una Historia hegemónica y absoluta, sino una Historia redefinida que ha abierto sus horizontes a otros campos (la microhistoria, la historia social, la historia de las mentalidades). Ese proceso de incorporación se da cuando las barreras que separaban a la Historia de la Literatura, como disciplinas, han cedido a una lectura estilística mucho más atenta del discurso historiográfico (White, Ricoeur, Veyne) y a un rastreo de las fuentes históricas del discurso ficcional (Aínsa 11). Resulta obvio que la incorporación de la Historia en la ficción es un aspecto definitorio, pero no privativo, de la novela histórica; sin embargo, es importante considerar que la novela histórica es una manera particular de incorporar la Historia en la ficción y que la Historia que se incorpora también constituye un punto de debate al pretender una definición del género.

Los problemas más discutidos con relación a la Historia que se incorpora en la novela histórica son, por un lado, qué se entiende por pasado histórico y por otro, qué tan distante tiene que ser el pasado para ser considerado histórico. En cuanto al primer problema, qué se entiende por pasado histórico, es importante aclarar que el carácter histórico de una figura o de un evento histórico

no sólo radica en que su existencia o acontecer afecte las relaciones y el posterior desarrollo de los acontecimientos sociales, políticos, económicos o culturales de un grupo social, sino también en el hecho de que tales acontecimientos (y las figuras históricas vinculadas a ellos) son “discursivizados”, es decir, documentados e incorporados a la historiografía y, así, pasan a formar parte del conocimiento colectivo. Tampoco es de olvidar que la trascendencia histórica de un evento o figura puede ser el resultado de la misma actividad historiográfica que los historiza y les confiere mayor o menor trascendencia.

El rol de los hechos y personajes

El pasado al que remite la novela histórica puede enfocarse en las consecuencias o en la manera en que los hechos y personajes han influido en el posterior desarrollo de un grupo social; o bien, puede enfocarse en la trascendencia de los mismos eventos o personajes históricos. Es decir, hay dos maneras ficticias de referir el pasado: 1) la que destaca las grandes tensiones y tendencias sociales y políticas de un periodo determinado, por ejemplo la novela de Scott, y 2) la que privilegia la reconstrucción de los eventos históricos mismos o el papel que desempeñaron en tales eventos determinadas figuras históricas, por ejemplo El general en su laberinto (1989) de García Márquez. El pasado histórico puede representarse desde el punto de vista de los agentes que producen el cambio o de los que sufren las consecuencias. En el primer caso, “la historia desde arriba”, el pasado representado se centra en aquello que tuvo una repercusión directa en el acontecer y futuro desarrollo del devenir histórico: los grandes episodios y las grandes figuras de la Historia. La tendencia, en este

caso, será a que los personajes históricos ocupen un mayor lugar protagónico, lo cual no quiere decir que no haya personajes ficticios también en un lugar protagónico. En el segundo caso, se trataría de lo que se ha denominado “la historia desde abajo”, la historia de la gente común, contada desde su punto de vista, es decir, por los que no han dejado huella en la Historia documentada. En este caso, las novelas históricas tenderán fundamentalmente a presentar como personajes centrales a personajes ficticios en calidad representativa, es decir, en el sentido de portavoces de una determinada clase social o una posición política, ideológica, cultural y religiosa (Pons 57-58).

En cuanto al segundo problema, qué tan distante tiene que ser el pasado para ser considerado histórico, Lukács considera que la novela histórica debe presentar la noción de Historia en cuanto a un proceso de cambio y como una precondition directa del presente, dejando así fuera, como degeneraciones del género, aquellas novelas que refieren un pasado distante. En cambio, para otros críticos la Historia que la novela histórica incorpora en la ficción debe ser definida como un “pasado distante del presente”; algunos han llegado a sugerir determinadas distancias para que el pasado ficcionalizado en la novela histórica sea considerado como histórico. Avrom Fleishman, por ejemplo, señala en 1971, como otros, que en la novela histórica deben transcurrir dos generaciones entre los eventos históricos a ser narrados y el presente del autor; esa posición es secundada por Seymour Menton quien considera que se debe “reservar la categoría de novela histórica para aquellas novelas cuya acción se ubica total o por lo menos predominantemente en el pasado, es decir, un pasado no experimentado directamente por el autor” (32). Desde una perspectiva casi

opuesta Alexis Márquez Rodríguez anota en su artículo “Raíces de la novela histórica” (1991):

Lo que le da un carácter *histórico* a una novela es la presencia de personajes y episodios históricos, tratados de un modo tal que sufran un proceso de ficcionamiento. Y no que relate hechos de un tiempo que ya era pasado para el autor. El que determinados sucesos y pasajes sean *históricos* no puede depender de que quien los narra haya sido actuante o testigo de ellos, o de que, contrariamente, correspondan a tiempos más o menos remotos con respecto a él. Lo que hace *históricos* a ciertos hechos es que hayan tenido una determinada trascendencia, que hayan influido en el desarrollo posterior de los acontecimientos. (40)

Las novelas históricas que refieren un pasado cercano al autor no necesariamente dejan de ser históricas por una falta de distancia temporal; su visión de la Historia y el propósito que persiguen indudablemente serán distintos a los de otras novelas que recuperen un pasado más distante.

Diferentes tipos de novelas históricas

Por su parte, en Historia e imaginación literaria (1988), Noé Jitrik sugiere diferentes tipos de novelas históricas, con base en la distancia temporal entre el presente del novelista y el pasado al cual se refieren. Primero, la novela histórica catártica responde a la necesidad de solucionar problemas inmediatos de la relación entre el presente y el pasado referido, donde los autores intentan “resolver un diferendo o toman una posición frente a un hecho histórico que es muy inmediato y del cual formaron parte” (69), por ejemplo Los de abajo (1915)

de Mariano Azuela o El águila y la serpiente (1928) de Marín Luis Guzmán. En el otro extremo estaría la novela histórica arqueológica, donde se puede objetivar la toma de posición frente a lo que se está narrando y se las define como “un intento estético de hacerse cargo de un contexto referencial desde los medios de que se dispone en un momento muy diferente” (68-69). Existen dos ejemplos: 1492, vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla (1985) de Homero Aridjis o La gloria de don Ramiro (1908) de Enrique Larreta. Un tipo intermedio de novela histórica, para Jitrik, es la novela histórica funcional en la que no se trata de perseguir un objetivo individual ni una recuperación arqueológica, sino que su finalidad se vincula a “una necesidad global de extender un conocimiento que se supone incompleto o deficiente en el orden intelectual” (70). Los ejemplos que da son Yo el supremo (1974) de Augusto Roa Bastos y el ciclo de Manuel Gálvez sobre la época de Rosas, obras en las que se hace manifiesto un intento de analizar, de resolver o de acercarse a algún punto oscuro o a una laguna de la Historia.

Esta última clasificación de Jitrik pone de relieve que, dependiendo de las intenciones con las que se escribe una novela histórica, y las condiciones del presente desde el cual se escribe, las novelas históricas variarán en la forma y la selección del material histórico que formará parte de la reconstrucción literaria del pasado. Sobre todo, si el material histórico es cercano o distante del autor, eso no es lo que determina si la novela es histórica o no. Lo importante es el tratamiento del material histórico y no la distancia del contexto del autor.

Como ya se había mencionado, el pensamiento posmoderno afecta a la novela histórica de manera particular. No sólo lo hace porque una de las grandes narrativas cuestionadas por el pensamiento posmoderno es la Historia

misma, sino también porque la novela histórica había cumplido a lo largo de su trayectoria una función de afirmación de los valores de la modernidad como se aprecia en las novelas fundacionales del siglo XIX. Esa novela histórica latinoamericana ratificó los valores de la modernidad, como la afirmación de la burguesía y el pensamiento liberal, vía su proyecto de emancipación, el culto a la razón y la certeza de un carácter progresivo en el proceso histórico. Por otro lado, la novela histórica a fines del siglo XX se produce en un contexto donde la posmodernidad presenta un cambio radical del pensamiento y las condiciones de existencia, como fruto de un capitalismo multinacional tardío que niega el proyecto de emancipación propuesto por la modernidad. Dentro de tal concepción los proyectos de la Ilustración burguesa y el marxismo pierden toda legitimidad, y lo mismo ocurre a sus discursos (Pons 23).

Ante la problematización de la re-escritura de la Historia, la construcción de la verdad y el conocimiento que llevan a cabo las novelas históricas latinoamericanas contemporáneas, no resulta extraño que se les llegue a considerar como novelas posmodernas (Menton 64). No se puede negar que muchas de las características propias de las ficciones históricas y consideradas como posmodernas son comparables con aquellas percibidas en la novela histórica latinoamericana.

Linda Hutcheon acuña el término *historiographic metafiction* o metaficción historiográfica, para designar aquella ficción histórica que se enclava dentro del marco teórico y conceptual de la posmodernidad, en particular la concepción de la Historia y la historiografía. Aquellos rasgos que Hutcheon considera como propios de esa metaficción historiográfica en su relación con la Historia son: la problemática del concepto de Verdad, la problemática en torno a

la construcción y la naturaleza discursiva e ideológica del referente, la marcada preferencia por figuras históricas excéntricas y marginales, el énfasis en la cuestión de la subjetividad en el recuento del pasado y la reflexión sobre la posibilidad del conocimiento de la realidad histórica en la medida en que todo lo que se conoce de esa realidad es a través de remanentes textuales (Hutcheon 72).

McHale, por su lado, en 1983 identifica como ficciones posmodernistas aquellas en las que la dominante es una fractura irreversible de las fronteras “ontológicas” y del concepto de la identidad. Una de las características de estas ficciones posmodernistas destacadas por McHale, es la violación de las limitaciones impuestas por la novela histórica “clásica” respecto a la incorporación de material histórico en el mundo de la ficción: los elementos históricos incorporados no deben contradecir la historia documentada, sino mantener una coherencia lógica y física con la realidad histórica representada, y la invención se debe limitar a las partes oscuras o no documentadas de la Historia. La violación de esas limitaciones se lleva a cabo bajo la ficción histórica posmodernista. Según McHale, a través de ciertas estrategias y procedimientos narrativos, como contradecir el documento público, sacar a la luz lo que fue suprimido en la Historia oficial mostrando un lado oculto, improvisar grandes anacronías históricas, intercalar lo histórico y lo fantástico, parodiar las convenciones de la novela histórica “clásica”, enfatizar no lo que fue, sino lo que pudo haber sido, o inventar historias apócrifas (McHale 85-90). Estas estrategias, según McHale, son típicas de la novela histórica revisionista posmoderna, y ésta es revisionista en dos sentidos: revisa el contenido de la

Historia documentada y revisa o transforma las convenciones y normas de la ficción histórica.

Estos rasgos comunes que se aprecian en las ficciones históricas posmodernistas y las novelas históricas latinoamericanas recientes, si bien no llevan a la conclusión que las últimas son posmodernistas, al menos permiten reconocer que la novela histórica latinoamericana contemporánea no es ajena al debate teórico sobre la posmodernidad. Lo que resulta mucho más interesante que determinar si la novela histórica latinoamericana de fines del siglo XX es posmoderna o no, es responder a dos preguntas: ¿de qué manera ésta contesta, desde los márgenes de Latinoamérica, al discurso de la posmodernidad que se origina desde el centro? y ¿de qué manera la novela histórica latinoamericana contemporánea es una respuesta no sólo a los cambios sociohistóricos regionales sino también globales y al continuo dilema trágico de la Modernidad? La novela histórica latinoamericana se produce en las últimas décadas en un contexto bajo el cual las discusiones que el posmodernismo crea en América Latina no son tanto en torno al tema del “fin” de la Modernidad que es tan prominente en el espacio anglo-europeo, sino más bien en torno a la complejidad de la propia “modernidad desparejada” de América Latina y los nuevos desarrollos de sus culturas híbridas (pre-and-post) modernas (Pons 27).

Los intentos latinoamericanos de definición y Fernando Aínsa

Los intentos por definir la nueva forma de la novela histórica latinoamericana a fines del siglo XX son escasos hasta la década de los noventa, cuando surge un “boom” de trabajos críticos en torno a la reciente novela histórica. Es entonces

que se publican numerosos estudios cuyos autores intentan definir o describir la nueva variante del género que se desarrolla en América Latina. Juan José Barrientos es uno de los críticos que, con su artículo “Reinaldo Arenas, Alejo Carpentier y la nueva novela histórica hispanoamericana” (1985) antecede a este “boom” crítico. En su ensayo el autor compara El siglo de las luces (1962) de Alejo Carpentier con El mundo alucinante (1969) de Reinaldo Arenas: usa la primera como ejemplo de la “vieja” novela histórica y luego presenta unas características ---erudición/imaginación, verosimilitud/inverosimilitud, cronologías/anacronismos, precisión geográfica/anatopías, literatura/mitología--- que corresponden, respectivamente, a la vieja y la nueva forma de la novela histórica. Este artículo y su contenido se convertirían luego en la base para el libro Ficción-historia: La nueva novela histórica hispanoamericana (2001) de Juan José Barrientos. En esta obra el autor define a la nueva novela histórica como aquella que “responde al deseo de los lectores de conocer la historia entre telones y a los personajes históricos en la intimidad, se trata de llenar los huecos de los libros de historia [...] La nueva novela histórica aprovecha esos rumores que la historia oficial había descartado” (17). Es así como Barrientos se enfoca en la perspectiva desde la que se presenta la historia y en el rescate del mundo privado que estas nuevas obras hacen.

En 1991 Fernando Aínsa publica el artículo “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana”, que será una referencia obligada para todos los estudios posteriores. En este estudio Aínsa define a la nueva novela histórica como “novelas sobre temas de la conquista, la colonia o el período de la Independencia, donde a través de la reescritura anacrónica, irónica o paródica, cuando no irreverente y grotesca, se dinamitan creencias y valores

establecidos” (13). También hace notar cómo la renovación del género no ha producido un solo modelo estético para la nueva novela histórica, fenómeno que se había dado con la novela histórica de cuatro previos movimientos estéticos: el romanticismo, el realismo, el modernismo y el vanguardismo; al contrario, la nueva corriente utiliza una “polifonía de estilos y modalidades narrativas que pueden coexistir, incluso en forma contradictoria, en una misma obra” (17). En su artículo Aínsa presenta una lista de las características comunes de la nueva novela histórica: 1) se caracteriza por efectuar una relectura del discurso historiográfico oficial, cuya legitimidad cuestiona; 2) ha abolido la “distancia épica” (Bajtín) de la novela histórica tradicional y, al mismo tiempo, ha eliminado “la alteridad del acontecimiento” (Ricoeur) inherente a la Historia como disciplina³, 3) tal abolición de la distancia épica se traduce en una deconstrucción y “degradación” de los mitos constitutivos de la nacionalidad; 4) la historicidad del discurso ficcional puede ser textual y documentar sus referentes con minucia o, por el contrario revestir la textualidad de las modalidades expresivas en el historicismo a partir de una “pura invención” mimética de crónicas y relaciones; 5) la nueva novela histórica se caracteriza por la superposición de tiempos diferentes; 6) la multiplicidad de puntos de vista impide acceder a una sola verdad histórica; 7) las modalidades expresivas de la novela histórica son muy diversas; 8) ésta se preocupa por el lenguaje y utiliza diferentes formas expresivas —el arcaísmo, el “pastiche” y la parodia— para reconstruir o desmitificar el pasado, y 9) puede ser un “pastiche” basado en otra novela histórica.

³ Véanse Teoría estética de la novela de Bajtín y Tiempo y narración: configuración del tiempo en el relato histórico de Ricoeur.

Para Fernando Aínsa, la característica más importante de la nueva novela histórica latinoamericana es la primera, la cual particulariza aún más así: “buscar entre las ruinas de una historia desmantelada por la retórica y la mentira al individuo auténtico perdido detrás de los acontecimientos, descubrir y ensalzar al ser humano en su dimensión más auténtica, aunque parezca inventado, aunque en definitiva lo sea” (31). Como ya se mencionó, este artículo de Aínsa se convirtió en piedra angular para los estudios posteriores sobre la nueva novela histórica en Latinoamérica y las características que Aínsa enumera han sido utilizadas por otros críticos para el análisis y la clasificación de las obras producidas dentro de la nueva corriente del género de la novela histórica, y también son usadas en el presente trabajo.

En gran parte, los recientes enfoques críticos y teóricos sobre la nueva novela histórica se basan en un concepto dinámico del género: reconoce y examina sus cambios y movimientos (emergencia, innovación, hegemonía, caducidad) no sólo en cuanto a las modificaciones estrictamente literarias (cambios formales), sino también en cuanto a las transformaciones de la realidad sociohistórica y cultural que condicionan su producción. Uno de los trabajos más importantes que parten de esta concepción dinámica del género es Memorias del olvido (1996) de María Cristina Pons, quien afirma:

La novela histórica a fines del siglo XX es una manifestación de que los modos de representación se modifican según cambian los modos discursivos de representación social y política de un momento histórico determinado [...] La (re)escritura del pasado desde los márgenes y desde abajo, en relación (y en oposición) con la Historia escrita desde el centro y desde arriba, le da a la

novela histórica latinoamericana contemporánea una dimensión reflexiva y un carácter político, y no meramente filosófico.

La controversia de la relación entre la Historia y la ficción, que para diferentes posiciones derivadas de las propuestas filosóficas “pos” aparece como el punto de llegada de las ficciones históricas contemporáneas, para la novela histórica latinoamericana de las últimas décadas es apenas su punto de partida. (267-68)

Pons reconoce la historicidad del género: 1) la novela histórica evoluciona siguiendo los cambios que la sociedad experimenta; 2) la novela histórica latinoamericana contemporánea es el resultado de la evolución de los modos discursivos de una sociedad en crisis y cambio, y 3) es una confrontación política al discurso de la Historia oficial, una confrontación que genera la reflexión de la sociedad sobre su pasado y presente.

Para Pons también es importante subrayar que, aunque para algunas tendencias de análisis la siempre controvertida relación Historia-ficción parece el límite, para la novela histórica latinoamericana contemporánea es sólo el inicio. La novela histórica, para ser considerada como tal, debe remitir inequívocamente a un pasado documentado e inscrito en la memoria colectiva y tiene que ser reconocible para el lector en su singularidad y concreción. Utiliza la ficción para re-crear fielmente, modificar, parodiar, afirmar o negar a la Historia.

Por otro lado, Pons critica a los estudiosos del género de la novela histórica porque agrupan las novelas históricas bajo “tipos” o les asignan categorías empíricas con base en la mayor o menor presencia de la Historia, los propósitos, la presencia o ausencia del humor, la parodia, lo metaficticio o metahistórico y otros elementos. Señala, atinadamente que estas

aproximaciones resultan lamentablemente en una interminable producción de tipologías y categorías de novelas históricas como la paródica (Skłodowska), la metahistórica (Hutcheon), la cómica, la híbrida, la disfrazada o inventada (Turner), la utópica y la ucrónica (Wesseling), la que aspira a la verosimilitud histórica, la que marca un aspecto prominente de la era moderna y la que proyecta el presente en el pasado (Cowart), entre otras. Estas categorías realmente no aportan mucho al estudio profundo del género, sino sólo a su clasificación. A nuestro parecer, el objetivo final de un análisis debería ser el determinar cuál es el papel que desempeña esta “nueva” manifestación del género de la novela histórica en el momento histórico en el que surge.

Contrario al estudio de Pons que se basa en una concepción abierta de la novela histórica, Seymour Menton en La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992 (1993) elabora una definición muy rígida del género: “hay que reservar la categoría de novela histórica para aquellas novelas cuya acción se ubica total o por lo menos predominantemente en el pasado, es decir, un pasado no experimentado directamente por el autor” (32). Con esa definición, Menton deja fuera de su estudio a muchas novelas históricas latinoamericanas contemporáneas en las que la Historia recuperada es todavía cercana al autor. Como ya se explicó con anterioridad, lo que en verdad hace histórico un pasado no es la distancia temporal, sino su trascendencia y su documentación.

Menton presenta además seis rasgos que, con su presencia o su ausencia, identifican a la nueva novela histórica. Esos son: 1) la subordinación de lo mimético a la presencia de algunas ideas filosóficas (borgeanas) sobre la Historia; 2) la consciente distorsión de la Historia mediante el anacronismo, la exageración y la omisión; 3) la ficcionalización de importantes figuras históricas;

4) la metaficción; 5) la intertextualidad, y 6) la presencia de ciertos conceptos bajtinianos como lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia. Para Menton, las novelas históricas que no contienen todos o la mayoría de estos rasgos, pertenecen a una categoría de “tradicionales” y, por lo tanto, están fuera del canon de la nueva novela histórica latinoamericana. Como se puede apreciar la definición de la novela histórica manejada por Menton es una demasiado rígida. No toma en cuenta que la novela histórica contemporánea responde a condiciones sociohistóricas y a una visión de la Historia muy distinta a la cual respondió la novela histórica tradicional.

Perkowska: la novela histórica vs la Historia oficial

Para el presente estudio, se toma como base la definición de Magdalena Perkowska. En su estudio Historias híbridas: La nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia (2008) afirma:

Las nuevas novelas históricas se apartan del modelo clásico mediante significativas y numerosas innovaciones temáticas y formales y, adoptando una posición crítica y de resistencia frente a la Historia como discurso legitimador del poder, proponen relecturas, revisiones y reescrituras del pasado histórico y del discurso que lo construye. (33)

Es decir, la nueva novela histórica en Latinoamérica critica y resiste la Historia oficial que ha servido como el discurso legitimador del poder y presenta una relectura crítica del pasado a partir de las ideas renovadoras de la historiografía contemporánea. La novela histórica reciente es un punto nuevo de

reflexión sobre la Historia; no cancela la Historia, sino que “redefine el espacio declarado como 'histórico' por la tradición, la convención y el poder, postulando y configurando en su lugar las *historias híbridas* que tratan de imaginar otros tiempos, otras posibilidades, otras historias y discursos” (Perkowska 42). Revisando personajes, hechos y objetos históricos viejos y consagrados, o descubriendo zonas inexploradas o borradas, los novelistas latinoamericanos contemporáneos construyen un nuevo mapa de la Historia y de su discurso.

Evolución de la novela histórica en México

A continuación, se presentará un breve bosquejo de la evolución del género de la novela histórica en México, dentro del cual se sigue la línea temporal sin importar su estilo o su logro artístico.

Para algunos críticos la novela histórica surge en México en el siglo XIX con novelas como Xicoténcatl (1826). Sin embargo, esta novela y otras de la época son históricas sólo en su tema: “the so-called historical novels [...] are historical only as regards their purely external choice of theme and costume. Not only the psychology of the characters, but the manners depicted are entirely those of the writer’s own day” (Lukács 19). En verdad, Xicoténcatl, publicada en Filadelfia de autor anónimo, presenta en el ámbito de la conquista de México la historia del impacto, la hostilidad y la alianza entre los tlaxcaltecas y Hernán Cortés. El tema histórico se encuentra entrelazado con episodios de amores imposibles.

Justo Sierra O'Reilly con La hija del judío (1848-49), Vicente Riva Palacios con su novela Martín Garatuza (1868), Ignacio Manuel Altamirano con El Zarco (1869) y Manuel Payno con Los bandidos de Río Frío (1889-1891), son

algunos de los autores que se incorporaron a la tarea de producir obras literarias que fusionaran en sí las naturalezas propias de la narrativa de ficción, la historia oral y escrita, y la tradición vernácula. Esta experiencia se iría arraigando paulatinamente al utilizar la literatura como medio para la divulgación de los acontecimientos históricos. Las obras de este periodo, por otro lado estuvieron inmersas en el espíritu romántico de la época, y la ficción se vio afectada por un código moral que exaltaba aun los valores sancionados por la épica medieval y dotaba a las obras de un maniqueísmo manifiesto. Las sujetaba a sí mismo a las exigencias de la exactitud las cuales, buscando la “absoluta verosimilitud”, coartaban la libertad expresiva de los autores (Aguirre 94).

Victoriano Salado Álvarez es otro de los autores importantes que cultivan la novela histórica y, con sus obras De Santa Anna a la Reforma (1902) y La intervención y el Imperio (1903), relata en forma novelesca los episodios del gran movimiento reformista que transformó a la naciente República mexicana, los conflictos entre liberales y conservadores, y el proceso de la intervención francesa y el Segundo Imperio. El autor no se propone sólo entretener sino revivir las escenas más importantes del pasado, por ello reconstruye ambientes y costumbres al mismo tiempo que crea caracteres y tipos con una riqueza pormenorizada.

El impacto de los hechos revolucionarios iniciados en 1910, desvió la atención de los escritores que cultivaban la novela histórica tradicional que se inspiraba en los hechos remotos. Este acontecimiento nacional que se prolongó por más de once años, cobró la vida de más de un millón de mexicanos y transformó radicalmente las estructuras sociales sancionadas por más de treinta años de dictadura porfirista, obligó a los escritores a centrar su quehacer en los

hechos del presente inmediato, surgiendo así lo que la crítica académica ha denominado la Novela de la Revolución Mexicana. Sus máximos exponentes: Martín Luis Guzmán con El águila y la serpiente (1928), Mariano Azuela con Los de abajo (1915) y Rafael F. Muñoz con Se llevaron el cañón para Bachimba (1941), dejaron testimonio novelado de los hechos de guerra, sus personajes destacados y los cambios sociales; además los autores aparecen como protagonistas directos. Aunque sus obras no pueden clasificarse estrictamente bajo la novela histórica, sí son importantísimas para la evolución del género ya que aportan elementos valiosos como la calidad de testigo directo del narrador y las fuentes de la novela histórica. Éstas últimas se expandirían de sólo los libros, documentos y tradiciones compiladas a todas las fuentes al alcance del autor como: relatos orales, crónicas periodísticas, registros iconográficos, etc. Posteriormente, serían incorporados tales elementos en el género de la novela histórica. Además, estos autores no se limitaron a la descripción novelada de los hechos y los personajes, sino que los enjuiciaron bajo su propia escala de valores, característica que luego sería retomada por la novela histórica.

Paralelamente a esa corriente novelística y anticipándose a lo que después la historiografía llamaría la Historia regional y la Microhistoria, fue surgiendo en México el género llamado novela costumbrista del siglo XX. El nuevo género recrea principalmente las costumbres de las comunidades agrarias del país y alcanzaría su esplendor en obras como Al filo del agua (1947) de Agustín Yáñez. Además, los autores incorporan en su obra novedosas técnicas narrativas y estilísticas de influencia europea y estadounidense.

Durante el período de 1920 a 1950, sólo algunos autores aislados siguieron preocupándose por cultivar la novela histórica o relatos breves

pertenecientes al género. Artemio del Valle Arizpe destaca en este grupo con sus relatos de la época colonial y del México postindependiente. Publicó en 1932 el título Del tiempo pasado, donde está presente la imaginación popular expresada en mitos y leyendas, tanto prehispánicos como peninsulares, que conforman el sincretismo cultural mexicano.

Entre 1935 y 1945 hubo un fuerte movimiento de revaloración y divulgación de la cultura indígena tanto en sus estratos latentes como en los activos y los escritores fueron muy sensibles a este movimiento, surgiendo obras de valor universal que abordan el tema del indigenismo. Este ejercicio de inclusión en la cultura mexicana, aun de elementos que habían permanecido ocultos como el de la negritud en algunas partes del país, sería apoyo importante para la novela histórica que se produciría en la década de los ochenta. Sin embargo, en esa década y los años que siguieron, la novela histórica estuvo casi ausente de las letras mexicanas, salvo excepciones como las obras de José Fuentes Mares; a éste le preocupaba esclarecer la personalidad de algunos protagonistas de la Historia nacional en novelas como Servidumbre (1960) y Cortés, el hombre (1981); en la obra dramática Su alteza serenísima (1969), retoma su implacable juicio en contra de Santa Anna, el cual ya había expresado antes en su ensayo histórico Santa Anna: aurora y ocaso de un comediante (1956). Por su parte Carlos Fuentes, en Terra Nostra (1975) con una estructura narrativa de “cajas chinas”, recorre la Historia de España y América en su encuentro. En Fuga, hierro y fuego (1979), Paco Ignacio Taibo I narra la historia del motín de monjas en Puebla a la llegada del obispo Fabián y Fuero, quien intenta reformar su estilo de vida a finales del siglo XVIII.

De la década de los cincuenta hasta la de los ochenta, en su mayoría, los escritores estuvieron inmersos en la observación y descripción del pujante desarrollo de los grandes centros urbanos, tanto del país como del mundo, y sus convulsiones políticas y sociales. Autores como Juan José Arreola, Carlos Fuentes, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Sergio Fernández, Ricardo Garibay, entre muchos otros, nutrieron sus obras con elementos derivados del quehacer político, la conducta individual y social, y los aspectos formales del desarrollo del discurso narrativo.

Periodo histórico y obras representativas

A partir de 1980, año en que el género de la novela histórica resurge con un ímpetu sorprendente, son muchas las novelas escritas y publicadas en México que pertenecen al género. Para presentar algunas de ellas⁴, de una forma más ordenada, se seguirá la clasificación hecha por Eugenio Aguirre en su artículo “La novela histórica en México” (1997) que toma en cuenta el periodo histórico del que trata cada una y su año de publicación. A continuación, enumeramos esos periodos históricos y sus obras representativas:

1. Periodo prehispánico hasta la consumación de la conquista.

Gonzalo Guerrero⁵ (1980) de Eugenio Aguirre, novela que ha sido reconocida por los expertos en el tema, Carlos Montemayor y Herminio Martínez, como la novela que inaugura una nueva etapa en la producción de este género en México, relata la vida del primer español que adoptó como suya

⁴ En el libro de Seymour Menton La nueva novela histórica de la América Latina y en el de Ma. Cristina Pons Memorias del olvido: Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX, se pueden encontrar otros listados sobre las novelas históricas publicadas recientemente en México y América Latina.

⁵ Gonzalo Guerrero (1470-1536)

la cultura prehispánica maya y vivió dentro de la misma por 25 años hasta su muerte. Bajo tal exploración histórica, la obra establece los orígenes del mestizaje hispanoamericano.

Tenochtitlán: la última batalla de los aztecas (1988) de José León Sánchez retrata la llegada de Hernán Cortés (1485-1547) y los conquistadores españoles a México. Presenta la conquista desde la perspectiva de los vencidos.

En la década de los noventa la novela Gonzalo Guerrero (1980) de Eugenio Aguirre tuvo sus réplicas en varias obras: Gonzalo Guerrero: el primer aliado de los mayas (1991) de Salomón González Blanco Garrido y Huracán (1993) de Francis Pisani que recrean el mismo tema; Gonzalo Guerrero, memoria olvidada (1995) del escritor Carlos Villa Roiz intenta ser una novela sobre el mismo tema, pero según algunos críticos como Eugenio Aguirre, es más bien un ensayo.

Las puertas del mundo: una autobiografía hipócrita del Almirante Cristóbal Colón⁶ (1992) de Herminio Martínez, recrea el primer viaje del Almirante hasta su encuentro con las primeras tierras de América, penetrando en la intimidad del navegante. En recuerdo de Netzahualcóyotl⁷ (1995) de Marco Antonio Campos novela escrita en prosa poética, sirve como puente entre el poeta del siglo XV y otro del siglo XX. Nen la inútil (1995) de Ignacio Solares recrea la sociedad azteca en el momento en que aparecen los conquistadores españoles y, mediante una reflexión intertextual, cuestiona las relaciones de poder entre aztecas y españoles. Eugenio Aguirre, también aborda el periodo prehispánico en novelas más recientes como La cruz maya (2006) e Isabel

⁶ Cristóbal Colón (1451-1506)

⁷ Netzahualcóyotl (1402-1472)

Moctezuma (2008). Cuauhtémoc: la defensa del Quinto Sol⁸ (2008) de Pedro Ángel Palou es la última parte de su trilogía de “sacrificios históricos” (Zapata, Morelos y Cuauhtémoc), intenta dar voz al joven que representaba el último bastión de la teocracia azteca y se quedó sin voz histórica al ser anulado por los conquistadores.

2. Conquista y época colonial.

1492 Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla (1985) de Homero Aridjis, imita la sintaxis y el vocabulario de la época, recrea la vida virreinal y destaca el conflicto de asombros que produjo el llamado “encuentro de dos mundos”. Diario Maldito de Nuño de Guzmán⁹ (1990) de Herminio Martínez cuenta la historia de las aventuras de ese conquistador rebelde y describe sus ambiciones, traiciones y la crueldad que le fue característica. A la voz del Rey (1990), del historiador convertido en novelista Jean Meyer, cuenta la historia detalladamente documentada del indígena cora¹⁰ Juan Hilario (-1801) que en 1801 predica entre sus paisanos la obediencia a un “Rey Mariano”, que llegaría a la Nueva España. Esto da lugar a un confuso levantamiento de los indios contra las autoridades civiles del Virreinato, mismo que resulta totalmente fallido y reprimido.

Memorias del Nuevo Mundo (1991) de Homero Aridjis relata el descubrimiento y la conquista de México, la acción transcurre entre 1492 y 1560 y termina en el momento de la muerte de Juan Cabezón, personaje ficticio

⁸ Cuauhtémoc (1502-1525)

⁹ Nuño de Guzmán (1490-1544)

¹⁰ Los coras son un grupo étnico indígena que vive en la sierra nayarita, y más precisamente en el municipio de El Nayar, al oriente del estado de Nayarit, México. También tienen asentamientos en el estado de Jalisco, vecino de Nayarit. Los coras se nombran a sí mismos *nayeri*, etnónimo del que deriva el nombre del estado de Nayarit. En 1995, el Instituto Nacional Indigenista calcula que el grupo estaba compuesto por una población étnica de alrededor de 23 mil 500 integrantes.

retomado de la novela 1492 Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla del mismo autor. Son vacas, somos puercos (1995) de Carmen Boullosa recrea la vida diaria de los habitantes de los primeros asentamientos en la Nueva España, así como sus conflictos pasionales.

La novela Tú eres Pedro (1996) de Agustín Ramos narra los pormenores del arribo a la Nueva España de uno de los personajes más singulares de la colonia, Pedro Romero de Terreros (1710-1781). Pilar de la floreciente minería novohispana, tuvo un portentoso enriquecimiento y fue generoso filántropo y fundador de lo que es hoy el Nacional Monte de Piedad. La verdadera historia de la Malinche¹¹ (2009) de Fanny del Río relata detalles nunca antes contados sobre la vida de doña Marina, quien le escribe una serie de cartas íntimas a su hijo Martín Cortés. También desde la perspectiva femenina, Mónica Lavín busca desmitificar la figura de Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) en la novela Yo, la peor (2009), donde se muestra la época colonial a través de la mirada de las mujeres que comparten su destino con el de Sor Juana.

3. Independencia.

A caballo entre el género histórico y el satírico, está la simpática novela de Jorge Ibarguengoitia, Los pasos de López (1981), en la que el autor se burla del acartonamiento oficialista de la figura de José María Morelos (1765-1815) y otros personajes de la época, y parodia la conducta retórica y casi siempre errática de los políticos en pos de cargo y fortuna. También cabe mencionar por su importancia para el género, aunque se trata de una obra dramática, a la obra de Vicente Leñero: El martirio de Morelos (1981) en la que el autor redime al

¹¹ Malinalli Tenépatl (1502-1529)

hombre sobre el “héroe” y lo presenta con debilidades y fortalezas; ese proceso lo retomarían luego muchos autores.

A mediados del siglo XIX, en 1842, fueron asesinados brutalmente en la ciudad de México el pintor Daniel Thomas Egerton (1797-1842) y su esposa bajo circunstancias que nunca pudieron aclararse. Mario Moya Palencia recrea los hechos y hace una descripción pormenorizada del contexto y de la sociedad mexicana de la época en su novela El México de Egerton 1831-1842 (1991). Por su parte, Jean Meyer, uno de los mejores historiadores contemporáneos de México, publica en 1995 la novela Los tambores de Calderón, en la que describe los hechos bélicos de la Guerra de Independencia, destacando los errores militares de Miguel Hidalgo (1753-1811) y sus generales, específicamente los cometidos en la batalla de la Barranca de Calderón, muy cerca de la ciudad de Guadalajara, donde los insurgentes fueron derrotados. La corte de los ilusos (2000) de Rosa Beltrán, además de relatar el mañoso encumbramiento de Agustín de Iturbide (1783-1824) al trono del Primer Imperio Mexicano, penetra con visión aguda en los entretelones de “palacio” y en las intrigas de la familia del “emperador”.

Eugenio Aguirre publica en el 2005 la novela Victoria sobre Guadalupe Victoria (1786-1843) donde narra la vida del guerrillero insurgente y primer presidente del país con el propósito de infundir orgullo por la nacionalidad mexicana. Además de mostrar situaciones políticas de la época, Victoria presenta aspectos literarios en los que el discurso narrativo cumple con ciertos cánones establecidos. El autor ha declarado que "no sólo se trata de contar la historia de la persona, sino la de México" (Palapa Quijas 1). También sobre una de las figuras más representativas del movimiento de independencia, Morelos:

morir es nada (2007) de Pedro Ángel Palou, narra la vida y la suerte del caudillo por una de sus mujeres, quien obligada por la Iglesia a arrepentirse y confesarse, cuenta la historia de su amado. Eugenio Aguirre publica Hidalgo (2009) donde habla del hombre, el apuesto y seductor que amaba el teatro, hablaba seis idiomas y tenía cuatro hijos y no del “viejito calvo” que la Historia oficial ha consagrado.

En el 2009 Jean Meyer retoma el tema de las batallas de la Independencia con la novela Camino a Bajan, donde hace una viva recreación de la agitada travesía del cura Hidalgo en el movimiento libertario de México.

Un personaje muy importante en la Guerra de Independencia, pero casi olvidado en la Historia oficial es Leona Vicario (1789-1842). Su vida y su participación en la conspiración y el movimiento armado han sido retomados a últimos años por varios escritores con novelas como Leona Vicario: “La insurgente” (1990) de Eugenio Aguirre; Leona (2010) de Celia del Palacio Montiel y La Insurgenta (2010) de Carlos Pascual. Esta última novela obtuvo el premio Bicentenario Grijalbo en novela histórica. Leona Vicario es la heroína insurgente que fue nombrada por Antonio López de Santa Anna “Madre de la Patria” en 1842 y a quien ha olvidado la Historia oficial hasta ser totalmente minimizado su rol en el movimiento de la Independencia. Estas tres novelas buscan presentar un proceso de recuperación histórica a partir de la figura femenina de Leona Vicario, tan valiosa como poco conocida.

Juan Miguel Zunzunegui hace un recorrido de la historia mexicana desde el siglo XVII hasta la Guerra de Independencia en su novela El misterio del águila (2010) donde presenta una historia de amor, aventura y misterio

relacionada con el origen de México. Matamoros: el resplandor de la batalla¹² (2010) de Silvia Molina narra la Historia del hombre vital para el proceso de Independencia. Un cura alegre, de voluntad inquebrantable y gustoso por la fiesta brava, simpatizó desde el principio con la causa libertaria.

4. Reforma y Segundo Imperio.

Sobre el Segundo Imperio mexicano de Maximiliano de Habsburgo (1832-1867), Fernando del Paso creó su célebre novela Noticias del imperio (1986) en la que hace uso de diversas corrientes de investigación historiográfica para obtener información que luego traduce en material literario. Del Paso innova el género de la novela histórica con la estructura empleada en el discurso literario, dándole una dimensión insospechada hasta entonces.

En su novela La lejanía del tesoro (1992) que recibe el Premio Planeta-Mortiz del mismo año, Paco Ignacio Taibo II aborda los esfuerzos para la restauración de la República y el obligado nomadismo de sus protagonistas, Benito Juárez (1806-1872) y Guillermo Prieto (1818-1897), entre otros, quienes buscan salvaguardar lo único que les queda de patria, el Archivo de la Nación. Eduardo Antonio Parra publica en el 2008 Juárez, el rostro de piedra donde se adentra tanto en la vida pública como en la privada del hombre cuyos pensamientos y acciones, aciertos y desaciertos, constituyeron las bases del México moderno.

No me alcanzará la vida (2008) es la novela de Celia del Palacio Montiel que se ubica en el siglo XIX. Se presenta a México como un país convulsionado por la guerra entre conservadores y liberales, los conflictos políticos con la Iglesia, las invasiones extranjeras y la pérdida de más de la mitad del país.

¹² Mariano Matamoros (1770-1814)

También ubicada en la época de la invasión de EE.UU. la novela de Guillermo Zambrano, México por asalto (2009), presenta y desarrolla la vida de John Riley (1805-1850), el inmigrante irlandés que lideró la fuga de cuarenta y siete soldados de las filas estadounidenses, este grupo luego se convertiría en el Batallón de San Patricio.

El último príncipe del Imperio Mexicano (2009) de Catherine Mansell Mayo narra la historia del desconocido nieto de Agustín de Iturbide, a quien Maximiliano de Habsburgo “adoptó” y lo convirtió en el presunto heredero de su imperio. Enrique Krauze coloca esta novela histórica en el grupo de las “que recrean con erudición, maestría y poesía una época, un episodio, una atmósfera y unos personajes” (Krauze 23). La derrota de Dios (2010) de José Luis Trueba Lara retoma a uno de los personajes que para la Historia oficial es uno de los grandes traidores de la patria, Miguel Miramón (1831-1867). La novela cuenta la otra Historia de México, específicamente la de los conservadores que fueron silenciados tras la derrota de Maximiliano.

5. Porfiriato.

Silvia Molina encuentra el tema para su novela Ascensión Tun (1981) en el episodio de la historia mexicana conocido como la Guerra de Castas (1847-1901). Narra a través de los ojos de un niño maya los años de luchas entre los mayas y sus dominadores en la península de Yucatán.

Brianda Domecq, previa investigación en fuentes históricas y de otra índole, narra en su novela La insólita historia de la Santa de Cabora (1994) la vida, la santidad y los milagros de Teresa Urrea de Cabora (1873-1906). Mujer anti-porfirista, cuya fama de “curandera” opacó su importancia como activista política y social. Un supuesto “álbum” es el recurso que Ricardo Orozco utiliza

para novelar la vida de Amada Díaz (1867-1962) hija preferida de Porfirio Díaz, testigo excepcional de los avatares del país a raíz de la conmovión revolucionaria, en la novela El álbum de Amada Díaz (2005).

Península, península (2008) de Hernán Lara Zavala, también recrea la Guerra de Castas que enfrentó a la población blanca con la maya entre 1847 y 1901. Ha sido reconocida con varios premios literarios por su buena escritura.

En su novela Pobre patria mía: la novela de Porfirio Díaz¹³ (2010) Pedro Ángel Palou intenta también rescatar la voz del vencido y “traidor” según la Historia oficial. El autor busca presentar sin maniqueísmos a la figura más importante de la época porfiriana.

6. Revolución.

Las novelas incluidas en esta sección son novelas históricas y no de la Revolución. Su propósito principal no es la descripción de los acontecimientos políticos y sociales o los hechos de armas en los que se vieron involucrados los personajes, sino el análisis de los fenómenos peculiares e íntimos de ellos y la causalidad en los hechos que desviaron la trayectoria del proceso revolucionario.

Carlos Fuentes publica en 1985 Gringo viejo, donde narra la historia imaginaria de lo que podría haber sido del escritor norteamericano Ambrose Bierce (1842-1913), quien en noviembre de 1913 entró a México y no se volvió a saber de él.

Las novelas Madero, el otro (1989) y La noche de Ángeles (1991) ambas de Ignacio Solares, narran el por qué de muchas de las decisiones de Francisco I. Madero (1873-1913), las cuales lo llevaron incluso a propiciar su asesinato.

¹³ Porfirio Díaz (1830-1915)

La campaña (1990) de Carlos Fuentes es un caso especial. Es una novela histórica escrita por un mexicano pero no sobre México, sino sobre la Historia de la Independencia de América del sur; el relato recorre las luchas de Argentina, Bolivia, Perú y Chile.

Pedro Ángel Palou publica en el 2006 la novela Zapata¹⁴. Narra la historia de un hombre, y no la de un héroe de cartón, con todas las implicaciones que eso tiene. Otra novela de Ignacio Solares es Ficciones de la Revolución mexicana (2009) donde se revisa la Historia de la Revolución Mexicana y sus principales actores a través del verbo “hubiera” para contar con humor las posibilidades que no fueron. Solares afirma que la novela histórica vive un gran momento en México ya que “nos mueve un anhelo por entender el pasado para poder tener un presente y un futuro” (Linares 1). María Guadalupe Sara Pérez Romero (1872-1952), esposa del presidente de México Francisco I. Madero, asesinado en la decena trágica, es la protagonista de la novela Sara (2011) de María Enriqueta Beyer. Presenta otra versión de la Historia oficial, donde se conoce el papel que jugaron “los otros actores” en la conformación del país.

7. México postrevolucionario.

Bajo el gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) comienza a engrosar una clase media, económicamente poderosa y emanada de los cambios revolucionarios. Es una época de corruptelas y un machismo desafortunado, representado éste por figuras como el hermano del presidente Maximino Ávila Camacho (1891-1945). Ángeles Mastretta escribe su novela Arráncame la vida (1985), que algunos críticos califican como sátira histórica, sobre esta época.

¹⁴ Emiliano Zapata (1879-1919)

La historia de un movimiento de protesta del proletariado yucateco, que se ubica durante la década de los 70, y que terminó con la muerte de su líder, es relatada por Hernán Lara Zavala en la novela Charras (1990). El título se refiere al alias del líder Efraín Calderón Lara (1947-1974). David Martín del Campo, en su novela Alas de Ángel (1990), retrata algunos acontecimientos importantes del gobierno de Tomás Garrido Canabal (1919-1934) en el estado de Tabasco y el de Felipe Carrillo Puerto (1922-1924) en Yucatán, así como los movimientos socialistas de la época.

Carlos Montemayor, con Guerra en el Paraíso (1991), novela sumamente bien documentada y valiente, narra la guerra de guerrillas que sostuvo el líder magisterial Lucio Cabañas (1939-1974) en la sierra de Guerrero.

En 1992 Elena Poniatowska publica su novela Tinísima, que recupera la voz de la mujer y artista Tina Modotti (1896-1942) en el contexto de los primeros años del siglo XX en México, EE.UU. y Europa. En esa obra Poniatowska presenta su visión del espíritu cultural y político de una época poco conocida.

Guillermo Chao E. narra en su novela De los Altos (1994) elementos de la Guerra Cristera (1926-1929), conflicto armado ubicado en el Bajío y los Altos de Jalisco, entre el gobierno de Plutarco Elías Calles (1877-1945), o el Maximato, y “fanáticos” religiosos, hombres y mujeres que defendían su derecho a la religión.

Personaje capital durante el periodo de efervescencia creativa que vivió el paso de José Vasconcelos (1882-1959) por la Secretaría de Educación pública (1921-1924), fue María Antonieta Rivas Mercado (1900-1931). Influyó decididamente en el desarrollo del teatro y de las letras mexicanas, al crear el Teatro Ulises y sostener al grupo de Los Contemporáneos. Su vida, azarosa y

por momentos tormentosa, es narrada por quien fuera su nuera, Kathryn S. Blair, en la novela titulada A la sombra del Ángel (1995), obra traducida al español por Leonor Tejada. En 1999 Carlos Fuentes publica su novela Los años con Laura Díaz donde a través de la voz femenina, presenta la historia mexicana del siglo XX. La vida de Laura Díaz, personaje ficticio, sirve como excusa para explorar la conformación del país y los aspectos centrales de su historia cultural y política.

Entre la necesidad de los escritores por comunicar y la de los lectores por conocer más sobre su propia Historia ha surgido un fenómeno editorial: los títulos de ficción histórica se encuentran entre los más vendidos en México. Esto ha creado el suceso de los *Best Sellers* u obras forjadas sin mayor preocupación por la calidad artística. Héctor Zagal publica en el 2009 La cena del bicentenario, obra que se llama a sí misma novela histórica pero que según la crítica de especialistas, como Mauricio Tenorio Trillo, es una “novela que demanda de paladares que aprecien el tortazo humorístico, que gusten de hablar de literatura con la boca llena y que aguanten la historiografía *from concentrate: ready to serve*” (1). La cena del bicentenario es un claro ejemplo de los abusos que el género de la novela histórica sufre: cuando en aras del éxito editorial se sacrifica el valor literario de la obra publicada.

El presente estado de la novela histórica en México: popularidad y causas

El proceso de asimilación y racionalización del pasado, fundamental para que la historia pueda convertirse en objeto de la recreación novelística se inicia en México en el siglo XIX, bajo el movimiento del Romanticismo, en el que se valorizó el pasado por la búsqueda del origen al sentimiento nacionalista. Desde

entonces y hasta hoy en día, la evolución del género de la novela histórica ha sido permanente a veces con largos periodos de relativa estabilidad pero también con momentos de grandes cambios o saltos.

La novela histórica actualmente es uno de los géneros literarios más fuertes en México. Las causas pueden ser el impacto de la celebración del Quinto Centenario en 1992 como afirma Menton en su estudio sobre lo que él llama la Nueva Novela Histórica, aunque tal enfoque implicaría que las novelas históricas estarían limitadas a los temas del descubrimiento, la conquista y la colonia, cosa que no sucede. Se refiere igualmente a la celebración del Bicentenario de la Independencia en el 2010. También, el investigador puede coincidir con Perkowska quien reclama en que el apogeo de lo histórico en la literatura está en correlación con el momento político-económico de Latinoamérica a comienzos de los años ochenta, donde se presenta la redemocratización gradual de los países latinoamericanos y la crisis económica generalizada. Ambos procesos contribuyen, según Perkowska, a tambalear certezas y a dar un sentido de crisis a la identidad, propiciando un resquebrajamiento de los modelos de representación anteriores.

Por otro lado, en el caso específico de México, después de 1968 se presenta un momento de profunda reflexión sobre las circunstancias de la sociedad mexicana, especialmente sobre el nexo entre la construcción nacionalista de la Historia mexicana con la exaltación de los valores propios de la élite intelectual y la vida política del país. Autores como Monsiváis, Bonfil Batalla o José Joaquín Blanco iniciaron la producción de narrativas que examinaron, reescribieron o ironizaron la Historia mexicana canonizada y los mitos nacionales fundacionales. Ya sea por una o por las dos diferentes causas

posibles, lo importante es que la novela histórica resurge en México a finales del siglo XX y a inicios del XXI como el camino para resolver la urgencia por rescatar una identidad genuinamente mexicana, dar voz a una Historia que ha sido silenciada, usurpada y falseada. Se trata de llenar los espacios vacíos y dar una dimensión humana a los personajes históricos.

CAPÍTULO 2

CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA DE SANTA ANNA

Biografía de Santa Anna

A continuación se presenta una breve biografía de Santa Anna siguiendo los acontecimientos más importantes en su vida privada y política:

1794. Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna y Pérez de Lebrón nace el 21 de febrero en Jalapa, Veracruz.

1800. Se traslada con su familia al puerto de Veracruz, donde su padre atiende una notaría.

1810. Ingresa el 6 de julio en el Ejército Real de la Nueva España como caballero cadete en el Regimiento de Infantería Fijo de Veracruz.

1811. Combate a los insurgentes en la campaña de Nuevo Santander (Tamaulipas), a las órdenes de Joaquín Arredondo, y recibe su bautizo de sangre al ser herido por una flecha.

1812. Ascende a subteniente por sus méritos en combate.

1816. Dávila, gobernador de Veracruz, lo nombra comandante del cuerpo de extramuros de Veracruz. Combate a los insurgentes en los alrededores del puerto y obtiene pequeñas victorias.

1817. El virrey Apodaca lo nombra capitán, pero las nuevas autoridades del puerto (Cincúnegui y Rincón) obstaculizan su labor pacificadora.

1818-1820. Establece contacto con Guadalupe Victoria, jefe de la guerrilla insurgente, que se niega a deponer las armas, y lo invita a combatir por la Independencia. Ofrece tierras a los alzados que depongan las armas y funda

varios pueblos en la región jarocho. Empieza a acumular riquezas explotando el trabajo de los colonos.

1821. Iturbide y Guerrero firman el Plan de Iguala, en el que proclaman la Independencia de México. El 26 de abril, Santa Anna abandona al ejército realista y se une a la causa insurgente.

1822. Iturbide se corona emperador y asciende a Santa Anna a General brigadier. Resentido por el tardío reconocimiento, Santa Anna pretexta una enfermedad para desobedecer la orden imperial de perseguir a Guadalupe Victoria. El 6 de diciembre Santa Anna se levanta en armas y proclama la República. Guadalupe Victoria sale de su refugio en la sierra para unirse a la rebelión.

1823. Firma con Echávarri y otros generales el Plan de Casamata, que desconoce el imperio de Iturbide.

1824. El presidente Guadalupe Victoria lo envía a Campeche con instrucciones de resolver las pugnas entre esa provincia y Yucatán. Planea una expedición militar para liberar a la isla de Cuba del yugo español, pero Guadalupe Victoria se opone a la aventura y le quita el mando de tropa.

1825-1827. De vuelta en Veracruz, contrae matrimonio con Inés de la Paz García, hija de un hacendado español, y compra la hacienda de Manga de Clavo.

1828. El gobierno de Guadalupe Victoria decreta la expulsión de los españoles, medida que provoca un levantamiento de Nicolás Bravo. Santa Anna se compromete con los alzados y marcha a Tulancingo con un pequeño contingente de tropas, pero al advertir que Guerrero aplastará la sedición reitera su lealtad al gobierno. En las elecciones presidenciales de agosto, Gómez

Pedraza vence a Guerrero y Santa Anna se pronuncia en Jalapa a favor del caudillo insurgente.

1829. Nombrado comandante de Veracruz por Guerrero, recibe informes de que una expedición española se está preparando en Cuba con la intención de reconquistar el país. A principios de agosto zarpa rumbo a Tampico. Encuentra a un enemigo diezmado por las inclemencias del clima. Barradas le propone un armisticio, pero él exige la rendición incondicional. Con gran sacrificio de vidas humanas, el 11 de septiembre derrota a los invasores en medio de una tormenta.

1830-1831. Convertido en héroe nacional, promete no volver a participar en luchas intestinas. El vicepresidente Bustamante se levanta en armas y arrebató la presidencia a Vicente Guerrero, que poco después muere asesinado. Santa Anna entrega el mando militar de Veracruz y se retira a Manga de Clavo.

1832. Santa Anna se subleva en Veracruz con 1500 hombres. Sufre una derrota en la batalla de Tolomé, pero la rebelión cunde por todo el país en pocos meses. Invocando la legalidad, los sublevados piden el regreso a la presidencia de Gómez Pedraza. Santa Anna lo había desconocido tres años antes, pero ahora se reconcilia con él y lo utiliza como escalón para conquistar el poder.

1833. El 3 de enero Santa Anna y Gómez Pedraza entran a la capital en una carroza. Tres meses después, el partido federalista gana los comicios presidenciales con la fórmula Santa Anna-Gómez Farías. Incómodo por tener que sujetarse a un programa político radical, Santa Anna deja el poder en manos del vicepresidente. En complicidad con los generales Durán y Arista, urde un autogolpe de estado para eliminar a Gómez Farías, pero la maniobra no resulta y tiene que desterrar a los militares que lo nombraron "Protector de la Nación".

1834. Gómez Farías sigue adelante con sus planes de reformas, que lastiman al ejército y a la Iglesia. Al grito de “Religión y Fueros”, la guarnición de Cuernavaca proclama a Santa Anna única autoridad del país, él aprovecha el momento para destituir a Gómez Farías y se declara partidario del sistema centralista.

1835. La Convención de Texas decide separarse de México. A fines del año, Santa Anna pide licencia al Congreso y marcha al norte con un ejército de 6000 reclutas inexpertos.

1836. Toma a sangre y fuego la fortaleza de El Álamo. Persigue a Houston con un ejército agotado y mal comido hasta la orilla del río San Jacinto. En un ataque sorpresa Houston destroza al ejército mexicano, Santa Anna cae preso y ordena al general Filisola que se retire más allá del Río Bravo.

1837. Después de una larga prisión en Orazimba, acepta entrevistarse con Andrew Jackson en Washington para escapar de su cautiverio. Vuelve a Veracruz por barco y al advertir la caída de su popularidad se recluye en Manga de Clavo, donde escribe un manifiesto a la nación justificando su conducta en Texas.

1838. Una escuadra francesa bloquea el puerto de Veracruz exigiendo al gobierno de México una indemnización por daños a la propiedad de súbditos franceses (Guerra de los Pasteles). El presidente Bustamante encomienda a Santa Anna la defensa del puerto. En una carga de caballería es herido por un cañonazo y los médicos tienen que amputarle el pie izquierdo. Su conducta heroica lo reivindica ante la nación.

1839. Los generales Urrea y Mejía se pronuncian en Tampico contra el gobierno de Bustamante. Nombrado presidente provisional, Santa Anna derrota a los rebeldes. Bustamante reasume la presidencia.

1840. El general Urrea escapa de prisión y se subleva en la capital. Tanto el gobierno como los insurrectos solicitan el apoyo de Santa Anna, pero él no se inclina por ninguno de los dos bandos. El gobierno firma un armisticio con los rebeldes, que deja a Bustamante en una posición débil.

1841. El general Paredes se pronuncia en Guadalajara contra el gobierno de Bustamante, el general Valencia secunda el movimiento en la capital. Santa Anna deja madurar la revuelta y se suma a ella cuando ha cobrado suficiente fuerza. En Tacubaya, los tres jefes victoriosos firman las bases del nuevo gobierno. Una junta nombra presidente provisional a Santa Anna.

1842. Ejerce una dictadura militar con fachada democrática. Entierra con gran pompa su pie amputado en el cementerio de Santa Paula. Impone préstamos forzosos a la Iglesia con el pretexto de obtener fondos para una nueva compañía militar en Texas. Apuesta grandes cantidades a los gallos en el palenque de San Agustín. Yucatán proclama su independencia. Santa Anna ordena a su ministro de Guerra, Tornel, disolver el Congreso, mientras él toma vacaciones en Manga de Clavo.

1843. De vuelta en México retira el mando de las tropas a Valencia y Paredes. Una junta legislativa promulga las Bases Orgánicas, una nueva Constitución de carácter centralista.

1844. Inaugura el Teatro Santa Anna y devela su propia estatua en la Plaza del Volador. Muere Inés de la Paz, su esposa, y al mes de su entierro contrae matrimonio con la jovencita Dolores Tosta. En el Congreso, el diputado

Llaca lo censura por la corrupción y el despilfarro de su gobierno. El general Paredes se levanta en armas en Guadalajara, otros comandantes apoyan el alzamiento; cuando Santa Anna sale de la capital a combatir a los rebeldes, la multitud enardecida derriba su estatua, desentierra su pie y lo patea por las calles.

1845. Gobierno provisional de José Joaquín Herrera. Cuando Santa Anna intenta huir del país, cae prisionero. El nuevo Congreso decide desterrarlo a Venezuela, pero él ignora la sentencia y se queda en Cuba. El Congreso de Estados Unidos aprueba la anexión de Texas. El presidente Herrera envía al general Paredes a defender la frontera norte, pero en vez de combatir al invasor, Paredes se levanta en armas contra el gobierno.

1846. El presidente Polk declara la guerra a México y ordena a Taylor cruzar el Río Bravo, mientras una escuadra naval bloquea el puerto de Veracruz. En Cuba, Santa Anna ofrece al almirante Mackenzie colaborar con el gobierno de Estados Unidos si se le permite la entrada a México. Un alzamiento federalista derriba a Paredes y proclama presidente a Santa Anna, que encabeza un gobierno apegado a la Constitución de 1824, es recibido como salvador de la patria y entra a la capital acompañado por el vicepresidente Gómez Farías.

1847. Santa Anna se enfrenta con Taylor en la batalla de La Angostura, a punto de vencer, tiene que retirarse por falta de bastimento. En México, los polkos¹⁵ se sublevan contra el gobierno provisional de Gómez Farías. Santa

¹⁵ Los denominados polkos eran civiles que formaron cuerpos de la Guardia Nacional de la ciudad de México, cuyos orígenes sociales (clase alta), pero sobre todo sus creencias religiosas y políticas, los hicieron chocar con el gobierno de Gómez Farías. El origen del término "polko" se debe a que muchos de los jóvenes miembros de estos cuerpos tenían gran gusto por las entonces populares "polkas". El apelativo (polkos) lo recibieron antes

Anna vuelve a la capital y destituye al vicepresidente para calmar los ánimos. Luego marcha a Cerro Gordo, donde el general Scott desbarata al ejército mexicano. Puebla es ocupada sin resistencia y el invasor avanza a la capital. Derrota de Valencia en Padierna, toma de Chapultepec y de Molino del Rey. A mediados de septiembre se iza la bandera norteamericana en Palacio Nacional. Santa Anna trata de continuar la guerra en las inmediaciones de Puebla, pero el presidente provisional Peña y Peña le quita el mando del ejército.

1848-1852. México firma con Estados Unidos los tratados de paz de Guadalupe Hidalgo, en los que cede al invasor los territorios de Colorado, Nuevo México y California. Acusado de traición por los liberales, Santa Anna obtiene un salvoconducto para salir del país y se refugia en Kingston, Jamaica. Dos años después se muda a Turbaco, un pueblo de Nueva Granada (hoy Colombia). Sus inversiones agrícolas activan la economía regional y el pueblo lo ve como un benefactor.

1853. Una sublevación depone al presidente Mariano Arista. El gobierno pasa a Juan Bautista Ceballos, que entrega el poder al general Manuel Lombardini, adicto a Santa Anna, quien manda una comisión de notables a Turbaco para suplicarle que vuelva a la presidencia. Con la asesoría del intelectual conservador Alamán, Santa Anna asume el poder; luego acepta el título de Alteza Serenísima y negocia la venta de La Mesilla con el embajador norteamericano Gadsden.

1854. Santa Anna manda cerrar todos los periódicos de oposición y destierra a los liberales. Se rodea de un boato imperial. Reglamenta

de que se produjera el levantamiento armando; curiosamente se suelen asociar con traidores, pues su apelativo comparte por pura casualidad el apellido del presidente de los Estados Unidos de aquella época: James K. Polk.

meticulosamente el protocolo de las cenas palaciegas y el diseño de los uniformes militares, mientras crece el descontento popular. El caudillo Juan Álvarez se subleva en Ayutla. Con ayuda de Ignacio Comonfort lanza una proclama en la que desconoce a Santa Anna y achaca todos los males del país a sus corruptelas escandalosas.

1855. La revolución de Ayutla se extiende a los estados del Bajío y del centro. Santa Anna recrudence la represión y ordena arrasar los pueblos que den refugio a los insurrectos. Unas elecciones amañadas lo confirman como presidente vitalicio, pero la causa de los rebeldes sigue ganando adeptos, y aunque el partido conservador le pide mantenerse, Santa Anna huye a Veracruz con su familia y toma un vapor a Turbaco.

1856-1859. Una revolución acaudillada por el liberal Tomás Cipriano de Mosquera lo obliga a cambiar de residencia y se instala con su familia en la isla de Santo Tomás (Bahamas).

1859-1862. Durante la Guerra de Reforma, Santa Anna simpatiza con el bando conservador. La victoria de los liberales lo decepciona.

1863. Los conservadores vencidos en la Guerra de Reforma acuden a Napoleón III y le piden que intervenga para colocar en el trono de México a un príncipe extranjero. Santa Anna sostiene correspondencia con Gutiérrez Estrada, encargado de las negociaciones, y con Maximiliano de Habsburgo, a quien asegura que el pueblo mexicano lo recibirá con los brazos abiertos.

1864. En febrero, cuando los franceses ya dominan la mitad del país, Santa Anna desembarca en Veracruz. Los invasores le hacen firmar un papel donde se compromete a no intervenir en política, pero él no puede refrenar su

protagonismo y dirige un manifiesto a la nación donde apoya a Maximiliano. El manifiesto disgusta al mariscal Bazaine, quien lo obliga a reembarcarse.

1865-1866. Desde Santo Tomás sigue las incidencias de la guerra contra el imperio. Es enemigo de Maximiliano y se alegra cuando Napoleón III empieza a retirar sus tropas de México.

1867. Conoce al aventurero colombiano Darío Mazuera, quien se gana su confianza con adulaciones. Santa Anna lo manda a Washington para gestionar con el Secretario de Estado Seward, un préstamo que le permita volver a México a la cabeza de una expedición militar. Zarpa rumbo a Nueva York, donde descubre el engaño de Mazuera, que jamás se entrevistó con Seward. Pide un crédito para comprar armas al Húngaro Naphegy, quien también lo estafa. Al enterarse de que Maximiliano está derrotado trata de volver a México; primero intenta desembarcar en Veracruz y luego en Yucatán, donde el capitán de la plaza lo toma preso. Es conducido a San Juan de Ulúa, donde pasa tres meses en un calabozo. Se le sigue un proceso por traición a la patria y a pesar de las evidencias que demuestran su apoyo a Maximiliano, los jueces le conmutan la pena capital por ocho años de exilio.

1868-1873. Vende sus propiedades en Santo Tomás para pagar sus deudas y se muda a República Dominicana. De ahí se traslada a Nassau y escribe sus memorias.

1874-1876. Vuelve a México gracias a una amnistía decretada por el presidente Lerdo. Se instala en su casa de Bergara (hoy Bolívar 14). Las cataratas lo han privado de la vista y no puede salir solo a la calle, recibe las visitas de los viejos santanistas. En 1876 enferma de diarrea crónica y muere el 21 de junio, a la edad de 82 años.

Perspectivas sobre Santa Anna en su época

Para enriquecer más la perspectiva histórica sobre Santa Anna, se presentan a continuación diferentes opiniones de personajes contemporáneos al caudillo, opiniones que versan desde las características físicas o el carácter del mismo, hasta los eventos importantes de la época.

Frances Erskine Inglis o Madame Calderón de la Barca (1804-1882) vivió en México por dos años, de 1840 a 1842, acompañando a su esposo Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México, nombrado después de que España reconociera la Independencia de México en 1836. Su obra La vida en México, durante una residencia de dos años en ese país fue resultado de la correspondencia que mantuvo durante su estancia en México con amigos y familiares y fue publicada por primera vez en Boston en 1843. Madame Calderón de la Barca hace referencia directa a Santa Anna en su quinta carta, al describir al personaje, a quien conoce en la hacienda Manga de Clavo, casi recién llegada al país:

Poco después hizo su entrada el general Santa Anna en persona. Muy serio, de buen ver, vestido con sencillez, con una sombra de melancolía en el semblante, con una sola pierna, con algo peculiar del inválido, y, para nosotros, la persona más interesante de todo el grupo. De color cetrino, hermosos ojos negros de suave y penetrante mirada, e interesante la expresión de su rostro. No conociendo la historia de su pasado, se podría decir que es un filósofo que vive en digno retraimiento, que es un hombre que después de haber vivido en el mundo, ha encontrado que todo en él es vanidad e ingratitud, y si alguna vez se le

podiera persuadir en abandonar su retiro, sólo lo haría, al igual que Cincinato, para beneficio de su país. Es curioso cuán frecuente es encontrarse una apariencia de filosófica resignación y de plácida tristeza en el semblante de los hombres más sagaces, más ambiciosos y más arteros. Calderón le entregó una carta de la Reina, escrita en el supuesto de que todavía era Presidente, la cual pareció complacerle mucho, pero que sólo suscitó de su parte una inocente observación: “¡Qué bien escribe la Reina!” [...] sus modales revelaban calma y caballerosidad, y en conjunto resultó ser un héroe mucho más fino de lo que yo me esperaba. Si hemos de juzgar por el pasado, no habrá de permanecer largo tiempo en su actual estado de inacción, ya que además, según Zavala, posee en su interior “Un principio de acción que le impulsa siempre a obrar”. (30)

Es interesante que Calderón de la Barca realice una descripción tan positiva del héroe mexicano, conociendo su historia y contrastando esta opinión con la de tantos otros contemporáneos del militar. Por otro lado, en su obra la autora no sólo describe a Santa Anna sino momentos importantes de la Historia de México en donde participa el mismo, por ejemplo el pronunciamiento que pone fin al gobierno de Bustamante:

Si hacemos caso de las diferentes opiniones que corren, parece que es tan impopular Bustamante como lo son Santa Anna y Valencia, y que la verdadera voluntad de la Nación se inclina: primero, por la inmediata convocación de un Congreso Constituyente, y segundo, a que Santa Anna no gobierne, aunque

es preciso que Bustamante renuncie para elegir a un Presidente provisional.

Escribe Santa Anna exteriorizando su disgusto por el hecho de que Bustamante, al asumir las facultades extraordinarias, ha conservado el mando del ejército sin dejar la presidencia, violando así la Constitución. Lo cual no deja de tener gracia, pues él viene precisamente a destruirla [...] Los extranjeros, en general, se muestran partidarios de Santa Anna, y los mexicanos, de Bustamante; pero todos sufren por igual las consecuencias.

(364)

Calderón de la Barca es testigo de la evolución y culminación del pronunciamiento en contra de Bustamante:

“Capitulación.” Santa Anna ha triunfado. Ayer en la tarde entró solemnemente a la ciudad de México, marchando los generales Valencia y Canalizo a la cabeza de las fuerzas aliadas. No se oyó ni un *viva* mientras paseaba por las calles; ni después cuando leyó su discurso ante el Congreso. Cantóse un *Te Deum* hoy en la mañana en la Catedral; el Arzobispo le recibió como a un nuevo Presidente [...] tan luego como dieron fin las ceremonias de la mañana, se volvió Santa Anna al Palacio Arzobispal de Tacubaya, residencia que prefiere al Palacio de México. El regreso a dicho sitio, después de su entrada triunfal, se verificó en *Roí*: un séquito de espléndidos carruajes con magníficos caballos que iban a todo galope, y el coche del General lucía un tiro de cuatro hermosos caballos blancos [...] bizarros ayudantes y una

numerosa escolta de caballería. Y así concluyó la Revolución de 1841, mas no sus efectos. (377)

Es interesante notar como la autora ha captado el ambiente de la época, los acontecimientos políticos y militares, pero también los “rumores” u opiniones de los ciudadanos; los detalles de las ceremonias y la ironía de todos estos elementos.

Carlos María de Bustamante (1774 -1848) fue abogado y periodista, insurgente e historiador, legislador y político; perteneció a la generación de mexicanos que vivieron a caballo entre dos mundos: la Nueva España, floreciente y vital, pero autoritaria, y el México independiente, en bancarrota, en desorden y amenazado por los poderes extranjeros. Carlos María fue un republicano y católico ferviente; convencido de que el federalismo no era el sistema adecuado para la nueva república, se opuso siempre a su establecimiento. Por sus varias obras, pero sobre todo por su *Diario*, que escribió de 1822 a su muerte en septiembre de 1848, la historiadora Josefina Zoraida Vázquez lo califica, en el prólogo a la obra de Bustamante, como “la fuente más importante para conocer los acontecimientos de uno de los periodos decisivos para México, los cuarenta años de 1808 a 1848” (18). Por supuesto que en este recuento de los acontecimientos y personajes importantes en el México de la época, no podía faltar Santa Anna de quien Bustamante escribe: “ha nacido para servir de azote a los mexicanos”. Específicamente en la obra El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea, Historia de la invasión de los angloamericanos en México, Bustamante inicia así el primer capítulo:

Aunque el asunto principal de esta historia es referir la invasión hecha en gran parte de la República por los americanos, yo no

llenaría mi objeto si no partiese de este principio: El general Santa Anna en todas las épocas funestas de su administración usurpada ha perdido la República y la ha consumado en la presente degradándola, envileciéndola, y haciéndola al fin esclava y feudataria de los Estados Unidos. (49)

Con las citas anteriores es claro el mal concepto que Bustamante tenía de Santa Anna, sin embargo cambia el tono cuando defiende las acciones del país frente a la potencia invasora; en la introducción del Nuevo Bernal... justifica la derrota de Santa Anna en Texas y cuestiona la actuación del general Filisola:

El ejército del general Santa Anna que llevó a Texas, no excedía de diez mil hombres, y esto se puede también probar. Una de las primeras funciones de guerra que hizo, fue sitiar y tomar por asalto el fuerte del Álamo, donde perdió más de 600 hombres. Después avanzó por el centro y por la costa conquistando todo el país; y en San Jacinto, ya cerca de los límites de Texas, un azar de la guerra le quitó todo el fruto de la campaña. El ejército que quedó al mando del general Filisola constaba de más de cinco mil hombres, y con él podía aún haber destruido a la fuerza que atacó al general Santa Anna cuando cayó prisionero. Diréis que por qué no lo hizo. El general Filisola, en calidad de extranjero, no se resolvió a obrar como debía y lo prevenían las leyes militares, y se retiró a la frontera. (35)

Bustamante exonera a Santa Anna de esta derrota que muchos consideraron una grave traición para la patria y acusa a Filisola de abandonar a Santa Anna a su suerte y con ello, de traición. Sin embargo, en la mayor parte

de su obra, Bustamante presenta a Santa Anna como el “más detestable de los culpables” de los males de México:

En breve comenzó Santa Anna a ver realizado su detestado proyecto de la federación de 1821, pues en cada federalista veía un enemigo personal; pero este nuevo *Proteo* cambió de ideas por los *tratados secretos que celebró con el presidente Jackson, y tres millones de pesos que se asignaron para el que sojuzgase a México*, y le proporcionase el modo de vengarse del día 6 de diciembre. Puesto de acuerdo con Farías, Rejón y la comparsa de malvados, el 22 de agosto publicó por bando solemne, salvas de artillería y repique general en México, el restablecimiento suspirado por los neoyorkinos, de la ley de la federación. (299)

Bustamante es obviamente subjetivo al presentar a la federación como el mayor mal de la república y a todos los hombres comprometidos con este proyecto como “malvados”, pero además acusa a Santa Anna de traición al haber estado de acuerdo con el gobierno de EE.UU. para venderle California. En su obra, Bustamante no sólo presenta y juzga a los principales actores políticos y sociales de la época en México; sino que además también retrata los detalles de los momentos históricos del país, por ejemplo cuando describe la entrada a la ciudad de México de Santa Anna con Gómez Farías en 1846:

A la una y media de la tarde anunciaron su llegada las campanas de la Catedral, viniendo por San Lázaro. Entró por las calles del Hospicio, Tacuba, Santa Clara, Vergara y Plateros hasta palacio. Dejose ver en su carretela vestido con un frac mezclilla, una cachucha, repantigado y mirando con desdén y ceño torvo los

objetos que se le presentaban. Parecióme que les decía en el fondo de su corazón: “Mirad y contemplad, mexicanos petates, al mismo hombre que en la tarde de 6 de diciembre de 1844 llenasteis de injurias hasta agotar el idioma de ellas; mirádo ahora rodeado de esplendor y de aplausos, y obscurecido con una nube de incienso que quemáis a sus pies, no habiendo hecho para recibirlo otra cosa que pasar a La Habana a jugar gallos y tirar las onzas de oro, sangre vuestra, y de que he disfrutado a placer”. (306)

Bustamante, no se limita a la descripción medianamente objetiva de lo que ve, sino que lee el pensamiento de Santa Anna y supone palabras de orgullo y desprecio por el pueblo mexicano, con lo que termina de presentar al “más detestable de los culpables”.

En 1848 se publican por primera vez en México los Apuntes para la Historia de la Guerra entre México y los Estados Unidos, obra que surge como una colección de artículos o secciones, que en orden cronológico presenta los sucesos de la guerra que más habían impresionado a sus autores: funcionarios, militares, periodistas y hasta secretarios de estado; nombres tan importantes en la Historia mexicana como Guillermo Prieto (1818-1897), Manuel Payno (1810-1894), José Ma. Iglesias (1823-1891), Ignacio Ramírez (1818-1879), por mencionar a algunos de los quince autores; quienes reunidos en Querétaro intentaron narrar con “apego a la verdad y la mayor imparcialidad posible” los principales sucesos de la guerra:

Diremos una palabra más acerca de la imparcialidad que hemos querido que domine en nuestros “Apuntes”. Entre nosotros hay

personas que juzgan con dura severidad la conducta del general Santa Anna; otras, exaltadas contra los vicios del ejército, así como individuos demasiado indulgentes con el uno y con los otros: en estos casos cuando divididas las opiniones no ha sido posible determinar con claridad un hecho, se ha procurado decidir, respetando siempre la verdad histórica, por los que han opinado con mayor indulgencia. (Alcaraz 33)

Esta cita corresponde a la Introducción hecha por los redactores de la obra, a pesar de esta declaración de “indulgencia” y apego a la verdad histórica, en 1853 se confiscaron y destruyeron los ejemplares que circulaban en el país por orden del dictador Santa Anna, quien califica a esta obra como:

Altamente ofensiva al decoro de la República, cuyos gloriosos, aunque malogrados esfuerzos se oscurecen con malignas reticencias y estudiadas atenuaciones, a la vez que se adulteran exageradamente cuantos hechos pueden contribuir al desdoro del ejército nacional y a la mengua de su caudillo¹⁶.

Obviamente Santa Anna se siente atacado personalmente y en las instituciones que dirige por las afirmaciones de los autores de los Apuntes para la historia..., a pesar de la intención de estos de mantenerse imparciales ante los hechos que narran; a lo largo de la obra se pueden encontrar momentos en los que se califica a Santa Anna positivamente como cuando regresa a la ciudad de México tras la revuelta de los “polkos” en 1846:

La mañana del 21 de marzo, el general Santa Anna llegó a Guadalupe, é inmediatamente cesaron los fuegos. Pedraza fue

¹⁶ Oficio para la confiscación y destrucción del libro, que se incluye en la página 34 de la edición de los Apuntes (...) de Conaculta.

puesto en libertad, y las familias respiraron después de tantos días de peligro y de calamidad, bendiciendo al hombre que tantas veces ha sido el objeto de las bendiciones y de las maldiciones de los habitantes de México. (Alcaraz 187)

Santa Anna logra equilibrar la balanza de los poderes del país y pacificar la ciudad que ya tenía varios días sufriendo una guerra civil entre el gobierno liberal de Gómez Farías y las fuerzas de los conservadores o “polkos”, y los autores de los Apuntes [...] se lo reconocen; pero también hay pasajes en la obra en los que se hace notar la falta de pericia militar del general:

Nuestros lectores habrán extrañado el que no mencionemos en todo este conflicto al general Santa Anna. Es porque después de haber formado el día 7 su magnífica línea, y de haberla destruido en la noche del mismo 7, se retiró a dormir a Palacio, y al amanecer marchó a la garita de la Candelaria, punto que creyó debería ser atacado. La acción, pues, del Molino del Rey careció de general en jefe. (Alcaraz 351)

Santa Anna organiza la línea para la defensa de la ciudad de México, sin embargo él mismo la destruye al dar órdenes diferentes y al “retirarse” a dormir, abandona el campo de batalla y deja sin dirección al ejército mexicano que sufre una grave derrota frente al ejército de EE.UU. A juicio de los autores de los Apuntes [...] Santa Anna no ha entendido al enemigo, ni ha sabido crear un plan de defensa de la ciudad:

Desgraciadamente el general Santa Anna, que en todos los acontecimientos de esta guerra no ha comprendido ni el punto vulnerable del enemigo, ni el suyo, ni la ocasión en que ha debido

darse un ataque decisivo, juzgó que Chapultepec no sería asaltado, y por lo tanto no lo reforzó, contentándose con defender el desemboque de las calzadas de Anzures y la Condesa.

(Alcaraz 364)

Es entendible que al estar de nuevo en el poder haya sido muy incómodo para Santa Anna saber de estas acusaciones tan directas sobre su falta de pericia en las artes marciales y por lo tanto haya decidido la confiscación de los Apuntes para la Historia de la Guerra entre México y los Estados Unidos.

Otra de las obras más importantes con las que se cuenta actualmente para hacer el recuento histórico de los principales hechos de la guerra de México con EE.UU. es Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces de José María Roa Bárcena (1827-1908), quien logra con su obra un testimonio excepcional de lo que significó para la mentalidad conservadora mexicana de aquel entonces la presencia de Estados Unidos en el país, durante los primeros años de la Historia de México como nación independiente.

Roa Bárcena reconstruye no sólo la trama de los acontecimientos políticos y militares, sino de forma más delicada el honor herido y la pérdida de valores que sufren los vencidos. Como jefe del ejército mexicano, Santa Anna ocupa muchas páginas del libro de Roa Bárcena, quien por un lado cuestiona diversos aspectos de su conducta, pero que en más de una ocasión hace una apología de su figura, y lo considera incapaz de traicionar a México:

Con el empeño y actividad que le eran geniales se dedicó Santa Anna a la organización e instrucción de las tropas en Orizaba. Ya el 1º de mayo había dirigido varias comunicaciones al gobierno

pidiéndole vestuario, armamento y recursos pecuniarios “para cubrir –decía—las necesidades de este ejército que con mil trabajos y afanes se está reorganizando en esta ciudad”. (340)

Roa Bárcena intenta presentar las versiones contrarias sobre la actuación de Santa Anna en esta guerra:

Fuese con el objeto de impedir en lo posible la pérdida de Puebla organizando su defensa, como él aseguraba; o bien, como dijeron sus enemigos, por aproximarse a México y desbaratar las intrigas que para despojarle de la presidencia de la República y del mando del ejército se fraguaban aquí desde los días siguientes a la derrota de Cerro Gordo, Santa Anna dio en Orizaba la orden de marchar hacia Puebla. (341)

Al presentar en su obra el estado de la sociedad de la época, para Roa Bárcena es importante mencionar que mientras a Santa Anna se le niega cualquier ayuda para la defensa de la ciudad de Puebla, a los invasores se les recibe con una verbena popular:

Aunque al principio solamente la plebe obstruía las calles presenciando la llegada de los hijos del Norte, a poco, dominando la curiosidad y el interés al temor, se abrieron y llenaron de gente los balcones, se improvisaron por todas partes vendimias, y una masa compacta de seis u ocho mil personas rodeó a la infantería que descansaba en la plaza, y se confundió con los soldados, que empezaron desde luego a comunicarse y fraternizar con los hijos de la tierra. (351)

La caída de Puebla sin defensa en poder del ejército americano causó escándalo y pena en todo el país, aunque el estado había enviado a la defensa de Veracruz los recursos humanos y monetarios que tenía a mano, todos se preguntaban ¿por qué se había dado por vencida la ciudad que unos años antes, en 1844, había detenido al ejército de Santa Anna, que era doble en número que el del general Worth? Roa Bárcena intenta una explicación:

La anarquía, el desorden y las contiendas fratricidas de tantos años acaban por enervar el ánimo de los pueblos, convertidos en víctimas de los ambiciosos y de los trastornadores. Preciso es que nuestros políticos se convenzan de que la patria no es el ser abstracto que sirve de pretexto a sus combinaciones e intrigas; para la gran mayoría de sus hijos es la familia, el hogar, el templo, el taller [...]. (355)

Roa Bárcena defiende a Santa Anna de las acusaciones de traición que presentó por escrito en agosto de 1847 el diputado Ramón Gamboa al Congreso, por un lado explicando con detalle las acciones militares y por otro con reflexiones como las siguientes:

Esto último, como lo relativo al abandono de Puebla y del camino hasta México y a la falta de auxilio a Valencia, acusará capricho, ignorancia, error, y hasta rencor y envidia; pero no traición [...] lo demás de la acusación no parece fundarse tanto en la maldad intrínseca de los actos del acusado, cuanto en no haber adoptado y seguido el plan del acusador, y en el éxito desgraciado de los esfuerzos de Santa Anna. (530)

La acusación de Gamboa, según Roa Bárcena, resumió la actitud del vulgo, “patriota, pero ininteligente”, respecto de Santa Anna. Además el autor hace hincapié en lo que significó esta acusación en momentos tan difíciles para el país; el agravio y descrédito del jefe de la nación, fueron factores que definitivamente resultaron en la desconfianza y el desaliento del pueblo y del ejército en presencia del invasor.

Guillermo Prieto (1818-1897) escritor, cofundador de la célebre Academia de Letrán en 1836, y político liberal, inició en 1886, a sus casi setenta años de edad, la redacción de su obra Memorias de mis tiempos (1906), en la que logra un recuento del México del siglo XIX, tanto en el ámbito privado como en el público y a veces combinando los dos. Es en el área pública de su narración donde por supuesto se encuentran varias páginas sobre Santa Anna, imprescindible personaje de la Historia de la época:

Oía como entrecortados rumores los nombres de Santa Anna y de Farías que ocupaban alternativamente el poder, como dos empresarios de compañías teatrales, el uno con una comitiva de soldados baladrones e ignorantes, tahúres y agiotistas desaliñados, y el otro con algunos eminentes liberales, pero con su cauda de masones, de patriotas anárquicos y de gente de acción que era un hormiguero de demonios; pero eso sí, cada uno con su virgen de Guadalupe y su plan de regeneración entre cuero y carne. (57)

El historiador juzga a los dos encargados del poder como dirigentes de “compañías teatrales”, toda la confusión política parece una puesta en escena a

los ojos del pueblo y los dos bandos representados por Santa Anna y Gómez Farías, militares y liberales, son juzgados negativamente.

Guillermo Prieto no sólo juzga a los otros, sino que a él mismo como actor político y participe en momentos decisivos de la Historia de México:

Ya se deja entender el desairado desenlace del movimiento de los polkos, y la vergüenza y humillación con que debe cubrirnos a los que arrojamos ese baldón sobre nuestra historia en los días de más angustia para la Patria. Otro alegraría su poca edad, su inexperiencia, el influjo poderoso de entidades para mí veneradas...Yo digo que aquella fue una gran falta...que reaparece más,...más horrible a mis ojos, mientras más veces me fije en ella...esa vergonzosa revolución fue hija del partido moderado. (344)

El autor se reconoce culpable de haber participado en la revuelta de los polkos, en donde se luchó entre poderes del país; en lugar de preparar la defensa de México contra la invasión de Estados Unidos.

Sobre el bienio (1853-1855) en que Santa Anna fue dictador, Guillermo Prieto escribe en sus Memorias, que a pesar de las paradas espectaculares, las funciones teatrales, el boato y el derroche que rodearan al tirano, con caballeros de la orden de Guadalupe y otros títulos que adornaban a la “gente decente”, la corrupción alcanzó magnitudes increíbles hasta en los últimos sitios de Palacio:

La crónica escandalosa hablaba de escenas verdaderamente asquerosas, de rapiña, de juego, de seducción y de maldades, y villanías que en último resultado costeara el gobierno, hospedándose en el presupuesto hijos de viudas seductoras,

advenedizos oficiales, nombrados o ascendidos en las batallas de las sobremesas, y favoritos beneficiados con comisiones. (463)

Y específicamente sobre el comportamiento del dictador, Guillermo Prieto afirma:

Santa Anna, verdaderamente ebrio con las adulaciones de la prensa, con las exageradas ponderaciones de su talento, y su heroísmo, se creyó como con una especie de ciencia infusa para no pedir consejo en materia alguna, decidiendo, según las inspiraciones de su soberbia, de su suficiencia y de su ignorancia. Las personas que lo trataban muy de cerca, decían que del solo libro que podía dar razón, aunque imperfectamente era La Casandra, y en su conversación cuando decía demagogos por demagogos, sección de la cámara por sesión y dracma por drama, y otras barbaridades; se conocía que en el poder había olvidado aun lo aprendido en la escuela. (463)

Juicio duro el presentado por Guillermo Prieto, pues no sólo acusa a Santa Anna de corrupción, soberbia e ineptitud frente al gobierno, sino que además lo ridiculiza al presentar ejemplos de sus frecuentes errores cometidos y que mostraban su gran ignorancia.

Justo Sierra (1848-1912) escritor, historiador, periodista, poeta y político; pero sobre todo educador. De 1900 a 1902 dirige la obra México: su evolución social, que con la autoría de varios escritores hace un recorrido por la Historia de México, desde la época precolombina hasta el momento de su elaboración. Justo Sierra colabora con un ensayo que después sería reeditado con el título Evolución política del pueblo mexicano, donde el historiador hace un recorrido

por el Siglo XIX de México, recuperando los acontecimientos históricos, los personajes claves y haciendo una reflexión sobre todos los elementos que causaron la evolución de la nación.

Santa Anna aparece en la primera parte del ensayo de Justo Sierra, a la que el autor titula “La anarquía (1825-1848)”, el personaje histórico es presentado bajo el siguiente tono:

El general Santa Anna era un hombre que tenía la cantidad de inteligencia que se necesita para procurar todo su desarrollo a la facultad compuesta de disimulo, perfidia y perspicacia que se llama astucia. Sumamente ignorante, no carecía del don peregrino de devolver a sus consejeros, como suyos, los pensamientos que le habían comunicado; inmensamente ambicioso, con una ambición centuplicada por la convicción de que él era el fundador de la República y de que ejercía un derecho conquistándola; esa ambición era su religión única, amasada con un poco de superstición católica y de creencia ingenua en sí mismo y en su papel providencial. Vanidoso como un mulato, era sumamente accesible a la adulación, y el incienso lo mareaba y ensoberbecía, hasta inflarlo como a un sultán africano; sin principios de ningún género, sin escrúpulos de ninguna especie, gozando de prestigio inmenso entre la tropa, que lo sentía suyo; ajeno a la ciencia militar, pero capaz de acometer cualquier empresa política o guerrera, sin tener para ello más cualidades que las de comunicar su fuego al soldado, arrostrar al impávido peligro y despremiar toda precaución. Este

ídolo del ejército permanente no pudo ser nunca, como militar, más que un coronel de guardia nacional. (209)

Es claro el juicio condenatorio de Sierra: Santa Anna fue, desde la perspectiva “científica” de inicios del siglo XX, un hombre astuto pero ignorante, al cual sólo movía su ambición. Justo Sierra es el creador del sobrenombre de “seductor de la patria” para Santa Anna, a quien también acusa de creer “que la patria era, no su madre, sino su concubina” (Sierra, 223). Aunque es claro que el historiador encuentra muchos más defectos que virtudes en Santa Anna, cabe mencionar que Justo Sierra reconoce que todo el pueblo mexicano o grupos como “los jarochos”, comparten la mayoría de éstos; por lo que Santa Anna no está solo, es parte de una nación. También es interesante que Justo Sierra no acuse a Santa Anna de traición, como otros historiadores, sino de impericia militar:

¿Qué traía este hombre, en quien las masas populares, que frecuentemente lo habían vilipendiado y arrastrado sus estatuas y enrolado sus trofeos, se empeñaba en ver un mesías? ¿Qué traía este defraudador de todas las esperanzas, este defensor de todas las causas que sirvieron a su avidez y a su ambición, qué traía a aquella situación desesperada, a aquel ejército de antemano vencido por la desnudez y el hambre, sin confianza en sus oficiales y sin fe en el triunfo? Traía una intención: la de ser, rescatando todas sus faltas, un soldado, nada más que un soldado de la patria. Por desgracia, ese soldado jamás pudo ser un general, e iba a ser el generalísimo. (240)

Justo Sierra cree que ante la invasión de EE.UU. a México, el ejército estaba vencido desde antes de iniciar las batallas por la falta de preparación, porque no contaba con los recursos económicos para enfrentar al invasor. Santa Anna, para Sierra, es un mal general, que no sabe organizar o dirigir las batallas; pero no es un traidor a la patria. El historiador reconoce la importancia de Santa Anna como personificación de muchos de los problemas de la sociedad mexicana y como actor central de la Historia de México, que con su desaparición cerraba un ciclo: “la tragedia perdía su protagonista; lenta, pero resulta y definitivamente, otro periodo histórico, otra generación, otra República iban a entrar a escena.” (270)

Para terminar el recorrido de la época del personaje, se presentarán algunas notas de las memorias que el propio Santa Anna escribió (1874) con el título General Antonio López de Santa Anna. Mi historia militar y política. 1810-1874. Memorias¹⁷. En estas memorias, el general explica con sus propias palabras sus actos y decisiones, busca restablecer su honor y marcar la importancia de sus contribuciones a la nación:

He dado alguna explicación de los servicios con que contribuí a la libertad de mi patria no obstante su notoriedad, por haber notado que algunos de mis paisanos se empeñan malignamente en suprimirlos o desfigurarlos en sus escritos, siendo de los más empeñados en esta maldad, ¡cosa increíble!, los hijos de aquellos

¹⁷ Memorias que permanecieron inéditas hasta 1911 cuando Genaro García y Carlos Pereyra consideraron que era necesario dar a conocer la historia militar y política de Santa Anna, por la “incontrastable influencia política que dicho general, a pesar de sus gravísimas faltas ejerció en México hace más de medio siglo” (López de Santa Anna 11). García estaba seguro de que nadie podría desconocer la extraordinaria importancia de las memorias y advirtió que la impresión estaba hecha a partir de una copia que su amigo bibliógrafo y canónigo Vicente de P. Andrade sacó del texto autógrafa.

patriotas que en días venturosos me abrazaban arrebatados de contento y vitoreaban mi nombre. (17)

Santa Anna reclamó en más de una ocasión el haber sido él quien declaró a México una república y lo explica así:

Vi al absolutismo en toda su fiereza y me sentí luego alentado para entrar en lucha con él. Decidí en ese momento ocuparme seriamente de reponer a la nación en sus justos derechos. El cumplimiento de mi resolución demandaba sacrificios y grandes esfuerzos, y yo ninguno excusé. Velozmente me presenté en Veracruz y hablé al pueblo, y al frente de mis soldados proclamé la república el día 2 de diciembre a las cinco de la tarde. (19)

La ponderación de sus “sacrificios” por la patria es una constante a lo largo de toda la obra, al igual que el remarcar su temeridad y valentía a la hora de luchar en el campo de batalla:

Una campaña difícil había que emprender indispensablemente, y buscábase un general experto para encargársela. En mi edad ardiente, dominándome una noble ambición, cifraba mi orgullo en ser el primero que saliera a la defensa de la independencia, del honor y de los derechos de la nación sin que las dificultades me detuvieran. Conmovido por tales ideas, tomé a mi cargo esa campaña, prefiriendo los azares de la guerra a la vida seductora y codiciada del Palacio. (Santa Anna 32)

Este párrafo puede ejemplificar el tono de la obra, donde Santa Anna se presenta siempre guiado por nobles sentimientos al tomar decisiones

importantes para la nación. Sobre el bienio de su dictadura (1853-1855) Santa Anna escribe:

La moralidad brillando en todos y cada uno de los decretos y disposiciones del gobierno de esa época demuestran claramente que en cuanto interesaban a la seguridad de la nación, a los adelantos materiales, a su bien y a su gloria, mi gobierno puso allí su mano. (78)

Contraste notable con el concepto expresado por otros autores, como Guillermo Prieto, ya citados en este apartado. La desgracia o la traición de algunos militares, son los culpables de sus derrotas en el campo de batalla: “dejo asentado que en esta injusta guerra promovida por nuestros vecinos del norte, la desgracia pesaba constantemente sobre los mexicanos; fíjese la atención en los acontecimientos que siguen y se verá este aserto confirmado”. (Santa Anna 56) Nunca su falta de visión o pericia y mucho menos una traición a la patria.

Para explicar la venta de la Mesilla, por la cual se le ha acusado también de traición y se ha ganado el mote de “vende patrias”, Santa Anna hace la siguiente reflexión:

La cuestión de límites con los Estados Unidos se presentaba grave, y llamó mi atención preferentemente. El gobierno de Washington, con la cuchilla en la mano, todavía pretendía cortar otro pedazo al cuerpo que acababa de mutilar horriblemente, y amenazaba con otra invasión. En la situación deplorable del país, un rompimiento con el coloso me pareció desatino, y adopté los medios que el patriotismo y la prudencia aconsejaban: un

avenimiento pacífico [...] quedaba la satisfacción de haber conseguido relativamente por un pedazo de terreno inculto, lo que dieron por la mitad del territorio nacional. (81)

Los diez millones de pesos aprobados por el senado de EE.UU. para pagar por la Mesilla parecen a Santa Anna un pago razonable y hasta ventajoso, ya que piensa que se trata sólo de un terreno inculto, cuando era una zona fértil y próspera en medio del desierto.

Perspectivas contemporáneas sobre Santa Anna

Para tener una perspectiva de Santa Anna como personaje histórico desde el siglo XX se retomarán los comentarios de historiadores contemporáneos mexicanos, por ejemplo José Fuentes Mares (1915-1986) publica en 1982 la cuarta edición de su obra sobre Santa Anna, que en las primeras ediciones apareció con el título Aurora y ocaso de un comediante y que para la cuarta edición se titula Santa Anna, el hombre. Fuentes Mares, historiador, escritor y filósofo, califica su obra como “desmitificadora” y afirma que los hechos e interpretaciones presentados en el mismo están basados en abundantes fuentes documentales, aunque en la cuarta edición no se consigna ninguna. Los críticos han calificado esta obra como biografía novelada y de ella se extraen a continuación algunos fragmentos para comparar la perspectiva con la que presenta al personaje de Santa Anna:

Nunca fue despiadado y, salvo los episodios texanos, no le afama la crueldad. Político intuitivo con atuendo de soldado, era sobre todo un criollo de alma lírica, inclinado a la transacción, demasiado blando para la guerra y demasiado inquieto para la

paz. Genial improvisador de glorias, buscó “coger laureles sin arrancar suspiros”, al menos como regla general; le deslumbró la vida como empresa heroica y, si bien su gloria no resiste análisis, concedámosle al menos que si pudo soñar a su gusto una historia victoriosa fue seguramente porque, con todos sus vicios, resultó superior en su medio humano circundante. (Fuentes Mares 23)

Fuentes Mares reconoce los claroscuros en la personalidad del caudillo, menciona las virtudes junto con los defectos, y concluye que aun con todos sus vicios Santa Anna fue superior al resto de sus contemporáneos, al menos en intuición y decisión. Por ejemplo, en el campo de batalla era un hombre arrojado, aunque no siempre en los mejores momentos:

El artillero de Baudin ignoraba ser el autor de uno de los disparos más costosos de la Historia de México, casi tan oneroso como la siesta de San Jacinto. Aquel tiro –escribe un testigo presencial--, disparado a cien pasos de distancia, fue bien funesto, pues sus proyectiles hirieron gravemente al señor Santa Anna en una pierna. Así, tontamente, acosando con doscientos jarochos a más de mil franceses, se le murió a Antonio López de Santa Anna una parte de su cuerpo. Porque no pudo sobrevivir la pierna herida, amputada luego en Pocitos, de donde ya inválido se le trasladó a Manga de Clavo. (Fuentes Mares 161)

Fuentes Mares califica la maniobra militar de Santa Anna como tonta y compara el evento en Veracruz con el de San Jacinto en Texas, en ambos, Santa Anna es descuidado e irresponsable, según sus enemigos y México tiene que pagar altos costos por ellos:

Así terminó la Guerra de los Pasteles, que si por una parte obligó a México a pagar seiscientos mil pesos que no debía, por otra consiguió la rehabilitación del astro caído. Si el mexicano es un pueblo de sentimentales, ¡cómo no perdonar, a quien, tras de perder una parte de su cuerpo, redactaba un parte digno de los grandes maestros! El 11 de febrero, el Congreso decretó la entrega de una placa y una cruz de piedras, oro y esmalte, con dos espadas cruzadas y enlazadas por una corona de laurel con el siguiente lema: “Al general Santa Anna, por su heroico valor en el 5 de diciembre de 1838, la patria reconocida“. (Fuentes Mares 164)

El autor de Santa Anna, el hombre reconoce que el pueblo mexicano es también culpable de los abusos de Santa Anna, pues al ser “sentimental” perdona sus errores y lo encumbra en el poder una y otra vez. Como otros historiadores Fuentes Mares también acusa de traición a Santa Anna:

En La Angostura, en Cerro Gordo, y luego en la batalla de México, Santa Anna es un campeón desafortunado de la guerra hasta el fin. Todo en apariencia, por supuesto, ya que mediaba su conversación habanera con Slidell Mackenzie, y su decisión de pactar la paz por todos los medios. (217)

Fuentes Mares afirma que la defensa de México, que Santa Anna encabezó, fue sólo una apariencia, porque el general ya se había comprometido en Cuba a lograr la rendición de México a cualquier costo.

Enrique Krauze (1947) publica Siglo de caudillos en 1994, en esta obra hace una revisión de la Historia mexicana del siglo XIX y los caudillos que la moldearon:

El papel protagónico no lo tendrían los ideólogos sino los militares y sus jefes: los caudillos. Ante la fluctuación de proyectos, el idealismo de las leyes y la debilidad e irresolución de las élites civiles, los militares sintieron que su “sagrada obligación” era prevenir la anarquía, evitar que “un déspota cualquiera” se apoderase de las riendas, contribuir a la “salvación nacional”. El experto histórico en estas operaciones de “salvación nacional” sería el hombre que Bolívar consideraba “el más protervo de los mortales”, pero al que el sector políticamente consciente y estratos muy amplios del pueblo adoraron, de modo ciego e inexplicable, por casi tres décadas. Fue el caudillo de caudillos: Antonio López de Santa Anna. (Krauze 125)

Krauze identifica a Santa Anna con el conjunto de caudillos criollos, que los países de Latinoamérica al iniciar su vida independiente tuvieron como constructores de sus destinos, y no bajo un mando de represión militar, sino porque los grupos del poder político, religioso y social dejaron en sus manos las riendas del país; a pesar de sus defectos, que Alamán citado por Krauze resume:

Rara vez los criollos conservaban el orden de economía de sus padres y seguían la profesión que había enriquecido a éstos...desidiosos y descuidados; de ingenio agudo pero al que pocas veces acompañaba el juicio y la reflexión; prontos para

emprender y poco prevenidos en los medios de ejecutar;
entregándose con ardor a lo presente y atendiendo poco a lo
venidero. (126)

Krauze afirma que esta descripción general del carácter de los criollos que Alamán escribió queda como guante al carácter y la figura del caudillo Santa Anna. Por otro lado Krauze abunda sobre la relación entre Santa Anna y México, compara al hombre con el país y ninguno de los dos sale bien librado:

Santa Anna se pronunciaba alternativamente a favor y en contra [de los proyectos políticos], no sólo por oportunismo sino por desorientación, por vacío interior de convicciones e ideas. Era un actor en un país con libretos encontrados. Jugaba a los gallos en un país enviciado con el juego. Apostaba dineros, territorios, ejércitos, en un país que lo esperaba casi todo de la providencia y lo apostaba casi todo a un hombre providencial. Ensayaba papeles en un país que ensayaba proyectos. En un país que era, en sí mismo, un proyecto de nación. (142)

El país en ciernes de nación tiene una serie de vicios que comparte con el dirigente, esperar de la “providencia divina” lo que no se trabaja para ganar, el deseo de apostar todo para ganar, aunque casi siempre se pierde. Santa Anna no es un buen gobernante, primero porque el país no sabe a ciencia cierta hacia dónde se dirige y segundo por su propio carácter:

Prevaleció sobre todos el “genio volcánico” de Santa Anna. ¿Qué papel le tocaba representar desde aquella remota silla presidencial de Manga de Clavo? No el del gobernante ocupado en el manejo cotidiano y concreto de la nación, menos aún el del

legislador que –a la manera de Bolívar—busca imponer sus principios (Santa Anna no los tenía), sino un papel personal por encima de las embrionarias instituciones, una especie de parodia de Washington. (Krauze 132)

Para Krauze el “genio” de Santa Anna es innegable y piensa que si el militar hubiese muerto en el momento de sus victorias (1829, 1838) o incluso en el de sus derrotas (1836 o 1847) habría pasado a la Historia como un héroe, porque todos los sectores de la sociedad de la época vieron en él hasta 1847 al salvador de la patria. Sus defectos y virtudes, los hacía suyos la sociedad que incesantemente lo buscaba y acogía, lo vitoreaba y vilipendiaba; todos en México, fueron en más de un momento santanistas.

Krauze afirma que Santa Anna traicionó innumerables veces a los partidos progresistas y retrógrados, pero no a su patria:

Por ella luchó, bien y mal, al mando de unos cuantos miles de hombres en un país de siete millones. Además, muchos de quienes le pusieron el sambenito se habían cruzado de brazos durante la invasión norteamericana. Se diría que al concentrar la responsabilidad de la derrota nacional en un solo hombre, en un solo acto de “traición”, descargaban con facilidad la culpa ante su propia pasividad en 1847. (136)

El historiador plantea la idea de que al condenar a un solo hombre, a Santa Anna, el resto de la sociedad, y en particular el grupo de los criollos, busca “descargar” la culpa que les corresponde frente a la invasión de Estados Unidos. Sin embargo, este intento de liberación es fallido ya que la nación se rechaza a sí misma, a su pasado, a su reflejo, al rechazar a Santa Anna.

Josefina Zoraida Vázquez (1932) en el capítulo “De la Independencia a la consolidación republicana” que forma parte de la obra Nueva Historia mínima de México, publicada por el Colegio de México en 1994, hace un repaso de las condiciones del país y las acciones de los principales personajes de la época. Sobre las condiciones políticas de la época Vázquez escribe:

La vida política tampoco conquistó la estabilidad y la plaga del faccionalismo producida por las logias masónicas y los pronunciamientos militares harían que pronto se esfumara la paz, aunque hay que advertir que, con excepción de las de 1832 y 1854, las revoluciones siempre afectaron áreas limitadas. (155)

Estos breves renglones resumen el caos en que transcurrió la vida política del país en esta época, las distintas facciones se vuelven una plaga que no permite la estabilidad que la nación necesitaba para su desarrollo y consolidación. Los pronunciamientos militares fueron la especialidad de Santa Anna, sobre quien Josefina Zoraida Vázquez apunta:

Santa Anna, que aspiraba a la presidencia, decidió aprovechar el malestar para pronunciarse en enero de 1832 y desencadenó una revolución tan costosa que condenó al gobierno a préstamos de la iglesia, la hipoteca de aduanas y la renta de casas de moneda y salinas, por lo que al final quedó a merced de los préstamos usurarios para poder funcionar a medias. (156)

Al caos político se suma el caos económico, el país se encuentra en medio del desorden y con la amenaza de la invasión de Estados Unidos, pero los intereses personales siguen prevaleciendo:

Sin considerar los inconvenientes de un cambio político en medio de la guerra, el 4 de agosto un pronunciamiento federalista desconocía a Paredes y restauraba la Constitución de 1824, lo que obstaculizó la organización de la defensa. Por un lado, la restauración federalista le arrebató facultades al gobierno y lo dejaba prácticamente solo al frente de la guerra; por otro, la rebatía de puestos en ayuntamientos, poderes estatales y federales distraía la atención del frente. (Vázquez 165)

Vázquez reflexiona sobre el resultado previsible una vez desencadenada la guerra con EE.UU. en 1846, México carecía de todo, su armamento era obsoleto, sus oficiales poco profesionales y sus soldados improvisados. En enero de 1847, Nuevo México y California, habían sido anexados a Estados Unidos. La superioridad norteamericana aseguró las victorias y la ocupación del norte y, después, del eje Veracruz-Puebla:

Después de cuatro derrotas en el valle de México, Santa Anna ordenó el retiro del ejército de la capital para evitarle penalidades a la ciudad de México [...] el 14 de septiembre de 1847, en Palacio Nacional ondeaba la bandera norteamericana. Al día siguiente, en la villa de Guadalupe, Santa Anna renunciaba a la presidencia, que fue asumida por Manuel de la Peña y Peña, presidente de la Suprema Corte de Justicia, quien trasladó el gobierno a Querétaro. (Vázquez 166)

Santa Anna sufre cuatro graves derrotas frente al ejército de EE.UU. y renuncia a la presidencia, abandonando el país en medio de la invasión; al consignar estos hechos militares Vázquez nunca menciona la sospechada

traición del general, tratando de ser objetiva. Por otro lado, sobre la dictadura de Santa Anna (1853-1855) Vázquez escribe:

Alamán murió en junio de 1853 y, ya sin ese moderador, Santa Anna aumentó la censura y el destierro de liberales. No tardó en cobrarle gusto al poder y convirtió la dictadura en vitalicia, adoptando el título de Alteza Serenísima. La dictadura enfrentó el eterno problema de la escasez financiera y el endeudamiento, y como el dictador no renunció a sus caprichos y veleidades, para pagarlos estableció nuevos y absurdos impuestos. No obstante, la dictadura tuvo sus aciertos, entre ellos la publicación del primer Código de Comercio y la labor del Ministerio de Fomento, que promovió la importación de maquinaria e impulsó comunicaciones y bibliotecas. (168)

Es interesante notar cómo la historiadora sólo menciona de manera muy breve y ligera los vicios del dictador: “caprichos y veleidades”, mientras que recupera con detalle los aciertos de su función, tal vez de nuevo en aras de la objetividad que tanto ha faltado al revisar la figura histórica de Santa Anna.

Josefina Zoraida Vázquez también publica en 1987 Don Antonio López de Santa Anna, mito y enigma, donde escribe:

Pero a todos (conservadores y liberales), Santa Anna les sirvió de comodín. Se recordaba por todo el mal que hizo –que no fue poco—y resultó el culpable de la pérdida de Texas, de los fracasos de la guerra del 47 [...] Fue indispensable para hacerlo culpable, para que cargara con la responsabilidad, tan

indispensable como lo fue para sus contemporáneos en apuros, tanto que si no hubiera existido, habría sido inventado. (12)

Vázquez presenta una visión contemporánea sobre el caudillo, quien resultó una figura clave al cargar sobre él toda la culpa de los grandes errores del país al inicio de su vida independiente, la historiadora concluye que es por eso que casi nadie recuerda sus esfuerzos para improvisar ejércitos y recursos, y las reformas económicas o educativas iniciadas bajo su gobierno. Se dice que fue más de una docena de veces presidente, cuando sus gestiones pueden reducirse a cinco e incluso, al extender su sombra “malvada”, se olvida el papel que jugaron otras figuras de la época; por ejemplo se olvida que Anastasio Bustamante, en sus dos gestiones, gobernó prácticamente la misma extensión de tiempo que el veracruzano:

A Santa Anna se le presenta siempre como el prototipo del chaquetero que de monárquico e iturbidista pasa a republicano, federalista, centralista, dictador, federalista y promonarquista de nuevo. Se olvida que eran tiempos de transformaciones, en donde los hombres debían responder a una realidad cambiante. Ellos no observaban los acontecimientos como nosotros, los vivían, los sufrían y ante todo no los entendían. (Vázquez 13)

Josefina Zoraida Vázquez hace hincapié en cómo para estos personajes, a veces tan livianamente enjuiciados desde la distancia, no había una perspectiva histórica sino una vivencia en medio del momento histórico lleno de inestabilidades y cambios. Y es en ese marco de transición entre el viejo y el nuevo orden donde nació, se formó y actuó “ese hombre singular, detestable y atractivo, que se llamó Antonio López de Santa Anna”. (Vázquez 14)

En 1993 Enrique González Pedrero (1930) publicó el primer tomo de su obra País de un solo hombre: el México de Santa Anna, “La ronda de los contrarios” y en 2003 el segundo tomo: “La sociedad del fuego cruzado 1829-1836”. En la introducción de este segundo tomo el historiador escribe sobre el México de la época de Santa Anna:

Un país maltrecho, pobre y con grandes aspiraciones de alcanzar la libertad en la abundancia, recorría un camino muy turbulento hacia la consolidación de un Estado nacional. Terribles traumas se le atravesarían en ese camino entre los años treinta y los cuarenta, cuando la guerra de Texas primero, y los tratados de Guadalupe-Hidalgo después, lo dejaron desangrado, amputado y humillado. (xxvii)

González Pedrero hace a lo largo de su obra un recorrido por los acontecimientos militares, sociales y políticos de la época, poniendo obviamente especial énfasis en la figura de Santa Anna:

Santa Anna era un hombre práctico que usaba de ideas (escasas) y de lenguaje (abundoso) para llenar vacíos y esperanzas de la gente. Era pura música de viento. Santa Anna engañaba a ojos vistas, a veces hasta a sí mismo. Engañaba con artificio y hasta con cierta gracia pero engañaba. La gente se dejaba seducir. Su talento histriónico embelesaba. Había quienes disfrutaban de los desplantes y declamaciones del hombre de los entorchados y había quienes se resignaban a soportarlos, como se aguanta el calor, la lluvia o los temblores: “no había de otra”. No acudir al teatro era imposible: el teatro estaba en todas partes. (352)

Santa Anna engaña, pero la gente se deja engañar, unos lo disfrutan y otros lo toleran, pero todos participan del “teatro”, del engaño. Uno de los momentos históricos analizados con detalle por González Pedrero es el del gobierno conjunto de Santa Anna como presidente y Gómez Farías como vicepresidente, en 1833, y lo explica así:

El militar y el liberal eran ciertamente una mixtura heterodoxa, pero esa fórmula correspondía a la realidad social del México de comienzos de los treinta. Y ambos se necesitaban [...] Santa Anna necesitaba, pues, de la representatividad política que le otorgaba el importante grupo liberal para desplazar a Anastasio Bustamante. Y Gómez Farías necesitaba de la fuerza militar y de la personalidad de Santa Anna para buscar la modificación de la estructura económica y social con el método decimonónico por excelencia: la ley. (329)

González Pedrero recupera la complejidad del momento histórico, al comparar a los dos personajes históricos y sus motivos para la acción política, Gómez Farías y su grupo de liberales intentaban recuperar el tiempo perdido y modernizar al país desde el gobierno, con la proclamación de nuevas leyes; mientras que Santa Anna buscaba ser el fiel de la balanza y el punto de unión entre los dos grandes poderes de la Iglesia y el Ejército; el juego les convenía por igual al militar y al civil, al presidente y al vicepresidente.

Al continuar el análisis de los acontecimientos sociales y políticos de la época, González Pedrero consigna que el contragolpe al reformismo de Gómez Farías no vendría de afuera sino del interior del gobierno, y lo encabezaría el propio general Santa Anna en 1834:

Santa Anna se presentó en la ciudad de México el día 24. El 29 de abril publicó un *Manifiesto a sus conciudadanos* donde sostenía que el país estaba sumido en una tremenda división por el choque de encontrados intereses. Santa Anna se declaraba, como siempre, alejado de los extremos, de conservadores y reformistas, y se colocaba teóricamente, en un prudente centro que le permitía actuar “imparcialmente” y ejercer el poder que la “Nación había puesto en sus manos”. (467)

Santa Anna inclina uno de los platillos de la balanza del poder y, con ese desbalance, recupera el poder de decidir en última instancia. Aunque esto significase el retraso histórico de la fundación del poder civil. Según González Pedrero retraso histórico para el país, pero poder, para el general: “Santa Anna ganaba lo que perdía México. Entre Santa Anna y México, como ocurriría una y otra vez, Santa Anna optaría siempre por Santa Anna. Aunque él lo viera de otro modo: Santa Anna y México, para él, se confundían”. (González Pedrero 467) El historiador no acusa de traición a Santa Anna, como lo han hecho otros historiadores, sino que reconoce la confusión en que el caudillo se ve a si mismo como a la nación que dirige y defiende.

Como muestra del excelente trabajo de investigación que realiza en su obra González Pedrero, se presenta la cita de la parodia de un conocido poema del siglo XVII, impreso por Canuto Sánchez en 1834, donde se puede apreciar cómo veían a Santa Anna todos los que ya no simpatizaban con él a finales de ese año:

Acto de contrición que el excelentísimo y reverendísimo señor presidente don Antonio López de Santa Anna reza todos los días.¹⁸

No me mueve el honor para quererte,
ni el puesto al que sin mérito he subido,
ni el odio general que he merecido,
para dejar ¡Oh Patria! De ofenderte.
Muéveme mi ambición, pero de suerte,
que aunque me vea el mundo escarnecido,
o me coronó, o han de ver mi muerte.
Muéveme esta pasión en tal manera,
que aunque ya todo el auxilio me faltara,
sólo tan grande empresa sostuviera.
Nada me ha de obligar a que te quiera,
y aun cuando lo que espero no esperara,
de corazón te aborreciera. (González Pedrero, 497)

No obstante ser Santa Anna en ese momento presidente de la República y existir obviamente la amenaza de posibles represalias contra los editores, había en México quienes se atrevían a publicar pasquines, folletos, artículos periodísticos, o anónimos como éste, contra quien estaba ejerciendo el poder de tan peculiar manera, hecho que muestra el grado de descontento popular que en ese momento generaba la dictadura de Santa Anna.

María del Carmen Vázquez Mantecón escribe en el 2001 el artículo “Santa Anna y su guerra con los angloamericanos. Versiones de una larga

¹⁸ Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, Colección Lafragua, 159.

polémica”, donde realiza un análisis sobre las dos posturas que a lo largo de la Historia de México se ha tenido del polémico personaje, una sostiene que Santa Anna traicionó a la patria y la entregó a los invasores norteamericanos y proviene de la acusación que el diputado Ramón Gamboa hizo en 1847. La otra postura reconoce que Santa Anna fue un mal estratega militar en la guerra con EE.UU., pero no lo considera un traidor a la patria.

Vázquez Mantecón afirma que Antonio López de Santa Anna creía en la diosa Fortuna y le gustaban los juegos donde se tentaba a la “caprichosa suerte”, personificación de esa deidad y que el general no hizo más que apostar y jugar durante la guerra con los angloamericanos entre 1846 y 1848; sin embargo “su desastrosa derrota y sus consecuencias removieron sentimientos de pertenencia e identidad que hasta nuestros días están en discusión”.

(Vázquez Mantecón 2)

Vázquez Mantecón resume las opiniones sobre Santa Anna de tres autores norteamericanos: Roswell Sabine Ripley, Alex Slidell y William Manning:

Los autores citados sostuvieron una sola idea: que si a alguien traicionó Santa Anna fue a los norteamericanos al aparentar que daba información valiosa con el único objeto de volver a México; al hacerles perdidos diez mil pesos por decirles que iba a firmar una paz que nunca procuró, y por decidirse finalmente a combatir en la ciudad de México, batallas en las que finalmente fue derrotado. (10)

La historiadora recupera la idea de estos tres autores de que Santa Anna fue traidor, pero no de su patria, sino de los norteamericanos. Por otro lado Vázquez Mantecón también ofrece su propio juicio sobre Santa Anna y escribe:

Considero la traición como una característica más del caudillo. Entiendo esto en el sentido que también tiene este vocablo, el de falto a la confianza y falso, por lo que a veces no puedo dejar de pensar que lo fue, por ejemplo, con los partidos que lo acogieron, con sus colaboradores en distintas guerras, o con los norteamericanos entre 1846 y 1847. Santa Anna atentó contra la seguridad general del Estado, al facilitar al enemigo los medios para su invasión [...] aunque tuvo el deseo de imponerse al destino, le falló el cálculo y quedó manifiesta su impericia. (16)

Para la historiadora Santa Anna es traidor, ya que ayudó a los invasores, creyendo que la fortuna lo favorecería y él y la patria ganarían la guerra; cálculo que resultó erróneo.

CAPÍTULO 3

SU ALTEZA SERENÍSIMA DE IRENEO PAZ

Contexto histórico del autor

La novela de Ireneo Paz: Su Alteza Serenísima, fue publicada a finales del siglo XIX, entre 1895 y 1896. Para entonces México se encuentra en el periodo que los historiadores han llamado la segunda etapa del porfiriato, que comienza entre 1888 y 1890 y concluye hacia 1908, periodo que se caracteriza por un acentuado centralismo y por un gobierno cada vez más personalista y autoritario, tanto del presidente Porfirio Díaz como de los distintos gobernadores de los estados. El gobierno del porfiriato sufre un cambio de rumbo, durante esta segunda etapa, ocasionado no sólo por la muerte de muchos de los primeros colaboradores del presidente, sino por el surgimiento de nuevas fuerzas políticas y económicas en el país.

Porfirio Díaz intentó mantener un balance entre estas fuerzas al incorporar a su gobierno a figuras claves de cada una; en 1882 Joaquín Baranda, de trayectoria civil, es nombrado ministro de Justicia, representando a los liberales de la etapa de la Reforma, quienes querían un aparato político limitado. José Yves Limantour fue ministro de Hacienda entre 1893 y 1911, era parte del grupo de los “científicos”, profesionistas destacados que consideraban que el método científico debía aplicarse al estudio de la sociedad y a la resolución de los problemas nacionales, buscaban un gobierno fuerte, capaz de fomentar la economía y reformar la sociedad a través de la educación y salud. Entre 1900 y 1902, Bernardo Reyes fue ministro de Guerra, representaba el grupo de los porfiristas clásicos, militares surgidos de las clases medias o bajas

de la provincia y en estrecho contacto con los diferentes estados del país. La confrontación entre estos grupos de poder llegó cuando Díaz tuvo que nombrar a un sucesor en 1898 y se decidió por Limantour y los “científicos”, quedando los otros grupos fuera del juego político.

En cuanto a la sociedad, el porfiriato fue una etapa de construcción de obras públicas, de fundación de instituciones y de reglamentación. El estado reguló múltiples aspectos de la vida del individuo, desde sus compromisos con las instituciones y la sociedad, hasta sus relaciones conyugales y familiares, sus hábitos de higiene y sus diversiones. Sin embargo, no todas las zonas del país, o de las ciudades, ni todos los grupos sociales se beneficiaron de igual forma del esfuerzo del gobierno, o de los impulsos de la modernización; existió una marcada estratificación social y la riqueza se concentraba en grupos reducidos.

En el aspecto cultural, durante el porfiriato, coexistieron diversas formas de entender al país, a la sociedad y al individuo; el liberalismo, el positivismo y el conservadurismo fueron las más importantes. La mayoría de los intelectuales mexicanos optaron por un eclecticismo, que combinaba elementos del liberalismo y del positivismo; surgiendo como una de las ideas más importantes la de que el método científico debía aplicarse al estudio de la sociedad y a la resolución de sus problemas, concentrándose en la observación y estudio de la sociedad mexicana. En la literatura y el arte, como en otros aspectos culturales, existió una fuerte influencia europea, sobre todo francesa; un claro ejemplo es la literatura modernista, con herencia del simbolismo francés, y que estuvo representada por figuras como Manuel Gutiérrez Nájera; Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, José Juan Tablada o Efrén Rebolledo. Pero también se fomentó una cultura nacional y nacionalista, que buscaba reflejar lo propio del país y

crear un sentimiento de identidad que alimentó la literatura costumbrista de tinte romántico o realista, con representantes como José López portillo y Rojas, Heriberto Frías, Federico Gamboa o Emilio Rabasa. Uno de los principales objetivos de la mayoría de los intelectuales porfiristas era crear lazos de unión entre los mexicanos y pensaron que nada era mejor para eliminar las identidades regionales, que la enseñanza de la “Historia patria”, creando tanto héroes como villanos nacionales, esto explica el auge de la Historia y de las novelas históricas de la época.

Ireneo Paz fue un hombre liberal, romántico y republicano. Nació el 3 de julio de 1836, en Guadalajara, Jalisco y murió en la Ciudad de México el 4 de noviembre de 1924. Realizó sus primeros estudios en el Seminario Conciliar de Guadalajara y se graduó de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1861. Durante la Guerra de Reforma apoyó a Juárez y luchó contra la intervención francesa alcanzando el grado de coronel; sin embargo cuando Juárez se aferró al poder, Ireneo Paz lo combatió con su periodismo satírico:

El 20 de febrero de 1869 se publicó por vez primera en la imprenta de Vicente García Torres El padre Cobos, periódico opositor a Benito Juárez y su camarilla de “Inmaculados de Paso del Norte”. El título satírico de la publicación aludía al anticlericalismo de Paz y hacia escarnio del pasado jesuita y las costumbres de *bon vivant* de Sebastián Lerdo de Tejada. Este periódico tuvo como objetivo combatir el poder absoluto que perseguía el grupo liberal encumbrado y comenzar a sostener una oposición que pugnaba por la llegada de Porfirio Díaz a la Presidencia. (Noyola 2)

Ireneo Paz fue seguidor de Porfirio Díaz desde antes del Plan de Tuxtepec en 1876, cuando combatió junto a él para no permitir la reelección de Lerdo de Tejada. Paz formó parte del grupo de hombres del partido liberal que veían en la figura de Díaz al caudillo que llevaría al país al “orden y progreso” que tanto necesitaba, sin embargo cuando el general Díaz, ya instalado en la silla presidencial no supo gobernar con principios democráticos y se perfilaba como dictador, Ireneo Paz asumió la misma postura crítica que ya había mostrado contra Juárez y Lerdo de Tejada, lo que le ganó la represión y la cárcel:

Lamentaba que no se hiciese nada por encaminar a la nación hacia una verdadera democracia. Esto lo llevó, al final, a apoyar la candidatura de Bernardo Reyes como una alternativa que impidiese una nueva reelección de Díaz. Este mismo sentimiento inspiró algunas críticas, de La Patria al régimen, pero, esas críticas, más bien moderadas, bastaron para llevarlo a la cárcel por una corta temporada. (O. Paz 5)

Ireneo Paz fue poeta, novelista, diputado, militar y viajero; pero sobre todo fue periodista:

Su orgullo, hasta el final de sus días, fue ser un periodista, en el sentido tradicional de la palabra, no ofrecía noticias sino opiniones. En su juventud fundó varios periódicos, todos de oposición; más tarde fue director y propietario de un diario de cierta importancia, La Patria. Sobresalió en la sátira política [...]

Los flechazos del Padre Cobo y de Doña Caralampia Mondongo¹⁹
en contra de Juárez y de Lerdo cuentan entre lo mejor de la
poesía satírica del siglo XIX. (O. Paz 6)

Paz fue redactor del Diario de los Debates y del Boletín del Ayuntamiento del Distrito Federal, director y dueño del diario La Patria (1877-1904), de los Almanagues del Padre Cobos y del suplemento Patria Ilustrada (donde José Guadalupe Posada inauguró en 1889 el género de grabado de las calaveras catrinas); publicaciones hechas en la ciudad de México, dónde Paz se estableció a partir de 1868:

La agitada vida política del país, en esa época, los vaivenes ideológicos de Díaz, así como la pérdida de posiciones y el marginamiento de la cosa pública; ya que una diputación sin gran significatividad no satisfizo plenamente sus afanes y deseos de servir a la administración republicana, fueron hechos que motivaron nuevas búsquedas hacia una realización personal. Una vez alejado de los cargos públicos, se dedicó de lleno a la labor periodística, actividad que más le acomodaba a su vida de liberal.
(Rodríguez XI)

En esta época de México donde, como ya se había mencionado, se fomentó una cultura nacional y nacionalista, que buscaba reflejar lo propio del país y fomentar un sentimiento de identidad; los porfiristas querían crear lazos de unión entre los mexicanos y pensaban que la mejor manera de lograrlo sería la enseñanza de la "Historia patria"; fue así como figuras del ámbito cultural,

¹⁹ Doña Caralampia Mondongo, es uno de los cerca de trescientos seudónimos que Ireneo Paz usó a lo largo de su carrera periodística, el personaje le servía para desarrollar diálogos satíricos con el Padre Cobos de quien se suponía era ama de llaves.

como Ireneo Paz, se interesaron de forma tan profunda en el estudio y difusión de la Historia nacional.

Ireneo Paz buscaba contribuir, “dentro de la órbita de sus facultades, a la difusión de los conocimientos históricos que no sólo sirven para vigorizar el ánimo con los recuerdos patrióticos, sino que forman asimismo la experiencia de las naciones” (Pi-Suñer Llorens 254). Paz fue un estudioso de la Historia de México y en su producción literaria vertió su nacionalismo y republicanismo, eligiendo como género de expresión a la novela histórica. En 1899, él mismo explicó el propósito que perseguía con sus novelas históricas:

Poner al alcance, aun de las personas de más medianos recursos, que no pueden proporcionarse las obras históricas de mucho costo, el conocimiento de los sucesos más notables que se han desarrollado en nuestro suelo. De la misma manera, las personas que se fatigan con la lectura de libros serios, las que no pueden dedicarse al estudio, las que por carácter gustan más de los escritos recreativos, las que en suma, aun conociendo perfectamente los acontecimientos quieren refrescar su memoria, todas las que siguen con más interés una relación salpicada de diálogos y de variedad de incidentes que el árido libro del historiador sujeto a reglas especiales. (cit. en Pi-Suñer Llorens 251)

Ireneo Paz deseaba difundir el conocimiento de la Historia nacional a través de un género más ligero que el de la historiografía erudita, la usual en aquel momento; quería “ilustrar” al mismo tiempo que “recrear”, por lo que decidió utilizar la novela histórica, considerándola como el mejor género para

lograr estos objetivos. Paz se inició en la novela histórica con Amor y suplicio en 1873, cuyo tema era la Conquista de México, y siguió trabajando en este género hasta 1914 al escribir Madero (obra que dejó inconclusa); cubriendo así el acontecer histórico de México desde el siglo XVI hasta principios del siglo XX. Sin embargo, el ritmo de su producción fue muy desigual, pues entre su primera novela y la segunda, Doña Marina, hubo un lapso de diez años; mientras que en el periodo de 1883 a 1904 publicó once títulos. En 1886 apareció la primera novela de sus "Leyendas históricas", iniciando la serie dedicada al periodo de la Independencia, que reúne seis títulos: El Lic. Verdad, La Corregidora, Hidalgo, Morelos, Mina y Guerrero, éste último publicado en 1894. La segunda serie consistió de tres libros: Antonio Rojas, Manuel Lozada y Su Alteza Serenísima, publicados entre 1895 y 1896. La tercera serie constó de cuatro obras: Maximiliano publicada en 1899, ¡Juárez!, publicada entre 1902 y 1904; Porfirio Díaz publicada en 1911 y Madero, que como ya se mencionó quedó inconclusa a la muerte del autor y fue publicada en 1914.

La novela Su Alteza Serenísima fue publicada por primera vez a finales del siglo XIX, como folletín para los suscriptores del periódico que también editaba Ireneo Paz, y luego formó parte del segundo tomo de las Leyendas históricas, sin embargo en ambas ocasiones su circulación fue limitada, como consigna Antonia Pi-Suñer Llorens:

Cabe recordar que Ireneo Paz editó todas sus obras en su propia imprenta y que lo hizo sin subsidio alguno. Esta importante limitación fue la causa, en primer lugar, de que sus novelas y leyendas tuvieran una circulación limitada a los suscriptores de sus periódicos, donde aparecían como folletín, y, en segundo, de

que al recogerlas para formar un libro, el tiraje fuera aun más reducido. (260)

A pesar de las limitaciones para la publicación de sus obras, y de la represión que al final de su época ejercía el gobierno porfirista, Ireneo Paz se mantuvo firme en el propósito de presentar de forma novelada, un panorama del proceso histórico mexicano desde la Conquista hasta los inicios de la Revolución; su objetivo era didáctico, buscaba mostrar el camino recorrido para evitar que se cayera de nuevo en los mismos errores, quería que el propio pueblo formara su “conciencia histórica” al “presentarle de bulto los males que trajeron a nuestro país las imprevisiones, la desunión, el espíritu de anarquía que nos dominaba” (cit. en Pi-Suñer Llorens 254).

Conexiones entre el pasado de la obra y el presente del autor

Específicamente con la obra de Su Alteza Serenísima, se puede suponer que Ireneo Paz buscaba confrontar a Porfirio Díaz y su deseo de mantenerse en el poder, como Noyola explica:

Conforme las ambiciones dictatoriales de don Porfirio fueron haciéndose más ostensibles, Paz –sin dejar de ser un favorecido por la gratitud de Díaz—manifestó con moderación su inconformidad con las prácticas autárquicas del régimen, como fue la impostura de Manuel González como presidente de la República en 1880. (3)

La relación entre Paz y Díaz era cercana y contradictoria, Ireneo Paz fue admirador, partidario y amigo de Porfirio Díaz; y seguía pensando que Díaz era un buen gobernante (eran innegables los beneficios de su administración), pero

no estaba de acuerdo con la falta de democracia y la llegada al poder de los “científicos”; mientras que Díaz, al escuchar las críticas de Paz, no olvidaba que éste lo había ayudado al principio de su carrera política, que lo siguió en la lucha armada contra Lerdo y que lo había apoyado decididamente en los primeros años de su gobierno. Las críticas de Paz no podían ser muy directas, por la admiración que seguía sintiendo por el presidente Díaz y por la represión que existía en la época; la novela sobre el dictador Santa Anna le da un espacio perfecto para expresar su opinión sobre los dos:

¡Cómo ofusca el poder, y con qué facilidad quebrantan los hombres sus juramentos, una vez que están encumbrados! Santa Anna había jurado cumplir la ley de la revolución que le llamó a la presidencia, en cuyo art. quinto estaban claramente impresas estas palabras: “No pudiendo en ningún caso, NI POR NINGUN MOTIVO demorar la publicación de la convocatoria más de un año”, y antes de que se cumpliera el plazo fatal encontró el medio, según hemos visto, de burlar esa ley para perpetuarse en la dictadura. ¡Pobre pueblo mexicano, pues tan propenso a ser burlado, a ser escarnecido, y a ser tiranizado, después de engañársele con promesas mentirosas! (Paz 278)

Ireneo Paz no olvida que el Plan de Tuxtepec, por el que había luchado junto a Porfirio Díaz proclamaba el principio de la “No reelección”; y con esta reflexión del narrador de la novela Su Alteza Serenísima acusa al presidente de olvidar su promesa y no acepta la excusa de que el pueblo mexicano no está listo para ejercer la democracia, incluso enfatiza con el tipo de letra este rechazo. Las críticas para el dictador Santa Anna van también para el dictador

Díaz, ambos olvidan sus promesas de no reelección, ambos se ven ofuscados por el poder y ambos vuelven al pueblo que los eligió, en víctima de su tiranía.

Características de la obra

Sobre la calidad literaria de la obra de Ireneo Paz, Antonia Pi-Suñer Llorens resume:

Si bien Ireneo Paz mostró tener un excelente manejo del lenguaje, siendo su prosa sencilla, fluida y llena de sentido del humor, y logró atinadas descripciones de paisajes y de la vida cotidiana de los distintos sectores de la sociedad mexicana, no contaba con grandes recursos narrativos, por lo que su relato resulta muy lineal. (257)

Las obras de Ireneo Paz poseen como cualidad la velocidad de la acción y las aventuras de los protagonistas que logran mantener interesado al lector común, es verdad que las obras son lineales, pero también son interesantes:

Ireneo Paz fue un escritor abundante y variado; también un autor descuidado y aun deshilvanado. Escribía con prisa y la prisa es enemiga de la perfección. Estaba más interesado en contar una historia y en divertir al lector que en conmovirlo o hacerlo pensar [...] su propósito era ser leído por muchos y cautivar a sus lectores. (O. Paz 7)

Efectivamente la obra de Ireneo Paz en general, y específicamente Su Alteza Serenísima, no es una obra con grandes logros artísticos por lo que algunos críticos como Pi-Suñer Llorens, incluso la califican como “historia novelada” y no como novela histórica; pero para otros como Enrique Serna, la

obra es la primera novela histórica escrita sobre el personaje histórico de Santa Anna: “sin embargo, en toda la historia de nuestras letras sólo hay una novela donde el héroe de Tampico desempeña el papel protagónico: Su Alteza Serenísima de Ireneo Paz, publicada hace más de cien años” (Serna “Vidas de Santa Anna” 1).

Su Alteza Serenísima ha sido considerada para el presente estudio como una novela histórica tradicional, que tiene como objetivo principal construir o conformar la identidad nacional, basada en el triunfo del liberalismo, y que al presentar al personaje histórico de Santa Anna y su historia como novela, desde la perspectiva liberal de finales del siglo XIX, tiene el propósito de hacerlos más amenos, aunque siempre manteniendo el apego a la “verdad”; incluso Ireneo Paz se consideraba más divulgador que novelista:

Al estar basadas en fuentes fidedignas, consideró que sus obras debían de ser leídas como si fueran libros de historia, pues los hechos que presentaban eran verídicos. Llevado así por el prurito de la “verdad”, llegó a transcribir documentos enteros que, evidentemente, rompen totalmente con la narrativa novelesca.

(Pi-Suñer 259)

Aunque específicamente en la novela Su Alteza Serenísima no hay un uso excesivo de documentos transcritos, el narrador utiliza fragmentos de proclamas, cartas, partes militares y notas de periódicos, siempre buscando la veracidad; pero los fragmentos que se usan no rompen la narrativa de la novela:

Quando el 25 de mayo le llegó la ya esperada noticia de la proclamación de Iturbide como emperador y exclamó:

– Ahora va la mía.

A renglón seguido publicó una proclama ¡cuándo había de faltar la proclama! En la que decía entre otras cosas:
No me es posible contener el exceso de mi gozo por ser esta medida la más análoga a la prosperidad común por la que suspirábamos y estábamos dispuestos a que se efectuase, aún cuando fuese necesario exterminar algunos genios díscolos y perturbadores [...] Multipliquemos nuestras voces llenos de júbilo y digamos sin cesar, complaciéndonos en repetir: ¡Viva Agustín I emperador de México! (Paz 45)

La cita de la proclama va enmarcada en el resto de la narración y sirve varios propósitos: muestra el tono ampuloso en que escribía Santa Anna sus comunicados al pueblo, la costumbre de la adulación extrema del personaje y su adhesión al Imperio de Iturbide. Todas las citas de documentos se hacen marcando la fuente y con un margen y tipo de letra diferentes al del resto del texto; es evidente la importancia para el narrador de buscar la objetividad y veracidad de la “Historia” que está narrando.

La obra de Ireneo Paz no sólo desea la divulgación de la “verdad” histórica, sino que además busca la imposición de la perspectiva liberal desde la que escribe, Paz revisa el pasado histórico y lo presenta a partir de su visión de liberal, republicano y romántico de finales del siglo XIX en México. El autor no puede desprenderse de la historiografía monumental, que era la imperante en su momento; y es llevado además por la necesidad de crear un panteón liberal; Paz juzgó indispensable enaltecer a los héroes y condenar a los antihéroes; lo que explica por qué sus obras se basan en los personajes más célebres de la Historia de México y en las palabras de él mismo:

A fin de que nadie ignore ni en esta ni en las futuras generaciones, los nombres de aquellos que supieron sacrificarse en servicio de la patria. Es la misión que tienen que llenar todos los cronistas: arrojar el baldón sobre los malos, sobre los pérfidos, sobre los criminales, y hacer el pedestal para que descansa sobre él la gloria de los buenos. ¡Póstumo castigo y póstumo premio que siempre debió infundir pavor a los primeros y tranquilidad de conciencia a los segundos! (cit. en Pi-Suñer 258)

Es claro el objetivo de juicio que el escritor tiene sobre los personajes históricos que presenta en sus obras, desde antes de comenzar a escribir ya ha decidido quién merece el baldón y quién el pedestal. Sin embargo, los personajes históricos no son esculturas de bronce sino hombres de carne y hueso, Ireneo Paz logró aproximarse al mundo íntimo de los personajes históricos y, usando el relato novelesco, los presentó como hombres comunes, cuya vida cotidiana era similar a la del lector, logrando compartir las grandezas y las debilidades de estos personajes:

Estos personajes dialogan, se enojan, coquetean y aun tienen deslices; son hombres y mujeres que disfrutan de una comida, de un trago, de un paisaje, de una fiesta, y que se interrelacionan con seres ficticios que sirven al autor para imprimir al relato un carácter más novelesco. (Pi-Suñer Llorens 258)

La humanización que Ireneo Paz logra de los héroes históricos es lo que muestra su sensibilidad y expresividad como escritor, además de su gran versatilidad.

El narrador de Su Alteza Serenísima es un narrador omnisciente y en tercera persona:

Esto de *gallo* hizo sonreír a Santa Anna y exclamar en su interior: “¿Será un pillo o me encajará tal palabra para que me fije mejor en el asunto?” En todo el mes de enero de 1843, le llovieron a Santa Anna comisionados de todas partes, pero principalmente de México, pertenecientes a todos los partidos que esperaban su alta protección. (Paz 235)

El narrador conoce todo lo que pasa, lo que piensan y sienten los personajes. Es también un narrador que pide la colaboración del lector con frases como: “se servirán los lectores ir atando cabitos” (Paz 158) o “ya los lectores se figurarán si Santa Anna se había de asustar con lo que dijera más tarde la historia. ¿Qué le importaban para después todas las historias del mundo si de pronto tenía el poder y los millones?” (Paz 247), el narrador pide de forma directa la colaboración del lector para que elabore sus propias conclusiones sobre Santa Anna y su conducta en el poder.

En la novela Su Alteza Serenísima se refiere el pasado “desde arriba”, es decir, siguiendo a las grandes figuras y los grandes eventos de la Historia, los personajes históricos ocupan un lugar preponderante y por supuesto Santa Anna es el personaje protagónico de la obra, es el principal agente que produce los cambios en la Historia. La atención del narrador está en los grandes episodios históricos de la época y en las grandes figuras, específicamente en Antonio López de Santa Anna.

Elementos de una novela romántica

De los treinta y un capítulos que se compone la novela sólo en ocho se encuentra la presencia de los personajes ficticios que el narrador utiliza para hacer más ligera la narración de los hechos históricos, estos personajes ficticios son protagonistas de una historia de amor. Esperanza, hija de don Ramón Cadena y Ricardo, hijo de don Hilario Guzmán son presentados por el narrador en el capítulo X:

A la vez que una bella dama apareció en un balcón, se presentó en el otro un guapísimo edecán de los de Iturbide.

– ¡Esperanza! –dijo suspirando el galán –, ¿cuándo tendrá para mí ese nombre todo su significado?

–¿Me decía usted algo, señor marqués?

–¿Qué otra cosa tengo que decirte, bien mío, sino que te amo? – exclamó el galán con atrevimiento.

Doña Esperanza se puso como unas granas y sin atreverse a retirarse del balcón en donde estaba como clavada, bajó los ojos con modestia y guardó silencio. (Paz 85)

El narrador escoge los elementos de una novela romántica para hacer más “liviana” la Historia nacional, la pareja de Esperanza y Ricardo protagoniza un amor imposible y el narrador intercala a lo largo de la novela su historia de amor que deberá sobreponerse a los obstáculos de la sociedad de la época.

Esperanza y Ricardo son presentados por el narrador como personajes llenos de virtudes físicas y de carácter:

Esperanza era la más joven y la más bella de las damas de la emperatriz. Contaba 16 años y estaba ya completamente

desarrollada. Si su cuerpo era gentil, si sus formas eran las de una diosa, su semblante no era menos encantador. Sobre todo, sus ojos soñadores deslumbraban con sus miradas y su boca era fina y graciosa, adornada de unos dientes magníficos y de una voz verdaderamente armoniosa. (Paz 86)

Ricardo tiene también las características del personaje romántico prototípico: guapo mozo, valiente, arrojado, leal, pero sobre todo enamorado:

–Pues si cuento contigo, Esperanza, yo te juro arrollar los obstáculos. Si no es hoy, será mañana, será de aquí a un año o de aquí a diez; pero júrame que no me has de abandonar cualesquiera que ellos sean, júrame serme fiel a pesar de todo, júrame sostener mi fortaleza con tu amor, júrame no amar más que a mí en el mundo! [sic] (Paz 114)

Ricardo y Esperanza sirven al narrador no sólo como los protagonistas de la historia de amor que ayuda a presentar de forma más ligera la Historia de México, sino que además los usa como representantes de elementos de la sociedad y de los conflictos que enfrentaban en el momento histórico, la historia de su amor y de su vida está determinada y entrelazada con la Historia nacional, el narrador busca mostrar a la sociedad en su conjunto, a través de los personajes ficticios. Ricardo es hijo de un criollo mexicano, un campesino que había logrado a base de trabajo una buena posición económica: don Hilario Guzmán, “quien había prestado a Iturbide fuertes cantidades en los tiempos más calamitosos, por cuyo motivo había querido premiar aquellos servicios ennobleciendo al hijo para quien había buscado un pergamino que le daba el título de marqués del Olmo” (Paz 87). Mientras que Esperanza:

Pertenecía a la noble familia de los Cadena y su padre don Ramón era orgulloso y testarudo; así como doña Ana su mujer, madre de la joven, era vana, rencorosa y muy pagada de sus timbres y de su ilustre prosapia, fundando todo su orgullo en descender de la más pura raza española. (Paz 87)

El narrador claramente ve en la raza española al enemigo, al señor “acostumbrado por el ejemplo de sus antepasados a toda clase de invasiones” (Paz 89), al hombre que basa su orgullo en la sangre y no en el trabajo y que está hecho a la idea de apropiarse de los terrenos y del trabajo de los pobres. El personaje de don Ramón sirve al narrador para presentar a la clase de los españoles que con los cambios en el país cambian de posición social, al inicio de la novela la familia Cadena se encuentra todavía en la cumbre de las clases sociales, pertenecen al reducido número de la corte de Iturbide, tienen influencia en ella y participan de sus ceremonias. Sin embargo al final de la obra, cuando el país ha cambiado, la familia española ha perdido todos sus privilegios:

Don Ramón de la Cadena, había sido primero realista, después iturbidista y por último, centralista, todo lo cual, juntamente con el esplendor con que se trataba, le había costado el dinero, y sobre todo, había gastado bastante en los pleitos sobre terrenos y aguas en que siempre lo había vencido la familia Guzmán. (Paz 180)

Con el cambio en el país, los que antes pertenecían al círculo del poder han perdido dinero y posición social, el narrador presenta las consecuencias del devenir histórico en personajes que representan distintos estratos de la sociedad. Por otro lado, la historia de los personajes ficticios se entrelaza con la

Historia de México, por ejemplo Ricardo es un militar que participa en los vaivenes políticos del país:

–¿Qué quieres que te diga? Que las circunstancias, y más que todo, la desesperación en que me tiene la invariable tenacidad de don Ramón, me ha obligado a seguir mezclándome en la política y siempre con los partidos que pierden y que son perseguidos de muerte por los triunfadores. Últimamente me ligué con Arista, porque éste afirmaba que procedía de acuerdo con Santa Anna, como así era en efecto, pero éste nos traicionó, fuimos derrotados, se nos expatrió [...] (Paz 183)

Ricardo, es el héroe ficticio que cumple con la función que Lukács explicaba sobre la mejor manera de presentar los eventos del pasado, a través del destino y la vida de un “héroe mediocre y pasivo” que funciona como catalizador y no como agente de cambio.

Ricardo, el protagonista de la historia de amor, que Paz usa para matizar la Historia nacional, se ve envuelto en los asuntos políticos y militares, participa en batallas decisivas como la de la toma de Zapotlán por Comonfort en 1855, cuando se saca del poder definitivamente a Santa Anna. Así, aunque el protagonista de la novela es el personaje histórico, los personajes ficticios presentan su propia visión del acontecer histórico, una visión limitada por su posición social y por su espacio en el conjunto de la obra, pero al fin y al cabo una posición válida:

Ricardo le expuso brevemente sus circunstancias: él no tenía ideas políticas, ni principios fijos, como pasaba entonces con casi todos los hombres de armas; él había seguido a Arista por

afección personal, y al único a quien profesaba bastante mala voluntad, era a Santa Anna; pero desde el momento en que había desaparecido de la escena, encontrándose prisionero y con su reputación militar perdida, ya se podía servir al gobierno sin temer a aquel famoso general, que así como tenía muchos amigos, tenía también muchos enemigos entre los hombres honrados, que no le podían ver en la política sino con profunda desconfianza por sus veleidades y perfidias. (Paz 193)

Ricardo hace un juicio del personaje histórico, Santa Anna es juzgado negativamente por sus “veleidades y perfidias”, lo que remite al objetivo de este análisis: ¿cómo presenta el narrador a Santa Anna?

Presentación de Santa Anna

La presentación de Santa Anna, el “héroe” de la novela, se hace en el primer capítulo y en una derrota militar, que provoca la humillación de la mujer que él pretende, y por medio de ella, una burla de la alta sociedad a la que aspira llegar el joven militar:

Cuando Santa Anna pasó todavía corriendo por la casa del gobernador, se detuvo un poco al oír cierto ruido muy significativo de risas y murmuraciones. Volvió la cara hacia arriba y vio a Inés que lo señalaba con el dedo lanzándole al rostro una muy alegre carcajada.

—¡Y no te abres, tierra, para tragarme! —murmuró el despechado oficial.

Este fracaso acontecía en septiembre de 1818.

Y aquí tienen nuestros lectores al héroe de la presente leyenda.

(Paz 18)

Desde el principio de la obra es claro el juicio que el narrador hace del personaje histórico: Santa Anna, para el narrador liberal de finales del siglo XIX, es merecedor del “baldón” en la recuperación de la Historia nacional y es presentado con adjetivos como: atrevido, antipático, ambicioso, desleal, etc. Santa Anna es el protagonista de la novela, sin embargo, desde el inicio de la narración es claro el juicio negativo del personaje histórico:

Don Antonio Santa Anna a secas, pues todavía no se agregaba el López en aquella época, no era de despreciable figura a pesar de la mala conformación de sus narices, sino que tenía la sangre pesada para algunas gentes, era lo que ahora se llama propiamente un ser antipático. (Paz 19)

Santa Anna es presentado por el narrador como un hombre no agraciado físicamente y con la “sangre pesada” para el trato en general, pero que cuando se lo proponía podía ser sumamente agradable y sobre todo adulator profesional. Otro de los grandes defectos del protagonista, que la mayoría de los historiadores resaltan, es el de su confianza en el azar:

No podía menos que sentirse pequeño ante tan gigantesca empresa, teniendo sus momentos, pero nada más momentos de vacilación, porque él tenía alguna fe en sí mismo, pero más la tenía en la casualidad, en brazos de la que se echaba con toda confianza, porque nada perdía, puesto que poco antes no era nada, y en el albur jugaba su engrandecimiento contra una

derrota que él sabría vestir con los mejores ropajes para que se perdiera entre aquel remolino de acontecimientos. (Paz 33)

En la cita anterior, el narrador no sólo consigna la confianza absoluta de Santa Anna en el azar, en la casualidad; sino que además marca otro de los defectos del personaje histórico: la mentira sobre sus logros militares, Santa Anna logra una y otra vez convertir las derrotas militares en victorias políticas, gracias a sus partes militares “desfigurados” y a las proclamas “de cajón”:

Entonces fue cuando Santa Anna dio su proclama diciendo que había querido salvar a Concha y que éste lo había rehusado escapándose imprudentemente de la compañía de la escolta, pero agregaba con entonación trágica que los asesinos recibirían un castigo ejemplar.

–Está buena la proclama –dijo Santa Anna a su secretario (debemos advertir que él nunca supo escribir proclamas ni nada)–, pero es necesario que vaya una carta más ardiente aún. (Paz 42)

El narrador pone de manifiesto la ignorancia de Santa Anna no sólo en asuntos literarios sino también en los políticos:

–Diré a su excelencia, que cuando yo me pronuncié en Veracruz por la república, maldito lo que entendía de lo que era eso, a no ser por Santa María y un licenciado de Jalapa que me lo explicaron; pero cuando en san Luis me pronuncié declarándome protector de la federación, me quedé tan en ayunas como lo estoy hasta ahora porque nadie ha podido explicármelo ni bien ni mal. (Paz 103)

A pesar de su ignorancia, Santa Anna es un personaje astuto que logra sus objetivos de poder y riqueza, que avanza en su carrera militar por “golpes” de suerte que él sabe aprovechar.

El narrador presenta el juicio de otros personajes sobre Santa Anna, como ya se mencionó antes, se usa a Ricardo el protagonista ficticio para presentar uno de estos juicios; Iturbide es otro de los personajes que enjuician a Santa Anna:

Me han estado mandando queja sobre queja respecto de la conducta equívoca, irregular y abusiva de ese militar, que cree que ha subido por la violencia de sus grandes merecimientos, haciendo gala a todas horas de una ambición desmedida, pues aun ha llegado a decir que él vale mucho más que yo y que estaría mejor colocada en sus sienes la corona imperial. (Paz 68)

El juicio es totalmente negativo, Iturbide conoce la ambición y arrogancia de Santa Anna, además no le reconoce ningún mérito militar; sin embargo es interesante que este juicio sea descalificado por el mismo narrador, quien muestra a Iturbide como un hombre perdido por su propia ambición:

Entonces Iturbide ya no pudo contenerse y se echó a reír.

–Tú dirás...nos hemos salido con la nuestra...ya somos emperadores...hoy va a ser la consagración... ¡que gracia!

Y se echó sobre una cama, tapándose la boca con un pañuelo para que no se oyeran de lejos sus carcajadas. La emperatriz, que había hecho poderosos esfuerzos para contener las carcajadas también, logró dominarse y dijo a Iturbide procurando sostener la seriedad:

–Te llamé para que me des otras lecciones de soberana.

–Que voy a saber yo tampoco, si nunca he visto cortes, y aunque me he estado leyendo unos libros que me proporcionó mi amigo el obispo de Puebla, no he podido sacar de ellos nada en limpio.

(Paz 47)

El narrador presenta al imperio de Iturbide como una broma de mal gusto y que nadie, ni él mismo, tomó en serio. Es interesante el énfasis que hace el narrador de este punto, pues son varios los momentos de la novela en que aparece de nuevo este motivo del imperio de Iturbide como una broma, del que todos se ríen y burlan; es por supuesto la visión del narrador liberal del siglo XIX la que juzga y presenta los hechos desde su perspectiva:

Como todo lo de aquella monarquía debía concluir en sainete, unos dos capitanes, comanche el uno y apache el otro, llegaron a México, entraron a palacio, y le dijeron a Iturbide:

–No te apures, compadre, nosotros te traeremos veintisiete mil indios para que te sostengas.

Y como un náufrago de todo se coge, Iturbide los creyó, lo hizo público y hasta los más imperialistas se rieron con ganas de la ocurrencia.

(Paz 99)

Luego el mismo Santa Anna intentará ser un emperador y el narrador también presentará con la mayor ironía estos pasajes de la Historia nacional:

Varias veces se presentaron en público y particularmente en el Teatro SS. AA., esto es, Santa Anna y la señora de Santa Anna, a quien se hizo extensivo el título de alteza, con mantos de seda

bordados de oro y ella con corona de pedrería [...] mientras duraba la representación los gastadores con grandes barbas postizas hacían la guardia. Al entrar SS. AA. todos los concurrentes tenían que ponerse de pie y quitarse los sombreros, desplegándose en todo el boato de las cortes europeas. (Paz 276)

Al narrador liberal, las ceremonias, los gastos y todo lo relacionado a los intentos de monarquía en México, le parecen de lo más ridículo y vano. Volviendo a los juicios sobre Santa Anna que otros personajes ofrecen, al final de la novela Alfonso, otro personaje protagónico ficticio dice al ver pasar el cortejo fúnebre del héroe histórico:

Pertenece al hombre que ha tenido más poder en México y que ha hecho más males a la patria. El cadáver que va en esa caja es el de S.A.S. don Antonio López de Santa Anna [...] murió ayer, todavía en la opulencia, a pesar de sus despilfarros; pero murió después de veinte años de tormentos, agobiado por la indiferencia de los mexicanos. Para él no tener poder era lo mismo que vivir en un infierno. (Paz 306)

El narrador de Su Alteza Serenísima escoge al personaje ficticio para ofrecer el juicio final del personaje histórico en la novela, dando con ello la voz al pueblo mexicano, Santa Anna es culpable de causar los “mayores males a la patria”, de enriquecerse a costas del pueblo y de desear el poder, sobre todo lo demás, hasta el último momento de su vida. El juicio de Alfonso, es un juicio sucinto y que no muestra mayores pasiones, en cambio el juicio que el propio narrador hace de Santa Anna es mucho más apasionado:

Pero Santa Anna llevó el perjurio al último grado de la desfachatez y del escándalo, con cada uno de sus actos tan depravados como tiránicos, calificados así por la historia, faltando a todos y cada uno de los compromisos que había contraído con la nación, lo mismo que a todos sus ofrecimientos hechos con la mayor espontaneidad: en cambio, se convirtió en un tirano alevoso y cobarde, llevando sus infamias hasta firmar documentos oficiales tan vergonzosos, como aquel en que decía a un comandante de Veracruz: “Un funcionario público debe cerrar los oídos y obrar sin consideración alguna”, para que aprisionara y matara. Santa Anna, en fin, oprimió de tal modo al país, hasta tal punto llenó la copa del sufrimiento del pobre pueblo mexicano, que aquella tuvo que desbordarse, produciéndose con las materias explosivas que contenía la natural conflagración.

(Paz 278)

En esta cita son interesantes varios detalles, primero el narrador a pesar de manifestar a lo largo de la novela su intento por “sujetarse rigurosamente a la Historia” (Paz 60) hace un juicio subjetivo de Santa Anna; se apoya en la “Historia” para calificar los actos de Santa Anna como “depravados y tiránicos”, pero sin dar referencias exactas y finalmente presenta al pueblo mexicano como “víctima” del dictador y no como parte o cómplice de la situación, como harán varios historiadores.

La presentación que el narrador hace de Santa Anna como personaje histórico evoluciona a lo largo de la novela, al inicio es presentado como un joven militar, arrojado, lleno de ambición e ilusiones:

Su venganza consistiría en poder volver mandando una división como general, en llegar a ser el niño mimado del virrey como lo era entonces del gobernador de la provincia de Veracruz y en poder conseguir con su influencia lo que no había logrado por sus humildes merecimientos. Inés sería suya cuando lo viera honrado, engrandecido con la ilimitada confianza del virrey, quien tal vez no vacilaría en confiarle, después de tres o cuatro años de buenos servicios, el mando de todos sus ejércitos. Se sentía con tamaños hasta para ser capitán general. (Paz 23)

Santa Anna sabe que su origen es humilde, pero desea llegar a las más altas esferas de la sociedad y del orden militar, es un joven que confía en su habilidad para influir en los mandos superiores y para ganar en las batallas. Es interesante que la mayor motivación es ser correspondido por Inés, la hija del gobernador de Veracruz, desea poder, dinero y reconocimiento, pero para alcanzar un fin más noble, el amor de Inés; esto cambiará con el tiempo, cuando Santa Anna es presentado en la madurez, el narrador hace hincapié en el deseo de poder, sólo por el poder:

Santa Anna se apresuró a interrumpirle, diciéndole:

—Yo conozco bien a todas esas gentes: mientras menos ansioso y más desinteresado me vean para ocupar un puesto que todos ambicionan, me harán más instancias, porque más me tendrán en deseo. Quiero que me rueguen mucho para que menos derecho tengan de quejarse después [...] dejen ustedes que se cansen de Gómez Farías y yo seré llamado como un segundo libertador. Ya verán, ya verán. (Paz 142)

En esta parte de la novela, Santa Anna es presentado por el narrador como un hombre en la madurez, con un control absoluto de los hilos políticos y militares del país, un hombre que sabe qué es lo que quiere y cómo conseguirlo. Santa Anna ya no quiere sólo el poder y la riqueza, sino que desea ser esperado, anhelado como un “libertador” y el amor está ausente totalmente de las motivaciones o intereses del personaje configurado por el narrador de Su Alteza Serenísima.

Cuando Santa Anna logra el poder absoluto y ejerce la dictadura, el narrador lo presenta como un hombre en la plenitud de su vida, del control y del poder:

Haro y Tamariz se separó del gabinete, murieron Tornel y Alamán; don Juan Suárez Navarro fue arrojado de la oficialía mayor de guerra con ignominia porque se permitió herir el orgullo del dictador, y ya pudo éste nombrar un ministerio completamente a su gusto, que le ayudara con pasividad a dar desarrollo al programa de dominación absoluta que se había propuesto ejercer en todos los ramos de la administración, así como en todas las personas y cosas de la república, sin ninguna taxativa. (Paz 271)

Santa Anna es un hombre que vence los obstáculos políticos para lograr el poder y ejercerlo a su manera, sin ninguna limitación y alcanzando todos los ámbitos de la vida del país, él se convierte en el poder absoluto. Es en este momento histórico cuando se dan los mayores excesos del dictador, como destituir sin causa y escarnio público a servidores del gobierno por una afrenta personal o el gasto excesivo en el uniforme de sus soldados, el narrador resume:

Todos esos decretos, lo mismo que el uniforme de las autoridades y de los empleados tenía hasta cierto punto alguna inocencia, eran entretenimientos pueriles: pero lo que sí estuvo ya irritante, molesto, odioso e insufrible, fue la lluvia de impuestos de que no se escaparon ni las puertas de los establecimientos, ni las ruedas de los coches, ni los perros, de los cuales sólo quedaron exceptuados los que servían para dirigir a los ciegos, y todavía fueron más crueles las requisiciones de caballos y de armas, lo mismo que el sistema de leva para dar al ejército un efectivo de noventa mil hombres. (Paz 272)

Santa Anna es retratado por el narrador como el dictador que establece decretos “pueriles” sobre el color o el tipo de uniforme de los empleados en el gobierno, al mismo tiempo que carga a la población con impuestos “insufribles” sobre el número de las puertas de los edificios, de ventanas, ruedas de los coches o perros que se tenían y ejerce con la mayor “crueldad” el sistema de leva, destruyendo familias y sacrificando las vidas más jóvenes del país.

Es interesante que el narrador de Su Alteza Serenísima no presente con mayor detalle los vicios del carácter de Santa Anna, estos puntos que otros narradores e incluso algunos historiadores, repasan una y otra vez, en esta novela sólo se mencionan de forma breve, por ejemplo sobre su gusto por las mujeres:

Santa Anna se había casado ya en primeras nupcias en la provincia de Veracruz con una joven llamada también Inés como su primera novia; pero en San Antonio negó a pie juntillas que estuviera casado, y como ocupaba una posición deslumbradora

fácilmente comprometió a la texana a que se casara con él, único medio que había para poseerla. (Paz 207)

El narrador no abunda sobre los detalles de los dos matrimonios de Santa Anna o sobre las innumerables conquistas que otros autores le atribuyen; para mencionar el gusto del militar por las mujeres y su “astucia” para poseerlas sólo se hace esta breve alusión de un matrimonio falso oficiado por el militar Arce, uno de los que acompañaban con mayor frecuencia a Santa Anna en sus campañas militares. En cuanto al gusto por los gallos y las apuestas en ellos, el narrador dice:

Era tal el vicio que tenía el general por las peleas de gallos, que en aquel momento no sólo veía con indiferencia el gran puesto, objeto de todas sus ambiciones, sino que, de la misma manera había otras veces continuado el juego, cuando le habían dado aviso de que el enemigo estaba encima, predilección gallera, que en efecto, fue causa de alguna de sus derrotas, según refieren los historiadores. (Paz 140)

Los gallos fueron la mayor pasión de Santa Anna, cuando estaba en medio de las peleas y las apuestas, se olvidaba de todo lo demás: de la presidencia del país, con las obligaciones y derechos que contenía, e incluso, se olvidaba del enemigo y la batalla. De nuevo es interesante que el narrador de Su Alteza Serenísima no ahonde en este tema, que no lo retome en otros momentos de la historia; por ejemplo nunca menciona la feria de San Agustín, cerca de la ciudad de México, desde donde, varios historiadores afirman, Santa Anna ejercía las labores de presidente del país, con tal de no perderse las peleas de gallos que ahí se efectuaban.

En cambio sobre la ambición de Santa Anna las menciones del narrador e incluso las acusaciones son varias:

–Desde quince millones que daban los americanos han ido rebajando a siete al ver nuestra necesidad de dinero.

–Pues hay que recibir aunque sean cinco, el caso es que no se nos vaya el marchante.

–Entonces será ya tiempo de que empiecen a decir nuestros periódicos que estamos haciendo un magnífico negocio.

–Sí que lo diga El Universal, que es el más servil que tenemos.

Salió la noticia, se cedió al gobierno americano la gran faja de terreno, por un plato de lentejas que se arrebataron después los parásitos y los usureros; y Bonilla presentándose a Santa Anna, y haciendo una profunda inclinación de cabeza, le dijo:

–Ha quedado servida su alteza serenísima. (Paz 277)

Santa Anna vende la Mesilla por una cantidad mínima y lo obtenido es usado no para beneficio de la nación, sino para el de unos cuantos. Santa Anna es un traidor a la patria, su ambición lo hace vender la soberanía y el territorio de México. Para el narrador la ambición de poder y dinero, es el motor del personaje histórico, Santa Anna desea ejercer el poder sin ningún límite y desea acumular todas las riquezas posibles:

Sobre todo, que vinieran las riquezas y sí le vendrían porque iba a esprimir [sic] a todos los pueblos valiéndose de los plenísimos poderes que llevaba, y después de ser rico, tan rico como Armijo, como Calleja o como Iturbide, que habían hecho colosales fortunas en sus campañas militares, todo caería a sus pies,

supuesto que le constaba por experiencia que nada se resistía nunca al poder del dinero. (Paz 23)

En la cita anterior, además de ser clara la ambición de Santa Anna, también es claro que Santa Anna no será el primer líder en usar su poder para lograr la riqueza, el narrador acusa a través de la reflexión de Santa Anna a otros líderes de enriquecimiento ilícito, enriquecimiento que sale de los pueblos oprimidos o “exprimidos” por los militares, que se supone deberían defenderlos e imponer el orden, pero que sólo usan el poder para obtener su propio beneficio.

Regresando a la evolución de la presentación del personaje histórico, al final de la novela Santa Anna es un viejo acabado y enfermo:

A éste le llamó la atención un viejo encorvado por los años que pasaba cojeando por delante de ellos.

—Me parece que yo he visto en alguna parte la cara de ese viejo— dijo.

Los otros dos se fijaron en la persona designada y contestaron a una:

—Es el general Santa Anna.

—¡Ah! Pues yo no lo conocí antes, pero seguramente se me quedó grabada su expresión por haber visto su retrato en alguna parte.

—¿Con qué ese es el mentado general Santa Anna?

—Ese mismo es. Ahora ya no hay quien le haga caso.

—¿Pero cómo es que está aquí? ¿qué está haciendo? ¿acaso el gobierno no le ha dado ningún castigo?

—No sufre más que el desprecio público que parece es lo bastante; y sobre todo el desprecio del gobierno que le ha

concedido venir a morir en su país como al ser más insignificante.

(Paz 298)

Santa Anna es presentado por el narrador como un anciano, que va “cojeando ayudándose a andar torpemente con un nudoso bastón” (Paz 299), a quien la gente reconoce y desprecia, un hombre que ya no representa ningún peligro político para el gobierno del país; sin embargo es todavía un hombre lúcido que en su última aparición en la novela, mantiene una acalorada discusión con un obispo de la iglesia mexicana, discusión en la que resume los años de su destierro, sus intentos por congraciarse con alguna de las fuerzas políticas para volver al país, su desprecio por el intento de Imperio de Maximiliano, pero sobre todo su condena para los conservadores: “ahora no se levantarán más porque les falta un hombre como yo y porque con su imperio perdieron todo concepto público. De aquí en adelante serán pulpos y nada más que pulpos, pero nunca gobierno” (Paz 303); por supuesto esta condena es mucho más del narrador liberal que del personaje histórico. Santa Anna es un hombre con la lucidez mental para juzgar y aquilatar los eventos históricos que resume, para calificar a las fuerzas políticas del país y sobre todo para hacer un juicio terrible de la nación mexicana:

Sólo los ilusos, sólo los necios, sólo los muy tontos pueden creer en que aquí es posible la democracia. ¡La democracia con cinco millones de bestias, que no merecen otro verbo los indios, y con tres millones de serviles acostumbrados a adular y a obedecer! Esta nación está hecha nada más para que la dominen los tiranos, está educada en la obediencia, en la servidumbre; y así

como las mujeres no saben ser más que devotas, los hombres no saben ser más que esclavos. (Paz 304)

El narrador pone en la boca de Santa Anna este juicio negativo sobre México y los mexicanos, juicio que tristemente podría aplicarse no sólo a la época de Santa Anna, sino también a la de Porfirio Díaz, cuando se escribe la novela, o a la del presente cercano con la “democracia” impuesta por el PRI (Partido Revolucionario Institucional). El logro de la democracia que era tan importante para el narrador liberal de finales del siglo XIX, parece casi imposible para México, por la falta de educación, tanto en la época de Santa Anna como en 1895, bajo el gobierno de Porfirio Díaz. La cita ejemplifica la preocupación del narrador sobre el tema de la ignorancia del pueblo.

Santa Anna no es presentado al final de su vida como un hombre en total degradación física y mental por el narrador de Su Alteza Serenísima, como lo harán otros autores, sino como un hombre que ejerce la crítica y que se da cuenta de la posición en la que se encuentra. La mención sobre su débil estado de salud es breve:

Santa Anna se había enronquecido, se había fatigado extraordinariamente, gruesas gotas de sudor resbalaban por sus mejillas y al querer levantarse volvió a caer sobre el sillón desfallecido.

Fue necesario llamar a un médico, que le hizo aspirar algunos confortantes y tomar una pócima, debido a cuyos medicamentos pudo ser llevado en un coche a su casa más tarde. (Paz 305)

El narrador no dice cómo fue la agonía de Santa Anna, ni cuál fue la causa de su muerte, sólo dice que murió y que su cortejo fúnebre no llegaba ni a

una docena de acompañantes. Lo que el narrador sí menciona, a través de uno de los personajes ficticios es el estado de sus finanzas:

–Murió ayer, todavía en la opulencia, a pesar de sus despilfarros; pero murió después de veinte años de tormentos, agobiado por la indiferencia de los mexicanos. Para él no tener poder era lo mismo que vivir en un infierno. (Paz 306)

Es interesante que la reflexión del personaje ficticio haga referencia al “infierno”, Santa Anna lleva ya veinte años en el infierno de estar alejado del poder, es un hombre condenado por sus excesos, por sus traiciones y ambiciones.

En la novela de Su Alteza Serenísima Santa Anna es revalorado como personaje histórico mítico, ya que es presentado con diversos aspectos humanos, el narrador presenta al hombre ignorante y débil, con dudas y miedos, con defectos y vicios, pero sobre todo al hombre producto de su entorno: “el gran Santa Anna, que por fuerza tenía que ser grande cuando lo rodeaban tantos pequeños” (Paz 170). Si Santa Anna fue “su alteza serenísima” no lo fue sólo por su deseo, otros estuvieron a su lado para darle el título y poder:

Ellos fueron los que me hicieron arrojar de mi cabeza el gorro de la libertad, para tomar la investidura de dictador y darme el título de alteza. Fui débil, lo confieso, tan ligero de juicio, que poco me faltó para aceptar la corona de rey que de todos lados me ofrecían: esos oropeles me fascinaron y perdieron: hoy sería igualmente tirano, pero con la palabra libertad en los labios. (Paz 305)

En el poder absoluto al igual que en la traición, Santa Anna no estuvo solo, hubieron muchos más, igual o peores que él:

Todos sabemos cómo terminó aquella desgraciada guerra en que fueron sacrificadas tantas víctimas, tantos mexicanos valientes y abnegados, por la cobardía, la mala fe y la torpeza de los que mandaban, no menos que por la falta absoluta de patriotismo en los que pudieron ayudar con buenos recursos, teniendo por epílogo el vergonzoso tratado de Guadalupe. (Paz 266)

Para el narrador de esta novela, es claro que Santa Anna traicionó a México en más de una ocasión, que fue un dictador al que sólo le preocupaba la obtención de grandes riquezas, pero también es claro que el personaje histórico no estuvo solo, que la culpa de las malas acciones y resultados no es sólo suya, que toda una generación de mexicanos comparten la responsabilidad, el narrador busca mostrar esta realidad ignorada, busca extender un conocimiento que supone deficiente de la Historia, sobre todo para que no se repita el error, para que México no sea cómplice de nuevo en las acciones de un dictador, para que se detenga la ambición de mantenerse en el poder de Porfirio Díaz.

La Historia de Santa Anna como el gran traidor y dictador de México, no es una Historia completa, el pueblo debe conocer a los otros participantes en el drama de México, los políticos, la Iglesia, las potencias extranjeras, los intereses económicos, etc. El narrador de Su Alteza Serenísima tiene un objetivo didáctico, que la novela enseñe, que sea lo que Jitrik llama una novela histórica funcional, para que el pueblo no vuelva a cometer los mismos errores, para que no permita la permanencia en el poder, de otro hombre como Santa Anna, para

que la indiferencia no permita el beneficio de unos cuantos sobre el sufrimiento de muchos en una dictadura.

La obra sigue el modelo de la novela histórica planteado por Lukács en cuanto a que refiere un pasado cercano al narrador y presenta la Historia como un devenir hacia el presente; sin embargo no sigue el modelo de Lukács sino el de Vigny en cuanto a mantener en el primer plano a los personajes históricos y los hechos reales, y mediante ellos se presenta una versión completa y real de la "Historia", levemente matizada con una historia de amor para hacerla más accesible a los lectores comunes; para que estos lectores aprendan, entiendan y actúen en consecuencia.

Como ya se mencionó antes, Su Alteza Serenísima de Ireneo Paz es una novela histórica tradicional de finales del siglo XIX que buscaba "contar" la Historia, poner los acontecimientos y el personaje de Santa Anna al alcance del "gran público", hacerlos accesibles para que el pueblo construyera su identidad nacional, para que aprendiera de su pasado y no cometiera los mismos errores; para que no se permitiera de nuevo el abuso del dictador: Santa Anna, Porfirio Díaz o cualquier otro hombre que atente contra la democracia, máximo valor del narrador liberal.

CAPÍTULO 4

SANTA ANNA, EL DICTADOR RESPLANDECIENTE DE RAFAEL F. MUÑOZ

Contexto histórico del autor

En 1936, Rafael F. Muñoz publica su obra Santa Anna, el dictador resplandeciente. Para entonces México ya había pasado por la Revolución de 1910 y comenzaba un proceso de estabilización política y social. En 1929, Plutarco Elías Calles, desde el poder ejecutivo del país, fundó el Partido Nacional Revolucionario²⁰ como un instrumento para unir y pacificar al país por medio de las instituciones. Entre 1928 y 1934 Calles fue “el Jefe Máximo de la Revolución” y gozó de gran influencia política. A partir de 1934, el nuevo presidente de la república, el general Lázaro Cárdenas, rompió con su tutela y logró transferir el poder político, que se había acumulado en la figura del “Jefe Máximo”, a la figura de la presidencia de la república. Concluyó así la época de los caudillos y se inició la época del presidencialismo o la “dictadura perfecta” del Partido Revolucionario Institucional, que se prolongó hasta el año 2000. El gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), para muchos historiadores, significó la conclusión de la Revolución Mexicana y la puesta en práctica de algunos de sus ideales más importantes, como la repartición de tierras, el fortalecimiento de los ejidos y la sindicalización, por medio de nuevas leyes y créditos otorgados por el gobierno o el apoyo oficial a las demandas obreras. Estas reformas y apoyos contribuyeron a que los obreros y campesinos se afirmaran como la base popular del gobierno cardenista.

²⁰ Que luego se transformaría en el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

En el aspecto cultural, el impulso a la educación laica fue definitivo con la reforma constitucional de 1934, que aprobó la educación socialista. Ésta buscaba “desplazar toda doctrina religiosa, combatir el fanatismo y formar a la juventud con base en conocimientos exactos de la naturaleza y de la vida social” (Escalante Gonzalbo 267). Este movimiento educativo creó cierto radicalismo: por un lado, un grupo de intelectuales y artistas creaba organizaciones, presentaba y publicaba obras de contenido nacionalista e indigenista, al mismo tiempo combatía al fascismo en México y Europa. Nombres como Diego Rivera, Mauricio Magdaleno y Silvestre Revueltas pertenecen a este grupo que pretendía igualar o identificar a la Revolución Mexicana con la lucha proletaria mundial. Por otro lado, artistas como Jorge Cuesta, Salvador Novo y Javier Villaurrutia, formaban el grupo de los Contemporáneos, que mostraba escepticismo y recelo con respecto a los radicales y, por eso, eran acusados de elitistas y europeizantes. Al mismo tiempo que esta radicalización crecía, existía otro grupo de escritores, los colonialistas, que siguió, de manera deliberada, la línea dominante de la cultura oficial; y quienes intentaron capturar por medio de la literatura la más honda raíz de México: la raíz castiza. Estos autores buscaban “exhumar lenguaje y anecdotarios míticos del virreinato para interpretar poéticamente la Historia de México” (Monsiváis 1465). Algunos críticos explican esta corriente como una reacción frente al afrancesamiento de los modernistas o como el regreso al origen del vigor cultural mexicano; el hispano.

Otro elemento importante en el ámbito cultural de la época fue el ensayo El perfil del hombre y la cultura en México (1934) de Samuel Ramos. La obra es una colección de breves escritos que inicia una nueva corriente del nacionalismo cultural:

A la preocupación por lo “nuestro” agrega un freudismo recién descubierto para lograr algo parecido a un “psicoanálisis de la nacionalidad”. Apoyado en Adler, Ramos aspira a fijar, a detener esa “ontología móvil” que es el mexicano, al que le atribuye el “complejo de inferioridad” que le dará fama a su tesis. (Monsiváis 1471)

Samuel Ramos busca realizar un análisis filosófico y/o psicológico del mexicano y lo mexicano; localiza para luego detallar aquello que forma una actitud diferente: el ser mexicano. Esta corriente tuvo un gran impacto en la vida cultural de México, que alcanza su punto máximo en 1950, cuando Octavio Paz publica El Laberinto de la soledad y fija un criterio cultural de lo mexicano.

Rafael Felipe Muñoz nació el 1 de mayo de 1899 en la ciudad y estado de Chihuahua, México. De su padre Carlos Muñoz, destacado abogado, heredó el deseo por una educación completa y el amor por la cultura. En el rancho de su familia, El Pabellón, cercano a la frontera de Texas, aprendió a montar a caballo, el uso de las armas de fuego y otras actividades de los hombres de campo del norte de México. Su educación formal fue en el Instituto Científico y Literario de Chihuahua, luego en la Escuela Preparatoria de la Ciudad de México y finalmente en la Universidad Nacional de México,²¹ donde se especializó en periodismo.

Mientras Rafael F. Muñoz estudiaba en el Instituto Científico y Literario de Chihuahua estalló la Revolución Mexicana en 1910. Chihuahua fue escenario de una gran actividad que tenía como protagonista a Pancho Villa, figura por la cual Muñoz sentía temor y admiración. En 1912, a la edad de trece años, Muñoz

²¹ La Universidad adquiere su autonomía y nombre actual (UNAM) hasta 1929.

escapa de su casa y se une a las fuerzas del caudillo; el adolescente entra así en contacto directo con el hombre que influiría tanto en su obra literaria. A partir de 1913 y ya de regreso en Chihuahua, Muñoz inicia su carrera como periodista escribiendo en los periódicos revolucionarios de su ciudad. En 1915 es nombrado corresponsal en varias campañas de Villa. Mientras desempeña este cargo conoce a las personas más allegadas al caudillo y viaja con el mismo Villa, logrando así acumular experiencias e impresiones que más tarde usaría en sus escritos.

Cuando Álvaro Obregón perdió el apoyo popular en Chihuahua en 1919, Muñoz, que era uno de sus hombres leales, tuvo que salir de México, pidiendo asilo político en EE.UU. donde trabajó como recolector de tomates, camarero y forjador en California. De nuevo en México, fue secretario particular de Álvaro Obregón y, al mismo tiempo, escribía en varios periódicos y revistas de la ciudad de México.

El 20 de julio de 1923, Villa fue asesinado y el periódico El Gráfico le pidió a Rafael F. Muñoz que escribiera una serie de artículos sobre la vida del caudillo. Antes del fin de ese año la obra Memorias de Pancho Villa estaba terminada y publicada en forma de folletín. Fue un éxito de actualidad o un “libro de oportunidad” como lo llamaba el propio Muñoz. Su primer cuento “El hombre malo”, escrito antes de 1923, fue publicado hasta 1927 en el periódico El Universal junto con otros dos cuentos. En 1928 publicó una colección de cuentos en un volumen titulado El feroz cabecilla, con el que estableció firmemente su reputación como cuentista. Para 1931, publica en España su primera novela: ¡Vámonos con Pancho Villa!, en la que muestra la personalidad del caudillo con realismo y autenticidad. Manuel Pedro González ha declarado: “Muñoz capta

admirablemente la contradictoria y volcánica idiosincrasia del general en esta novela. Con la posible excepción de [Martín Luis] Guzmán nadie hasta ahora nos ha dado un Villa más genuino y total que el que Muñoz pintó en estas páginas” (281). ¡Vámonos con Pancho Villa! fue unánimemente reconocida y traducida al inglés, Hell Dogs, por Ruth Wells en 1933, al alemán, Vorwärts mit Pancho Villa!, por George H. Neuendorff en 1935 y a otros idiomas posteriormente. Con esta novela la fama de Muñoz se hizo mundial y su trabajo fue valorado en muchos países.

En 1934 Rafael F. Muñoz publica su tercera colección en prosa, con el título Si me han de matar mañana, una serie de cuentos revolucionarios. La segunda y última novela de Muñoz es Se llevaron el cañón para Bachimba; aunque fue escrita en 1936, se publica hasta 1941 por los problemas de la editorial Espasa-Calpe durante la Guerra Civil Española (1936-1939). Para la mayoría de los críticos, esta novela es superior a la primera en cuanto a su estilo y la recreación de las experiencias de Muñoz durante la Revolución Mexicana.

Además de su labor como escritor, Muñoz colaboró como guionista en el cine mexicano y como jefe de los departamentos de prensa en las Secretarías de Educación y de Relaciones Exteriores de 1943 a 1952 bajo las gestiones de Jaime Torres Bodet. En 1960 publica en México su obra Fuego en el Norte: Cuentos de la Revolución, que aunque no contiene novedades, sí es una agrupación diferente de sus más destacados cuentos publicados anteriormente. La última obra publicada por el autor fue Obras incompletas, dispersas o rechazadas (1967), donde reúne una serie de textos dados a conocer antes en periódicos o revistas: fragmentos de cuentos y un drama. Rafael Felipe Muñoz

muere en la ciudad de México el 2 de julio de 1972 cuando preparaba su discurso de recepción como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

Características de la obra

La biografía Santa Anna, el que todo lo ganó y todo lo perdió fue publicada en 1936. A esta edición le sigue una segunda en 1937, con el título de Antonio López de Santa Anna, edición completa según el texto original, mientras que una tercera, Santa Anna, el dictador resplandeciente, apareció en 1945. Además del subtítulo, la única diferencia entre ellas es que la primera edición fue acortada por motivos editoriales. La obra está estructurada en once capítulos, cada uno de los cuales tiene un título, y van de “La Independencia” a “Las últimas jornadas”. Los capítulos a su vez están divididos en fragmentos marcados con números arábigos, que pueden tener de extensión un párrafo o varias páginas y que desarrollan de forma cronológica la vida de Antonio López de Santa Anna.

Resulta interesante que después del éxito de su novela ¡Vámonos con Pancho Villa!, basada en la vida del popular caudillo chihuahuense, Muñoz decida embarcarse en el estudio y presentación de la figura nada popular del veracruzano. El proyecto de escribir la biografía de Santa Anna surge, según el propio Muñoz, por el interés que este personaje repudiado por todos causó en él:

—La persona de Santa Anna me interesó como me interesa, ahora, este gato que está cerca de mí: porque nadie lo quería...Así me pasó con Santa Anna. Me molestaba que, unánimemente todos lo repudiasen. Vasconcelos, por ejemplo, lo llama “traidor abominable”. ¿Quién es —me pregunté—este

abominable traidor? De la respuesta surgió el libro. (Carballo, Protagonistas 365)

Irónicamente, después de algunos años Muñoz reconoce que Santa Anna se ha convertido en “el cuarto personaje predilecto de sus obras” (Carballo, Protagonistas 370). El autor dedica un par de años a leer e investigar sobre el personaje, para cumplir su deseo de presentar hechos realistas e imparciales: “el estudio de su vida requería una investigación seria para presentar a Su Alteza Serenísima en las justas proporciones; despojado en algunos casos de los aditamentos de la leyenda y precisada en otros su verdadera actitud” (Herrera 5). Muñoz busca dar una imagen detallada de la vida del general Santa Anna la cual está entrelazada dentro de un gran mosaico de acontecimientos históricos de la nación mexicana; por eso, una investigación profunda fue necesaria para el autor.

La mayoría de los críticos coinciden en que la biografía de Santa Anna es una de las mejores obras de Muñoz y el mismo autor lo afirma en su entrevista con Carballo: “la biografía sobre él (Santa Anna) es mi mejor novela” (Carballo, Protagonistas 370). La evaluación del autor está respaldada por otras opiniones como la de Emmanuel Carballo, quien manifiesta en su artículo “Los cuentos de Rafael F. Muñoz” (1961): “Rafael F. Muñoz es escritor, desde el punto de vista artístico, de dos libros: una novela: Se llevaron el cañón para Bachimba –la mejor obra narrativa que produjo su generación– y una biografía, Santa Anna, el dictador resplandeciente” (“Los cuentos” 9). Carlos González Peña expresa una valoración similar:

Mirando al pasado, escribió una preciosa biografía novelada, en nervioso estilo y matizada por leve ironía, la cual hubo de

publicarse, cercenada, en Madrid, en 1936, con el título de Santa Anna, el que todo lo ganó y todo lo perdió, y al año siguiente, completa, en México, con el de Santa Anna, biografía de un dictador. (266)

Por su parte, Catherine Jeffery dice, “Muñoz cumple con la difícil tarea que se impuso, presentando las diferentes facetas del carácter y vida de Santa Anna, contra el trasfondo de la historia de México y sus tiempos” (132). Mientras Juan Rulfo explica sobre la obra de Rafael F. Muñoz²²:

Enmarcando las acciones de aquellos guerreros con hilos poéticos, describiéndolos amablemente, se puede decir que hasta con lástima, dentro de la socarronería que encierra allá en sus profundidades el estilo de Muñoz. Esta misma característica identificará al Muñoz que escribe más tarde la vida de Su Alteza Serenísima. La biografía de este infortunado rector de México, infortunado para México, adquiere en la obra de Muñoz matices heroicos dentro de lo grotesco. Escrita con originalidad, prepondera en ella el lenguaje satírico, el episodio farsa y dentro de todo esto, la vida serena de Su Alteza Serenísima, envuelto en el ropaje de su desfachatez y sus oscuras y personales ambiciones. Los tristes días que vivió entonces nuestro país, que más que país era un panino de rencillas y de luchas mezquinas por mezquinos intereses, se refleja en la biografía de Santa Anna

²² El artículo de donde se extrae este texto permanecía inédito hasta que fue publicado en el número 10 de la revista Ibero (octubre-noviembre 2010), que circula sólo entre la comunidad de la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México y luego es republicado el 20 de noviembre del 2010 por el periódico La Jornada, de circulación nacional. El texto se supone escrito a mediados de los años cincuenta para cumplir con las colaboraciones que Juan Rulfo tenía en Radio Universidad.

que escribiera Muñoz, y que, al cabo, como toda buena obra, hecha con sinceridad, nos deja un sabor amargo. Nos amarga porque deseáramos que todo aquello no hubiera sucedido o no hubiera tenido los resultados desastrosos que tanto error acumulado le produjo a México [...] Pero la verdad es que Santa Anna existió y Muñoz, con los trazos de su buena calidad de escritor, va forjando esta figura novelesca hasta darnos un libro extraordinario. (4)

Este “libro extraordinario” como llama Rulfo a la biografía elaborada por Muñoz, está escrito con “originalidad” en un estilo periodístico, rápido, sobre todo cuando describe las batallas de forma concisa, directa y con precisión militar. También son claros los “hilos poéticos” que Rulfo menciona en el uso del lenguaje figurativo y la abundancia de imágenes plásticas; por ejemplo, el narrador usa la personificación de objetos inanimados: “sus ojos vivaces platican con la sonrisa de las mulatas fruteras” (Muñoz 14) o “uno que otro campanazo vuela de las torres” (Muñoz 56). El narrador también hace un uso abundante de la luz y el color en las descripciones:

En las aguas verde olivo que el viento riza dormitan bergantines y goletas, caídas las velas de los mástiles, como medias de mujer en torno a la pierna. Frente a la playa, el viejo castillo de Ulúa, construido para defensa y amenaza del puerto, refleja en sus blancos bastiones la luz amarilla del sol, y el mar refleja en sus aguas oscuras los blancos muros de piedra. (Muñoz 13)

En las imágenes y descripciones, el narrador combina poéticamente símiles y metáforas, logrando cuadros llenos de percepciones sensoriales:

Los cañonazos comienzan a retumbar a las cinco de la mañana, veinticuatro cada hora. Las campanas de todos los templos cantan y cantan con metálico son [...] y más cortinajes y más candelabros, más oro y más plata. Millares de cirios encendidos, como si hubiese caído dentro del templo un pedazo de sol.

(Muñoz 45)

La animalización es usada para describir a algunos de los enemigos de Santa Anna, por ejemplo:

El mismo partido retrógrado que se apoyaba en Santa Anna, lo abandona a su suerte. Cree que no lo volverá a necesitar más, que es políticamente un cadáver. Y entre los cuervos que acuden al festín, Anastasio Bustamante, desterrado en 1833, regresa entre salvas y repiques. (Muñoz 145)

El narrador también utiliza la antítesis: “un frío que atormenta lo indecible. Brota el fuego en diversos sitios del bosque de palmas. Océano de llamas a cuya luz los soldados, hambrientos, desfallecidos, barbados, sucios, parecen un ejército de cadáveres” (Muñoz 208). En la obra se da un cierto toque costumbrista en las descripciones de ambientes y en el lenguaje:

Muchachos semidesnudos recogen en la orilla del mar las conchas que deja el oleaje, y metidos en el agua hasta la rodilla, los hijos de los pescadores ensayan a tirar la red. Mulatas de caderas amplias y ondulantes van por las callejuelas, con cestos planos cargados con frutas del trópico, y al decirles cosas picantes los marineros hacen aparecer en sus caras el relámpago

blanco de la risa. Las mulatas pregonan su mercancía: –¡Papaya frejca! ¡Piña frejca! (Muñoz 13)

Otro ejemplo es el siguiente donde el narrador comenta: “en ocasiones, improvisar le sale bien. En otras, de todititos los diablos” (Muñoz 93). Además, se vale del uso específico de mexicanismos: *marmaja*, *tlaco*, *jarochos*. El realismo crudo, tan evidente en los escritos sobre la Revolución de Muñoz, se puede también encontrar en la biografía bajo estudio, por ejemplo, cuando se describen las condiciones de la batalla del Álamo:

Todo lo conquistan los mexicanos, aposento por aposento, rincón por rincón, barricada por barricada. Lucha cuerpo a cuerpo, a bayoneta, a culatazos, a cuchilladas. Una carnicería brutal, rapidísima. Cada disparo de americano es un asaltante muerto.

Después, una bayoneta le impide cargar de nuevo. (Muñoz 129)

Santa Anna, el dictador resplandeciente de Rafael F. Muñoz es una biografía novelada que refiere el pasado “desde arriba”; los grandes eventos y figuras ocupan el lugar protagónico, específicamente Antonio López de Santa Anna que está siempre presente, creciendo y dominando la obra de principio a fin. La distancia entre el pasado histórico que se narra y el momento en que Muñoz escribe la obra es de más de cien años. Este hecho sería contrario al modelo de la novela histórica de Lukács, pero cabría en el modelo propuesto por Vigny o Menton. Por otro lado, siguiendo el esquema de novelas históricas propuesto por Jitrik, esta biografía novelada podría considerarse equiparable a una novela histórica funcional ya que busca extender el conocimiento del personaje histórico, que según la opinión del autor es un conocimiento incompleto y deficiente; busca, además, analizar el periodo histórico y dar luz a

un punto oscuro de la Historia de México. Aunque la obra utiliza el lenguaje satírico y la ironía, como ya se mencionó con la cita de Rulfo, y tiene algunos episodios de farsa, no se puede hablar de una novela histórica y mucho menos de una nueva novela histórica. Más bien, se trata de una biografía novelada: el narrador busca presentar al personaje histórico como ser humano de su época, pero sin llegar a la carnavalización del mismo.

Específicamente sobre la presentación del personaje histórico de Santa Anna, existen opiniones encontradas. Ernest Moore opina que “en su biografía de Santa Anna, Muñoz no llega a situarlo en su edad ni a redondear su personalidad” (50). Otros críticos, como Mario Puga, valoran el logro artístico de la presentación del personaje histórico:

En Santa Anna el autor ha logrado el equilibrio entre el apasionado examen de su personaje, desentrañando las motivaciones profundas de su conducta, y un deber de objetividad en tratamiento del mismo. Es tan sustantivo este equilibrio que el lector se sorprende a cada paso con la riqueza del personaje, sus contradictorias decisiones, ora movidas por el oportunismo más bajo, ora por extraños y confusos impulsos patrióticos. (Puga 18)

El Antonio López de Santa Anna que Muñoz logra recrear en su biografía es un personaje histórico completo, con diferentes aristas. No es el villano absoluto o “traidor abominable” de Vasconcelos, pero tampoco es un hombre inocente de muchos de los defectos de los que ha sido acusado por la Historia oficial. Enrique Serna opina:

Quien más licencias se tomó al narrar la vida de Santa Anna fue Rafael F. Muñoz en su deliciosa biografía El dictador

resplandeciente. Muñoz no sólo lee los pensamientos de Santa Anna, sino que lo coloca en situaciones ficticias, pero sus invenciones redondean el perfil psicológico del personaje como nunca lo hubieran hecho los datos históricos. (“Vidas” 1)

Efectivamente, Muñoz logra redondear el “perfil psicológico del personaje” y presenta a un hombre de su época junto con todas las aristas y complicaciones que esto implica.

Santa Anna, el dictador resplandeciente es una obra matizada: definitivamente no es una novela histórica tradicional del siglo XIX, como la obra de Irene Paz. Resulta ser una novela que está un paso adelante, acercándose a lo que será la nueva novela histórica. Las alteraciones de los hechos históricos o presumiblemente históricos, van en una línea similar: de cierta disculpa del caudillo por las condiciones del país; todavía no se da una distorsión espectacular, como será el caso después en algunas de las nuevas novelas históricas.

Otros personajes históricos

Para mostrar el contexto histórico de Santa Anna, el narrador presenta a otras figuras históricas, por ejemplo al general don Manuel Rincón, nombrado gobernador de la provincia de Veracruz por Iturbide. Al enterarse de que Santa Anna desea su posición y al verse en peligro político, Rincón escribe una carta a Iturbide señalando a Santa Anna:

Hombre embriagado por una ambición que no cabe en su cerebro; que dio margen y consintió que su hermano Manuel López de Santa Anna y otros de su viciosa pandilla, propalasen

especies sediciosas en los jarochos y en las tabernas, gritando:

¡Viva Santa Anna y mueran todos los demás! (Muñoz 39)

Es interesante que además de marcar la calidad moral de estos personajes históricos, que son movidos por la ambición y la envidia, el narrador aclara quién y por qué es escrito éste y otros textos similares. Irónicamente, varios historiadores usarán tales textos para describir al personaje histórico de Santa Anna, sin tomar en cuenta el contexto desde donde surgen.

Otro personaje histórico presentado por el narrador es Iturbide, quien “se siente el genio de la América del Septentrión, el indiscutible, el admirable” (Muñoz 39) y a quien “la sola pasividad de los que valen algo, le encoleriza” (Muñoz 39). Para el narrador, Iturbide es ambicioso, orgulloso, cruel y propiciador de intrigas:

Está considerando ya la posibilidad de coronarse emperador, siguiendo el consejo que tantas veces le ha dicho al oído el obispo Antonio y oyendo a todas horas la voz de su propia ambición. Y logra que Santa Anna le informe mal de Rincón el gobernador, Rincón mal de Santa Anna, Loaces mal de los dos, y los tres mal de otros muchos. (Muñoz 38)

La corte de Iturbide es descrita por el narrador con un tono de burla. Se retoma con detalle los títulos otorgados y los excesos en las ceremonias:

Seis capellanes menores, diez honorarios, tres confesores, el maestro de ceremonias, el ayo de los príncipes, cuatro predicadores, diez predicadores honorarios, el sumiller del palacio, el gran peluquero y el gran guardarropa, el gran cocinero

y el lavadero secreto de la ropa interior de sus Majestades...

(Muñoz 42)

Queda claro que, desde el contexto de un narrador anclado al siglo XX, los títulos, el protocolo y las ceremonias, que Iturbide y su corte llevaron a los extremos, se ven como francos motivos de burla y ridículo. Santa Anna, como la mayoría de los hombres “ilustrados” de su época, también es seducido por los brillos del Imperio: “Santa Anna no puede resistir más. Está vencido. Su vanidad se satisface con título, cruz, capa, sombrero de plumas. Va corriendo a ver al señor Loaces para pedirle permiso de asistir a la coronación de Iturbide e irle a besar la imperial mano” (Muñoz 44). Sin embargo, para Santa Anna la satisfacción dura muy poco; no se conforma con ver las ceremonias atrás de otros cuatrocientos invitados que tienen mucho mejor lugar que él y encuentra la manera de figurar en la corte:

Doña María Nicolasa tiene sesenta años y es soltera. Don Antonio López de Santa Anna es soltero también, pero tiene nada más veintiocho. ¡Qué importa! Él encuentra la manera de llegar hasta la princesa. Primero se inclina con todo respeto, después sonríe suavemente y entrecierra los ojos, que parecían no tener párpados. Al besarle la mano, la oprime entre sus dedos con cierta intención. Es bastante fea doña María Nicolasa y los años se le notan. Pero el que se case con ella será príncipe, Gran Cruz de la Orden Imperial de Guadalupe, Excelentísimo y Grande del Imperio [...] Santa Anna determina arrostrar el ridículo. (Muñoz 49)

Resulta interesante cómo el narrador de Santa Anna, el dictador resplandeciente, en su afán de mostrar a un personaje histórico mucho más completo y humano retoma este momento de la historia del militar: Santa Anna coqueteando con la hermana del emperador Iturbide I, deseando alcanzar la cumbre de la corte, para luego ser de nuevo humillado y obligado a regresar a Veracruz. El narrador llena espacios en el relato histórico al dar detalles sobre el galanteo y muestra a Santa Anna humillado y calculador pero, sobre todo, ambicioso.

Otros de los amores de Santa Anna son retomados por el narrador a lo largo de la obra para presentar esta perspectiva mucho más humana del personaje. El amor por la hija del gobernador Dávila, cuyo tema en la novela de Ireneo Paz fue tan importante, en esta obra no se menciona; al mismo tiempo, el episodio de la princesa María Nicolasa que se acaba de comentar no es retomado por Paz. Una conquista que los dos narradores presentan es en la que interviene el “padre Arce”:

Una linda señorita, por la que el alegre caudillo se interesa inmediatamente. Su asedio fracasa. Hay que tomar la posición por la fuerza o por un ardid. Y el general escoge el segundo medio, su favorito: viste a un oficial de sacerdote, le tonsura la coronilla, llama a la madre y se casa con la hija. El oficial se quedó para siempre con el apodo de “el padre Arce”. (Muñoz 128)

El narrador presenta así a Santa Anna como el autor de la idea del engaño y también como el hombre que prefiere el ardid al uso de la fuerza.

Ese Santa Anna, caprichoso y que consigue a la mujer que desea, contrasta con el enamorado de María Inés:

Treinta años. Enamorado. En papel sellado, que vale una cuartilla, pide al presidente de la República permiso para casarse con doña María Inés de la Paz García, nacida el 21 de enero de 1811, hija de Juan Manuel García y doña María Jacinta Martínez de Uscanga, españoles nacidos en Europa [...] bodas, bailes, comelitones, luna de miel en la hacienda de Manga de Clavo. (Muñoz 81)

Santa Anna es presentado como un hombre maduro que se enamora de una mujer con buena posición económica y social, con la cual inicia una familia. La primera esposa de Santa Anna, María Inés, apenas fue mencionada en la obra de Ireneo Paz; por otro lado, en esta obra aparece en varios momentos como excelente anfitriona en su hacienda Manga de Clavo y como mujer abnegada que ayuda a su esposo a recuperarse de la amputación de la pierna: “mujer de la costa, mañanera y sencilla, hecha para recibir el rocío temprano” (Muñoz 158) o “doña Inés de la Paz (nombre sugerente y sedante, Paz toda ella)” (Muñoz 189). Es decir el narrador presenta a esta mujer como un conjunto de virtudes: abnegación y paz. Cuando muere la esposa, el general sufre:

Doña Inés de la Paz cierra los ojos y reposa para siempre. El viudo enmudece, aumenta su palidez, el pecho se le hunde. Sus fieles ministros, sus fieles generales, callan también. Los granaderos hacen la guardia a paso solemne, con la boca de los fusiles hacia tierra. Languidece la bandera a mitad del asta [...] el Palacio entero es un sepulcro. (Muñoz 191)

No hay otro biógrafo o narrador que rescate este momento de sufrimiento de Santa Anna.

Pero ¿sufre realmente el general? Es difícil de creerlo cuando en un par de meses se casa “en ausencia” con una jovencita de la Ciudad de México: “banquete, iluminación, música hasta el amanecer, cuando la Excelentísima emprende el camino hacia el esposo, que le dobla la edad. Dolores, Dolores de Tosta. Otro nombre sugerente. Profético” (Muñoz 192). El narrador implica que esta segunda esposa de Santa Anna le traerá dolores. Ahora es a él a quien se le nota la edad, como antes a la princesa María Nicolasa, y Dolores es la que se casa por alcanzar la cumbre social:

El cuatro de marzo. El conde de la Cortina extrema sus adulaciones dando un baile en honor de Sus Altezas Serenísimas [...] para bailar la pavana, forman pareja “La Flor de México”, doña Dolores de Tosta la Serenísima, que luce una túnica de seda negra bordada con perlas, y Doyle, ministro de Inglaterra. (Muñoz 252)

Por otro lado, Dolores es también la mujer que acompaña a Santa Anna en sus dos destierros y en los días finales en la Ciudad de México, los cuales fueron llenos de olvido y limitaciones económicas. Según el narrador, en esa ciudad Dolores tiene uno de los actos de mayor compasión por el anciano: “encuentra en las antesalas quince o veinte personas que le esperan. Las ha contratado doña Dolores, a real por día, para que den al anciano la impresión de que aún lo busca el pueblo. Con ademán grave los manda retirar...” (Muñoz 272). Sobre este cuadro, Enrique Serna dirá después:

Este episodio es una invención de Rafael F. Muñoz. Examinando todas las fuentes no he podido encontrar que tenga ningún sustento documental. Me parece un gran hallazgo novelesco y me

encanta, pero no lo incluí en mi novela porque no quise plagiarlo.

(“Santa Anna” 171)

Tal “hallazgo novelesco” utiliza el narrador para mostrar a Santa Anna en la decadencia, medio ciego, pobre, sin influencias, y también a una Dolores que administra el poco dinero y “fabrica” para su esposo un escenario dónde el anciano pueda recuperar un poco de lo que fue en el pasado.

Otro ejemplo de los personajes históricos presentados con detalle por el narrador es José Antonio Echávarri:

Antiguo oficial de los ejércitos del Rey, más cruel que inteligente, altivo con los inferiores hasta llegar a la insolencia, vanidoso exaltado al máximo con el nombramiento de edecán imperial. Entrecejo poblado de gruesos cabellos, largas patillas que al unirse con las guías del bigote le dan aspecto de perro de presa; gritón y mandón, es tan poco agradable de aspecto como de espíritu. (Muñoz 51)

La descripción negativa del personaje es importante: no sólo introduce al contemporáneo de Santa Anna como un hombre con grandes defectos, iguales o más a los del personaje central de la biografía, sino que además disminuye su calidad moral y los juicios negativos que este personaje exprese sobre Santa Anna ya que no serán percibidos como totalmente reales:

Echávarri, antes de partir al asedio de la ciudad rebelde, califica a su antiguo segundo de “vano, presumido, altanero, despreciador de los derechos del hombre, díscolo, enemigo de la sociedad, rastrero en sus pretensiones, bajo en sus procedimientos, insubordinado, felón...” (Muñoz 67)

El narrador presenta las descalificaciones que Echávarri hace a Santa Anna, pero eso ocurre curiosamente después de que el lector ya sabe que Echávarri también ha sido descalificado por la voz narrativa. Queda claro que el narrador quiere hacer hincapié en cómo Santa Anna es parte de una sociedad, con líderes como José Antonio Echávarri, donde ninguno de los dos son los únicos militares ambiciosos y dispuestos a todo por el poder. Incluso reflexiona:

No están del todo equivocados el ministro Domínguez y el mariscal Echávarri. Santa Anna tiene mucho de lo que ellos afirman. Pero como a todos los hombres, no se les descubren esos defectos hasta que dejan de ser instrumentos, para convertirse en enemigos. (Muñoz 67)

Mientras la sociedad de la época necesitaba a Santa Anna, nadie le encontraba mayores defectos, pero en cuanto se volvía prescindible o enemigo, todos podían ver una larga lista de debilidades. Para el narrador es importante marcar cómo Santa Anna, al igual que los otros personajes históricos, tiene más de una cara. No es totalmente culpable ni totalmente inocente.

Presentación de Santa Anna

La presentación del personaje de Santa Anna en la obra se da en el primer capítulo: “un jovencillo vestido de blanco lino, muy estirado, para parecer más alto de lo que es. Sus ojos vivaces platican con la sonrisa de las mulatas fruteras” (Muñoz 13), va caminando junto a su padre el licenciado Antonio López de Santa Anna para ser admitido, a los dieciséis años, como cadete en el ejército real:

Vivaracho y alegre, servicial y meloso con los superiores, zalamero, de adulaciones siempre a flor de labio, el joven don Antonio López parece dispuesto a todo, por subir. Admira y envidia la roja cruz calatraveña en la casa de don Joaquín de Arredondo. (Muñoz 16)

Santa Anna es descrito por el narrador como un joven con ambiciones y “dispuesto a todo” con tal de subir en los escaños militares y sociales. A pesar de que se marcan algunos defectos, la imagen total es positiva; se presenta la imagen de un espíritu lleno de fuerza y deseos, con cierta inocencia:

La mañana del 10 de mayo de 1811, el joven don Antonio tiene ganas de derramar hasta la última gota de su sangre: se bate como fiera, persigue a los insurgentes cuando se retiran, captura dos prisioneros, va y viene por el campo de batalla recogiendo armas abandonadas, buscando pertrechos utilizables, reúne un poco de ganado que los vecinos dejan atrás, y presencia cómo tres jefes insurgentes son colgados de los árboles. Por primera vez en partes oficiales se habla de que “se condujo dignamente el cadete don Antonio López de Santa Anna.” (Muñoz 18)

El narrador escoge una victoria militar para presentar por primera vez a Santa Anna en lo que será uno de sus mejores elementos, el campo de batalla, donde corre de un lugar a otro, en un punto máximo de actividad, exhibe valentía y organización. No será ésta la única ocasión en que el narrador haga hincapié en las cualidades de mando de Santa Anna; en varios otros momentos resalta “su actividad incansable, sus dotes brillantes de organizador, sus ardides ingeniosos y eficaces, su resistencia física de centauro joven” (Muñoz 29).

Aunque también marca constantemente los defectos del personaje: “ambicioso, voluble, acobardado, Antonio López acepta. De comandante realista brinca a coronel insurgente. En un día pide un ascenso al virrey, y obtiene del bando contrario la promesa de dos grados de ascenso” (Muñoz 29). Este contrapunto entre defectos y virtudes será una constante a lo largo de toda la obra; el narrador no quiere presentar una sola cara del personaje histórico, sino que pretende un retrato mucho más completo: incluye tanto los aspectos positivos como los negativos, mostrando a Santa Anna como un hombre en medio de un contexto social, político y cultural determinado.

El narrador elabora constantemente juicios sobre el carácter, las cualidades y los defectos de aquél:

Santa Anna es fecundo en ardides de guerra, que a veces tienen aspecto de verdaderas felonías. Y más aún: en los instantes en que el resultado de su treta está por decidirse entre dos bandos, uno y otro se consideran traicionados. Sólo el hábil intrigante sabe el secreto. Y de todas sus maquinaciones, la del 26 de octubre de 1822 ha sido la de concepción más perfecta: pierda quien pierda, Santa Anna saldrá ganando. O cae Ulúa, o cae Echávarri. (Muñoz 53)

En este breve párrafo el narrador resume las cualidades de Santa Anna en la construcción de tretas de guerra o ardides políticos, recurso que el personaje histórico utilizó una y otra vez. Da la impresión que el narrador marca que los bandos en disputa se creen igualmente traicionados: realistas, insurgentes, federalistas, republicanos, centralistas, EE.UU. y México. Al final, el único que gana es Santa Anna.

Por otro lado, el narrador describe, en dos apartados del primer capítulo, cómo ejerce el poder Santa Anna cuando, todavía en el ejército real, es encargado de pacificar la zona de Veracruz que los insurgentes asediaban:

Puede actuar según su criterio, hacer y deshacer, fusilar o perdonar, destruir o edificar. Desde el pie de las murallas de Veracruz, donde comienza el mar de arena y de malezas, hasta más allá del horizonte, él es el señor, el que impone la ley de su voluntad, el de la voz indiscutible. Y ejerce el poder en toda su extensión. Durante dos años y medio no rinde un informe, no hace una consulta. [...] Cuando llega a una rancharía los indígenas y los “jarochos” no huyen de él, como huían de sus antecesores, porque no pone en prisión a hombre alguno ni fusila a quien le es antipático [...] busca parajes apropiados para fundar pueblos, desmonta el matorral, hace el trazado de una plaza, señala el lugar para la iglesia, divide los terrenos entre las familias [...] cada pueblo tiene tierras comunales para sembrar, y cada familia debe construirse una casa con cocina y corral. (Muñoz 24-25)

Cuando Santa Anna ejecuta el poder a su gusto, según el narrador, aplica un poder edificador y conciliador, un poder que se inicia por las armas y se continúa con “apretones de manos y obsequios” (Muñoz 24). Santa Anna no sólo pacifica la zona, sino que construye pueblos con los servicios de la época y con la tierra necesaria para el trabajo de cada familia; como resultado, los “jarochos” lo estiman porque les da estabilidad social y económica. El narrador subraya que cuando Santa Anna ejerce el poder en esa época, sin los límites y

trabas de los grupos políticos o de los grandes intereses económicos, logra el feliz balance; es un buen gobernante. Otro rasgo del personaje histórico que se esboza en la cita anterior, pero que el narrador retomará a lo largo de la obra en más de una ocasión, es la falta de crueldad; Santa Anna, el militar “ni ahorca insurgentes ni fusila vencidos” (Muñoz 21). El narrador defiende al personaje histórico que “nunca ha sido cruel, ni con los que pueden aniquilarlo. En el mar de sus defectos, cada uno una ola, no se mira sangre de vencidos españoles o mexicanos. Si no llegara a tener otro mérito, ése puede salvarlo de la ignominia” (Muñoz 66). Santa Anna es “salvado” del deshonor porque nunca fue cruel. Cuando el narrador presenta acontecimientos como la batalla en Tampico contra Barradas, aclara:

Pero un triunfo así no debe satisfacer a un soldado. Santa Anna lo es, aun cuando le nieguen que también es un general. No le interesa que sea la peste la que rinda a Barradas. Quiere ser él. “Sacrificó soldados inútilmente”, dicen después. Muy lamentable. Más toda gloria descansa sobre cadáveres. (Muñoz 102)

El narrador justifica al militar y al hombre. Expresa su desacuerdo con los críticos que niegan la condición de “general” a Santa Anna y que le acusan de “sacrificar” vidas inútilmente. Para el narrador, el hombre Santa Anna no fue cruel ni aun en batallas como la del Álamo, donde tuvo que seguir las órdenes del Congreso que había declarado “piratas” a los invasores.

Resulta importante señalar cómo en la cita anterior y en muchos otros momentos de la obra, el narrador utiliza textos de historiadores ya sea para

refutarlos o para reforzar sus juicios. Éstos se presentan sin referencia²³ (salvo una o dos excepciones), pero son claramente marcados para que el lector los note: por ejemplo, el narrador dice: “y todavía cien años después los enemigos de Santa Anna le censuran que haya hecho la expedición por mar, como si hubiera una ruta mejor o pudiera esperarse a que México reuniera una flota de guerra” (Muñoz 93). El narrador está en contra del juicio que cien años después los historiadores o “enemigos” de Santa Anna pronuncian sobre esta expedición a Tampico. Es interesante encontrar que a un siglo de un evento histórico y de la vida de un personaje, todavía existan “enemigos” que cuentan los hechos desde su perspectiva subjetiva, sin reconocer el contexto histórico del personaje.

Cuando Santa Anna se dispone a defender el territorio nacional de la expedición de reconquista española, “el gobierno está en la más completa miseria. No tiene almacenes militares, ni víveres, ni provisiones; el ejército está casi desnudo. Y deja a Santa Anna que arregle todo, como pueda, bien o mal” (Muñoz 91). Santa Anna es quien reúne lo necesario para tratar de rechazar la reconquista, el gobierno del país no tiene voluntad ni recursos; el general es dejado solo, para que decida “bien o mal” sobre el grave asunto que afecta a todo el país. No será ésta la única ocasión en que toda la responsabilidad de defender a México de una invasión es dejada al caudillo. La guerra contra la independencia de Texas es otro ejemplo:

Situación endemoniada. Descontento por la abolición de la constitución federalista. Ejército reducido al mínimo. Los batallones son apenas cuadros. El tesoro en la miseria. Temor de decretar nuevos impuestos que producirían revueltas. Crédito

²³ Al final de la obra, se incluye una vasta bibliografía sobre Santa Anna, que se supone usó el autor al escribir su biografía.

agotado, aduanas empeñadas. Cuando Santa Anna se instala en San Luis Potosí, para organizar con aire un ejército, se encuentra con que, durante los primeros cinco días, los soldados no tienen paga, ni qué comer. (Muñoz 125)

Santa Anna debe concertar préstamos para reunir lo necesario y equipar al ejército que intentará rescatar el territorio de Texas de los colonos. El gran organizador entra en plena actividad: “reúne dinero, reúne hombres, fabrica pertrechos, requisas armas y caballos, uniformas, disciplina” (Muñoz 125). Debe dar de comer y proteger a los hombres que formarán su ejército de seis mil “inexpertos reclutas” (Muñoz 125) con los cuales se lanzará al desierto a perseguir al enemigo que no da batalla, sino que se mueve constantemente. Todo esto está ocurriendo mientras en el centro del país las conspiraciones políticas siguen apareciendo:

Don Antonio conoce demasiado bien a cierta gente y comprende que en esos momentos están tratando de sustituirlo en el poder, sin tomar para nada en cuenta el desarrollo de la guerra. El problema es grave. Su frente se nubla. En momentos su nerviosidad toma caracteres de verdadera locura. (Muñoz 131)

Es interesante que además de mostrar los apuros con los que Santa Anna reúne y organiza el ejército, el narrador también señala cómo para los políticos, que buscan el poder en el centro del país, la guerra contra Texas no parece importante. No se ocupan de los intereses de la nación, sino sólo de los personales. En este pasaje el narrador introduce un elemento de “locura”, justificando al personaje histórico. Santa Anna pierde la guerra no sólo por los

elementos físicos (clima, geografía, etc.), o la táctica del enemigo, sino por un episodio de desarreglo mental:

Su Excelencia deja confusos a los oficiales, con órdenes, contraórdenes y repetición de las órdenes. No sabe qué hacer, no sabe adónde ir. Manda construir lanchones para cruzar un río, y cuando están casi listos, abandona el trabajo y se va bordeando el cauce. Pantanos traicioneros donde se hunden los hombres, matorrales espesos, arroyos profundos. Los soldados se cansan. Marchas y contramarchas. Pocos combates. (Muñoz 134)

El narrador describe los elementos que hacen difícil la campaña: el clima, la geografía de la región, los enemigos que en lugar de dar batalla van en retirada destruyendo todo a su paso y dejando a los mexicanos en el desierto. Sobre todo, el narrador presenta a Santa Anna como desequilibrado, nervioso y voluble, y como el general que va perdido en la cacería y en manos de quien el resto de los mexicanos han dejado la defensa de Texas.

Cuando en 1846 los EE.UU. declaran la guerra a México, se repite el cuadro, Santa Anna es el único que puede o quiere defender al país:

Entre todos los sargentos encaramados al generalato, no hay uno que le iguale en energía y resolución para imponerse a la tropa. Él es un general de verdad: mal director de batallas, pero un gran organizador. El único ante quien se inclinan sus enemigos. El que puede ganar una batalla. Campaña que él pierda, es porque nadie más podría ganarla. El panorama del ejército es desolador: no hay nadie que pueda asumir el mando supremo si no es Santa Anna. (Muñoz 202)

Santa Anna debe recaudar el dinero, reunir el ejército, planear la campaña y organizar las batallas. Necesita instruir a los levantados por la “leva” y, además, lidiar con el gobierno del centro del país y los políticos:

Los partidos siguen luchando por el poder, como si no se dieran cuenta de que un ejército extranjero ha entrado y avanza. Se han dividido en exaltados o “puros” y moderados [...] Santa Anna mantiene con los dos bandos una correspondencia equívoca. Tiene que equilibrar la situación política y al mismo tiempo organizar su ejército. Labor tremenda. Reunir, vestir, armar, disciplinar. (Muñoz 206)

Los políticos y otros líderes nacionales no se dan cuenta de la gravedad de la situación del país y lo único que les ocupa es su propio interés por el poder. No hay quien ayude a conseguir dinero para apertrechar al ejército pero todos alzan la voz para gritar “que por qué no avanza, que por qué no combate, que por qué no triunfa” (Muñoz 206). Santa Anna es el fiel de la balanza política: a pesar de todos sus enemigos, es quién puede establecer el orden. Se escuchan las acusaciones públicas de traición, pero Santa Anna es el único organizando la defensa del país:

Paredes Arrillaga, el mismo que ha fracasado dos veces en la caza de la presidencia, tiene el mando de una columna en San Luis Potosí. Lanza el grito de “¡Guerra!” ¿Contra los Estados Unidos? ¡No! Contra el gobierno. Se le llama en el Congreso “pícaro, borracho, miserable”. Es poco. “Traidor”. Es poco todavía. Más exacto es el pueblo, aplicándole calificativos que tienen cerrada la puerta del diccionario. (Muñoz 198)

Los políticos, los militares y los acaudalados buscan únicamente proteger sus propios intereses. Santa Anna está solo en la lucha. Los hombres que deberían haber ayudado en la defensa del país son iguales o más ambiciosos que él y prefieren buscar su bienestar antes que el de la nación. Cuando es necesario el apoyo para la defensa de Veracruz y evitar el ingreso del ejército de EE.UU. por el puerto, “la rebelión de los polkos ha impedido todo auxilio. Ni un centavo, ni un cartucho, ni un hombre” (Muñoz 214). Los “soldaditos que no han disparado un solo tiro contra el extranjero y sí contra el Gobierno” (Muñoz 214) son otro ejemplo de los intereses que se mueven y protegen a costa de la seguridad nacional.

El narrador subraya una y otra vez cómo Santa Anna es acusado de inacción o de malas tácticas, pero como éste es el único ocupado en la defensa de México, aquél acusa a los grupos de poder (políticos, militares, clero, acaudalados) de perder energía y recursos en sus luchas internas cuando el enemigo común entraba a la casa. Santa Anna es dejado con toda la responsabilidad de defender a México de la invasión; se le responsabiliza de la victoria, que todos celebran, y de la derrota, por la que todos lo condenan.

Resulta además importante marcar cómo, a diferencia de otros autores y su obra, el narrador de Santa Anna, el dictador resplandeciente rescata la actitud valiente y heroica del pueblo mexicano frente a la invasión. Por ejemplo, relata con detalles la defensa de la ciudad de Monterrey o la reacción en la ciudad de México a la llegada del ejército de EE.UU.:

El pueblo pelea cuando ya no es tiempo. Hace todo lo que puede. Dispara de las casas, cae sobre los dispersos, apedrea, apuñala, ahorca con sus manos iracundas. En una taberna de ínfima

categoría, cadáveres de soldados americanos cubren el suelo. En cada calle, sangre que mana de un cuerpo uniformado de azul, es la huella del odio desesperado. (Muñoz 234)

Mientras algunos historiadores únicamente acusan al pueblo de pasividad e indiferencia a la llegada del ejército invasor, este narrador menciona a Puebla como “la indiferente a la invasión” (Muñoz 220), pero incluye también las acciones valientes del pueblo, las cuales llevan a la “gloriosa derrota” (Muñoz 205) frente a EE.UU.

El narrador de Santa Anna, el dictador resplandeciente presenta constantemente las dos caras de la moneda. Observa que Santa Anna no era el único ambicioso de su época y no era el único traidor: “Iturbide traicionó a favor de la independencia, Santa Anna traiciona a favor de la República” (Muñoz 63). Sin embargo, deja claro que el líder militar tampoco es un hombre libre de culpa:

Los campechanos lo festejan para atraérselo y los yucatecos lo adulan para conquistarlo. Comilonas y saraos, peleas de gallos y fiestas de mestizos, en las que el comandante pierde los estribos y peca, mañana, tarde y noche. Procura balancearse entre los dos bandos. Por meses enteros tiene engañados a unos y a otros. (Muñoz 78)

Así como reconoció que Santa Anna nunca fue cruel, ahora el narrador debe señalar que fue un hombre “pecador” y se dejó llevar por los placeres. Sin embargo, aún en este contexto no hay una acusación directa, pues Santa Anna peca porque los intereses de otros le proporcionan la ocasión. ¿Quién es más pecador el que facilita los medios por halagar y obtener favores o el que se deja

seducir por la tentación? Es decir, el narrador va y viene, intentando lograr un cuadro más real, entre los defectos y las virtudes del personaje histórico:

Don Antonio adivina el sentimiento popular. Tiene una supersensibilidad que lo hace percibir claramente los sentimientos que abriga la masa. Capta las vibraciones de la excitación, sabe el momento de obrar. Conoce cuál causa es la que tiene la simpatía de la opinión pública. Y de nuevo calza las botas, manda enjaezar su albo corcel, saca la espada. (Muñoz 86)

“Don Antonio” es un hombre que percibe los deseos del pueblo, sabe interpretar los momentos políticos y valorar las fuerzas de las distintas posiciones. Entiende quién será ganador y se asegura un lugar en ese frente.

Otra de las características del personaje histórico que el narrador rescata es la fe de Antonio López de Santa Anna en la suerte:

Además, tiene fe en su suerte, en la casualidad. Ningún problema futuro, próximo o lejano, le preocupa. Cuando se le presenta, busca la manera de resolverlo. Es un gran improvisador. De ejércitos, de planes, de programas, de ardides y de disculpas. En ocasiones, improvisar le sale bien. En otras, de todititos los diablos. (Muñoz 93)

Santa Anna es improvisador; saca de la nada planes, tretas, disculpas y hasta numerosos ejércitos. No le preocupa el futuro y su suerte está decidida por el azar; así que él sólo se dedica a jugar: “jugador empedernido, se arroja él mismo como apuesta, en el más emocionante de los albures” (Muñoz 159). Así es cómo se lanza Santa Anna a la batalla: él mismo es una apuesta en la guerra,

no sabe cuál será el resultado y confía su futuro a la suerte. Incluso cuando se encuentra en la cima del poder, no puede dejar de lado su afición al juego:

Apuesta montones de oro, disputa con los galleros, se codea con los plebeyos, se torna iracundo cuando pierde, insolente cuando gana. Capaz de arrojar sus condecoraciones a las patas de los gallos, si no le quedan monedas en el bolsillo, y de jugar su gloria contra la fortuna, a un “giro” que aletea en el centro de la arena.

(Muñoz 175)

La pelea de gallos es la mayor pasión de Santa Anna, quien ocupando la presidencia del país, dedica más horas al cuidado de sus gallos y a las apuestas en las peleas que a los asuntos de Estado. Muchos aseguran que es en estas apuestas donde se gasta el poco presupuesto de la nación.

Una característica más que el narrador resalta de Santa Anna, es el uso de los partes militares o de las proclamas. El caudillo construye su fama, según el narrador, por medio de estos escritos llenos de verdades a medias o de completas mentiras: “es el resultado del tono de los partes de Santa Anna, melodramático y plagado de mentiras. Su popularidad nace y se desarrolla entre falsedades y exageraciones, frases rebuscadas y fanfarronerías que halagan la sensibilidad del pueblo” (Muñoz 104). El personaje histórico sabe usar para su provecho las proclamas al pueblo y los partes militares. Nunca le falla escribirlos en los momentos decisivos; desde la carta para Agustín Primero, que es “una sarta de adulaciones, que irá a parar en el cesto de los papeles inútiles” (Muñoz 43), hasta el parte militar que dicta, tendido en una camilla, después de ser herido en combate con los franceses:

Informa de lo sucedido con desvergonzada exageración y tono heroico. “Vencimos, sí, vencimos”. Cree que es la última victoria que va a ofrecer a su patria. No está gravemente herido, puesto que puede dictar una parrafada de casi quince hojas, pero aparenta la certeza de que va a morir de un momento a otro.
(Muñoz 167)

Santa Anna resulta ser un actor y tiene un profundo conocimiento de la psicología del hombre de su época. Se da cuenta de que con la sangre que ha derramado se lavaran sus culpas pasadas y lo comunica en sus escritos públicos: “adivina la reacción que va a producirse entre el pueblo cuando se lea su parte, cuando se le crea en agonía, cuando se le vea mutilado” (Muñoz 167). El tono patético de caudillo agonizante le ganará a Santa Anna, una vez más, la presidencia del país. Sin duda alguna el uso que el personaje histórico hace de los partes y proclamas es casi virtuoso.

Volviendo a la descripción física del personaje histórico de Santa Anna, ya se mencionó que el narrador lo presenta al inicio de la biografía como un joven delgado que intenta parecer más alto de lo que es. La siguiente descripción física que aparece en la obra, es retomada por el narrador de un periodista del New York Times, quien describe a Santa Anna después de la derrota en Texas:

Imaginad un hombre de estatura ordinaria, cuarenta años de edad, pesando como ciento sesenta libras, de caminar y aspecto gracioso, redondo de hombros, de lustroso pelo negro, tez blanca y frente ancha, nariz cuadrada y pequeña, ojos redondos y oscuros, medio hundidos... pasaría bien por un inteligente y activo

comerciante...Lo he observado, sin encontrar nada de villano ni desagradable en su apariencia. (Muñoz 145)

Los norteamericanos esperaban a un hombre detestable, después de oír sobre la batalla del Álamo. Sin embargo, Santa Anna es un hombre de aspecto y trato agradable, en la madurez de la edad y como ya ha salvado la vida, se encuentra de nuevo en control, indiferente ante la derrota vuelve a ser el “parlanchín, afecto a encontrar siempre una disculpa para cada una de sus barbaridades, zalamero, negociante” (Muñoz 140).

La siguiente descripción física de Santa Anna en la novela, también es desde la perspectiva de un norteamericano, pero se refiere a años más tarde, cuando el caudillo trata de escapar del centro de México, que ya está bajo el control de las fuerzas invasoras:

Esperan ver bajar un ogro, como corresponde a la historia y a la leyenda. “En vez de un grifo de apariencia humana, aparece un obeso caballero, de mediana edad, vestido con una casaca verde olivo con botones dorados, de triste expresión de serenidad, que cojea ligeramente sobre su pata de palo” [...] y contrastando con él, doña Dolores, la “Linda flor de México”, que aparenta una juventud de dieciocho años [...] (Muñoz 238)

El narrador no aclara de dónde extrae la cita anterior, pero se puede inferir por el contexto que es de algún escritor norteamericano, tal vez del mayor Kenly, que es quien los detiene en su huida hacia la hacienda del Perote. La imagen de Santa Anna, de nuevo, es positiva: contraria a lo que esperan los soldados norteamericanos, no corresponde con la leyenda del hombre feroz en la batalla; es un hombre regordete, bien vestido, pero lo que más llama la

atención es la “triste expresión de serenidad”. Santa Anna acaba de perder la guerra contra EE.UU. y va huyendo para salvar la vida. Sin embargo, aparenta serenidad, con rasgos de tristeza, pero al fin y al cabo serenidad del hombre que confía en su suerte y sabe que saldrá ileso del trance.

Otra descripción física que el narrador presenta del personaje histórico es de 1852, cuando los comisionados en buscar a Santa Anna para que regrese al poder lo encuentran en su hacienda de Turbaco, en Colombia. Según observa el narrador, han pasado cuatro años de destierro y Santa Anna ya es un hombre mucho más maduro:

Su faz se ha endurecido visiblemente...sus blancos dientes brillan aún intactos, pero la boca ha caído, el labio inferior sobresale y la nariz, antes estatuariamente heroica, se ha vuelto boluda y vulgar...Sus ojos brillan aún con formidable resplandor...y conserva aquella prístina nota de mando en su voz musical, tan admirablemente modulada. (Muñoz 243)

Es interesante que la nariz sea descrita como “boluda y vulgar” cuando antes era “estatuariamente heroica”. Eso indica que Santa Anna ya no es una estatua y no es el caudillo perfecto; al contrario es un hombre que ha caído muchas veces, pues ha cometido errores. Es buscado ahora como último recurso para poner orden en el país; empero, los conservadores lo usarán y le impondrán límites de acuerdo a su conveniencia.

La última descripción física que se presenta en Santa Anna, el dictador resplandeciente es del general mexicano cercano a la muerte. Cuando desembarca en Veracruz en febrero de 1874, el narrador observa:

Es un anciano encorvado y canoso, que camina con dificultad, apoyándose siempre en el brazo de otra persona, su esposa, su hija, su yerno [...] no ve bien. Tiene nubes en los ojos, que el profesor de homeopatía Guillermo Hay tratará más tarde de disolver con globulitos. Anciano encorvado que arrastra un pie y una pata de palo. (Muñoz 271)

Santa Anna es un anciano y el narrador presenta una imagen que conmueve: el hombre que un día fue toda energía y vigor en el campo de batalla, ahora necesita apoyarse en el brazo de su esposa para poder caminar; el caudillo que antes podía ver y sentir lo que el pueblo necesitaba o deseaba, ahora tiene “nubes” en los ojos que no le permiten ver ni las caras cercanas. Es un hombre que se ha quedado solo, fuera de su tiempo:

¡Todos se han ido! Los que con él hicieron la Independencia, los que con él hicieron la República. Sus amigos y sus enemigos descansan ya [...] desfile de sombras de quienes lo atacaron y no lo pudieron aniquilar, de quienes lo admiraron y se fueron antes de verlo arrastrar el pie en la última jornada... (Muñoz 272)

Santa Anna es presentado por el narrador como un hombre acabado, en el límite de la decadencia física y emocional; muy poco queda del hombre fuerte que fue, de la figura “estatuaria”.

A lo largo del texto el narrador presenta una y otra vez al hombre, en lugar de a la estatua que algunos historiadores han construido. Por ejemplo, el narrador describe a Santa Anna comiendo mientras dicta uno de sus planes o marca los gestos de admiración: “Santa Anna abre los ojos tan desmesuradamente, que parece que se le van a saltar. La situación es seria: sus

tropas, cansadas, el parque disminuido considerablemente, la retirada imposible, sus barcas casi en las manos del enemigo” (Muñoz 97). Sin embargo, es en la descripción del anciano donde se encuentra al Santa Anna mucho más débil y, por tanto, mucho más humano.

Otro de los puntos retomados por el narrador para humanizar al personaje histórico es el de la “locura”. Como ya se mencionó, la primera vez que el narrador presenta el tema es durante la guerra de Texas:

Durante toda la campaña, su Excelencia ha presentado continuamente señales de desarreglo mental. “Los testigos presenciales de la marcha lo pintan como poseído, gesticulando, maldiciendo, golpeando a los soldados” [...] Muestra “un desarreglo en las funciones cerebrales que se manifiesta por las oscilaciones de la atención: no la mantiene fija ni un instante”.
(Muñoz 132)

Santa Anna, que antes había sido el más eficaz organizador militar y el calculador más frío, durante esta campaña se encuentra en un estado aparente de “desarreglo mental”, dando órdenes y contraórdenes. Está cada día más nervioso e impaciente y “su desequilibrio le lleva de la incertidumbre a la confianza excesiva, de la depresión de ánimo a la alegría absurda” (Muñoz 132). Es interesante cómo el narrador presenta estos datos sobre el “desarreglo mental” de Santa Anna: lo muestra como a un hombre perdido en su propia mente y, por supuesto, mucho más perdido en la guerra. Santa Anna va en la cacería de Houston, pero va totalmente extraviado. Tal vez como una justificación construida con anticipación, el narrador usa el estado mental, nervioso y físico de Santa Anna como excusa para “el desastre” de San Jacinto.

Otro momento donde se menciona la “locura” de Santa Anna es cuando retoma la presidencia después de haber dejado como presidente interino a Nicolás Bravo. Declara el narrador: “El desequilibrado genial vuelve a la presidencia. Cinco de marzo de 1843. Séptima vez. Recepción en la carretera, besamanos en Palacio, desfile. Un cometa que pasa brillante por el cielo de México da ocasión a nuevas adulaciones a Santa Anna. Símil certero” (Muñoz 187). Santa Anna es “el desequilibrado genial”, un hombre que a pesar de sus grandes desequilibrios o problemas mentales, logra con su “genialidad” poner orden al caos de la nación; sin embargo, también es el hombre que está “en plena locura de poder” (Muñoz 187). Busca dinero para cubrir los préstamos de la nación y sus propios excesos, vendiendo los bienes de la Iglesia, aplicando impuestos descabellados como al número de ventanas de una casa o cobrando cuotas a los capitalistas y rematando todo lo que puede. El narrador menciona:

Otorga títulos de abogado, médico o ingeniero a quien lo adula o le paga bien, aun cuando no haya abierto un libro en los días de su vida. Dispone a su antojo de la propiedad pública y privada. Eleva el ejército a noventa mil hombres. Cuerpos de zapadores con gorros de paño verde y pompones de seda roja sobre escudos dorados... (Muñoz 188)

El narrador presenta a Santa Anna en medio de una serie de actos de “locura”, donde éste ejerce un poder absoluto y de forma irracional, pero luego lo justifica diciendo que, en realidad, Santa Anna está hastiado del gobierno, harto de juntas y de constituciones. De hecho, “hasta el ejercicio de la tiranía llega a cansar” (Muñoz 188). Es el final de la primera dictadura de Santa Anna y tanto el caudillo como la nación están cansados: el gobierno no tiene dinero ni para las

funciones más básicas y, sin embargo, se sigue despilfarrando en grandes ostentaciones. Se desenvuelve una locura tras otra no sólo de Santa Anna, sino de todos los que lo rodean.

Otro de los momentos en los que el narrador vuelve a mencionar la “locura” de Santa Anna, es en un contexto totalmente opuesto: ya no es el hombre en el poder absoluto, sino el hombre que en el destierro es engañado y robado por el aventurero Darío Mazuera. Santa Anna se encuentra en Nueva York y dice el narrador: “el Serenísimo está a punto de volverse loco. Comprende que le han robado vilmente, quisiera ahorcar a Mazuera y a toda su pandilla” (Muñoz 267). El hombre con “senil ingenuidad” (Muñoz 266) ha confiado en el colombiano que le prometió conseguir los recursos necesarios para que el caudillo regresara a México al frente de una expedición armada, pero todo ha sido un engaño y Santa Anna se encuentra en medio del invierno, sin dinero ni amigos en EE.UU. Sin embargo, no aprende su lección y sigue soñando con dirigir la lucha contra los franceses:

Los setenta y cinco años de Santa Anna lo hacen delirar con los franceses [...] Cuando le hablan de ellos, se excita y se echa a pasear por la habitación como animal preso, blandiendo un candelabro o un cuchillo de mesa. Quiere vengar su pie perdido, su mano incompleta. Y le hacen firmar todo lo que quieren.

(Muñoz 268)

De nuevo, es engañado e hipoteca sus propiedades a cambio de un préstamo para ir en contra de los franceses. Todo es una locura o ingenuidad senil. Santa Anna ya no puede intervenir de forma decisiva en los

acontecimientos de México, pero no logra resignarse a la idea de no ser necesario.

Es importante mencionar que muchos de los defectos de Santa Anna son también atribuidos al pueblo mexicano. El narrador señala en diferentes momentos de la obra cómo los mexicanos, al igual que Santa Anna, confían de más en la suerte o en el destino escrito, tienen una actitud de derrotismo frente a lo que parece inevitable, como la invasión de EE.UU. También comparten la locura por el poder y los excesos que se cometen desde él. La ignorancia es también un rasgo compartido por el grueso de la nación y por el caudillo. Finalmente, exhiben la falta de responsabilidad y buscan culpables en los demás. Santa Anna acusa a los otros oficiales, a las condiciones del clima o al terreno siempre que pierde una batalla y los mexicanos culpan a Santa Anna de todos sus problemas, de todos los despilfarros y de todas las catástrofes nacionales.

Cuando se habla de Santa Anna en el contexto de la Historia oficial mexicana, el adjetivo que resalta es *traidor*. Sin embargo, el narrador de Santa Anna, el dictador resplandeciente no está convencido de que Santa Anna haya traicionado a la patria. Por ejemplo, sobre la guerra en Texas, cuando Santa Anna ordena la retirada de las tropas, el narrador lo acusa de cobardía: “es capaz de todo por salvar la vida, con el pretexto de que su muerte en nada favorecerá a la patria” (Muñoz 143). Pero no marca una traición. En Washington durante su entrevista con el presidente Jackson, Santa Anna sabe que nada quedará por escrito y recobra su “amable superioridad y sonriente altivez” (Muñoz 146) y vuelve a ser el experto de las negociaciones. Describe ese estado mental el narrador así:

Promete lo que sabe que no podrá cumplir; pone oído a las ofertas, como si mucho le interesaran; se hace el convencido por las razones que Jackson le expone [...] es, ha sido y será siempre el mismo: dispuesto a prometer y aceptar todo, con tal de salir de una situación apurada. Pero no le sacan ni una palabra por escrito. (Muñoz 146)

En verdad, Santa Anna finge interés, parece que acepta condiciones y, al final, se escapa. De regreso en Veracruz, escribe partes militares donde los responsables de la derrota son otros y divulga comunicados a la patria donde justifica todas sus acciones, declarando que él no ha aceptado o pactado la independencia de Texas.

Para los enemigos de Santa Anna, la mayor traición a la patria la comete cuando vuelve al país con el consentimiento de los norteamericanos y con la intención de ayudar a la victoria de los invasores. El narrador de la biografía explica con detalle los acontecimientos y siempre mantiene la inocencia del personaje histórico:

Otra vez el Santa Anna de siempre: comprometiéndose a lo que no sabe si quiere o si puede cumplir. Hablando vaguedades a las que en cualquier momento puede dar interpretación diferente. Aceptando todo arreglo que le proporciona una ventaja momentánea, con la intención de olvidar más tarde, cuando le obligue. Toma el pasaporte para poder entrar a México. Una vez dentro, como cuando escapó de las garras de Barradas, hará lo que le dé la gana. (Muñoz 200)

Santa Anna acepta el pasaporte norteamericano para entrar a México, prometiendo, sólo de palabra, que ayudará a evitar una guerra. Pero una vez dentro del país, hará lo que más le convenga para tener el favor nacional, detener la guerra o ganarla. El narrador presenta una cita textual atribuida a Frank C. Hanighen para apoyar la inocencia de Santa Anna: “para un aventurero como él, aceptar el pasaporte de Polk no le compromete a nada. Es, sobre todo, la manera de volver a México. Dentro de todos estos complicados aspectos, él es un patriota inmaculado del oro extranjero. (Hanighen)” (Muñoz 200). Ésta es una de las pocas citas textuales donde el narrador da la referencia del autor y, por eso, es muy importante para ratificar la verdad de lo que está señalando: Santa Anna no recibió dinero del gobierno norteamericano: no es un traidor; sólo aceptó el pasaporte de entrada para, ya desde México, defender al país de la invasión. Marca el narrador:

Públicamente lo acusan de traición, de haber pactado con el enemigo para entregar el país. Aquel maldito pasaporte es la causa de todo. Los inconformes hubieran querido que Santa Anna entrara en Veracruz por el aire, que volara de San Luis en busca del enemigo, que lo venciera con un ejército en cueros que no sabe manejar el fusil. (Muñoz 206)

El narrador presenta, con ironía, los reclamos de los enemigos de Santa Anna. En verdad, el caudillo resulta necesario para enfrentar al ejército invasor; sin embargo, sus contrarios siguen atacándolo, encontrando detalles que les parecen signos de traición. Para el narrador, es claro que Santa Anna no es un traidor y lo justifica una y otra vez. Por ejemplo, menciona el pasaje del general Taylor, donde le pide un armisticio después de la batalla de la Angostura:

Mas el jefe mexicano rehúsa entrar en armisticio, diciendo que no habrá convenio alguno mientras el país esté parcialmente ocupado por tropas extranjeras. En esta resolución más que patriota es político. Sabe que cualquier arreglo a que él llegue para suspender las hostilidades, será tomado como prueba de traición. Si en realidad hubiera pactado y si estuviera dispuesto a cumplir su oferta, ése era el momento de entrar en arreglos. Prefiere continuar la lucha, una lucha en la que puede caer. Es un gesto que le favorece. Que hace creer que no está vendido.

(Muñoz 211)

Santa Anna decide seguir peleando y él es quien va a la cabeza durante las batallas. Está dispuesto a morir y eso es prueba suficiente para el narrador de que no es un traidor y de que no está vendido. Sabe además del peligro político de un armisticio con EE.UU. Los enemigos que desde la comodidad de la Ciudad de México lo acusan de traidor tendrían el pretexto ideal para seguir inculpándolo. Dice el narrador:

En el Congreso, el diputado Ramón Gamboa, por instrucciones secretas y pérfidas de don Luis de la Rosa, ministro de Relaciones, propone la consignación del presidente de la República ante el Gran Jurado [...] hace notar que en la campaña no ha habido sino desastres, ni un solo éxito. Acusación extensísima. Cada paso del cojo es comentado, censurado, atribuido a planes pérfidos. Cada cosa que se hace y cada cosa que se deja de hacer, tiende según Gamboa, a la derrota del ejército mexicano. (Muñoz 229)

Los políticos buscan el poder y, sin considerar las condiciones especiales del país por la intervención del ejército invasor, siguen haciendo “política”. De manera paralela, Santa Anna es acusado de traición y todas sus decisiones son criticadas y censuradas. Por su parte, el narrador intenta la defensa una y otra vez del personaje histórico, mencionando los esfuerzos de Santa Anna por organizar el ejército y la batalla, y subrayando cómo Santa Anna rechaza las condiciones “indignas” de los tratados que el comandante Scott ofrece a cambio del armisticio. Irónicamente el narrador debe, al final, conceder cierta razón a los que acusan de traición a Santa Anna:

No medita. Como en todas las ocasiones de su vida, se deja llevar por el primer impulso. Entre la derrota del invasor y la derrota de Valencia, prefiere la de Valencia. Entre la gloria para los dos y la ignominia para él sólo, prefiere la ignominia. (No parece darse cuenta de que por un odio personal, está cumpliendo lo sugerido a Mackenzie.) Voluntaria o involuntariamente es un traidor. Cuando menos, un traidor pasivo. (Muñoz 224)

Es decir, el personaje histórico no le deja otra opción al narrador que la de reconocer la traición que se le atribuye al caudillo.

Empero, como todos los otros defectos y virtudes presentados en la obra, se trata de una traición matizada, no es totalmente negativa, sino una traición “pasiva”: Santa Anna decide perder la batalla con tal de no ver ganar a Valencia; el odio personal es más fuerte que el amor a la patria y no quiere ceder parte de su gloria al que considera enemigo. Así que los dos son derrotados por los

norteamericanos. Es como lo describe el narrador en este contexto de traiciones, acusaciones y derrotismo que se da la defensa de la ciudad de México:

Y Santa Anna, que andaba de un lado a otro sin reforzar ninguno, descarga la responsabilidad sobre Álvarez. Álvarez la descarga sobre su subordinado el general Andrade. El general Andrade, sobre sus oficiales, los oficiales, sobre los soldados, los soldados sobre los caballos. Los caballos son los únicos que no pueden quitársela de encima. (Muñoz 230)

Nadie quiere ser responsable del desastre de la derrota: Santa Anna culpa al destino y a todos los generales; los generales, los políticos y todo el pueblo culpan a Santa Anna y a su traición. Al final, la culpa está en alguien más, sobre todo en Santa Anna, el gran perdedor y traidor, quien de nuevo se ve obligado a salir del país y permanecer en el exilio.

La única vez en que Santa Anna es juzgado oficialmente por traición es años más tarde bajo el gobierno de Benito Juárez (1857-1872), el “incommovible”. Después de que se presenta la intervención francesa, declara el narrador:

Mes y medio de incomunicación rigurosa. Hasta que se le anuncia que va a ser juzgado como traidor a la patria, por haber apoyado el imperio. Su defensa es larga: explica a su modo el por qué de las cartas a los monarquistas, el del manifiesto impreso sin su voluntad y repite que no supo lo que decían las palabras en francés que le presentaron en el *Conway* para que las calzara con su firma. (Muñoz 270)

Después de la intervención francesa, el gobierno liberal de Juárez necesita cimentarse definitivamente, y por eso juzga y condena a Santa Anna por traición y alianza con los monarquistas. Esto sería un claro ejemplo que alejaría las tentaciones de los otros ambiciosos. Los liberales encuentran en Santa Anna el perfecto modelo de lo retrógrado y buscan usarlo como escarnio público. Sin embargo, le dan la oportunidad de tener un juicio justo, de defenderse, y Santa Anna aprovecha hasta el último espacio para presentar sus razones y para justificar sus acciones. Al final el jurado, en lugar de condenarlo a la mazmorra o a la muerte, lo condena al exilio: “no tanto por su defensa como porque se ve que ya no tiene significación alguna, en vez de ejecutarlo le señalan otros ocho años de destierro. Con la seguridad de que antes de esos ocho años...” (Muñoz 270). Es así como la única vez en que Santa Anna es juzgado oficialmente por traición, no es condenado. Sin embargo, para la Historia oficial liberal, siempre será el mayor traidor en la Historia de la patria.

A lo largo de la obra, el narrador presenta sus reflexiones sobre la Historia de México y sobre la participación del personaje histórico Santa Anna en ella. Son dos las que sobresalen por el resumen que hacen de la Historia de Santa Anna y México. Al final del capítulo titulado “Federalismo y Centralismo”, el narrador presenta una recapitulación de lo que hasta ese momento ha sido la vida de Santa Anna, quien con menos de treinta y siete años es elegido presidente de la República por primera vez:

Mientras Antonio López de Santa Anna ha hecho su propia voluntad, coopera a la independencia, proclama la República, ayuda a que lleguen a la presidencia Victoria y Guerrero, es federalista, derrota a los españoles de Barradas, piensa liberar a

Cuba, es el único defensor del gobierno legítimo de Guerrero. Se ha movido a todo esto por ambición, por atolondramiento, por despecho o por conveniencia, pero quizá también por patriotismo y sinceridad. El defecto de la ambición puede disculpársele, por tan común. Más deja de ser el jefe único de sí mismo. Se liga con un partido, el conservador, del que será en lo sucesivo instrumento y paladín. Ya no podrá seguir siempre sus propios impulsos. Tendrá que sujetarse muchas veces a los designios secretos que otros han fijado. Aunque momentáneamente se rebela, aunque momentáneamente el partido le vuelva la espalda, sus mutuos compromisos los vuelven a unir. Ha escogido una mala ruta: hacia la derrota y la vergüenza. Todo lo arrostra “con una sola, terrible decisión: la de seguir en el poder hasta la hora de la muerte...” (Muñoz 121)

De esa manera, el narrador resume los principales logros de Santa Anna hasta ese momento y señala que, al actuar libremente, el caudillo ha sido patriota y sincero, pero a partir de su alianza con el partido conservador, tendrá que seguir las líneas marcadas por otros y no sus propios deseos. Ya no podrá hacer caso de su lectura de las aspiraciones del pueblo y deberá seguir al partido, lo cual lo llevará a la derrota y a la vergüenza.

Es interesante que el narrador asigne la culpa de los errores de Santa Anna a su alianza con el partido conservador. Desde su perspectiva del siglo XX, el partido conservador y sus postulados son los verdaderos culpables de lo que Santa Anna hizo. Resulta importante aclarar que, en el contexto del México del siglo XIX, los liberales eran los federales, es decir, los que buscaban el

sistema de gobierno federalista; mientras que los conservadores, como Lucas Alamán, eran los centralistas quienes destacaban la necesidad de un fuerte gobierno central que pudiera defender al país del vecino del norte. Aunque paradójico, es explicable que los liberales, vencedores, escriban la Historia oficial y culpen a los conservadores de todas las desgracias del país. Por otro lado, el narrador justifica el defecto de la ambición de Santa Anna, por ser tan común en su época; aunque para otros historiadores ése es el único motor tras las acciones del caudillo. Todos los hombres de la época buscaban ascender la escala social y económica sin importar los medios.

Otro momento de reflexión del narrador se encuentra cuando recapitula la derrota de Santa Anna y México frente a EE.UU.:

Ha perdido la guerra sin hacer todo el esfuerzo posible para el triunfo. Ha entregado el ejército en trozos a la voracidad enemiga. Careció de la determinación necesaria para arrojar sus miles de hombres a un solo combate, para vencer o morir. Jugador que arriesgaba su fortuna en una riña de gallos, no tuvo valor para lanzarse a la cabeza de todos sus soldados, en una sola masa, a perder la guerra siquiera a cambio de la inmortalidad. Si no fue traidor, sí ha sido cobarde, torpe, envidioso, indeciso. Él cambia la historia y el futuro de dos naciones: Estados Unidos se engrandece con el oro de California y con el petróleo de Texas. México se convierte en una nación débil, a la que no le queda sino la altivez. (Muñoz 235)

Para el narrador, Santa Anna no es traidor, pero sí es un cobarde frente al enemigo. Es difícil de creer que el hombre que apostaba todo en una batalla al

inicio de su carrera militar; en el momento histórico decisivo, no tiene el valor suficiente para hacerlo de nuevo y es vencido. Santa Anna es torpe para organizar su ejército y para planear la batalla; sus enemigos recalcan esto una y otra vez. No es un buen general. También es envidioso, pues no soporta la idea de compartir la gloria con otros generales; prefiere la derrota a que otros alcancen la gloria junto a él. Por otro lado, es interesante la reflexión del narrador respecto al cambio que Santa Anna produce en dos naciones: EE.UU. engrandecido, México debilitado. Eso es demasiada responsabilidad sobre un solo hombre; México ya era débil desde antes o se hubiera defendido de otra forma. México no tenía un ejército, ni recursos. Santa Anna defendió el país con lo que pudo conseguir, sin el apoyo de muchos, más bien frente a la indiferencia de la mayoría.

El narrador de Santa Anna, el dictador resplandeciente termina su obra con la descripción de los últimos días de la vida del caudillo y la muerte del mismo:

Sin que nadie lo vea, fallece en su cama, durante la noche del 20 al 21 de junio de 1876. Había entregado a su esposa, para los gastos de la casa, sus últimos cuatro pesos. Todos duermen. A nadie molesta con su última queja. Se va como ha vivido: sin anunciarlo a nadie, sin consultar, sin pedir ayuda, sin vacilaciones ni preparativos. Es la última sorpresa que da. Su última maniobra. Ochenta y dos años. Once veces presidente de la República. Desterrado por toda América. Millonario y miserable, poderoso y perseguido, tirano y cautivo. ¡Patriota y traidor! ¡Héroe y villano!
(Muñoz 273)

La imagen final del caudillo es una imagen casi romántica: el hombre que ha vivido y ha muerto como ha querido, sin consultar con nadie, sin molestar, siendo generoso, “sin vacilaciones ni preparativos”, a Santa Anna no le importa el futuro, sólo le preocupa salir al paso de la situación presente y la muerte es su “última maniobra”, a los ochenta y dos años, cuando ya ha visto morir a todos sus aliados y enemigos, y cuando México ya no lo necesita ni lo recuerda. Esta descripción final del narrador sobre el personaje histórico es congruente con el resto de la obra: presenta las contradicciones que son intrínsecas a Santa Anna, quien ha sido millonario y miserable, poderoso y perseguido a muerte, tirano y cautivo, un hombre patriota pero traidor, héroe de varias batallas y villano de otras. Fue un hombre de su época con todos los conflictos y contradicciones que ello implica. Es decir, Santa Anna no es una figura de una sola cara y no es una estatua de museo, sino un hombre del difícil siglo XIX en México.

Conexiones entre el pasado de la obra y el presente del autor

En su mayoría, los críticos coinciden con la idea de que Rafael F. Muñoz fue un autor dominado por el tema del caudillo. Eso afirma Felipe Garrido en el prólogo a la edición de la obra de Muñoz usada para este estudio: “gran parte de la narrativa revolucionaria de Muñoz constituye una indagación sobre la naturaleza del caudillo –no por casualidad la domina, a menudo innominada, la figura de Pancho Villa. Y Santa Anna es algo así como la quintaesencia del caudillo” (Garrido 9). A Muñoz le interesaba entender y presentar las diferencias entre los hombres que mandan y los que obedecen. Mostrar cuáles son las cualidades que los caudillos tienen y cómo logran que cientos o miles de hombres los sigan y crean en ellos.

Como ya se había mencionado antes, ésta obra de Rafael F. Muñoz fue escrita a finales de la época histórica conocida como “el Maximato” (1928-1934), en referencia al caudillo Plutarco Elías Calles, quien fue “el jefe máximo” del país durante esos años. Los datos biográficos que se tienen de Rafael F. Muñoz hacen suponer cierta cercanía ideológica con Calles. Muñoz pertenecía al grupo de Sonora, al igual que Obregón, con quien colaboró estrechamente como secretario particular. Algunos historiadores hablan de la “diarquía” que establecieron Obregón y Calles en México de 1923 a 1928, pues se supone que acordaron gobernar juntos el país. Así, se puede presumir que Muñoz fue cercano a ambos caudillos revolucionarios, por lo cual resulta natural intentar localizar paralelismos entre estos caudillos y el Santa Anna de la biografía novelada.

Esos paralelismos pueden comenzar por las condiciones similares del país, el cual se encontraba en dos épocas de cambios violentos: después de la Independencia para Santa Anna y de la Revolución para Obregón y Calles. En ambas épocas, México es un país sin instituciones sólidas que dirijan la vida de la nación; en busca de un hombre fuerte que sea el líder de las mayorías. También en ambos períodos históricos hay un constante surgimiento de pronunciamientos militares; es decir, una inestabilidad social, económica y política similar produce ese fenómeno; por eso, son los militares los que se convierten en líderes o caudillos. Irónicamente, en su mayoría, ellos buscan sólo los beneficios personales y no los de la nación. Como caudillo, Santa Anna fue un dictador absoluto; durante su época, a veces era legitimado por el apoyo de grupos de poder. Por su parte, Obregón y Calles encabezaron un estado autoritario, también legitimado por los grupos de poder, pero con base en un

proceso de elecciones; eran caudillos que gobernaron según un proyecto sin mucha coherencia ideológica.

En las dos épocas de la Historia de México existen grupos ideológicos opuestos: después de la Revolución los conservadores son encabezados por Victoriano Huerta mientras que los liberales, que resultarán vencedores, son encabezados por Carranza, Villa, Zapata, el grupo de Sonora y los Constitucionalistas, aunque cada uno tiene intereses propios.

Por el contenido de la obra Santa Anna, el dictador resplandeciente, es posible pensar que Muñoz busca una revaloración de la figura del caudillo: Santa Anna, Obregón o Calles. Cualquiera de los tres es un hombre, que llevado por las circunstancias del país, ha reaccionado por encima del resto de la sociedad y ha actuado en consecuencia. De tal tipo de caudillo, Felipe Garrido observa:

Un adalid que puede cambiar de causa sin perder la lealtad de sus compañeros; que se contradice, sufre derrotas, huye, se esconde, capitula... más jamás pierde esa fuerza interior, medular, que le permite, al parecer sin esfuerzo, como consecuencia de un acto de naturaleza, encabezar siempre la situación. (9)

A lo largo de su biografía novelada, Muñoz presenta al hombre Santa Anna con los grandes defectos que la Historia oficial ya ha consignado pero también con virtudes que nadie quiere reconocer. En la Historia oficial, el caudillo es propuesto como un ser "estatuario". Por otro lado, para Muñoz es importante rescatar al hombre ya sea Santa Anna, Obregón o Calles. Muestra a un ser humano completo: al que, a pesar de los defectos y errores, es posible

redimir como hombre de acción frente a los que no hacen nada y ven pasar el desastre de la nación.

CAPÍTULO 5

EL SEDUCTOR DE LA PATRIA DE ENRIQUE SERNA

Contexto histórico del autor

Enrique Serna publica El seductor de la patria en 1999 fecha que se ubica en el periodo más reciente de la Historia de México, al que el historiador Luis Aboites Aguilar llama: "Movilización ciudadana y cambio político (1982-2000)". El sexenio de Carlos Salinas (1988-1994) marcó un claro parte aguas respecto de las gestiones priístas previas, en la medida que rompió con el discurso e ideología del nacionalismo revolucionario, que todavía con Miguel de la Madrid (1982-1988) trató de presentarse como el soporte ideológico del priísmo. Salinas, en cambio, adelantó una serie de tesis, que él mismo englobó bajo la categoría de "liberalismo social". Mismo que buscaba recuperar lo mejor de las tradiciones ideológicas del liberalismo juarista del siglo XIX y de la Revolución mexicana del siglo XX. En este sentido, Salinas pronunció una serie de discursos, durante 1991 y 1992, que sirvieron de soporte para impulsar algunas de sus más ambiciosas reformas: por un lado, la que puso punto final a la reforma agraria, concebida ya desde tiempos de Echeverría más como un instrumento de control social que como uno de efectiva solución de problemas en el agro mexicano. Por otro lado, la iniciativa para reformar las relaciones del Estado con las iglesias, especialmente la católica; aunque en este punto es donde se observan mayores tensiones entre la recuperación del juarismo, propuesta por Salinas y las

políticas desarrolladas por su gobierno. Y finalmente el proceso de reprivatización, de la banca y de empresas tan importantes como Telmex.²⁴

Carlos Salinas de Gortari, puso en marcha desde el inicio de su sexenio, el Programa Nacional de Solidaridad, que apoyaba económicamente a las familias de más bajos recursos. También logró la firma del Tratado de Libre Comercio con EE.UU. y Canadá, que se suponía una vía rápida hacia el desarrollo del primer mundo. La mayoría de los analistas políticos coinciden en que Salinas logró controlar a los sectores más críticos de la sociedad mexicana, por medio de la conciliación con la Iglesia y de la creación de programas de apoyo para los intelectuales, como el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca); los grupos que normalmente “alzan la voz” en México fueron parte del sistema del gobierno de Salinas.

La presidencia de Ernesto Zedillo (1994-2000) estuvo marcada por la crisis financiera, con repercusiones internacionales, llamada “Efecto tequila”. Zedillo y Salinas se culparon mutuamente de la crisis. Carlos Salinas, responsabilizó al llamado “error de diciembre” de 1994, que fue la táctica de libre flotación de la paridad peso-dólar, la cual había estado controlada en el sexenio de Salinas. La libre flotación causó una fuga masiva de divisas ante la situación política complicada del país: el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (1º de enero de 1994), el asesinato de Luis Donaldo Colosio (23 de marzo de 1994) y de José Fco. Ruiz Massieu (28 de septiembre de 1994). El precio del dólar se incrementó cerca del 114% (de \$3.40 a \$8.70) entre diciembre de 1994 y marzo de 1995 –el punto más álgido de la crisis–, causando

²⁴ Producto de las privatizaciones se obtuvieron casi el equivalente a 23 000 millones de dólares, los cuales fueron utilizados para amortizar la deuda pública interna, que en 1988 era del 19% y para 1994 fue del 6%. Dando como resultado una disminución de los pagos de intereses y logrando un crecimiento en el gasto social.

inmediatamente quiebras de miles de compañías, desempleo y que muchos deudores se vieran impedidos a pagar sus deudas. Ernesto Zedillo resolvió el problema por medio de dos préstamos hechos por los EE.UU. a México, por un total de veinte mil millones de dólares, logrando que el resto del sexenio hubiera una recuperación del empleo y una sana administración de la economía mexicana, por los cambios en el sistema económico, que también permitieron estabilidad económica relativa en el sexenio siguiente.

En el terreno político, el 28 de febrero de 1995, Raúl Salinas de Gortari, hermano del ex presidente, fue arrestado bajo los cargos de tráfico de influencias, corrupción, evasión fiscal y la autoría intelectual del asesinato de Ruiz Massieu. Este arresto y la campaña en los medios masivos de comunicación en contra de los Salinas, fueron hechos nunca antes vistos en la “dictadura perfecta” de PRI. El 1º de marzo de 1995, Carlos Salinas de Gortari se declaró en huelga de hambre por treinta y seis horas, en protesta por el arresto de su hermano y el “linchamiento mediático”; que él afirmaba eran acciones emanadas desde la presidencia del país. El 3 de marzo, Salinas se reunió con Zedillo en Los Pinos; después Salinas salió del país en un autoexilio, para volver sólo en contadas ocasiones y por motivos familiares.

Zedillo dio los primeros pasos hacia la democracia, la oposición logró ganar por primera vez las gubernaturas de varios estados y convertirse en mayoría en el Congreso. Asimismo favoreció unas elecciones competidas en el año 2000, que permitieron, por primera vez en setenta años el arribo a la presidencia de un candidato no emanado del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Por lo que se refiere a los aspectos sociales, es importante destacar que los movimientos por la democratización se empataron con la construcción de una sociedad civil autónoma. La maduración de la sociedad civil, a partir de la respuesta a los terremotos de 1985, dio origen a la imagen del ciudadano poseedor de derechos y deberes frente al Estado y la sociedad. La “producción” de ciudadanía fue una de las principales tareas de los movimientos sociales a través del fomento de la participación ciudadana, la educación popular, la vigilancia de los límites del poder y el cuestionamiento de los poderes extralegales de las autoridades del país.

En términos generales, el desarrollo cultural de México ha estado marcado desde mediados de los años ochenta por un proceso de transformación denominado por Néstor García Canclini en su libro Políticas culturales en América Latina (1987) como “privatización neoconservadora”; es decir una transformación del hacer cultural de los estados en América Latina de acuerdo con la reorganización monetarista de las sociedades latinoamericanas. Hasta entonces, según Nivón Bolán, el sentido predominante del desarrollo cultural había sido la expansión del Estado en la cultura, el cual estaba asociado a:

Una filosofía de corte nacionalista o desarrollista basado en la sustitución de las importaciones, el crecimiento del mercado interno, la expansión de la educación y de las clases medias y la expansión –bajo control estatal– de las industrias culturales. (1)

En México, los grandes momentos de desarrollo de las infraestructuras culturales correspondieron a los años veinte y los años sesenta. En el primer periodo tuvo lugar la institucionalización de una política cultural nacionalista y dio origen a la construcción de gran cantidad de instituciones e instalaciones

educativas y culturales como la Secretaría de Educación Pública. En los años sesenta, un nuevo impulso al desarrollo de la infraestructura cultural se dio con la construcción del complejo de museos de la zona de Chapultepec (Antropología, Arte Moderno, Historia Natural, etc.), el desarrollo de la gran red de teatros del Instituto Mexicano del Seguro Social y la edificación de la Unidad Cultural del Bosque con el Auditorio Nacional como elemento principal.

El freno del crecimiento de la infraestructura cultural en México fue consecuencia de la reducción de los presupuestos estatales para educación y cultura. Aunque el efecto más notable de esta reducción se observó en la caída de los salarios de los trabajadores de estos campos culturales, la pobreza de las instituciones alcanzó niveles de máxima depresión. A la reducción de los presupuestos se sumó la presión por hacer que las instituciones culturales y educativas alcanzaran niveles de eficiencia similares a los de las empresas privadas. Para Nivón Bolán el resultado de estas políticas fue doble:

La iniciativa privada comenzó a competir con el Estado en la producción de bienes culturales y, con ello, a ser un actor importante en la organización de las relaciones culturales y políticas entre los diversos grupos que componen la sociedad.

Esto, a su vez, puso en tela de juicio la legitimidad del Estado en la producción de la cultura y propició nuevos modelos de desarrollo de la creatividad y de la difusión de la cultura. (1)

Los especialistas han encontrado innumerables consecuencias, positivas y negativas, de estas transformaciones culturales, de las que se pueden señalar el surgimiento de nuevos agentes sociales y la predominancia de la cultura privada a domicilio, sobre la cultura consumida en espacios comunitarios.

Enrique Serna nació en la Ciudad de México en 1959, es narrador y ensayista. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha sido redactor de publicidad, argumentista de telenovelas y colaborador de “Confabulario” del periódico Novedades, y de otras publicaciones como: Crítica, La Jornada Semanal, Letras Libres, y Sábado. Recibió el Premio Nacional de Narrativa Colima para Obra Publicada en el 2004 por Ángeles del abismo. Algunas de sus obras son: la antología Los mejores cuentos mexicanos (2000), la crónica Giros negros (2008), el ensayo Las caricaturas me hacen llorar (1996) y las novelas El ocaso de la primera dama (1987), Uno soñaba que era rey (1989), Señorita México (1993), El miedo a los animales (1995), Ángeles del abismo (2004) y Fruta verde (2006).

En una entrevista, el propio Serna se reconoce como parte de una generación literaria: “en mi generación que es la de finales de los cincuenta, principios de los sesenta, hay una síntesis de la literatura de la Onda y también de la generación anterior a la de José Agustín que fue la de los escritores de la Casa del Lago” (Notimex 1). La generación de la Casa del Lago o de Medio Siglo, comprende a autores como Juan Vicente Melo, Inés Arredondo, José de la Colina, Humberto Batis, Tomás Segovia, Julieta Campos, Sergio Pitol, Fernando del Paso, José Emilio Pacheco y Salvador Elizondo. Este grupo se conformó alrededor del auspicio de Juan José Arreola, quien en 1959 fue el primer director de la Casa del Lago como centro de promoción y difusión cultural de la UNAM. La generación compartió el interés por el cosmopolitismo, el cuestionamiento del nacionalismo de las décadas anteriores, así como las nociones de calidad y universalidad. Serna opina que: “Juan García Ponce y José Emilio Pacheco, buscaban la reflexión formal, tenían un poco de miedo al costumbrismo, al color

local, pero con una exigencia y un rigor que han sido importantes para nosotros” (Notimex 1).

Por otro lado, la literatura de la Onda es un movimiento literario surgido en México durante la segunda mitad de los años sesenta. El movimiento estuvo formado por jóvenes que pretendían una ruptura con la literatura tradicional a través de un lenguaje más abierto y franco. Estos jóvenes estaban en un profundo desacuerdo con el régimen autoritario del llamado "PRI-gobierno", pero no lo podían expresar abiertamente, por lo que escogieron la literatura irreverente como un medio para hacerlo. Tocando temas que en ese entonces eran considerados tabúes como la guerra de Vietnam, las drogas, el rock and roll y el sexo. Este movimiento se consideró en muchos aspectos "contracultural", pero sirvió como una válvula de escape a problemas tan graves como la represión de la "dictadura perfecta" del PRI en la matanza de Tlatelolco (2 de octubre de 1968) o del "halconazo" (10 de junio de 1971). La literatura de la Onda es fundamentalmente de temática urbana, teniendo como argumento los problemas de jóvenes que se expresaban usando "un nuevo tipo de lenguaje realista", la música pop y de rock and roll, y su manejo desenfadado de la vida en estas condiciones, que incluía a menudo el uso de drogas. Son parte de esta corriente José Agustín (1944) con La tumba (1964), Gustavo Sainz (1940) con Gazapo (1965) y Parménides García Saldaña (1944 - 1982) con Pasto Verde (1968). El término "literatura de la onda" fue acuñado por Margo Glantz con un sentido abiertamente despectivo hacia estos jóvenes escritores, quienes con un lenguaje "soez" practicaban una literatura de "bajo nivel"; no obstante que ellos rechazaron el adjetivo que se les adjudicó, a partir de entonces fueron conocidos bajo este movimiento literario.

Características de la novela

La obra El seductor de la patria de Enrique Serna fue publicada en 1999 y recibió el premio Mazatlán de Literatura en el 2000. El propio autor explica cómo surgió la idea de esta obra:

Originalmente yo iba a escribir una telenovela sobre la vida de Santa Anna, pero el proyecto se canceló cuando yo llevaba 30 capítulos. Para entonces, nuestro equipo de investigadores había reunido ya un material abundante en distintos archivos (el de Notarias de Jalapa, de la Secretaría de la defensa Nacional, el General de la Nación, etc.) y yo estaba fascinado con el personaje, por lo que decidí escribir una novela por mi cuenta. (Serna, "Santa Anna en la historia" 170)

Enrique Serna confiesa que lo que más le interesó del personaje fue su capacidad de convocatoria:

Sentía que sólo la ficción podía responder a los enigmas sobre la personalidad y la vida de Santa Anna, que los historiadores no han podido resolver, empezando por el más importante de todos: ¿por qué un personaje tan evidentemente oportunista y corrupto llegó a ejercer una fascinación tan grande sobre la sociedad mexicana, al grado de que muchos lo consideraban encarnación de la patria? (García Hernández 1)

El autor decidió continuar el trabajo de los biógrafos e historiadores, que sin querer "habían empezado a escribir la novela de Santa Anna" (Serna 171), con la ventaja de que la ficción le permitió explotar abiertamente la línea novelesca que los otros sólo vislumbraron:

Uno de los mejores biógrafos de Santa Anna, Wilfrid Hardy Callcott, cuenta que, durante la intervención francesa, cuando Santa Anna ofrece sus servicios al emperador Maximiliano, se hace ilusiones sobre qué título nobiliario le será otorgado y cavila: “¿me hará Conde de Tampico o Duque de Veracruz?”, imaginando un monólogo interior donde Santa Anna está examinando los pros y los contras de aceptar uno u otro título. (Serna 171)

Serna realizó un profundo trabajo de investigación sobre el personaje, que junto con el proceso de redacción abarcó un periodo de cuatro años. El autor reconoce su obra como una respuesta dialógica a las memorias de Santa Anna: Mi historia militar y política que Serna califica como:

Una autobiografía muy decepcionante, incluso como panfleto, porque está llena de lagunas y vaguedades, en parte porque Santa Anna la escribió cuando ya estaba afectado de sus facultades mentales, y en parte porque no le convenía recordar muchos episodios de su vida. (Serna 171)

Enrique Serna buscaba escribir una biografía en la que Santa Anna se defendiera cínica y lúcidamente ante la posteridad; pero no quería dar sólo la versión del caudillo:

Como no creo que el novelista deba ser un juez de sus personajes o que deba dar un veredicto sobre ellos, lo que quise fue dar a la novela una apariencia de reportaje histórico, donde el lector siempre tiene dos o tres caras de la moneda para absolver o condenar al personaje con elementos de juicio. (Serna 173)

En la novela de Serna, el lector tiene la impresión de estar leyendo un archivo secreto, donde se le ofrecen puntos de vista antagónicos: por un lado el de Santa Anna justificándose, explicando sus acciones y buscando su reivindicación histórica; y por otro el de los personajes que contradicen los dichos del caudillo.

Enrique Serna explica por qué dedicó tanto tiempo y esfuerzo a la escritura de la novela de Santa Anna, un personaje catalogado como uno de los villanos más detestables de la Historia mexicana:

Porque, nos guste o no, es el inventor de la nacionalidad mexicana, que arrastra desde su nacimiento un ingrediente de autodesprecio que tenemos que eliminar de nuestra historia. ¿Cómo nació ese ingrediente? Nace cuando un gobernante logra erigirse en símbolo nacional y las personas lo creen así: entonces sus defectos y sus debilidades pasan a formar parte de la idiosincrasia popular. Esto puede generar la cultura del autodesprecio. (García Hernández 3)

Para Serna, Santa Anna es un personaje histórico clave para la consolidación de la nacionalidad mexicana y para el desarrollo de la Historia Nacional, sin embargo es un personaje satanizado por la Historia oficial; y por lo tanto es un personaje que no ha sido estudiado y explicado en su totalidad. La novela histórica de Serna busca ser una novela histórica funcional (Jitrik), al extender un conocimiento incompleto y deficiente del personaje, busca acercarse y analizar un punto oscuro de la Historia nacional:

Olvidando el tradicional maniqueísmo de la historiografía mexicana, el texto presenta una visión de la historia más objetiva,

sin apasionamientos partidistas o doctrinarios. Santa Anna fue ante todo, el producto de su tiempo. Al presentar el entorno en que se desarrolló como militar y como político, las circunstancias históricas, económicas, políticas y sociales de su época, la novela nos muestra de qué manera las acciones de ese hombre [...] siempre fueron apoyadas e impulsadas por los distintos estamentos de poder en el país. (Sotelo 65)

La obra de Serna busca presentar al hombre, señalando y explicando sus circunstancias, para que el lector del siglo XX pueda realmente entenderlo y juzgarlo con conocimiento de causa.

La novela está dividida en una sección de agradecimientos, el cuerpo central que consta de dos partes; un mapa de México, que marca los territorios perdidos durante la época de Santa Anna, un índice de personajes históricos nombrados a lo largo de la novela, la cronología de la vida de Santa Anna, y una bibliografía sumaria. La primera parte de la novela abarca de la niñez de Santa Anna a su regreso a Veracruz después de la derrota en Texas (1837). La segunda parte recorre la vida de Santa Anna desde 1837, cuando se recluye en la hacienda Manga de Clavo, a su muerte en la Ciudad de México en 1876.

La obra El seductor de la patria es una nueva novela histórica que refiere el pasado combinando las dos perspectivas posibles, viendo la Historia desde “arriba”, al presentar los grandes eventos y las grandes figuras históricas como protagonistas; pero también cuenta la Historia desde “abajo” al dar cabida a personajes ficticios que presentan su punto de vista de gente común y que son portavoces de una clase social y posición política determinados.

El formato de la obra es el de un epistolario, integrado principalmente por cartas de Santa Anna a su hijo Manuel, a quien ha encargado la escritura de una biografía que lo reivindique ante la Historia. Sin embargo, el compilador de la obra intercala otras cartas y documentos, que a lo largo de la novela presentan diferentes perspectivas sobre los hechos históricos narrados o sobre los personajes históricos mostrados. El lector está seguro de la presencia del compilador cuando encuentra una nota suya:

Por favor, concrétrate a responder el cuestionario que te adjunto con la presente*.

*Nota del compilador: el cuestionario no fue hallado en el archivo de la familia Santa Anna. (Serna, El seductor 125)²⁵

Ésta será la única ocasión en que la presencia del compilador está claramente marcada, incluso con un tipo de letra distinto, sin embargo su obra es la intercalación constante de diversas voces de la Historia a través de las cartas y documentos que conforman la novela:

Ese compilador introduce diversas percepciones sobre los mismos hechos o situaciones que, paradójicamente, al descalificar el carácter heroico de las acciones narradas —y realizadas —por la voz narrativa básica (el general Santa Anna), terminan descalificándose ellas también. El lector se enfrenta, de esta manera, a una sola acción sobre la que se ofrecen mínimamente dos interpretaciones. (Bobadilla 92)

Como explica Bobadilla la técnica de presentar los contrapuntos semánticos entre las diversas voces a las que se les da cabida en la novela,

²⁵ El resto de las citas de Serna en el capítulo serán de esta obra, a menos que se indique lo contrario.

logra al final que ninguna de ellas sea la que presente la “verdad”; sin duda un efecto de la visión de la Historia como una serie de “verdades” y no una sola, como pretendía la Historia oficial.

En cuanto al lenguaje usado en la novela, el propio Serna advierte sobre una de las funciones del personaje Manuel Ma. Giménez:

 Mi protagonista se expresa con una elocuencia que Santa Anna nunca tuvo en la vida real, pero el lector sabe que Giménez ha transcrito las cartas y embellecido el estilo del caudillo [...] como hombre con una cultura superior a la de Santa Anna, Giménez me sirvió para relativizar y desmentir el testimonio del protagonista.
(Serna, “Santa Anna en la Historia” 176)

Es clara la diferencia en el lenguaje entre las cartas transcritas por Giménez y los monólogos en que se supone escribe fielmente el discurso de Santa Anna, donde abundan las expresiones coloquiales y los regionalismos, por ejemplo el caudillo explica:

 Un chamaco desnutrido asoma la cabeza por encima de un tecorral. Jálense a éste, ordeno a mi escolta [...] una india de mediana edad se arroja al paso de mi caballo y me reclama en su lengua, una lengua chirriante como el graznido de un cuervo. Es la madre del chaval, me traduce Batres, dice que su hijo no puede ir a la guerra porque ya está casado. Ah chingá, ¿y dónde está la esposa? (Serna 222)

Por otro lado, sobre el lenguaje que se utiliza a lo largo de la novela, es importante mencionar que no es una reproducción del español mexicano del siglo XIX, sino un lenguaje híbrido, que recoge algunos giros del español de la

época o referencias cultas, por ejemplo: mesmerizamiento, sansculotismo, etc.; pero siempre adaptándolos al lenguaje de la novela histórica contemporánea.

En cuanto al tiempo verbal usado en la mayor parte de la obra se trata del pretérito, sobre todo en las cartas de Santa Anna cuando narra su pasado; sin embargo hay momentos en los que se usa el presente, por ejemplo cuando Giménez transcribe los soliloquios de Santa Anna, producidos bajo los efectos de la hipnosis; o en el monólogo interior, cuando Santa Anna narra la campaña de Texas:

La nevada se prolonga por varios días y el campamento se convierte en un cementerio donde la muerte está de manteles blancos. Entre los prófugos y los congelados sufro una merma de 400 hombres. Cualquiera en mi lugar ordenaría la retirada, para reanudar la expedición en otra época del año. Pero yo conozco a mi gente y sé que se crece en la adversidad, como los viejos caballeros águila. (Serna 226)

Giménez, el secretario de Santa Anna, aclara el uso del presente como producto de la honda impresión que provocaron los hechos en el caudillo, quien los describe: "como si el pasado cobrase vida y actualidad en el teatro de su memoria" (Serna 259). El mismo autor, Enrique Serna, aclara sobre el uso del recurso del monólogo de Santa Anna:

En algún momento me vi obligado a introducir un monólogo interior porque, obviamente, Santa Anna hace lo posible por embellecer su imagen y defenderse ante la posteridad en las cartas que escribe a su hijo. Necesitaba un momento donde

hiciera una confesión un poco más sincera. (Serna, “Santa Anna en la Historia” 173)

En los fragmentos de la obra donde se usa el presente para hacer la narración, el lector está frente a un discurso mucho más sincero de Santa Anna, el caudillo muestra su verdad en presente, la vive de nuevo y la narra sin ocultar sus sentimientos o pensamientos; enriqueciendo la biografía, al aportar una cara diferente del héroe.

Las otras voces de la Historia

Algunas de las voces a las que se dan cabida en la novela son de personajes históricos que presentan su visión sobre Santa Anna o sobre los hechos históricos; sin embargo a éstas se unen otras voces calladas por la Historia oficial, que presentan una visión diferente y mucho más novedosa de la Historia. Por ejemplo, las voces de las esposas de Santa Anna aportan una visión del ámbito familiar e íntimo del héroe.

Otra de las voces subalternas incluidas por el compilador, es la del soldado Juan Tezozómoc, que presenta la visión del hombre común obligado por la leva a luchar por la patria:

Mejor abandonar la cosecha que servirle de carne de cañón al Supremo Gobierno. Yo por tarugo me quedé a trabajar en la milpa, y aquí me tienes con la coyunda en el lomo. Ni un capote me dieron para abrigarme en las noches, y de tanto dormir al sereno, ya traigo el uniforme todo deshilachado. (Serna 351)

Para Juan Tezozómoc el “Supremo Gobierno” o la “patria” son conceptos abstractos que no merecen sus sacrificios: “dicen que la patria está en peligro y

necesita el sacrificio de sus mejores hijos. Cuáles hijos ni qué la chingada, si acaso seremos los entenados” (Serna 362). Para el hombre común del campo, la leva, el entrenamiento, la marcha hacia la batalla y finalmente el enfrentar a otro ejército; implicaban grandes sacrificios y limitaciones, sin una explicación razonable; lo único tangible seguían siendo las diferencias sociales y el maltrato que sufría:

El mocho Santa Anna tuvo la ocurrencia de hacernos cruzar el desierto sin agua ni provisiones. Como él iba muy cómodo en su coche forrado de terciopelo, varias leguas delante de la infantería, ni se enteró de que el ejército iba dejando un reguero de muertos. (Serna 351)

A pesar de la idea del soldado común de que Santa Anna no reconoce su valor, ni se entera del estado en que marcha el ejército, el caudillo expresa su reconocimiento:

Nunca me cansaré de elogiar el valor y la resistencia del soldado mexicano. ¿En qué guerreros sino en los nuestros se ve que después de haber andado doce o quince leguas sin más provisiones que tres tortillas de maíz y un calabazo de agua, al entrar en batalla se batan con tal fiereza como si apenas hubieran andado una milla? ¿Dónde se encuentra más subordinación, frugalidad y sufrimiento que en esa clase de hombres al parecer abyectos y despreciables? (Serna 353)

Sin embargo, como todas las opiniones en la novela, este reconocimiento de Santa Anna al soldado mexicano también lleva rasgos contradictorios, cuando se muestra el racismo y repudio que Santa Anna siente por el hombre

común. A lo largo de las cinco cartas de Juan Tezozómoc, que el compilador incluye en la novela, se nota la evolución del personaje: del hombre pacífico que es obligado a participar en la guerra, al hombre que busca su propio beneficio y es presentado como un traidor más, como espía que ha servido al ejército de EE.UU. y finalmente como un ser transculturalizado:

¡Ganamos la guerra! Hoy por la mañana nuestra compañía entró a Tacubaya con la división del general Worth. Con mi traje de charro me sentía muy catrín y aventaba tiros al aire [...] deben creer que somos de lo peor, unos desnaturalizados sin patria, pero están muertos de miedo y nadie se atreve a echarnos brava [...] ya quisiera verlos caminar treinta leguas en el desierto con el sol clavado en la nuca, a ver si después de eso no traicionaban a su mugrosa bandera [...] de tanto andar con los güeros se me están pegando sus malas mañas. Ahora masco tabaco de Virginia, bebo aguardiente en lugar de pulque y cuando estornudo me embarro los mocos en la manga de la camisa. Hasta estoy aprendiendo inglés, sobre todo las groserías. (Serna 392)

Juan Tezozómoc, representa la voz del hombre que ha sobrevivido la guerra al servir al enemigo, se vuelve espía y traiciona a la “mugrosa bandera” mexicana; Santa Anna no es el único traidor en la Historia de México, el hombre del pueblo también ha traicionado a la patria, que no le ha dejado otra salida para su sobrevivencia.

Otra de las voces subalternas que se incluyen en la novela es la del hijo natural de Santa Anna, Ángel, quien presenta una visión diferente del hombre en el poder:

Soy un buen cristiano y acostumbro perdonar a quienes me ofenden, siempre y cuando me pidan perdón. Pero hasta la fecha, papá no se ha dignado pedirme disculpas por las terribles injurias que hace diez años profirió contra mi señora madre, cuyo único pecado en la vida fue creer en sus falsas promesas de matrimonio. Siento defraudarte, Manuel, pero no daré un centavo para ayudar al energúmeno que hizo mofa de mi nacimiento ilegítimo. Lo que sí puedo darte con mucho gusto es mi testimonio sobre los primeros años del exilio, en los que fui testigo impotente de su progresivo deterioro mental y anímico. (Serna 463)

Ángel, presenta en su discurso un aspecto íntimo de Santa Anna; quien reconoció a sus hijos ilegítimos, pero que nunca los trató con la misma consideración que a los legítimos; además lo llama “energúmeno” o viejo, mostrando el desprecio que siente por él. Por otro lado, en las cartas de Ángel es señalado una y otra vez “el deterioro mental y anímico” que Santa Anna sufrió durante su segundo exilio:

Su vida fue una interminable maquinación, un tortuoso juego de vencidas en el que triunfó mientras supo leer en la mente del adversario. Pero en el umbral de la senectud ese don empezaba a fallarle. Trastornada la mente por su ambición enfermiza, ni siquiera supo en qué momento dejó de mover las piezas del tablero y empezó a participar en el juego de otros. (Serna 467)

Para Ángel, Santa Anna perdió el don de saber en qué terreno se movía la política mexicana y poco a poco se alejó de la realidad, que le resultaba demasiado amarga; porque lo excluía de los grandes movimientos políticos de

México. Es claro que el hijo de Santa Anna no se identifica con el padre, ni siente mayor amor o respeto por el “viejo”, al que acusa de tener una “ambición enfermiza”; y confiesa que aunque él es un modesto comerciante, no envidia para nada la vida “ni las glorias del viejo” (Serna 466).

Giménez: filtro del discurso

Otra voz que sobre sale a lo largo de la novela es la del español y fiel santanista: el coronel Manuel María Giménez, quien en su papel de secretario de Santa Anna, funciona como intermediario en la correspondencia entre el caudillo y su hijo Manuel. El coronel Giménez siente un lazo de unión con Santa Anna que va más allá de las convicciones o los beneficios políticos y económicos. Giménez pierde el brazo derecho en la misma batalla contra los franceses donde Santa Anna pierde la pierna izquierda; y a partir de entonces se siente “a tal punto hermanado” (Serna 267) con el caudillo, que comparte con él glorias y fracasos.

Giménez es un adorador de la figura de Santa Anna, que a lo largo de toda la novela lo defiende de los ataques de sus enemigos políticos e incluso de los juicios negativos que el propio caudillo expresa sobre sí mismo en sus momentos de delirio: “*todo el pasaje debe leerse con las debidas reservas, sin creer a pie [sic] juntillas los desvaríos de un anciano. Es una falsedad que don Antonio aprovechara su puesto para enriquecerse*”²⁶ (Serna 301). Giménez le pide a Manuel, no creer el discurso de su padre: “desvaríos de un anciano”. Sentencia interesante, ya que las cartas que servirán de base para la biografía están escritas o dictadas por el mismo anciano, entonces ¿no debe creerse

²⁶ En el texto original se marcan con itálicas las aclaraciones que Giménez intercala en los monólogos de Santa Anna.

nada de lo que escribe? Evidentemente, esto constituye un cuestionamiento no sólo al discurso de Santa Anna, sino del propio discurso histórico.

En algunos momentos de la novela, Giménez se siente tan cercano a Santa Anna, que se otorga el derecho a suplantarlo:

Prefiero la muerte a reproducir esos disparates en letra de molde, pues más allá de las consideraciones éticas, no creo que el testimonio de un anciano mesmerizado tenga valor histórico alguno. Mientras permanezca bajo el dominio de Fichet, seguiré la narración desde mi punto de vista, el más fidedigno y autorizado, no en balde fui su báculo, su confidente y su eminencia gris durante los felices años en que la nación se nos entregó con los brazos abiertos. (Serna 274)

El coronel Manuel María Giménez presenta la voz del subalterno que quiere ser el caudillo. Utiliza el “nosotros” en el relato: “quiso imponernos sus planes para defender la ciudad, como si fuéramos neófitos en esas lides” (Serna 271); y además se adueña de los aciertos políticos del caudillo, al afirmar que fue él quien redactó las Bases de Tacubaya. Giménez interviene en la narración de la Historia, no sólo para reivindicar el nombre de Santa Anna, sino el suyo también; reclama los honores que la patria debe concederle por sus servicios:

Para remediar el hartazgo de don Antonio, se me ocurrió rendirle honores fúnebres a su pie amputado, y darle cristiana sepultura en una ceremonia cívico militar [...] nadie me dio crédito por la iniciativa, ni mi natural modestia me permitió reclamarlo, pero la posteridad debe saber que fui yo quien planeó desde la sombra

uno de los homenajes más emotivos que la nación haya rendido a sus héroes. (Serna 289)

Giménez, es el subalterno que desea incluirse en la Historia, en la toma de las grandes decisiones y en la creación de los planes políticos que cambiaron el rumbo del país; es el personaje que encarna al “pequeño Santa Anna” (Serna, “Santa Anna en la Historia” 174) que todos los mexicanos llevan dentro y contra el que Serna intenta alertar al lector.

Además, Giménez interviene en la novela al agregar cartas apócrifas de personajes históricos como Porfirio Díaz: “la inquietud con que esperaba la respuesta de Díaz me obligó a enviarle por correo una carta apócrifa donde el general oaxaqueño lo colmaba de alabanzas, pero desmentía los rumores sobre el alzamiento” (Serna 156); o al presentar preguntas directas a Santa Anna sobre los juicios de la Historia de sus actos.

El personaje de Manuel Ma. Giménez, el secretario que transcribe las cartas de Santa Anna, es el filtro que decide que “escribe” el caudillo y resulta muy importante en la estructura de la novela, ya que la modifica constantemente; también es el hombre que desea su propia parte de la gloria y reivindicación histórica que Santa Anna busca a través de su biografía.

Otros personajes históricos

Santa Anna no es el único personaje histórico al que se degrada en la novela, la presentación negativa de otros héroes nacionales es uno de los rasgos de El seductor de la patria, a lo largo de la obra se degrada a los hombres que han alcanzado la veneración de la Historia nacional. Por ejemplo Iturbide es presentado, por la voz de Santa Anna, como el militar valiente y victorioso; pero

también como el hombre cruel, que arrasaba con pueblos completos, y sobre todo como el hombre que seguirá su ambición hasta proclamarse Primer Emperador de México. Santa Anna también critica su falta de decisión en el gobierno:

Iturbide no sabía o no podía imponer su autoridad. ¡Y cómo habría de imponerla, si cometió el error infantil de querer gobernar con el mismo Congreso al que había obligado a proclamarlo emperador! No se puede ser dictador a medias –lo sé por experiencia propia–, pues cuando un enemigo no queda aplastado del todo, se levanta del suelo con el doble de fuerza.

(Serna 115)

Para Santa Anna el error de Iturbide fue el tratar de ser “dictador a medias”, sin eliminar totalmente a sus enemigos y sin decisiones fuertes. Sin embargo, al final de su vida, Santa Anna se siente identificado con Iturbide: “Perdóname Agustín: sólo llegué a comprender tu grandeza al padecer tu calvario. Que la historia nos juzgue como lo que fuimos: navíos extraviados en el proceloso mar de la ingratitud” (Serna 123). La ingratitud de México, ante los dos caudillos y dictadores, es lo que más le duele a Santa Anna; resulta muy interesante que se reconozca como navío extraviado; es claro que ninguno de los dos hombres supo a ciencia cierta hacia dónde dirigía al país.

Otro de los héroes nacionales sobre los que Santa Anna expresa juicios negativos es Vicente Guerrero, de quien dice:

Por esas fechas conocí al legendario Vicente Guerrero, que había secundado mi levantamiento contra Iturbide, y me quedé sorprendido por su charla insípida, más propia de un mozo de

cuadra que de un general. Sólo hablaba de vacas y de cosechas, en un tono monocorde y cansino, como si recitara una letanía. En sus andanzas por la sierra del Sur había contraído el mal del pinto, semejante a la lepra, que blanqueaba en algunos puntos su torva cara negruzca. Guerrero no sabía leer, pero se esmeraba tanto en parecer letrado, que hojeaba los diarios sin retener una sola palabra. ¡Y pensar que a ese palurdo le rinden honores en las fiestas de Independencia! (Serna 128)

Santa Anna desprecia a Guerrero, no sólo por su condición de analfabeto sino porque es mulato; al criollo le resulta incomprensible que un hombre de casta inferior sea honrado por la nación.

Guadalupe Victoria es otro de los héroes de la Independencia degradados en la novela, al ser presentado por Santa Anna en términos nada favorables. El caudillo califica a Victoria como “monstruo”, por sus características físicas y como “héroe” por su resistencia en las montañas y cuando habla sobre el gobierno de Guadalupe Victoria, los calificativos van aún más lejos, Santa Anna dice que Victoria:

No ejercía el poder por ineptitud mental y su mala salud contribuía a que nadie le tuviera respeto. Epiléptico, insomne, proclive a los desmayos por sus frecuentes bajones de azúcar, prefería aislarse en Palacio Nacional en vez de hacerle frente a los problemas. Sus propios ministros lo tenían conceptuado como un perfecto imbécil y se burlaban de él a sus espaldas. (Serna 133)

La degradación del personaje histórico no sólo se da al presentarlo como un hombre enfermo; sino como un “imbécil” de quien todos se burlan. Resulta

irónico que Santa Anna acuse a Guadalupe Victoria de esconderse en Palacio Nacional, cuando él se pasó la mayor parte de sus gobiernos retirado en Tacubaya o en sus ranchos de Veracruz.

Gómez Farías acompañó a Santa Anna varias veces en el gobierno, se usaron mutuamente para alcanzar el poder, sin embargo la opinión que tienen uno del otro no es nada favorable. Santa Anna dice sobre Gómez Farías: “yo creí que era un político inteligente, pero resultó un fanático iconoclasta. Por algo se ganó el apodo de Gómez Furias” (Serna 187); pero lo que más le molestaba a Santa Anna de Gómez Farías, era “que creía ciegamente en las leyes, como si la letra impresa pudiera convertir la lucha por el poder en un civilizado juego de mesa” (Serna 69); además consideraba que Gómez Farías: “como político adolecía de graves defectos: creía demasiado en la ley y no tenía sentido de la oportunidad” (Serna 192). Santa Anna no cree en las leyes, las considera estorbos para los hombres de acción; y por supuesto el sentido de oportunidad política fue una de sus máximas virtudes, que aún sus más fieros enemigos le reconocen; por eso es entendible la oposición entre los dos personajes.

El tratamiento del personaje histórico de Benito Juárez en la novela es un caso interesante, ya que no sólo se degrada al héroe de la Historia oficial, presentando su lado humano y familiar; sino que además se manifiesta el racismo de Santa Anna como representante de la clase social de los criollos. Benito Juárez es presentado por la voz de Mariano Arista:

Un jurisconsulto zapoteco, negro como la pez, que parecía un zopilote enfundado en su levita negra. Cuando le tocó el turno de hablar, celebró la derrota de la facción aristócrata encabezada por

Gómez Pedraza, pero lamentó la ruptura del orden constitucional.

(Serna 152)

Cuando Santa Anna se refiere a esta intervención de Juárez dice: “—Qué indio tan terco, y cuánto respeto le tiene a su mugrosa ley —me dijo al salir del brindis—. Es lo malo de educar a la gente que nació para andar descalza”

(Serna 153). Santa Anna va más allá con su juicio negativo: “Juárez, a quien el demonio tenga en sus apretados infiernos. Como es natural en un indio de mala entraña, Juárez no podía tolerar a los hombres superiores, en especial si llevaban la aureola del heroísmo” (Serna 157). Santa Anna hace referencia al origen étnico de Juárez y lo califica como intolerante con los superiores, resentido e ingrato; además de que subraya la pobreza de la que provenía. No conforme con su condena en el ámbito personal y racial, Santa Anna desea la condena de Juárez en el más allá y que esté en los “apretados infiernos”.

Finalmente Santa Anna desea aclarar ante la Historia el verdadero carácter del héroe nacional: “sépanlo quienes adoran su efigie en las oficinas públicas: Juárez fue un político astuto y convenenciero que aunaba la doblez de Judas con el cinismo de Maquiavelo” (Serna 396). Este último juicio parece elaborado mucho más desde finales del siglo XX, que desde el siglo XIX; como respuesta ante la figura de mármol intocable en la que se ha convertido el personaje histórico de Benito Juárez.

Perspectivas sobre Santa Anna

La construcción del personaje histórico de Santa Anna, se da a lo largo de la novela desde diferentes perspectivas. Por un lado el propio Santa Anna reflexiona sobre su vida, carácter, virtudes y defectos; por otro lado las distintas

voces, históricas y no, presentes en la novela, también señalan los rasgos de carácter del héroe. Resultando un contrapunto, entre las visiones de los personajes:

Si en verdad se ha propuesto evitar que otras voces interfieran con la de su padre, menudo trabajo le espera. Por si no lo sabe, don Antonio confesaba sin rubor no haber leído jamás una obra larga y seria. Siempre delegó la escritura de sus cartas, discursos, manifiestos y partes de guerra a personas de su confianza que conjugaban la buena pluma con el conocimiento de la arena política [...] le guste o no, su padre es nuestro invento, y aun si decide reinventarlo tendrá que partir de un modelo más o menos ficticio, mucho más elocuente y pulido que el original.

(Serna 293)

En esta reflexión de Giménez es clara la conciencia de que Santa Anna, como personaje histórico, es una creación de otros personajes: tanto aquellos que lo admiran y siguen, como aquellos que lo critican y condenan han contribuido a la construcción de su imagen. El mismo Serna dice en los agradecimientos de la obra: “cualquier aproximación a un personaje histórico es el resultado de un esfuerzo colectivo. La biografía de Antonio López de Santa Anna es un edificio en constante mejoramiento, construido y remozado por varias generaciones de historiadores” (Serna 9). El personaje histórico es una creación colectiva y ningún historiador o escritor puede eliminar las voces que han contribuido a su construcción.

En la obra se presenta el concepto negativo que otros personajes históricos tienen de Santa Anna. Por ejemplo Iturbide opina:

He conocido por fin a nuestro coronel Santa Anna y concuerdo plenamente con la descripción que usted me había hecho de su persona. En mi vida he soportado a un adulador más irritante [...] se mostró tan obsequioso que llegué a pensar que era maricón [...] si le damos alas a este alacrán, no tardará en pedir el Ministerio de Guerra, o hasta la corona. Tampoco podemos estar seguros de su lealtad, porque ya traicionó una vez y puede volver a hacerlo [...] tenga mucho cuidado con los dineros. No le dé más de lo indispensable para sostener al ejército, pues me han informado que tiene las uñas muy largas. (Serna 92)

Iturbide califica a Santa Anna de adulador intolerable, alacrán, traidor y ladrón; larga lista de defectos que reflejan los miedos de Iturbide y que el tiempo probaría eran fundados. Además es interesante la referencia a la sexualidad del caudillo, que aunque breve y sin desarrollar más, sienta cierto precedente o duda en el lector.

Echávarri, quien fue gobernador de Veracruz durante el gobierno de Iturbide y enemigo feroz de Santa Anna al disputarle el control de la provincia, opina del veracruzano en una carta dirigida al emperador: “a cambio de una promoción, Santa Anna es capaz de vender a su propia madre, ya no digamos a la patria” (Serna 123). Echávarri califica a Santa Anna de reptil y traidor, y lo cree capaz de cualquier cosa con tal de ascender en la escala social y militar. Sin embargo este juicio es poco contundente; ya que siguiendo la línea dialógica de la obra, un párrafo después el lector se entera, por la voz de Santa Anna, de la traición del propio Echávarri contra Iturbide:

Uno de mis grandes triunfos políticos fue persuadir a Echávarri de sumarse a la revuelta que debía combatir. Cuando proclamé la República me había llamado rastrero, felón y enemigo de la sociedad, pero luego tardó una eternidad en reprimir la insurrección por instrucciones de la logia escocesa, que también se proponía derrocar al emperador. (Serna 123)

Echávarri, también es un traidor y se suma al plan proclamado por su “enemigo” Santa Anna, con tal de servir a sus intereses políticos.

Otro de los personajes históricos, que emite un duro juicio sobre Santa Anna, es Mariano Arista, quien luchó junto a Santa Anna en la campaña de Oaxaca en 1829 y más tarde encabezó un pronunciamiento fallido para convertir al caudillo en dictador. La siguiente cita proviene del diario de Arista en dicha campaña de Oaxaca:

Santa Anna entró con el resto de la tropa cuando ya no había ningún riesgo, pero en el parte de guerra que envió a Guerrero se adjudicó todo el mérito por la toma de la ciudad, sin darme siquiera un pequeño crédito. Eso es lo que más odio de su carácter: como general se esmera por borrar las jerarquías, pero en tratándose de la gloria no tolera competidores. Bajo su máscara de sencillez y compañerismo, no deja de ser un sapo hinchado de vanidad. (Serna 150)

Arista señala uno de los grandes defectos de Santa Anna, que muchos historiadores marcarán, la extrema envidia de la gloria militar. El caudillo será acusado una y otra vez de preferir la derrota, antes de compartir la gloria de la

victoria con algún otro militar. El juicio de Arista encuentra la respuesta dialógica del texto cuando Santa Anna dice:

Mariano Arista aprendió mucho de mí en aquella difícil campaña [...] era capaz de comer lumbre con tal de recibir una felicitación mía. ¡Quién se hubiera imaginado que al cabo del tiempo me guardaría tantos rencores! ¿O quizá ya me envidiaba desde entonces y no lo noté? (Serna 149)

Tal vez Santa Anna tenía razón y Arista envidiaba las victorias del caudillo y lo acusa del mismo “pecado” que él sufre.

El haber usado el dinero de la nación en beneficio personal es otro de los errores que más se le achacan al caudillo en la Historia oficial; escrita incluso por sus contemporáneos, como el político y periodista Carlos María de Bustamante, quien cuando el Congreso niega dinero a Santa Anna para la guerra en Texas, opina:

Poner en manos de Santa Anna una cantidad tan fuerte sería un colosal desatino. Baste recordar los bureos y los juegos de albures en que ha perdido millares de onzas, sus convenios lucrosos con agiotistas del país y del extranjero [...] la Cámara sabe que desde Veracruz a Jalapa, todo el suelo cultivable es de Santa Anna. (Serna 319)

Bustamante no sólo acusa a Santa Anna de enriquecimiento ilícito, sino de apostador, que pierde el dinero de la nación en sus juegos. Sin embargo, estas acusaciones son parte de la Historia tendenciosa, que según Santa Anna escriben hombres resentidos como Bustamante: “molesto porque no he querido untarle la mano, el historiador Bustamante aplaude la decisión del Congreso”

(Serna 319). Este es un claro ejemplo de la novela usando el dialogismo del discurso histórico.

Isidro Barradas, el comandante de la expedición española, que se proponía reconquistar para la corona el territorio de México en 1829, primero tiene una opinión positiva de Santa Anna:

Advertí en sus ojos el destello de la ambición, pero como buen político me respondió con evasivas corteses. Confieso que la personalidad de Santa Anna me ha impresionado. Esperaba vérmelas con un tosco rufián y me he encontrado con un hombre de ingenio vivaz y maneras desenvueltas que no haría mal papel en la corte madrileña [...] si todos los generales del país son tan amigables como él, esta guerra será un grato paseo. (Serna 165)

Sin embargo, muy pronto, cuando Santa Anna lo derrota; la opinión positiva se transforma en negativa:

La soberbia de Santa Anna no me deja más alternativa que presentarle batalla en condiciones desfavorables [...] a juzgar por su ambición desmedida, Santa Anna es más español que yo [...] quiere una estatua de mármol en la plaza mayor de Tampico, aun si su pedestal es una montaña de cadáveres. Cría cuervos y te sacarán los ojos, dice el refrán. Amancebada con México, España ha engendrado un Cid Campeador con suaves modales de indio, que se ha vuelto contra su madre para escupirle en la cara.

(Serna 168)

Cuando Barradas se siente dueño de la situación, ve en Santa Anna a un general amigable y al que se le puede convencer de deponer las armas usando

la promesa de un título nobiliario. Sin embargo, cuando Barradas y sus hombres están perdidos, sólo ve a un hombre al que no le importa sacrificar vidas con tal de satisfacer su “ambición desmedida”. Es claro de nuevo, el esfuerzo dialógico de la novela, los personajes históricos no son planos, sino que muestran diferentes caras, diferentes perspectivas.

Mientras Santa Anna se encuentra preso en EE.UU., Sam Houston envía una carta al presidente Andrew Jackson, en la que expresa su opinión sobre el caudillo mexicano y su utilidad para los EE.UU.:

Debemos fomentar la discordia civil por todos los medios a nuestro alcance y para ello puede sernos muy útil el general Santa Anna, que en los últimos diez años ha sido cabecilla de otros tantos pronunciamientos [...] facilitarle el regreso a su patria, donde será nuestro mejor agente subversivo. Con su díscolo genio agitando la arena política, ningún gobierno podrá enderezar la nave del Estado y México se mantendrá sumido en el caos, donde nos conviene que permanezca por mucho tiempo, para que su débil ejército no pueda impedir las futuras anexiones de Arizona, Colorado y las dos Californias. (Serna 251)

Santa Anna es visto desde EE.UU. como el mejor “agente subversivo”, como un hombre de “díscolo genio” que mantendrá a México sumido en el caos; demasiado “honor” para un solo hombre. Santa Anna no fue el único general que encabezó levantamientos, ni era el único gobernando y desatendiendo los asuntos más urgentes del país. Como detalle, es interesante marcar que como en la cita anterior, a lo largo de toda la novela, se muestran de forma descarada, las intenciones anexionistas de los gobernantes de EE.UU.

Defectos y virtudes de Santa Anna

Cuando a finales del siglo XX se menciona el nombre de Santa Anna, lo primero que sobresale son los defectos del personaje que la Historia oficial ha consignado, éstos también son recuperados en la novela El seductor de la patria. A lo largo de la obra, Santa Anna reconoce algunos de sus defectos como el de ser un adulator innato: “con mi talento natural para alagar a los superiores, logré persuadirlo de que Rincón y Cincúnegui estaban entorpeciendo mi trabajo” (Serna 69); o el uso de las mujeres a lo largo de su vida que el caudillo califica como “política”, el más claro ejemplo es Isabel Carreño, la joven esposa de Dávila, el gobernador de Veracruz; a quien usa como catapulta para su carrera militar y política.

Santa Anna no cree en ningún proyecto político, no cree en México como nación, lo único que lo mueve es su egoísmo; y él mismo lo reconoce: “tal vez porque el egoísmo siempre fue el puntal de mi patriotismo” (Serna 80). Otro de los defectos que muchos le atribuyen y que él mismo reconoce es el uso de la teatralidad, cuando el caudillo va a asumir la presidencia en 1846 sabe que la entrada a la ciudad de México impondrá el tono de su gobierno y que sus enemigos lo vigilan; quiere ser percibido como un “republicano austero”, por eso es cuidadoso con su vestimenta e incluso con su semblante; sabe usar los elementos teatrales para lograr lo que quiere, para cambiar la percepción del pueblo.

La superstición es uno de los defectos que la mayoría de los biógrafos resaltan como parte de la personalidad de Santa Anna. En las dos novelas ya comentadas, también se rescata este rasgo y en la novela de Serna, es el mismo Santa Anna quien menciona el tema:

¿Ignoran acaso la infinidad de recursos que el destino pone en juego para lograr sus fines? En cerro Gordo los hados estaban a favor de los gringos. Si hubiera seguido el consejo de mi Estado Mayor, la tierra se habría desgajado o nos hubiese llovido fuego, pero el resultado habría sido el mismo. (Serna 365)

Santa Anna cree firmemente que el destino decidió el resultado de la batalla, que todo estaba determinado desde antes de iniciar, y que nada que él hubiera hecho habría cambiado el resultado de la derrota. Además de ser supersticioso en las batallas, Santa Anna también cree en la suerte cuando apuesta en las peleas de gallos o cuando hace su “apuesta” en un levantamiento militar.

Sobre su enriquecimiento ilícito el caudillo explica:

Pero si aprovecho mis facultades extraordinarias, quizá pudiera convertir el trinquete en un factor de prosperidad, incrementar mi fortuna cuanto sea posible y valerme de ella para impulsar la agricultura, el comercio, la industria. No sería la primera vez que un aparente delito reporta beneficios al conjunto de la población. (Serna 297)

Santa Anna trata de presentar el incremento de sus propiedades personales como un intento por impulsar la economía del país, como “un aparente delito” que en realidad beneficiará a la nación y es durante sus dictaduras cuando pone en práctica estas ideas, al comprar grandes extensiones de tierras cultivables. Ya se mencionó antes la opinión negativa que sus contemporáneos tenían sobre este supuesto intento de impulsar la economía nacional, cuando se citó la opinión de Bustamante. Para la Historia oficial,

también ha sido claro que Santa Anna sólo buscaba su propio interés y usó el dinero de la nación para incrementar sus bienes personales.

Los excesos durante sus dictaduras se dieron tanto en el ámbito económico al imponer impuestos descomunales y vender hasta las plazas del ejército como en las áreas sociales, donde llegaron a lo ridículo cuando Santa Anna se preocupa por regular el orden de los asientos en los banquetes oficiales, porque no quiere que cualquier “advenedizo” ocupe un lugar preponderante y pierde el tiempo en un reglamento de setenta y cuatro artículos sobre el tema.

Sobre sus cambios de bandos políticos, tan criticados por la Historia oficial, Santa Anna responde: “los historiadores me acusan de haber actuado por mezquino interés, pero la verdad es que sólo escuché la voz de mi corazón” (Serna 79). El caudillo justifica su primer cambio de casaca política, de Realista a Insurgente, por el mensaje de Iturbide, en el que lo hacía sentirse querido: “Iturbide había seguido de cerca mi campaña pacificadora y me consideraba un militar de valía” (Serna 79). Santa Anna con plena consciencia de su intento reivindicatorio ante la Historia oficial, justifica esta primera “traición” como un acto en el que sigue la voz de su corazón. Sobre los otros cambios de posición política, que a lo largo de su vida serían muchos y de un extremo al otro, él mismo explica que entonces no había ideas fijas:

Nunca fui un hombre de ideas fijas, ni el país donde me tocó vivir se prestaba para ello. Quien me acuse de no haber guardado lealtades debe tomar en cuenta que en mis tiempos, el partido de los cambios y el de la inmovilidad estaban separados por una línea muy delgada. El primero enarbolaba la causa del progreso y

la libertad, el segundo defendía el orden público y la religión, pero esas voces eran entendidas de diversa manera por cada uno de los actores políticos. (Serna 147)

Es interesante la defensa de Santa Anna, porque justifica su vaivén político en la situación nacional, en la cercanía de las dos líneas políticas de la época; a las que llama el partido del cambio y de la inmovilidad, en lugar de liberales y conservadores. Además señala cómo cada actor político tenía su propia visión de los principios que se buscaban establecer y sobre todo en la mejor manera de hacerlo. Finalmente, Santa Anna dice: “como todos los hombres de ideas, Mora me creía un traidor, pero se equivocaba de cabo a rabo. Yo jamás traicioné mis convicciones por la simple y sencilla razón de que nunca las tuve” (Serna 195); Santa Anna confiesa nunca haber tenido convicciones, realmente no cree en ninguna de las formas de gobierno, en todas ve inconvenientes, ideas que no podrían aplicarse en México. Santa Anna es un hombre de acciones, no de “ideas” como Mora y otros de los muchos que lo acusan de traición desde un escritorio.

Los cambios de convicciones eran comunes en la época, Santa Anna no fue el único personaje histórico en ir de un extremo al otro en el ámbito político y cuando tiene ocasión señala este “defecto” en sus enemigos. Las convicciones políticas no eran “credos”, sino “máscaras de carnaval” (Serna 173) que los hombres de la época usaban sólo para llegar al poder, para alcanzar sus propios intereses. En su monólogo delirante, Santa Anna reconoce con toda crudeza la realidad de la escena política: él junto con todos los otros hombres que buscan el poder, son “Tartufos” que lo único que realmente desean es su bienestar, “vivir a costa del erario” o “agrandar sus caudales” (Serna 277); tanto liberales

como conservadores sólo usan los ideales políticos para esconder sus verdaderos objetivos. Tristemente esta crítica a los políticos mexicanos fue igualmente atinada en la época de Santa Anna, como lo es ahora en pleno siglo XXI.

El gusto o vicio de Santa Anna por los gallos también es mencionado varias veces a lo largo de la novela, una de las ocasiones en que se usa de forma más novedosa es cuando se presenta como paralelo con el juego de la política:

El corazón me da un vuelco al ver el remolino de plumajes entrelazados. Qué pelea tan pareja, ninguno pide ni da cuartel, es como una batalla entre dos generales viejos que ya se conocen todas las mañas. El retinto empieza a recular, hasta acá me llegan los chorros de sangre, ahora es cuando, Pedrito, remátalo a picotazos. La mejor manera de aniquilar a Valencia es quitarle el mando de tropas. (Serna 310)

La pelea de gallos es usada como un simil de la pelea en el campo de batalla entre dos generales, o como la pelea política por el poder; el gallo "Pedrito" es la figura de Santa Anna, peleando y venciendo a sus enemigos y el otro gallo es el general Valencia, quien es derrotado por Santa Anna en las lides del poder tras bambalinas. La extensión del caudillo en su gallo es manifiesta cuando Santa Anna dice: "Pedrito y yo somos invencibles, no ha nacido el gallo que nos saque de las cuerdas" (Serna 311). Santa Anna se siente invencible, en el punto más alto del poder absoluto y no ve a ningún opositor político que pueda vencerlo.

Santa Anna es calificado como el modelo de los defectos del criollo por historiadores como Alamán y Krauze; en la novela este juicio es retomado por Ángel, uno de los hijos ilegítimos de Santa Anna, quien opina:

El criollismo del viejo era tan acendrado que en tratándose de indios o mulatos se resistía incluso a reconocerlos como personas, ya no digamos como adversarios. Pero le gustara o no, las castas que tanto despreciaba ya tenían al país en sus manos. Juárez se había sostenido en la presidencia a pesar de la presión extranjera y Almonte demostró ser el favorito del archiduque al desembarcar en Veracruz. (Serna 471)

Santa Anna, con la visión típica del criollo americano, no puede concebir que las castas inferiores hayan subido en la escala social y política y que encabecen el gobierno del país. El defecto del racismo está también presente en otros momentos de la novela por ejemplo cuando Santa Anna describe a Benito Juárez o cuando reflexiona sobre la composición del pueblo mexicano:

Todo es culpa de los misioneros españoles que salvaron a los indios en tiempos de la Colonia. Sin esa rémora seríamos un pueblo civilizado, donde la gente de razón resolvería sus diferencias políticas en un ambiente de paz y concordia. La solución es importar sangre europea, contrarrestar la pereza ancestral de los indios con grandes contingentes de industriosos campesinos germanos. (Serna 253)

Este concepto de “blanquear” al pueblo americano tan en boga en el siglo XIX es presentado en la novela como intrínseco a la personalidad de Santa Anna, el caudillo realmente cree que la base de los problemas de México son los

indígenas y su sangre que se mezcla con otras razas y que continua una cadena de defectos; en lugar de reconocer la responsabilidad de los criollos que no supieron conducir al naciente país por un camino de progreso.

En cuanto a su traición a la patria, como en la novela anterior el juicio no es definitivo, Santa Anna presenta su defensa y otros actores políticos sus acusaciones:

En nada me avergüenza mi entrevista con Mackenzie, más aún, la considero un triunfo político, pues me limité a darle vagos consejos y líneas generales de estrategia que no comprometían en absoluto la integridad nacional, a cambio de un pasaporte indispensable para salvar a la República de un gobierno tiránico [...] pero en ningún momento traicioné a la patria ni revelé secretos de Estado, como los demagogos propalaron a los cuatro vientos [...] fui el más feroz y enérgico enemigo que los Estados Unidos tuvieron en México, y sin embargo sigo cargando un estigma por las oscuras circunstancias de mi desembarco. Moraleja: el fin justifica los medios sólo cuando el resultado del juego sucio es una victoria. A quien sale derrotado se le endilga el refrán de “no hagas cosas buenas que parezcan malas”.

(Serna 345)

Santa Anna tiene mucha razón cuando afirma que sólo al triunfador se le perdonan los medios con los que alcanzó el éxito; mientras que al perdedor, como él, se le juzga negativamente por cualquier acción. Los liberales que vencieron después de la intervención americana y que finalmente lograron establecer el Estado mexicano acusan a Santa Anna de su entrada a México,

mediante un pasaporte americano, conseguido de forma “oscura”, vendiendo secretos de defensa nacional o aceptando un soborno para entregar el país al invasor. Sin embargo, Santa Anna justifica sus acciones y el lector debe tomar su propia decisión sobre a quién creer: si a la Historia oficial que condena a Santa Anna como el mayor traidor de la Historia mexicana o al caudillo perdedor que luchó en el campo de batalla y salió exiliado del país.

Otra de las áreas donde Santa Anna también intenta su reivindicación es en la del gobierno. El caudillo presenta los aciertos y mejoras hechas bajo su dirección, por ejemplo sobre su gobierno independiente en Veracruz. Santa Anna se siente satisfecho por el progreso que logró durante tres años en las regiones a su cargo, reconoce ese periodo como el único donde disfrutó la dicha “de gobernar en familia” (Serna 72) con un poder ilimitado y recibiendo el cariño de pueblo. Aunque, el compilador muestra la otra cara de la moneda con el informe de uno de los oficiales de Santa Anna:

Mi deber como soldado, y el creciente enojo de la población, me obligan a rendirle cuentas de las múltiples quejas que he recibido por la conducta altanera y despótica del teniente coronel Santa Anna [...] insensible a las carencias del pueblo, se ha dado maña para acaparar los granos de la comarca y fijarles precios estratosféricos, con el objeto de enriquecerse y sufragar los gastos de su costosa afición por los gallos. (Serna 73)

La novela presenta las dos caras opuestas, ¿quién es en realidad Santa Anna? ¿El buen gobernante que sabe llevar orden y progreso a su pueblo? ¿O el hombre que se sirve de su poder para lograr el enriquecimiento personal?

Otra de las virtudes que Santa Anna intenta resaltar y menciona en cada oportunidad que tiene, es su falta de crueldad:

Por la ventaja de mi posición y la mejor puntería de mis soldados les causé gran número de bajas, pero ellos eran bravos y en vez de rendirse me atacaron por los flancos. Con tristeza mandé tocar a degüello, pues me dolía tener que matar valientes [...] por esa acción obtuve el nombramiento de capitán, pero la victoria me dejó un mal sabor de boca, seguro como estaba de que hubiera podido entrar a Cotaxtla sin regar sus calles de sangre.

(Serna 60)

Santa Anna no busca matar por matar, desea respetar la vida de los valientes con los que se enfrenta; sin embargo sus enemigos lo acusan de haber sido terriblemente cruel, como en la toma del Álamo.

A lo largo de sus cartas, son varias las ocasiones en que Santa Anna hace mención de su fe por la Virgen Morena, el detalle resulta interesante, porque acerca mucho más al personaje histórico con el pueblo mexicano, que siempre se ha sentido tan identificado con la figura religiosa de la madre morena.

Al final de su vida y en medio del delirio agonizante, el propio Santa Anna reconoce la mayoría de los defectos que otros habían señalado sobre su persona:

Me arrepiento de haber sacrificado a mis hombres sin necesidad, para obtener victorias que me dieran renombre. Me arrepiento de mis cobardías y de mis intemperancias. Lo hice todo por una estúpida vanidad [...] traicioné a Iturbide, a Gómez Farías,

traicioné a todos y a mí mismo. ¡No, en los ojos no, por favor!
Pobres de mis esposas, cuánto daño les hice, pobres de mis hijos
arruinados por mis locuras. (Serna 502)

Santa Anna se acusa y arrepiente de las batallas que ganó, sin importar el sacrificio de vidas; de los excesos cometidos, de su vanidad, de la ambición y de las traiciones que cometió a lo largo de su vida.

Descripciones físicas de Santa Anna

Como parte de la construcción del personaje histórico de Santa Anna en la novela resultan importantes las descripciones físicas que se presentan del personaje. Santa Anna dice sobre sí mismo:

De niño, la desventaja de tener el cabello crespo y la tez morena me obligó a mendigar el cariño de mis padres, cuyo afecto se concentraba en Manuel, mi hermano menor, que había heredado los ojos azules y el pelo azafranado de mi madre [...] le llevaba un año de ventaja, pero él creció más aprisa, y a los siete años ya me sacaba tres dedos. Condenado a heredar su ropa, me sentía doblemente humillado. (Serna 20)

Santa Anna es un niño que sufre el racismo y la discriminación desde su hogar, y a fuerza de ser humillado decide sobresalir a costa de lo que sea; quiere ser más que los otros, no sólo más que su hermano sino más que cualquier otro hombre; probablemente esa sea su característica más importante. Sobre este punto hay críticos, como Juan José Reyes, que ironizan diciendo:

Cuánto se habría ahorrado el México del siglo XIX si Antonio López de Santa Anna hubiera tenido una infancia feliz, si no

hubiera sido el hijo nada agraciado, una especie de patito feo junto a su hermano. Se habría ahorrado mucha sangre; cientos o miles de vidas; la inestabilidad como signo político; la pérdida de extensísimas superficies de territorio. (Reyes 1)

La infancia determina el carácter del personaje histórico: el deseo de sobresalir, de ser más que el hermano es la fuerza que lo mueve; Santa Anna reconoce esta fuerza en su vida:

El don de mando no es innato en el hombre: se forja poco a poco en el alma del humillado, primero como un berrinche contra el mundo, después como una fuerza desgobernada que es preciso encaminar hacia un objetivo, para evitar que estalle por dentro. (Serna 21)

Este es el punto de partida para el caudillo, Reyes dice: “toda la tensión narrativa de la obra consistirá en ver cómo el antihéroe libra su batalla contra aquella “fuerza desgobernada”” (Reyes 2). Los berrinches de Santa Anna son los que lo llevan a buscar ejercer su don de mando en la política, en el campo de batalla, en el juego, en las relaciones amorosas y finalmente en la Historia.

Santa Anna en la juventud sufre un cambio físico y emocional:

Mi endurecimiento interior coincidió con un cambio de aspecto. Cuando entré al Fijo de Veracruz todavía era un niño imberbe con cara de señorita. Poco después del incidente con Arredondo di un estirón acompañado por una profusa eclosión de barros. Me dejé crecer las patillas para ocultarlos, pero sobre todo para diferenciarme de los mestizos y de los indios lampiños. Tener la

barba cerrada imponía respeto dentro y fuera del regimiento, pues indicaba que uno pertenecía a la casta de los mandones.

(Serna 35)

Santa Anna adquiere las características físicas de la raza que ostenta el poder, eso le da seguridad para comenzar a desenvolverse y ascender en los círculos de la autoridad. Santa Anna es un hombre preocupado por su aspecto físico y por lo que los demás piensan de él cuando lo tienen enfrente. Su admiración por Napoleón Bonaparte ya había sido mencionada en el análisis de la novela de Muñoz, sin embargo en esta novela se señala mucho más el aspecto físico de esta admiración: “lo he sorprendido frente al espejo, peinado de atrás para adelante como Napoleón Bonaparte, con la mano metida entre los botones de la casaca. Sin duda le han sorbido el seso los curas que le propusieron elevarlo al trono” (Serna 197). La descripción que hace Inés, la esposa de Santa Anna, no sólo hace referencia a la forma de peinarse imitando al caudillo francés, sino también a la locura causada por el poder.

En la madurez de su vida y en pleno poder de su primera dictadura, Santa Anna vuelve a preocuparse por su aspecto físico al enamorarse de la jovencita Dolores, cuando quiere impresionarla a cualquier costo, aún el del ridículo:

Al perder la pierna, el general había embarnecido por falta de ejercicio, y las canas empezaban a platear su hirsuta cabellera, rasgo de madurez que a mi juicio lo favorecía. Enemigo de los afeites y de los postizos, hasta entonces había exhibido su pata de palo en los actos públicos, orgulloso de las heridas que lo acreditaban como salvador de la patria. Pero creyéndose

rechazado por falta de galanura, cambió a su viejo peluquero por un fígaro francés que le tiñó el pelo de negro y mandó importar de París una pierna artificial, con una hermosa bota napoleónica ajustada en la parte inferior. (Serna 286)

Giménez describe a Santa Anna en su intento por parecer joven, en el proceso de disimular u ocultar para conquistar a “Loló”. Las descripciones físicas de Santa Anna, el personaje histórico, van transformándose en cada vez más trágicas conforme avanza la novela. A principios del año 1859 en Turbaco, Santa Anna es descrito como un “viejo muy desmejorado, con la piel cianótica y las bolsas oculares más hinchadas que de costumbre” (Serna 467). El caudillo lleva ya varios años en su segundo destierro, es un hombre de sesenta y cinco años, que empieza a perder la admirable habilidad que antes tenía para percibir y entender el contexto político de México. Santa Anna está mal y de malas, porque no encuentra la forma de volver al poder y a la gloria.

La descripción física del personaje avanza en sus tonos patéticos y es el propio Santa Anna, quien vislumbra cómo serán sus últimos días:

Dios tiene curiosas maneras de castigar a los hombres que llegan alto. Desde mis primeros combates temí en secreto que la providencia me reservara un destino trágico [...] La muerte en el cadalso siempre tiene algo de ennoblecedor y grandioso. Yo quería terminar así, como los héroes de las grandes óperas. Pero siempre contraria a mis deseos, la fatalidad me depara un final de opereta. En los pasos de comedia que llevaban a Jalapa las compañías trashumantes nunca faltaba el anciano cegatón y medio chiflado, a quien su fornida mujer trataba a puntapiés. Ya

soy ese monigote grotesco y me temo que no abandonaré el escenario hasta que el Señor termine de humillar mi soberbia.
(Serna 499)

Santa Anna, siempre creyendo en el destino, sabe que el suyo está marcado por la fatalidad y que sus días no terminarán llenos de gloria como él deseara, sino en la humillación; se sabe un anciano “cegatón y medio chiflado”, un “monigote grotesco” y es este aspecto de lo grotesco el que es llevado hasta el extremo al final de la novela:

Encontré a don Antonio en un estado deplorable, que me habría hecho llorar si no supiera cuánto le disgusta inspirar piedad. Enfermo de diarrea crónica, debe de haber perdido diez kilos o más desde que huyó de mi casa, y ahora se asemeja al Caballero de la Triste Figura. Apenas entré en su habitación advertí con molestia que Dolores no había limpiado su bacinica, ni lo aseaba con la debida frecuencia, porque tenía costras de mierda hasta en las uñas del pie. (Serna 475)

Santa Anna es descrito en la enfermedad, Giménez da los detalles escatológicos y presenta al personaje histórico en los términos más humanos posibles y lejanos del “bronce” de la Historia oficial. Santa Anna, al final de la novela, no es más que un hombre acabado, un anciano en las tribulaciones de la agonía:

Un nuevo ataque de cólico lo hizo enmudecer. Como en los últimos días sólo había tomado atoles y jugos de frutas, defecaba un líquido negruzco que nos obligaba a cambiarle las sábanas cinco veces al día. Alarmado por sus atroces retortijones, pedí a

doña Guadalupe que mandara a uno de los criados en busca del padre Sánchez [...] esperamos más de una hora la llegada del cura, mientras el enfermo, mudaba del amarillo pálido al azul violeta. (Serna 502)

Santa Anna no es el villano de los libros de Historia, no es el dictador cruel y en la opulencia; es un anciano agonizando en medio del “líquido negruzco” que su organismo expulsa constantemente.

Contraria a la muerte de Santa Anna que Muñoz imaginó en su obra, llena de paz e incluso heroísmo, la muerte de Santa Anna en la obra de Serna, es una muerte con dolor y angustia:

—Soy un miserable —continuó el moribundo—. Traté a la patria como si fuera una puta, le quité el pan y el sustento, me enriquecí con su miseria y con su dolor.

—Calle usted —lo interrumpí—. El héroe del Pánuco no debe hablar de esa forma.

—Pero es la verdad. México y su pueblo siempre me han valido madre.

—Que se calle le digo— y le tapé la boca con la mano, porque me dolía demasiado escucharlo.

Al poco tiempo dejó de jadear, se aflojaron los músculos y expiró con serena grandeza. Ahora está sentado a la derecha del Padre.

(Serna 503)

Tal vez ésta sea la voz “real” de Santa Anna, el que se acusa, al momento de la agonía, de haberse enriquecido con la miseria y el hambre de la patria; sin duda alguna el personaje histórico es presentado en el momento de

mayor vulnerabilidad, lleno de culpas y muriendo. Curiosamente, al final de la novela y de su vida, Santa Anna es callado; Giménez le ordena que se calle, no quiere oír la verdad que el caudillo está confesando; para evitar que siga hablando y culpándose, le cubre la boca. Santa Anna pierde su voz, no puede decir su verdad. A lo largo de la Historia oficial ha pasado igual, el héroe del Panuco nunca ha tenido voz para defenderse, para decir su verdad, para contar la Historia desde su punto de vista, para acusar a los otros culpables.

Las mujeres alrededor de Santa Anna

Otra perspectiva para la presentación del personaje histórico de Santa Anna es desde el aspecto amoroso, misma que ya se había comentado en las otras dos novelas analizadas; pero que en El seductor de la patria adquiere un nuevo matiz, ya que no sólo se presentan a sus amantes, sino que la obra les da voz a las mujeres y ellas expresan su opinión sobre el héroe. El primer amor de Santa Anna señalado en esta novela es el de Isabel Carreño, la joven esposa del Gobernador Dávila. La presentación de Santa Anna es contradictoria, por un lado es mostrado como un amante triunfador:

El amante afortunado irradia su dicha hacia el exterior, como los santos proyectan la gracia de Dios. Y aunque yo no podía ufanarme ante nadie de mis amores con Isabel, me bastaba con saberla mía para sentirme señalado por el destino. ¿Quién podía dudar de mi buena estrella si ya disfrutaba privilegios reservados al gobernador? (Serna 58)

Santa Anna se considera un “amante afortunado” y “señalado por el destino”; un don Juan que “seducía vírgenes y dejaba hijos regados por el

mundo” (Serna 71); esta imagen de triunfador, contrasta por ejemplo con la presentada por Ireneo Paz en su obra, donde Santa Anna es rechazado por su primer amor, la hija del gobernador. El crítico Samuel Manickam opina que en realidad la novela de Serna presenta a Santa Anna como a un don Juan frustrado:

As for his sexual prowess, in a show of macho swagger Santa Anna likens himself to an irresistible don Juan [...] nevertheless, this turns out to be an ironic and empty boast since in the affairs he describes to the reader Santa Anna's seductive powers are tested and usually come up short [...] in fact, in this sections that focus on Santa Anna's love affairs Serna turns this Mexican general into an object of parodic humor. (Manickam 25)

Específicamente en el caso de Isabel, el momento en que se describe el clímax sexual es ciertamente significativo:

Amarnos en esa rústica madriguera, con la lluvia torrencial golpeteando el techo de palma, mientras los aullidos de la ventisca parecían corear nuestros aleluyas, fue como zarpar en medio de una tempestad y perder el timón en la comba de una ola negra. (Serna 55)

Santa Anna se siente perdido, en medio de una tempestad, dentro de un barco rústico y sin timón sobre una ola negra; claramente no es un don Juan en control de la situación, sino un joven inexperto y cohibido.

Carolina Pellegrini, el segundo amor de Santa Anna, es la encarnación del viejo mundo: “con todo su refinamiento y sus galas. Poseerla significaba disfrutar placeres desconocidos, despojarme de mis ataduras provincianas y

reafirmar mi orgullo viril con una seducción de altos vuelos” (Serna 86); es la encarnación del sexo, poder y lujo combinados. Sin embargo, Carolina significó el fracaso más grande para el caudillo, por el empeño que había puesto en conquistarla, por lo que ella significaba y por los diferentes intentos de seducción frustrados, pero sobre todo porque lo expone a la burla social:

Tal vez Carolina le hubiese contado que yo era impotente, y esa misma noche, desnudos en la cama, celebrarían a carcajadas el chascarrillo. El infundio se propagaría por toda la ciudad, de los burdeles a los conventos, de los tianguis a los cafetines de currutacos, hasta que medio México me tomara por eunuco.

(Serna 111)

Santa Anna es un “eunuco” al final de su conquista más deseada, lejos del don Juan que él quiere representar; como menciona Manickam, Santa Anna resulta un amante paródico, que conduce al humor y la ironía.

En varias ocasiones Santa Anna se adjudica el calificativo de “don Juan”, sin embargo lo que narra son conquistas logradas por el engaño o por el abuso de poder, como en el caso de Rafaela Morenza, la madre de su hijo José, a quien engaña con promesas de matrimonio y luego abandona; o Zenaida Guzmán “una prietita muy servicial que me aseaba el cuarto por la mañana y sólo hablaba cuando yo le preguntaba algo” (Serna 85), madre de Ángel. Nazaria, criada de la hacienda “Manga de Clavo” y Amada Sandoval, propietaria de una recaudería en el mercado de Veracruz; son otras amantes que se mencionan en la novela, con las que Santa Anna engendra hijas naturales: Agustina, con la primera y Petra y Merced con la segunda. En esta novela no se

menciona la aventura del “padre Arce” que sí se había narrado en las dos novelas anteriores.

Sobre la princesa Nicolasa, hermana mayor de Iturbide, Santa Anna dice:

Se ha escrito mucho y se ha murmurado más, sobre mi pretendido intento de conquistar a la princesa Nicolasa. En realidad fui yo quien se resistió a su acoso, y si bien llegué a contemplar las ventajas políticas de casarme con ella –su marido sería príncipe y Gran Cruz de la Orden Imperial—juro que el instinto se sobrepuso a cualquier ambición. Nicolasa tenía 60 años, rengueaba de la pierna derecha y no acostumbraba lavarse los dientes. Antes que ofrecerle matrimonio hubiera preferido acostarme con un cadáver embalsamado. (Serna 113)

La novela presenta sólo la versión de Santa Anna de este episodio, sobre el que efectivamente, se ha escrito mucho. Aunque el caudillo intenta reivindicarse ante la Historia, diciendo que fue él quien resistió al acoso y presentando a Nicolasa como una anciana depravada; al final de la narración, los dos personajes históricos resultan caricaturizados:

Empezaron a circular papeluchos donde se hacía mofa de la princesa en los términos más abyectos. La osadía de los dibujantes llegó al extremo de presentarla con el rostro invadido de viruelas –en alusión a su vejez aquejada por este mal— dándole pecho a un infante con enormes patillas y espada al cinto, que tenía cierto parecido a mí. (Serna 114)

Santa Anna, el “don Juan”, es percibido por los dibujantes y la sociedad de la época, como un “infante” a quien le da pecho la princesa, pobre reflejo del caudillo y sus ambiciones.

María Inés de la Paz, hija de un comerciante y hacendado español, es la primera esposa de Santa Anna, con la que él piensa tuvo un matrimonio feliz:

Inés era una mujer que reprimía sus emociones, y nunca tuvo conmigo grandes efusiones de afecto. Pero a trueque de su aparente frialdad, tenía la virtud de la sumisión y la dulzura en el trato. A los hombres superiores nos corresponden mujeres de carácter oriental, cuya única misión en la vida es obedecer y callar. Inesita, que en Alvarado me había parecido tan hosca, resultó la más apacible de las esposas. (Serna 136)

Santa Anna ofrece una perspectiva totalmente misógina de su relación con Inés, en la que destaca las cualidades de sumisión, apacibilidad y dulzura. En el matrimonio, que fue un negocio entre el padre de Inés y el caudillo, Inés fue infeliz de principio a fin:

Ni en mis peores pesadillas me imaginé que el matrimonio fuera algo tan espantoso. ¿Por qué me hicieron esto? ¿Cuánto ganó mi padre vendiéndome al general? ¿Y tú, por qué no me defendiste? ¿Te parece muy cristiano haberme casado con un hombre que podría ser mi padre? ¡Y qué hombre, Dios mío! Cuando me pretendía era todo lindezas y caravanas; apenas me trajo aquí empezó a portarse como una bestia. (Serna 137)

Inés, una niña de quince años, es arrancada de su mundo de muñecas y matatenas, para ser violada una y otra vez por su esposo, a quien sólo le

interesa tener un hijo varón y una esposa que reciba a sus invitados. El personaje de Inés evoluciona a lo largo de la novela, hasta convertirse en una mujer capaz de la venganza:

—Es verdad—admití con una sonrisa cruel—. Ahí estaba anoche.

Pero yo lo saqué hoy en la mañana.

—¿Y ahora dónde está?

—En tu barriga —le sobé la panza—. ¿Verdad que es sabrosa la carne de gallo?

Como había previsto, Antonio me tumbó de una bofetada. Pero con tal de ver su reacción de estupor hubiera soportado con gusto una andanada de latigazos. No te imaginas como gocé mientras vomitaba el mole entre maldiciones y juramentos. Creo que le guardará luto a su gallo por varios meses. (Serna 207)

Santa Anna piensa sobre su matrimonio con Inés: “a pesar de los defectos consustanciales a mi carácter, creo que le di una vida feliz” (Serna 137). Mientras que Inés tiene una opinión totalmente diferente sobre su vida junto al caudillo y cuando tiene la oportunidad, le da un golpe de venganza en lo que más le duele: sus gallos. La evolución de Inés como personaje parece mucho más acorde a la perspectiva del autor de finales del siglo XX, que a las circunstancias reales de la mujer en el siglo XIX.

Finalmente Santa Anna se embarca en un largo cortejo de la jovencita Dolores de Tosta, por la que vuelve a comportarse como un enamorado: “pero como la virtud es el trofeo más codiciado por un don Juan, su pasión se avivó a tal extremo que silbaba tonadillas románticas y dibujaba corazones traspasados en las juntas de aveniencia [sic] con el enemigo” (Serna 286). Giménez, el

secretario de Santa Anna, usa de nuevo el calificativo de “don Juan” para Santa Anna, pero la narración lleva, otra vez, a la carnavalización del personaje:

Diantre de muchacha ya me ganó el hocico y poco le falta para hacerme andar al paso. Adoro los palos que me da en el lomo, como esos jumentos de carga que se aficionan a la mano dura de su amo. No seas mala, Doloritas, ¿cómo fuiste a esconder mi pierna en los matorrales? Ayúdame a buscarla por favor, ¿no ves que estoy cojito y no puedo bajar por esa ladera? (Serna 294)

Santa Anna definitivamente no es un don Juan. Él mismo se compara con un jumento a quien le agradan los golpes y se reconoce “cojito” e incapaz de seguir a la jovencita Dolores en sus travesuras; sin embargo se empeña en su conquista y se casará con ella a los cuarenta días de la muerte de Inés. Con Dolores de Tosta o “Loló” compartirá las últimas glorias y desventuras de su carrera política; de los lujos de su segunda dictadura o del primer exilio a la pobreza de su regreso a México.

Al final de la vida, Santa Anna no sólo está lejos de ser el don Juan que siempre se creyó, sino que además se ha vuelto un anciano que sufre de incontinencia y al que Dolores debe atender constantemente. “Loló” paga con réditos el tiempo que disfrutó de la riqueza y poder del caudillo.

A pesar de la larga lista de lances amorosos de Santa Anna, su amante más importante es la Patria: “la cercanía de mi patria me provoca una mezcla de exaltación y pavor. ¿Se dejará conquistar esta vez? ¿Me guarda fidelidad a pesar de los años? Parezco un adolescente que se come las uñas en espera de su primera cita de amor” (Serna 489). Es con la patria con quien Santa Anna mantiene una relación duradera e intensa, sin duda una relación de amor-odio.

Santa Anna es presentado a lo largo de la obra, una y otra vez como amante de la Patria, él desea pasar a la posteridad como el seductor que logró conquistarla y salvarla de los enemigos. La patria, a veces, complace a Santa Anna y se le entrega, pero otras se porta como una amante ingrata:

La Patria es una mujer inconstante que pasa con facilidad del amor al odio. Hoy te hace mimos, mañana cambia de humor y te da con la puerta en la cara. Infidel por naturaleza, no vacila en traicionar a sus amantes, pero exige que den la vida por ella. Si rehúyo el martirio nunca más me concederá sus favores. Si lo acepto lloraré compungida en mis honras fúnebres y una vez pasado el duelo recibirá en su lecho al primer general que le guiñe un ojo. Por una causa noble daría con gusto la vida, ¿pero acaso estoy obligado a sacrificarme por una puta? (Serna 240)

Santa Anna describe a la Patria como a una mujer caprichosa, que cambia de humor y de amante sin mayor reflexión; y decide que no es una causa, lo suficientemente noble, como para dar la vida por ella; por eso ordenó el retiro del ejército mexicano cuando estuvo preso en Texas.

La idea de Santa Anna como amante de la patria es la que prevalece a lo largo de la novela, sin embargo también hay momentos en los que Santa Anna y la patria son una sola cosa, él encarnación de ella:

Siento agitarse dentro de mí los manes de Cuauhopoca y el espíritu indomable de Hernán Cortés. No soy yo el afrentado, es mi patria la que da con sus huesos en tierra y pierde el resuello por seguir el paso de la patrulla [...] el sufrimiento físico es

tolerable, por momentos ni siquiera siento mi cuerpo. Lo que me duele es la humillación, el ultraje al águila mexicana. (Serna 237)

Y otros en los que Santa Anna es el creador o el padre de la patria:

Nuestro pueblo era una mezcla heterogénea de culturas y razas.

Yo soy el principal artífice de su historia, por encima del cura Hidalgo, porque le di fisonomía y cohesión espiritual a una masa de huérfanos desvalidos. México nació el 11 de septiembre de 1829, pues antes de esa fecha era una inmensa tierra de nadie. (Serna 171)

Santa Anna reclama ante la Historia el lugar de “creador” de la nación mexicana y proclama la fecha de la victoria de Tampico como la del verdadero nacimiento de México.

La Historia y los historiadores

Es importante mencionar que debido a la estructura de la obra y su supuesto propósito de biografía reivindicatoria, el personaje de Santa Anna se encuentra constantemente elaborando juicios sobre la Historia y los historiadores. Por ejemplo reflexiona sobre la selectividad de la memoria y de la Historia:

Por su valor simbólico, la victoria de Tampico se conmemoraba con igual o mayor pompa que el grito de Dolores [...] pero en su afán por enterrarme en vida, los liberales han pisoteado las tradiciones y los sentimientos del pueblo [...] un país como el nuestro, ayuno de victorias, necesita preservar en la memoria las contadas ocasiones en que ha vencido a una potencia extranjera. Mis enemigos podrán culparme por todas las desgracias

nacionales, pero nadie tiene derecho a privar al pueblo de sus epopeyas. (Serna 171)

Los liberales deciden que la Historia oficial “olvide” la victoria de Tamaulipas, que no se celebre la fecha en el calendario cívico, que las futuras generaciones no conozcan la “epopeya” nacional. Cometten el mismo error que Santa Anna, cuando con tal de no compartir la gloria, prefirió la derrota; los liberales no quieren compartir la gloria nacional con el caudillo ligado al partido conservador y prefieren olvidar una fecha que podría ser de orgullo nacional²⁷. En la novela también se reflexiona sobre las ironías de la Historia:

Obtuvo un triunfo glorioso con la anexión del Soconusco, la parte sur del departamento de Chiapas, que desde 1823 era objeto de litigios con Guatemala [...] ironías de la historia: se acusa al general de haber vendido el suelo patrio cuando es el único presidente que lo ha extendido a costa de renunciamentos y sacrificios. (Serna 295)

Giménez, el secretario de Santa Anna, hace notar que éste fue el único presidente en agregar territorio a la nación y sin embargo es recordado como el traidor que vendió la mitad del territorio nacional.

Santa Anna también retoma la idea de la Historia que da vueltas en círculo y repite situaciones del pasado con otros actores:

Una calleja bautizada con el nombre de Melchor Ocampo, en homenaje al vendepatrias que cedió el Istmo de Tehuantepec a

²⁷ En marzo del 2011, se publica en una nota del periódico Reforma que los diputados federales de Tamaulipas logran que: “el 11 de septiembre sea reconocido como fecha patria para conmemorar la Batalla de Tampico, la que Santa Anna le ganó al ejército español en 1829, con lo que se puso punto final a su presencia en nuestro país” (Fray Bartolomé 1).

Estados Unidos. No cabe duda, el indio Juárez y su camarilla se han salido con la suya. Pero ¿quién les asegura que el día de mañana no llegarán otros resentidos a cambiar los rótulos de las calles y a escupir sobre su memoria? (Serna 15)

Santa Anna sabe que quien está en el poder impone no sólo los nombres de las calles, o las efemérides que se celebran, sino la Historia en su conjunto. La Historia oficial se teje con verdades a medias, y el juicio de los historiadores y sus obras, no son siempre los más objetivos:

Los historiadores, o mejor dicho, los fantasiosos novelistas que en México deshonran el arte de Clío, propalaron los infundios más descabellados a propósito de mi supuesta complicidad con el gobierno de Estados Unidos. Sin duda el más vitriólico fue mi antiguo secretario Carlos María de Bustamante, que sin haberse aproximado siquiera a la línea de combate, pergeñó con chismes recogidos aquí y allá un libraco deleznable donde me acusa de haber perdido la guerra a propósito. (Serna 341)

Bustamante, “un viejo resentido” (Serna 342), saca provecho cuando puede de los gobiernos de Santa Anna, pero cuando no tiene parte del “pastel”, entonces critica de la forma más acida las acciones del caudillo.

Corresponsabilidad de la sociedad

De forma mucho más insistente que en las otras dos novelas, en El seductor de la patria se marca la corresponsabilidad de la sociedad de la época con los desmanes de Santa Anna y con sus derrotas. Santa Anna es dejado solo en la

defensa del país en Tampico cuando España intentó reconquistar México; y también está solo cuando Estados Unidos invade el territorio nacional:

En extremo irritado por la escasez de fondos y por el egoísmo de las clases pudientes —que reprochaban al ejército su ineficacia, pero no desembolsaban un real para equiparlo—, aceleré los preparativos de la marcha y a principios de septiembre partí a San Luis Potosí, con sueldos y provisiones para una sola semana. (Serna 347)

Santa Anna, el general en jefe, de la campaña contra EE.UU. no sólo tiene que pensar en la estrategia de la batalla, sino que debe conseguir dinero para dar de comer a los soldados y comprar los pertrechos que el ejército necesita. No hay quien le ayude a organizar el “ejército de 20 mil hombres equipados con lo indispensable para entrar en batalla” (Serna 347) que en menos de tres meses él logra reunir; sin embargo sí hay quien lo acuse desde la capital: “mientras ponía mi vida y mi fortuna al servicio del país, los roedores del mérito ajeno atribuían la preterición de la marcha hacia el norte a mi supuesto contubernio con Estados Unidos” (Serna 348). Pero no son sólo las críticas contra Santa Anna, sino también los otros poderes del país que faltan a su deber de defender al país:

Cuando más necesitábamos el auxilio de los estados, su recién estrenada autonomía debilitó severamente la unidad nacional. Muchos gobernadores veían a la capital como una ciudad estado que tiranizaba a las provincias y absorbía toda su riqueza [...] Estados como Guanajuato, México y Zacatecas negaron su ayuda aduciendo escasez de fondos, que sin embargo no les

faltaron para realizar obras de ornato. En los casos de Tabasco y Veracruz, territorios ocupados por el enemigo, las autoridades habían desconocido al gobierno de la República, en venganza por no haber obtenido ayuda del ejército federal. Me enfrentaba, pues, con la difícil obligación de salvar a un país descoyuntado que sólo existía como tal en mi pensamiento. (Serna 372)

En los gobiernos del interior el patriotismo flaquea, al igual que en la Conquista, el centro es percibido como un tirano que extrae las riquezas de los alrededores sin ofrecer a cambio ningún beneficio; por eso se niega la ayuda que Santa Anna solicita. Los estados que ya están ocupados por EE.UU., llegan al extremo de desconocer al gobierno de la República, para ellos el país está decapitado o no existe. El caudillo sabe que el país que va a defender, es un país “descoyuntado”, donde cada extremo tira para su propio lado, sin ayudar al todo.

Los líderes militares también traicionan a la patria, buscando su propio beneficio. Santa Anna acusa la traición de Paredes, a quien por cierto la Historia oficial no recuerda como el traidor que fue, sino sólo como el presidente que inició las labores de defensa contra la invasión de EE.UU. Para nadie resultó importante que el general conservador usara los recursos económicos y militares contra el gobierno de la República, cuando todos los esfuerzos debían estar concentrados en la defensa del invasor. Todos los líderes hacían lo mismo: traicionar y organizar levantamientos para alcanzar sus propios objetivos de poder.

La Iglesia, el otro gran poder en México, también sólo buscaba proteger sus propios intereses:

Reducido a la miseria, el gobierno pidió mi anuencia para decretar la hipoteca de los bienes eclesiásticos hasta obtener 15 millones de pesos [...] el clero entonces fulminó excomuniones a quienes acataran el decreto o compraran los bienes de su propiedad [...] en este país la Iglesia no tiene patria. En el fondo de su alma, los jefes del alto clero nunca dejaron de rendir vasallaje a la corona española. Perder la nacionalidad les importaba un ardite, siempre y cuando conservaran sus privilegios. (Serna 349)

La Iglesia decide proteger sus bienes y privilegios, contra los avances de los liberales, a cualquier precio: excomuniones para quienes siguieran los decretos del gobierno liberal, sermones desde los púlpitos a favor de los invasores; recibimientos con ceremonias fastuosas al ejército de Estados Unidos, en ciudades como Puebla; o el financiamiento a rebeliones internas. Santa Anna se defiende, no fue él quien entregó México al invasor, fueron todos los grupos que siguiendo el interés egoísta, no sólo no colaboraron a la defensa nacional, sino que además desviaron los recursos y la atención a guerras civiles; por supuesto se refiere de forma directa al alzamiento de los “polkos”:

Urgida de contar con una fuerza propia para impedir la confiscación de sus bienes, la Iglesia auspició la formación de los cuerpos Victoria, Hidalgo, Independencia y Bravos, compuesto el primero por los jóvenes más acomodados de la ciudad [...] En son de burla, el populacho los bautizó con el nombre de “polkos”, pues antes de ceñir la espada, se dedicaban a bailar el ritmo de moda, la polka, en los salones elegantes de la ciudad. Pero a juzgar por los hechos de las últimas semanas, uno pensaría que

llevan ese nombre por el gran servicio que han prestado al señor presidente Polk. (Serna 356)

La cita anterior se supone parte de una carta confidencial del señor Buchanan, quien servía como embajador encubierto de EE.UU. en la ciudad de México, durante la guerra de invasión. Resulta interesante la nota irónica que hace sobre el nombre de los alzados. En este movimiento armado, la Iglesia y los oligarcas unen fuerzas contra el gobierno liberal de Gómez Farías y sirven a los intereses de los invasores.

Pero no es sólo en la guerra cuando la sociedad mexicana deja toda la responsabilidad de la defensa nacional a Santa Anna, a quien luego todos apuntan el dedo acusador por la derrota; sino es también durante la paz cuando todos “colaboran” en los abusos de sus gobiernos:

Los mexicanos pudientes, o lo que aquí se llama “los hombres de bien” aceptan a Santa Anna con una mezcla de resignación y cinismo. No obstante admitir que el general es el principal saqueador del país, todos concuerdan en que fuera de ese pequeño defecto, el “héroe de Tampico” tiene más capacidad que nadie para dirigir el Estado. “Podrá robar –conceden–, pero en su administración los caminos han quedado libres de salteadores.

(Serna 430)

Los militares y políticos buscan sólo un cargo público que les permita enriquecerse rápidamente, la Iglesia y los oligarcas desean conservar sus propiedades y privilegios, “la gente de bien” quiere la seguridad de tránsito y comercio; y todos aceptan a Santa Anna como el único que puede dirigir al Estado, aun con todos sus “pequeños” defectos. La sociedad en su conjunto es

indiferente y cómplice de los abusos del dictador; cada grupo sigue su propio beneficio y Santa Anna es el indispensable, resulta el mejor hombre en el poder ya que mantiene el orden con un ejército fuerte, pero también es permisivo con los grupos de poder que se reparten la riqueza nacional, toda la sociedad es cómplice: unos por su pasividad y otros por sus acciones desvergonzadas.

Al igual que en la obra de Rafael F. Muñoz, en esta novela la culpa por la mayoría de los errores de Santa Anna es en gran parte asignada al partido conservador y sus agentes: el alto clero y los oligarcas. Santa Anna es orillado por el partido político a mantenerse en el poder y seguir sus líneas de gobierno:

El país entero se desmoronaba como un terrón húmedo. Pero mis aliados del partido conservador no querían admitirlo y me instaban a resistir con firmeza, porque yo era su última tabla de salvación. De acuerdo, les dije, yo aguanto vara, pero entonces habrá que plegarse a algunas exigencias de los insurrectos y promulgar una constitución de corte más liberal. ¡Eso nunca!, aclamaron a coro. (Serna 458)

Durante su segunda dictadura, Santa Anna no puede seguir su instinto político, se ve limitado por los deseos de los conservadores que lo han llevado al poder. Es “un desdichado maniquí desprovisto de libertad” (Serna 444). Se reconoce atado de pies y manos por el partido conservador y sus agentes. Frente a él sus ministros de gobierno montan una obra de teatro y presentan al país como un lugar de paz y progreso. Al final, Santa Anna deja la presidencia, como un ladrón:

En una fría madrugada de agosto, ordené sacar mi lujosa estufa por la puerta principal de palacio para burlar a mis vigilantes, y yo

salí por la trasera en una modesta carretela de mulas. Es una cruel paradoja y una vergüenza nacional que me haya visto obligado a abandonar la presidencia a hurtadillas, como un prófugo escapa de una prisión.

(Serna 458)

Santa Anna se presenta como un prisionero escapando de la cárcel del gobierno conservador, busca su reivindicación ante la Historia y separarse del partido perdedor en la batalla por el poder nacional; está consciente de que son los liberales los que tienen el poder en el momento de la redacción de sus memorias. ¿Hasta dónde los cómplices son culpables, uno más que el otro?

Nueva novela histórica

El seductor de la patria de Enrique Serna pertenece a la corriente de la nueva novela histórica, ya que como decía Magdalena Perkowska, la obra se separa del modelo de la novela histórica clásica por la innovación en el tratamiento del tema, pero sobre todo por las novedades en el aspecto formal. Es una novela que adopta una posición crítica frente a la idea de la Historia como discurso legitimador del poder. Es innegable que la novela propone una relectura de la época y del personaje histórico de Santa Anna.

Entre las características de la nueva novela histórica marcadas por Fernando Aínsa y que se pueden encontrar en la obra de Serna, resalta la relectura del discurso historiográfico oficial, cuya legitimidad se cuestiona. La serie de cartas que conforman la novela, presentan visiones diferentes de los mismos hechos históricos, todas las voces son colocadas en idéntico nivel de veracidad, tanto la de los partes oficiales de guerra como los monólogos

alucinantes de Santa Anna. ¿Quién dice la verdad? O ¿Cuál discurso es más válido? La respuesta es dejada en el aire, para que cada lector la responda desde su referente.

La multiplicidad de puntos de vista, presentados en la nueva novela histórica, impide acceder a una sola verdad histórica; dice Aínsa, y se comprueba en esta novela. Como ya se ha mencionado, la estructura epistolar de la obra presenta múltiples puntos de vista y voces sobre un mismo hecho o personaje histórico; con lo que queda claro que no existe una sola verdad histórica; Santa Anna no es el terrible traidor que la Historia oficial liberal ha instituido en su discurso, pero tampoco es el héroe intachable que él pretende ser.

Otra característica importante de la novela es la abolición de la distancia épica, que conlleva a la degradación o deconstrucción de los mitos constitutivos de la nacionalidad. En esta novela, Serna logra una clara degradación de un gran número de mitos constitutivos de la nacionalidad mexicana: desde los grandes héroes nacionales liberales como Benito Juárez, hasta el proceso mismo de la Independencia:

Comprobé que la Independencia no afectaría los privilegios del clero, ni de la milicia, menos aún las fortunas de las viejas familias criollas. Dávila me tildaba de traidor, pero ¿a quién había traicionado, si ahora departían con Iturbide los mismos hacendados y obispos que había conocido en sus tertulias? El verdadero poder no había cambiado de manos.

(Serna 92)

Esta guerra no es presentada como el gran momento del nacimiento de México, sino como sólo una “ruptura en familia, donde todo cambiaba para seguir igual” (Serna 92), los que ostentaban el poder económico, político y militar bajo la corona española, siguieron en sus posiciones privilegiadas bajo el ejército de las tres garantías.

Otra característica de la nueva novela histórica, señalada por Aínsa y presente en la novela de Serna, es la historicidad del discurso ficcional, que en este caso es textual y con referentes detalladamente documentados. Enrique Serna confiesa haber invertido varios años a la investigación minuciosa del periodo histórico en que se ubica la obra, agradece la colaboración de historiadores contemporáneos en la revisión de los detalles históricos y a los biógrafos de Santa Anna por la “materia prima” para la novela. Para reforzar este elemento de historicidad, la novela presenta al final una cronología detallada de la vida de Santa Anna y un índice de los personajes históricos mencionados a lo largo de la obra.

Aínsa también menciona que la nueva novela histórica se caracteriza por la superposición de tiempos diferentes; la novela de Serna lleva dos líneas temporales, la primera es la del presente y abarca los dos últimos años de la vida de Santa Anna, en la ciudad de México, cuando regresa de su segundo destierro; la segunda línea temporal es la del pasado, que se contrapuntea con la primera línea y que narra la vida de Santa Anna en orden cronológico de su nacimiento a la muerte.

En la novela también se encuentran algunas de las características de la nueva novela histórica señaladas por Juan José Barrientos, por ejemplo la presentación de las voces de los subalternos; como ya se mencionó, en esta

novela se les da voz a las mujeres de Santa Anna (Inés y Dolores), al soldado común (Juan Tezozómoc) y al secretario Giménez, el subalterno que desea ser parte de la Historia. No es sólo la voz del personaje histórico la que se escucha a lo largo de la obra, sino la de aquellos que “desde abajo” contemplan el desarrollo de los “grandes” hechos históricos.

Siguiendo las características señaladas por Barrientos, se puede decir que la obra de Serna no contiene anacronismos, sino que es una obra con un riguroso estudio y preservación de las fechas históricas, es decir que usa la cronología. También es una novela que tiene una documentación estricta y respeta los nombres de lugares; reconstruye minuciosamente el escenario físico donde se desarrollan las acciones, como un método para afianzar la ficción en la realidad:

La calle de Vergara está irreconocible. Los demagogos demolieron el convento de Santa Clara y en su lugar han abierto una calle ancha, 5 de mayo, que va desde la Plaza de Armas hasta el teatro que alguna vez llevó mi nombre y ahora se llama Teatro Nacional. (Serna 14)

Cualquier persona que haya visitado el centro de la ciudad de México puede identificar fácilmente el espacio descrito en esta cita de la novela, esta técnica de precisión geográfica, es usada a lo largo de toda la obra, tanto en espacios urbanos como en los espacios de las batallas más importantes de Santa Anna.

Serna sigue en su novela el camino de la verosimilitud histórica de los hechos presentados, otra de las características de la nueva novela histórica señalada por Barrientos. Si en la obra hay momentos que llegan a cierta

inverosimilitud, son lamentablemente excesos de las dictaduras de Santa Anna, hechos históricos documentados:

Elaboré con mis asesores un decreto donde estipulaba qué oficiales tenían derecho a usar chacó en los actos públicos y a quienes correspondía ponerse el sombrero montado, cuántas líneas de ancho tendrían los bordados de los cuellos y de qué tamaño debían ser las colas de las levitas, según el rango de cada oficial. (Serna 435)

Por inverosímil que parezca el que un gobernante dedique su tiempo y esfuerzo a reglamentar con tantos detalles la vestimenta de los oficiales, este decreto de Santa Anna, realmente existió.

La degradación carnavalesca del personaje histórico es otra de las características de la nueva novela histórica, señalada por Barrientos y por Seymour Menton. Santa Anna es presentado constantemente como un personaje histórico degradado, carnavalesco; por ejemplo cuando en el momento de más brillo de su dictadura es mostrado como un hombre enfermo:

Procuró contener la respiración para no reventar mi ajustado pantalón blanco, mientras el arquitecto De la Hidalga me describe la sobria fachada de orden corintio. No debí desayunar frijol con puerco, siento el estómago como un caldero hirviente [...] a medio recorrido expulsó una ruidosa ventosidad que mi guía tolera sin pestañear [...] si no fuera por el olor a pedo, me sentiría en París. (Serna 319)

La carnavalización del personaje histórico está presente a lo largo de toda novela, cuando Santa Anna huye de los combates vestido como mujer o

cuando se forma una enorme pila de huesos en el Palacio Nacional por la recompensa ofrecida a quien regresara los huesos perdidos de su pie. Algunos momentos de la carnavalización del personaje son directamente tomados de la Historia, por ejemplo el entierro del pie de Santa Anna o el motín en la ciudad de México donde la turba profanó el monumento de mármol donde yacía su pie amputado: “toda la tarde y buena parte de la noche lo anduvieron pateando de acá para allá, y según algunos testigos confiables, finalmente fue a parar al tiradero de la Viña, donde se amontonan los desechos más asquerosos de la ciudad” (Serna 331).

Otra de las características de la nueva novela histórica mencionadas por Menton es la metaficción o los comentarios del narrador sobre el proceso de creación, a lo largo de la novela son varias las ocasiones en las que Santa Anna comenta sobre el proceso de “escribir” su biografía:

La obra será más convincente si en vez de ocultar mis debilidades las pones en primer plano, minimizadas —eso sí—por mis actos de valentía y heroísmo [...] censúrame un poco para que la gente dé mayor crédito a tu relato. Con ello te echarás a la bolsa al lector y no dudará de tu palabra cuando hagas el glorioso recuento de mis hazañas. (Serna 19)

Santa Anna es un narrador consciente de que escribe su biografía para la Historia, sabe qué detalles quiere incluir y cuáles no deben ser mencionados, incluso sabe cuál será el tono más efectivo para que el lector crea lo que está escrito.

Conexiones entre el pasado de la novela y el presente del autor

Como ya se había mencionado la novela de Serna es una novela histórica funcional, siguiendo la clasificación hecha por Jitrik, ya que desea extender el conocimiento incompleto y deficiente del personaje histórico de Santa Anna, quiere acercarse y analizar un punto oscuro de la Historia nacional. Serna busca que su novela histórica sea un medio de conocimiento y una advertencia:

Traté de que Santa Anna fuera un personaje seductor para que el lector reconociera al pequeño Santa Anna que todos llevamos dentro. Seguí un camino opuesto al que utiliza la Historia oficial cuando dice: este es el villano más execrable de la Historia y es mejor que no sepas nada de él. Yo creo, por el contrario, que debemos saber mucho sobre él y su tiempo para evitar que la sociedad mexicana vuelva a caer en las mismas trampas del pasado. (Serna, "Santa Anna en la Historia" 174)

Serna considera que la novela es un medio para el conocimiento y que específicamente la novela histórica debe "funcionar como un espejo que refleje el presente a través del pasado" (Serna 168); la historia de Santa Anna sirve como un reflejo del presente de México, para que los mexicanos reconozcan al "pequeño Santa Anna" que cada uno lleva dentro, es decir al hombre dispuesto a cualquier cosa por la gloria, al hombre sin principios que cambia con las circunstancias y busca sólo su beneficio personal. Pero también la novela es un llamado de atención para que la sociedad mexicana asuma su responsabilidad en el entronizamiento de caudillos como Santa Anna:

El seductor de la patria no sólo recrea al personaje de una etapa histórica concreta del pasado, sino que aporta elementos para

reflexionar sobre un ejercicio del poder que ya nos resulta familiar en nuestro tiempo y de las complicidades necesarias en su sostenimiento. (Hernández 185)

Santa Anna no actuó sólo, no fue un genio del mal; sino que tuvo una base social que lo apoyó y lo mantuvo en el poder; lo mismo pasó con el PRI y su dictadura perfecta o con los gobernantes actuales de México.

Sotelo Gutiérrez dice en su artículo sobre la labor de la novela histórica: "El seductor de la patria de Enrique Serna, sondea en los sucesos del siglo XIX, específicamente en las cinco primeras décadas del México independiente, para invitar a una reflexión sobre el país a fines del siglo XX" (Sotelo 64). La novela busca comprender a los personajes, más que juzgarlos; y explicar cómo toda la sociedad mexicana de la época, ayudó al fracaso político del México independiente. Los que podían haber detenido los abusos y la corrupción de las dictaduras de Santa Anna no lo hicieron, y con acciones u omisiones colaboraron con él. Este análisis y crítica a la sociedad del pasado, sirve como un reflejo para la sociedad mexicana de finales del siglo XX:

Mi novela tiene partes muy hirientes porque a veces Santa Anna se expresa con enorme desprecio del pueblo mexicano. Y yo quería que los lectores del siglo XX sintieran que esos insultos iban dirigidos a ellos, porque está muy de moda en México halagar a la "sociedad civil" [...] pero en verdad, la sociedad mexicana fue cómplice de la dictadura priísta y de algún modo es un reflejo de ella. (Serna 181)

La sociedad de la época de Santa Anna sabía que él era un corrupto, pero lo seguían llamando cada que lo necesitaban para "ordenar" el país, lo

veían como un mal necesario. Igual pasó con la sociedad del priísmo, que creyó el discurso del PRI personificando a la patria²⁸; la sociedad mexicana del siglo XX permitió y fue cómplice de los abusos y corrupciones del poder.

Es indudable que como dice Hernández López, la novela “muestra continuidades históricas sorprendentes entre el México del pasado y el del presente” (Hernández 183). No se puede condenar a una sola persona, por el fracaso de todo un país; a Santa Anna se le acusa del desastre mexicano del siglo XIX, mientras que en el México actual se culpa a Salinas de Gortari, a Vicente Fox o a Felipe Calderón; como si el resto de la sociedad no existiera:

Si de verdad arrojé a México en un precipicio ¿por qué nadie me lo impidió? Gran parte de mis culpas le corresponde a la sociedad que ahora me crucifica. ¿O acaso goberné un país de niños? Nadie, ni el más feroz de mis enemigos puede negar que la mayoría de las veces acepté la presidencia obligado por la presión popular, después de infinitos ruegos. (Serna, El seductor 18)

Santa Anna acusa a los que lo “crucifican” de haber sido sus cómplices: todos lo llamaban y luego nadie lo detuvo. Los partidos políticos que lo “orillaron” a tomar las riendas del país son corresponsables de los extremos a los que llegó. Sobre el presente Serna dice: “estoy seguro de que cuando alguien escriba dentro de cien años la novela de Salinas se va a dar cuenta de que la sociedad mexicana también tuvo una enorme responsabilidad por haber criado y venerado a esa clase de sabandijas” (Serna, “Santa Anna en la Historia” 182). A la mitad del sexenio de Carlos Salinas de Gortari, su popularidad era altísima,

²⁸ El partido incluso secuestró los colores de la bandera nacional para usarlos en su logotipo.

mucha gente pensaba que México iba hacia el “primer mundo”. Salinas tenía copados sectores claves de la crítica como los intelectuales, con programas de becas y lo único que se escuchaba eran voces de aprobación. Al final del sexenio (1994) cuando se derrumbó la economía y se descubrieron los grandes casos de corrupción, la misma gente que antes había subido a Salinas a las nubes; ahora lo linchaba: “como si Salinas hubiera sido un genio del mal, que sin ningún apoyo social y por arte de magia negra se entronizó en el poder” (Serna 181). La verdad es que toda la sociedad es responsable, las dictaduras de un hombre o un partido político, la corrupción y los abusos se han dado y se seguirán dando; porque los mexicanos lo permiten, algunos por inercia, otros por cobardía y muchos por buscar un beneficio personal; todos somos culpables.

CAPÍTULO 6

MÉXICO MUTILADO DE FRANCISCO MARTÍN MORENO

Contexto histórico del autor

La novela de Francisco Martín Moreno: México mutilado fue publicada en noviembre del 2004; el contexto histórico en el que surge la obra se encuentra, al igual que la tercera novela analizada, en el periodo más reciente de la Historia de México, al que Aboites Aguilar llama: "Movilización ciudadana y cambio político"; mismo que ya fue comentado en la sección anterior, por lo que baste recordar que Vicente Fox fue el presidente del país del 2000 al 2006.

Vicente Fox Quesada, representando al Partido Acción Nacional (PAN) de derecha, asumió la presidencia de la República en el 2000, con uno de los índices de popularidad más altos en la Historia reciente de México. Sin embargo, muy pronto su popularidad se fue minando, principalmente por desacuerdos en torno al cambio que significaba su presidencia. La mayoría de las críticas de la oposición fueron por supuestos actos irresponsables de su parte, como el fallido aeropuerto de Texcoco, proyecto cancelado en agosto del 2002 luego de grandes protestas de campesinos. Otro de los conflictos legales y políticos, en el que se vio envuelto Vicente Fox, fue el desafuero del jefe de gobierno de la capital del país: Andrés Manuel López Obrador, proceso legal controversial, que se llevó a cabo entre el 2004 y 2005, que para unos significó el intento del gobierno para evitar que López Obrador fuera candidato a la presidencia. El tráfico de influencias de los Bribiesca, hijos de Martha Sahagún, esposa del presidente, también fue un conflicto del "gobierno del cambio". La Biblioteca José Vasconcelos, etiquetada por la prensa como la "Megabiblioteca" y

considerada la mayor inversión de infraestructura en la administración de Fox, también fue causa de problemas por las graves irregularidades en su construcción y por la corrupción de los funcionarios encargados de ella. Otro punto de conflicto durante el gobierno de Fox, estuvo en Oaxaca, donde un movimiento de maestros cuya petición esencial era la destitución del gobernador del estado, Ulises Ruiz, conformó en junio del 2006 la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO). Las protestas y toma de calles desembocaron en la intervención de la policía federal, así como la represión y detención de varios de sus líderes populares.

Antes de ser elegido como presidente, Fox prometió en su campaña que daría a cada mexicano la oportunidad de un trabajo en México. En la práctica, el presidente dependió en gran parte de una política de migración hacia los EE.UU. como manera de proporcionar los medios de subsistencia a los obreros mexicanos. El gobierno de Vicente Fox se caracterizó por las grandes expectativas que generó al principio y la desilusión y pesimismo que dejó al final.

Francisco Martín Moreno nació en la ciudad de México en 1946, realizó sus estudios básicos en el Colegio Alemán Alexander Von Humboldt. Cursó la licenciatura en derecho y obtuvo el doctorado en la Academia Mexicana de Derecho. Como articulista ha publicado más de dos mil columnas en diferentes periódicos: Novedades, Excélsior, El País; y revistas como Milenio y Cambio. Sus obras como novelista son: México negro (1986), Las cicatrices del viento (1989), La disculpa (1993), La respuesta (1994), Los mexicanos a contraluz (1996), Cartas a un mexicano (1997), México sediento —Seguía— (1998), Las grandes traiciones de México (2001), México secreto (2002), México mutilado, la raza maldita (2004), México ante Dios (2007), México acribillado (2008),

Arrebatos carnales (2009), Arrebatos carnales 2 (2010). También ha sido comentarista en radio y televisión nacional e internacional.

Algunos de los premios y distinciones con los que cuenta son: el Laurel de Oro a la Excelencia Literaria por su publicación Las cicatrices del viento que recibió en España, y en México ha recibido el Premio Nacional de Periodismo en 1994, 1995, 1996, 1997 y 1998, el cual es otorgado por el Club de Periodistas de México A.C.

La opinión de la crítica sobre México mutilado es variada, dependiendo de dónde provenga. En las notas periodísticas, en las que se reseña su presentación, se da cuenta de la calidad de *bestseller* de la novela: “en 90 días se vendieron 100 mil ejemplares [...] el volumen de venta sólo se compara con la aceptación de títulos de autores mexicanos como Carlos Fuentes o de extranjeros como Mario Vargas Llosa y José Saramago, informan fuentes de la editorial Alfaguara” (Haw 1). Si se visita cualquier librería en México es fácil comprobar este éxito editorial, ya que la novela se puede encontrar, junto con otras obras del mismo autor, en los lugares más visibles de los locales. Es innegable que un buen número de las obras de Francisco Martín Moreno ha alcanzado la condición de libros mejor vendidos en México, tal vez por opiniones como la de Leticia T. McDoniel:

Por su prosa vertiginosa, su estilo es un deslizadero hacia las entrañas, tanto de México como de su gente. La narrativa de Martín Moreno se caracteriza por penetrar en la historia de esta nación, provocando muchas veces rabia y, otras alegría en los lectores, ya que invita a reflexionar sobre lo que significa la palabra patriotismo. (McDoniel 1)

Otra reseña de la novela, que coincide en el tono celebratorio, es la de Felipe Ruiz de Chávez quien dice: “el historiador y escritor mexicano, Francisco Martín Moreno, nos entrega una obra donde su pasión por el dato histórico preciso, se une con su acostumbrado caudal narrativo, arrastrando al lector y situándolo junto a los hombres que tramaron la infamia” (Ruiz 1). Sin embargo, la mayoría de la crítica especializada coincide en que la obra de Francisco Martín Moreno carece de mayores cualidades literarias; por ejemplo, el mismo artículo de Dora Luz Haw consigna la opinión de Germán Dehesa, quien dice que desde la perspectiva del lector “a Martín Moreno le falla el coeficiente estético en la narración” (Haw 1) por el tono lleno de rabia que domina la obra y que la conduce al fracaso como narración: “como ciudadano y autor tienes derecho a enojarte, pero como narrador debes ser impávido, porque entre más tranquila sea tu voz, será más poderosa, se convertirá en una astucia literaria y dejará de ser pura santa ira” (Haw 1). Tal vez este sea uno de los mayores problemas de la novela, la ira y rabia que domina toda la narración, desde las primeras secciones de “Agradecimientos y desprecios” y “Tengo que escribir un breve prólogo”, se puede notar el tono en que transcurrirá el resto de la obra:

La rabia se me desborda. Debo dejar aquí el prólogo para explicar los hechos tal y como se dieron [...] por esta ocasión, sólo deseaba revelar a grandes zancadas lo ocurrido y librarme, a como diera lugar, del efecto causado por las palabras de mis maestros cuando me relataron el gran robo del siglo XIX.

(Moreno 12)

El narrador aclara cuáles son los sentimientos que lo animarán durante toda la narración: rabia, resentimiento y coraje, ante la impotencia del “gran robo

del siglo XIX". Volviendo a las opiniones de los críticos, Juan Pablo Aranda escribe:

Una postura bastante radical, antiyanqui y anticlerical, por un lado, y al parecer ciega ante una realidad nacional culpable también de aquellos acontecimientos, por el otro, acompaña paso a paso la descripción de la Independencia de Texas y la venta posterior de los territorios por Santa Anna a los yanquis.

(Aranda 33)

Efectivamente, el narrador de la novela México mutilado es decididamente antiyanqui y anticlerical, para él estas dos entidades son los "mayores enemigos" de México, a los que hay que desenmascarar y castigar.

Por otro lado, Germán Dehesa comenta:

Sé que es complejo, con una masa tan importante de información histórica, mezclar todo en un ámbito novelístico. Este libro me parece un excelente ejercicio histórico que denota un cuidado absoluto del acopio de datos donde los personajes como Antonio López de Santa Anna son totalmente verosímiles. Sin embargo, no creo para nada en el narrador, que es un perpetuo hombre escandalizado e iracundo ante lo que sucede en la novela.

Cuando leía me preguntaba ¿A qué hora le dará al narrador una apoplejía y deja de contarnos la historia? (Haw 1)

Esta cita hace hincapié en el narrador "escandalizado e iracundo" que ya se había mencionado; más adelante se comentará sobre las características formales del mismo. Sobre el punto que Dehesa marca al calificar a la novela como "un excelente ejercicio histórico", existen opiniones radicalmente opuestas;

Josefina Zoraida Vázquez, historiadora e investigadora, dice sobre México mutilado:

No sabría cómo clasificar este libro. Aparenta ser una novela basada en la vida íntima y pública de Antonio López de Santa Anna, narrada por un testigo de los hechos que desembocaron en la pérdida de territorio mexicano, pero el autor interpreta ese periodo histórico a todo lo largo del cuerpo de la novela.

(Vázquez 28)

Josefina Zoraida Vázquez explica que la tarea de intentar entender y mucho peor interpretar, un período histórico tan complejo, resulta casi imposible aún para los profesionales de la Historia:

Don Francisco Martín Moreno leyó parte de la bibliografía mexicana y norteamericana sobre la guerra de Tejas y con Estados Unidos, con lo que logró una visión general de los sucesos, pero no alcanzó a comprender los múltiples obstáculos que enfrentaron los pobres mexicanos que los vivieron [...] Moreno se complicó la vida, pues una novela no requería tanta información, ni tenía porque hilvanar una interpretación propia con tan pocos elementos. (Vázquez 29)

Para la investigadora del Colegio de México es obvio que el ejercicio histórico que Moreno intentó en la novela resultó un fracaso, ya que presenta una visión general de la época, por cierto una visión tendenciosa; y no alcanza el nivel interpretativo que presume:

Moreno optó por ofrecer su versión de los hechos e incluso tratar de comprobarla con unas citas y una bibliografía que no logran

cumplir con las exigencias del caso. El autor se toma libertades literarias, lo que es comprensible, pero intenta probarlas; además, se empeña en narrar no sólo la complicada historia del México de esa época, sino también la norteamericana contemporánea, lo cual multiplica los errores, naturales por las fuentes utilizadas. (Vázquez 29)

El ejercicio histórico no resultó positivo por la calidad de las fuentes utilizadas y por el intento, fallido, de combinar la narración de la Historia de los dos países involucrados en el conflicto bélico; no conforme con tratar de presentar su visión personal de la compleja Historia mexicana del siglo XIX, también intenta presentar la Historia de EE.UU. Sobre las fuentes utilizadas por Moreno, al final de la obra se presenta una sección de notas, donde se da la referencia de la mayoría de las citas hechas y también una bibliografía con las obras consultadas por el autor; sobre éstas la historiadora Josefina Zoraida Vázquez opina:

Entre la bibliografía citada están libros excelentes, como el libro de David Pletcher, junto a biografías noveladas, libros de divulgación y novelas como la de James Michener sobre la independencia de Tejas, utilizadas como si tuvieran el mismo valor. (Vázquez 29)

Moreno utiliza en gran medida libros de difusión, que privilegian las anécdotas; lo cual sería apropiado para el ámbito novelístico; pero no cuando se intenta hacer Historia o contar “la verdadera historia” según recalca una y otra vez el narrador de la novela. Sobre el proceso de investigación y escritura Ruiz de Chávez consigna que:

Francisco Martín Moreno indicó que la investigación histórica para su libro le llevó ocho años, pero se sorprendió cuando lo terminó en tan sólo cuatro meses. Esa rapidez se la atribuye al coraje e irritación que le provocó el ir desnudando cada vez más una historia de absurdos, en la cual Antonio López de Santa Anna intervino de manera lacerante.

(Ruiz 1)

De nuevo el tema de la ira sale a colación, el autor confiesa en una entrevista, que fueron estos sentimientos los que lo llevaron a escribir rápidamente su novela; seguramente nada que ver con la editorial buscando otro *bestseller* de una novela con personajes históricos; sin importar la desinformación que pueda llevar consigo.

Características de la obra

México mutilado está dividido en varias secciones: Agradecimientos y desprecios, Prólogo, cuatro capítulos (La revolución de las tres horas, De la indigerible felonía jamás contada, La segunda conquista de México y Se consuma el robo del siglo), Epílogo, Apuntes cronológicos, Notas y Bibliografía.

El narrador inicia el primer capítulo con las líneas:

Yo, sí, yo, yo lo vi todo, estuve presente en cada uno de los acontecimientos. Viví las más diversas experiencias al lado de los auténticos protagonistas de la historia. Los observé llorando desconsoladamente el vacío de la derrota mientras que, sin enjugarse las lágrimas y de rodillas ante la mujer amada,

humedecían las abundantes telas de los vestidos de seda y brocados de oro. (Moreno 15)

Este narrador omnisciente, tan menospreciado y poco usado en la literatura contemporánea, es el que cuenta la historia de la novela, un narrador en primera persona, que se mantiene en el plano de la enunciación y de lo enunciado, que es omnipresente e intradieгético, al estar en todos los espacios donde se desarrolla la obra y ser testigo de todas las acciones: “Yo asistí a las batallas, parapetado a un lado de la artillería; tomé parte en el ataque de la caballería o cubrí, junto con los lanceros, la huida por la retaguardia” (Moreno 15). El narrador insiste una y otra vez, a lo largo de la novela en su omnipresencia y omnisciencia. También marca con obstinación poseer la verdad sobre la Historia:

Es la hora de divulgar, de gritar con la escasa fuerza que aún me queda, de exhibir, de decir, de hacer correr la voz con mi propia versión de los hechos sin contemplaciones, con la esperanza de que alguien, en el futuro, me desmienta o me corrija, aporte más luz y entonces y sólo entonces nos vayamos acercando a la verdad, una verdad, que por el momento, sólo yo poseo...

(Moreno 20)

El narrador presentará su propia versión de los hechos, su verdad será la única “verdad” en la obra, no hay más voces que la suya. Sin duda, este es un rasgo que coloca a la obra en una línea mucho más cercana a la novela histórica tradicional que a la nueva novela histórica.

El narrador también presenta, desde su perspectiva, a los personajes, especialmente a los protagonistas como Santa Anna: “llamarlo “don” Antonio es

dignificarlo; dirigirme a él por su nombre, Antonio, es lo menos que se merece antes de recurrir a ningún adjetivo para calificar su conducta y confundir al lector con una ausencia de objetividad” (Moreno 21). Sin embargo, será muy pronto cuando el narrador presente al personaje con los calificativos que cree se merece: “Santa Anna, el Benemérito, el “Quince uñas”, según se burlaba también el populacho de su líder infatigable” (Moreno 25). Así que la objetividad que el narrador pretende es perdida y substituida por su visión y juicio personal sobre el personaje histórico y sus acciones.

Durante la novela el lector encuentra constantemente los comentarios del narrador sobre los hechos históricos, sobre los personajes, sobre las dos naciones; ideas que reforzadas por los calificativos que el narrador escoge, llevan al lector a un estado cada vez más profundo de pesimismo y derrotismo. Este mecanismo de sentirse agraviado o víctima ha sido usado muchas veces a lo largo de la Historia de México, como una excusa para todo lo que falló en el país; al mismo tiempo que es el reflejo de la nación en crisis a finales del Siglo XX.

Es importante mencionar que el narrador marca los artificios organizadores del relato; por ejemplo que inicia “*in medias res*” o que no usará citas textuales:

Iniciaré, pues, mi relato escogiendo, a mi antojo, tanto el lugar como la fecha en que se dieron los acontecimientos. No necesito de muletas ni de recursos documentados aportados por terceros ni de elementos probatorios: baste mi voz y mi memoria, además de mi amor por la verdad y mi deseo de hacer justicia de una buena vez por todas y para siempre. (Moreno 20)

A pesar de que el narrador señala que no necesita de referencias documentales para su relato, a lo largo de la novela son casi doscientas las notas bibliográficas usadas que se desglosan al final del libro; aunque también existen las citas marcadas con comillas, presentadas sin la referencia directa.

En México mutilado, como ya se mencionó antes, se narra la Historia de la guerra entre México y EE.UU. que llevó a los tratados de Guadalupe Hidalgo, donde México pierde los territorios de Texas, Nuevo México, y California. El narrador combina los dos espacios: México y EE.UU., e intenta narrar paralelamente, cómo iban transcurriendo los acontecimientos alrededor de la guerra en los dos países: “en las sacristías, en los cuarteles, en Palacio Nacional, en las tiendas de campaña durante la guerra, en la Casa Blanca, en el Capitolio, en el Potomac, en san Jacinto y en el Río Bravo, entre otros tantos lugares” (Moreno 12). El narrador también combina, sobre todo por medio de prolepsis, diversos planos temporales:

¿Gómez Farías relacionado nuevamente con Santa Anna después de los terribles episodios vividos en 1833, cuando el César Mexicano ocupó por primera vez la presidencia de la República y don Valentín la vicepresidencia? ¿Cómo era posible que la historia nos permitiera contemplar otra alianza entre los dos ya entrado ese catastrófico año de 1846? ¿No habían acabado sus tratos como enemigos mortales irreconciliables? (Moreno 164)

El narrador, ubicado en el año 1846, empieza, con esta serie de preguntas, una larga analepsis al año de 1833, cuando Santa Anna fue presidente de México por primera vez; narra cómo fue el gobierno de Valentín

Gómez Farías cuando Santa Anna lo dejó encargado del despacho y el fin de su relación política en 1834. Son varias las ocasiones en que el narrador hace uso de la analepsis; por ejemplo la guerra de Texas, también es narrada a través de una:

Mientras Santa Anna se dirigía, a finales de aquel 1846, rumbo a San Luis Potosí, a caballo o a pie y, otras tantas veces, sentado cómodamente a bordo en su carretela, no podía impedir que los viejos recuerdos de la campaña tejana, la de El Álamo y El Goliad, lo asaltaran sin tregua alguna. La herida estaba abierta y sangraba, supuraba abundantemente, aun cuando ya habían transcurrido diez años de aquel catastrófico evento. (Moreno 356)

El uso de metáforas como la anterior, donde el narrador compara la derrota de Santa Anna en Texas con una herida que sigue abierta, es común a lo largo de la novela. Por supuesto la metáfora más notable es la de México como un cuerpo “mutilado”, que se usa desde el título de la obra, hasta en las reflexiones del narrador o de Santa Anna:

–Nos mutiló por primera vez la rigidez militar de los aztecas. Los castigos eran tan severos, la autoridad era tan extremista, que aprendimos a humillar la cabeza a la fuerza. Fue un primer contacto con la indefensión, con la impotencia, con el sometimiento incondicional o te cortaban una mano. (Moreno 208)

La visión casi romántica del “México mutilado” desde sus orígenes y específicamente en la guerra contra EE.UU., es difícil de sostener cuando se consideran las verdaderas condiciones del país, donde los grupos de poder buscaban a cualquier precio, no sólo su sobrevivencia, sino obtener grandes

beneficios; la imagen de un México que se amputa a sí mismo sería más apropiada.

El lenguaje usado en la novela resulta totalmente contemporáneo, sobre todo en las reflexiones del narrador, quien se expresa como un hombre ilustrado de finales del siglo XX. Son contados los momentos en los que se presenta una voz diferente a la del narrador y resulta chocante cuando se hace usando diálogos con giros marcados en cursivas:

–Tú, Joel, traite las hojas de plátano macho más grandes qui encuentres. Tú Sebas, jálate por unos jarros y pídele a mi vieja que te preste el caldero más grandote qui tenga para hacer el puchero. Tú, Nachito y tú, Jelipe, junten harta lenia y ocotes porque pa'cocer a este cabroncito nos vamos a llevar harto tiempo.

Cuando menos se dio cuenta, Santa Anna había sido desarmado e inmovilizado por la espalda, en tanto le hundían la cabeza en el piso de tierra para asfixiarlo. (Moreno 73)

El narrador presenta los giros de voz popular (*traite, qui, Jelipe*) y los diálogos de los campesinos usando cursivas, marcando formalmente la extrañeza de la voz del otro, y hasta cierto punto, haciendo burla de la ignorancia de las formas correctas del lenguaje.

Características de México mutilado como novela histórica

En la obra los personajes principales son personajes históricos, no hay la presencia con voz propia de personajes ficticios, es decir que la Historia se cuenta “desde arriba”, las grandes figuras históricas y los grandes eventos son

los preponderantes en la obra. La distancia entre el pasado histórico que se narra y la novela histórica es de casi dos siglos, lo cual resulta contrario al modelo planteado por Lukács; sin embargo el narrador marca constantemente a la Historia contada como precondition directa del presente: “como sé que es imposible entender el país de nuestros días sin conocer el México del siglo XIX, me apresuraré a contar” (Moreno 13); esto seguiría el modelo del mismo teórico. Por otro lado, siguiendo la clasificación de la novela histórica de Noé Jitrik, México mutilado, podría clasificarse como una novela histórica funcional, ya que según su autor, lo que busca es:

El objetivo que la presente novela histórica pretende es revelar cómo conspiraron, en contra de su propio país, los altos jefes de la iglesia, distinguidos generales, presidentes de la República, destacados criollos, aristócratas, empresarios, gobernadores, diputados y senadores [...] porque quien no conoce su historia está condenado a repetirla con todas sus funestas consecuencias [...] desenmascara de una buena vez por todas y para siempre, a los auténticos enemigos de México. (Moreno “Mis libros” 4)

Francisco Martín Moreno busca extender el conocimiento sobre la guerra de México-EE.UU. en 1846, ya que considera que el conocimiento que el pueblo mexicano tiene del episodio histórico es deficiente, busca acercarse a un punto oscuro de la Historia mexicana:

No hablamos ni escribimos de la guerra contra Estados Unidos, porque nos produce la misma sensación de vergüenza que el hecho de reconocer la existencia de un hermano asesino, o de

tener una inmensa cicatriz en nuestro rostro, que nos negamos a contemplar en el espejo. (Moreno 13)

Es cierto que la guerra entre México y EE.UU. resulta uno de los momentos más dramáticos y menos estudiados de la Historia mexicana, tanto por la frustración frente a la impotencia de México ante la injusta invasión norteamericana, como por la compleja situación nacional que acompañó a la fundación del Estado nacional, impregnada de los partidismos de la época. Sin embargo, la idea de que esta obra será la primera “desenmascarando a los verdaderos” enemigos de México, parece demasiado pretenciosa, sobre todo cuando historiadores como Josefina Zoraida Vázquez reconoce que: “las aportaciones de los historiadores han logrado desplazar la llamada “historia oficial” (Vázquez 29) sobre este episodio; y cuando los datos históricos presentados por Francisco Martín Moreno en su obra ya son conocidos desde hace mucho tiempo.

En cuanto a intentar clasificar esta novela como parte de la corriente de la nueva novela histórica o no; como ya se mencionó, parece que la obra de Francisco Martín Moreno se encuentra mucho más cercana a la novela histórica tradicional o fundacional (siglo XIX) que a la novedosa concepción del género de finales del siglo XX. México mutilado carece de la multiplicidad de puntos de vista que podrían presentar diferentes “verdades históricas” e incluso el narrador presume, en repetidas ocasiones, poseer “la verdad”, la única verdad, sobre los hechos históricos; por lo que no cumple con uno de los principales objetivos de la nueva novela histórica, que es el mostrar cómo resulta imposible conocer “la verdad” histórica, dada la multiplicidad de puntos de vista que existen sobre un mismo hecho. Por eso es que se considera más una novela ideológica, en el

sentido nacionalista; que una novela de signo literario o de la corriente de la nueva novela histórica.

La novela de Francisco Martín Moreno tampoco utiliza algunos de los recursos más fructíferos de la nueva novela histórica, no se da una degradación carnavalesca de los personajes históricos presentados y al usarse un solo punto de vista a lo largo de toda la novela, no hay diversos lenguajes o heteroglosia, la novela es una obra monológica en lugar de dialógica. También es importante marcar que esta novela no posee la sofisticación de la nueva novela histórica; más bien tiene marcados rasgos de propaganda nacionalista y hasta chovinista.

Al inicio de México mutilado, se cuestiona el discurso de la Historia oficial:

Mi más genuino desprecio a los mercenarios de la historia de México por haber enajenado, a cambio de unos billetes o de un puesto público, sus conocimientos, su imaginación, su tiempo y su talento a la causa despreciable de la historia oficial, que tanto ha confundido a generaciones y más generaciones de mexicanos. Gracias a ellos nos hemos tropezado, en buena parte, una y mil veces, con la misma piedra. (Moreno 8)

Se condena a la Historia oficial y a sus creadores, como los culpables de los tropiezos de la nación mexicana; sin embargo, a lo largo de la novela se mantienen muchos de los mitos creados por la Historia oficial mexicana, que ha sido escrita por los liberales triunfadores:

“¡Bendita la ley Lerdo! ¡Benditas la leyes de Reforma! ¡Bendito Juárez, el Benemérito de las Américas, el verdadero Padre de la Independencia de México! Él y sólo él, junto con un selecto grupo

de notables mexicanos, lograron desprender del cuello de la nación a esa enorme sanguijuela gelatinosa llamada iglesia católica. (Moreno 11)

Así que aunque el narrador critica a la Historia oficial, realmente no existe una subversión de ella a lo largo de la novela; mantiene a los personajes históricos que retoma en el lugar otorgado por la Historia oficial mexicana; los que están en el pedestal como Juárez siguen ahí, consagrados en bronce y los que desde hace mucho han sido denostados, como Santa Anna, permanecen en el lodo, como grandes traidores. El narrador no busca reescribir la Historia oficial, sólo desea presentar su visión liberal, aparentemente desde la izquierda mexicana, que resulta muy cercana a la Historia escrita por la dictadura del PRI. Los datos históricos que el narrador presenta, aunque no incluidos en la Historia oficial, sí han sido del conocimiento de los historiadores, como Josefina Zoraida Vázquez menciona:

Desde hace mucho se conocen las visitas del coronel Atocha y el agente Alexander Slidell Mackenzie a Santa Anna en la Habana. El veracruzano parece haber actuado como típico vivillo. Sabía que las costas estaban bloqueadas por la flota de Estados Unidos, circunstancia que le impedía cruzar si no se comprometía a facilitar la firma de un tratado de paz “favorable”; lo que no se ha podido comprobar es que lo cumpliera. (Vázquez 31)

Así que México mutilado no aporta realmente ninguna novedad histórica y tampoco subvierte el discurso de la Historia oficial mexicana; lo único que presenta es la visión radical, antiyanqui, anticlerical y francamente negativa del narrador.

Presentación de Santa Anna

La presentación de Santa Anna en la novela se da en la derrota y calificándolo negativamente:

¿Quién, con dos dedos de frente y un mínimo gramaje de dignidad y de capacidad previsor, le hubiera permitido a un Santa Anna ocupar nuevamente la presidencia de la República, sobre todo después de haber sido aprehendido por Sam Houston en San Jacinto en aquel remoto 1836, cuando dormía una “siesta” en lugar de defender la integridad territorial de México? Los tratados de Velasco, aquellos que suscribió estando preso, en términos secretos, a espaldas del gobierno y del pueblo de México, para entregar Tejas a los yanquis con tal de no ver herida su hermosa piel lozana, ¿no constituyeron una felonía sin nombre ni límite, y, sin embargo, volvió a colocarse, no una sino varias veces más, la banda en el pecho, tal y como lo haría al regresar del presente exilio cubano en agosto de 1846? (Moreno 21)

Santa Anna es introducido en la novela, en medio de su primer exilio en Cuba. Ya no es el héroe de Tampico, sino el hombre que tuvo que salir del país después de haber perdido la campaña para recuperar Texas. El narrador acusa directamente a Santa Anna de traición y felonía, al firmar los tratados de Velasco y entregar Texas a los americanos; también lo acusa indirectamente de cobardía, pues suscribió los acuerdos con tal de no ser lastimado. Desde el inicio se puede notar el tono en que el narrador tratará al personaje, un tono despectivo, lleno de ironía y rencor.

La adicción de Santa Anna al juego, sobre todo a las peleas de gallos, es marcada constantemente en la presentación del personaje: “él se encontraba con licencia en su hacienda veracruzana, dedicado a revisar de reojo los asuntos políticos y también a escupirles tequila en la cara a sus gallos de pelea para medir su bravura y encenderlos antes del combate” (Moreno 23). Los gallos de pelea son la mayor pasión del caudillo; en los palenques se divierte, apuesta y juega. Pero Santa Anna también se arriesga en la política del país, igual que con sus gallos, por la emoción de la incertidumbre y por el placer de ganar:

Doble apuesta sólo para especialistas. La vida es riesgo. ¡Cartas!
¡Juguemos mi resto al as de corazones rojos! Esto equivale a mil
peleas de gallos juntas. ¿Qué tal obtener el reconocimiento
histórico de mis compatriotas y una cuenta triple en *Manning and
Mackintosh?* (Moreno 442)

La guerra contra Estados Unidos es el mayor desafío en la vida de Santa Anna, se juega todo en una apuesta doble, al buscar ganar la guerra y cobrar el dinero acordado con Polk.

Ya que el personaje de Santa Anna es presentado en medio del primer exilio, no hay muchas referencias sobre el inicio de su carrera militar y política; sin embargo el narrador muestra algunas reflexiones del mismo personaje sobre sus orígenes:

Antes yo pensaba que si lograba hacerme de poder político
acapararía el respeto y la admiración que me faltaron de niño y
ahora me doy cuenta que, al tener a manos llenas el
reconocimiento no me distingue a mí, sino a lo que me rodea, y
de ahí me surge otra vez una rabia que me devora las entrañas

–concluyó sin poder bajar la voz—. ¿No existen condecoraciones para reevaluar el alma? ¿No existen medallas para dignificar al niño mutilado sentimentalmente? ¿No existen pergaminos para devolver la ilusión y el amor perdido a un chamaco extraviado y despreciado que se convierte, además, en un adulto lleno de furia? ¡Que se jodan todos, todos, todos! (Moreno 205)

El propio Santa Anna, ejerciendo una psicología barata, reconoce el punto neurálgico de su personalidad, es un hombre lleno de rencor contra el mundo que le negó el respeto y amor de niño. Ni el narrador o el personaje ofrecen más detalles sobre la infancia del personaje histórico, como en la novela de Serna, donde se habla de la rivalidad con el hermano menor y la discriminación racial; sin embargo el Santa Anna, presentado por Moreno, exclama: “¿Sabes que hasta los doce años de edad yo creía que me llamaba ¡cállate, carajo!?” (Moreno 205). No hay una acusación directa al padre o a la madre, pero sí hay una justificación del rencor de Santa Anna adulto, en la infancia infeliz. Santa Anna se siente usado por los que quieren parte de su poder o lograr favores de él, tiene la sensación de ser sólo un puente para todos, la sensación del menosprecio por sus “mejores valores”; y esto llena al hombre de rencor absoluto hacia la vida y todos los que lo rodean. El narrador concluye: “¿Todo lo anterior significaba que finalmente no creía en nada ni en nadie y que estaba más hueco que la cáscara de un coco veracruzano al que se le extrajo el agua y se le quitó la pulpa?” (Moreno 206) Santa Anna, para el narrador de la novela, es un coco hueco, sin nada dentro, sin ningún sentimiento; esa es la explicación que encuentra para el hombre despiadado, calculador y traidor, que retrata en la novela.

Una de las pocas descripciones físicas de Santa Anna que el narrador presenta es en el mismo contexto del primer destierro en Cuba:

Santa Anna lucirá espléndidamente bien en su aspecto externo, alto, delgado, carente de la menor protuberancia estomacal, ojos color café oscuro, pestañas naturalmente largas y rizadas, patillas largas y muy bien recortadas, uñas limpias, de filo blanco, barnizadas, pelo negro, sedoso, barba cerrada, azul de media tarde, mirada de águila, jamás de cuervo como la de Sam Houston. El Salvador de la Patria es de piel blanca, muy bien cuidada, impecablemente afeitado, al extremo de rasurarse la mínima velloidad. A cualquier hora de la jornada se ve muy fresco y reluciente, como si momentos antes hubiera tomado un baño de tina o de temascal. (Moreno 264)

Para el narrador es muy importante señalar la meticulosidad del cuidado personal de Santa Anna, como una extensión de su gusto por el lujo, el boato y la ostentación del poder. El caudillo busca ser recordado como un hombre invariablemente lozano, desea pasar a la posteridad como en uno de sus retratos monumentales al óleo con “bordados dorados en las mangas y en el cuello, los coloridos listones de seda de los que penden condecoraciones inaccesibles al grueso de los mortales, las bandas que cruzan el pecho” (Moreno 409), o como un busto perfecto de bronce o mármol. Sin embargo, esta imagen exterior no corresponde con la imagen interior del “Héroe de Tampico”:

Al ver reflejada su imagen en el espejo jamás pensará en sus catastróficas gestiones presidenciales ni se acordará de sus fracasos militares ni recapacitará en los golpes de Estado que él

mismo ha patrocinado y hasta ejecutado y que tanto han
desequilibrado al país, no, no pasará por su mente la cantidad de
veces que hizo degollar soldados prisioneros, preferirá evitar el
tema de la matanza de Zacatecas, de la misma manera en que no
recordará la pérdida de Tejas, ¿Tejas?, ¿cuál Tejas?

(Moreno 265)

El narrador presenta a Santa Anna como el único culpable de la
inestabilidad del país durante los primeros años de su independencia, como un
militar fracasado, como un hombre cruel y sin memoria histórica, el hombre que
perdió Texas. Sin embargo, Santa Anna no es el único mexicano, ni es el único
político buscando el poder, ni es el único que perdió Texas; el narrador olvida al
resto de los mexicanos que también tuvieron responsabilidad en estas acciones.

Otro ángulo de la presentación del personaje de Santa Anna es como un
“seductor profesional” tanto en la política como con las mujeres. Cuando Santa
Anna se encuentra ante Houston, ya siendo prisionero en Texas, dice:

–Soy el general Antonio López de Santa Anna, presidente de
México, general en jefe del Ejército de Operaciones. Me pongo a
las órdenes del valiente general Houston– se presentó el
Benemérito adulando a su enemigo y sin dejar de tartamudear.
Houston entendió la rapidez con la que Santa Anna iniciaba el
proceso de seducción. ¿Acaso su prisionero no tenía una fama
bien ganada de ser un seductor profesional? (Moreno 400)

Santa Anna es presentado como un “seductor profesional” que sabe
adular al enemigo, aún al ser prisionero, buscando ganar privilegios o favores.
Aunque se sabe en desventaja, hace uso de su simpatía y trata de proyectar

seguridad. Hay otras ocasiones en que el narrador recupera este calificativo en el ámbito político; por ejemplo, cuando Mackenzie, el enviado de Polk, lo visita en Cuba: “Santa Anna se sabía dueño de una simpatía cautivadora, de una risa contagiosa y de una personalidad magnética ante la cual la mayoría se doblegaba. Se trataba de un seductor profesional.” (Moreno 298); es así como el narrador recupera esta imagen, ya usada por otros narradores y biógrafos de Santa Anna.

En cuanto a la imagen de Santa Anna como un “seductor profesional”, pero en el ámbito sentimental, el narrador hace un marcado señalamiento del tema:

Quando no llegaban las noticias provenientes de México, los recurrentes momentos de amor con Lola o con cualquiera de las mulatas que tuviera a la mano lo consolaban de toda desazón, lo ayudaban a extinguir, o al menos a reducir, el fuego interior que lo devoraba; ahora bien, cuando las cartas firmadas por don Valentín o por el general Salas o por Canalizo o cualquier otro de sus seguidores, por las razones que fuera, llegaban a tiempo y con la debida abundancia informativa, entonces los motivos de celebración eran tantos que ni doña Lola ni todas las nativas talladas en ceibas milenarias le servían siquiera como comparsa para festejar las felices novedades. (Moreno 269)

El veracruzano es presentado, una y otra vez, como un exitoso seductor de mujeres y como un amante insaciable; incluso Dolores, su segunda esposa, lo califica como un hombre con un “ímpetu viril” incontrolable y al que ella no puede satisfacer totalmente. El narrador no escribe sobre las aventuras

amorosas en que los otros narradores de las obras estudiadas coincidían, en esta novela no se menciona a la hija o esposa del gobernador de Veracruz, ni la relación con Inés, como primera esposa; ni a la muchacha de la aventura del “padre Arcé”; tampoco se hace mayor referencia al proceso de cortejo de Dolores; y sobre la princesa Nicolasa la referencia es muy breve:

A un lado se aprecia una acuarela de tamaño regular, en la que aparece el futuro Napoleón del Oeste entrando a la catedral el 21 de julio de 1822, tomando del brazo a doña Nicolasa, nada menos que la hermana de 65 años de edad de Iturbide, el mismísimo día de su coronación como emperador de México. ¡Qué coraje le produjo al líder indiscutible de la independencia del país contemplar a su hermana, mucho mayor que él, acompañada de un bribón como Santa Anna! Parece que este oportunista no encuentra otra manera de acercarse a mí... ¡Cómo olvidar que nuestro héroe contaba tan sólo 29 años de edad! (Moreno 121)

Este pasaje resulta ideal para que el narrador califique al personaje histórico de Santa Anna como bribón y oportunista, al querer acercarse al emperador por medio de su hermana; sin embargo, el narrador no hace mayor referencia al proceso de seducción, ni a la reacción posterior de Iturbide. La mayoría de los ejemplos de seducción amorosa presentados en esta novela tienen el denominador común de la aventura y hasta cierto punto del abuso del poder, ya que Santa Anna seduce a las mulatas que son empleadas en sus plantaciones, tanto en Veracruz como en Cuba; y sus dos esposas son mucho más jóvenes que él.

Cuando Santa Anna recuerda a Inés, su primera esposa muerta, lo que recupera son detalles de la abnegación de su mujer:

De seguro la encontraré en el arroyo, en los manglares, tejiendo un nuevo rebozo mientras se columpia colgada de la rama de un roble, leyendo bajo la sombra protectora de los hules, perdiéndose en el encinal o pidiendo que le corten los aguacates maduros o, bien, preparando en la cocina unas enmoladas con picadillo, las favoritas del *Presi*, o haciendo agua de tamarindo para poder soportar los calores del trópico... (Moreno 37)

La única perspectiva que el narrador presenta sobre Inés y su matrimonio con Santa Anna, es la del caudillo; para quien, Inés sólo busca complacerlo, y dedicar su vida a la hacienda y a ser madre:

Su querida y legítima esposa, adorada madre de sus hijos, había fallecido después de 19 años de feliz matrimonio. Cuando ambos se casaron, él ostentaba 31 años y ella apenas 16. ¡Que si había adorado a aquella mujer exquisita y virtuosa...! (Moreno 37)

Las palabras de amor y admiración de Santa Anna por su esposa Inés, al igual que el inmenso dolor que se supone sufre el caudillo por su repentina muerte, pronto son puestos en tela de juicio, con la narración irónica de la novela:

A tal extremo llegó la sensación de vacío y de pérdida de tan entusiasta compañera [...] un luto imposible de conllevar, que tan sólo un mes y medio más tarde, es decir, seis semanas después, víctima de un terrible pesar, con 50 años a cuestas, volvió a contraer nupcias, ésta vez con María Dolores de Tosta, quien

contaba tan solo con 15 años de edad y que, decepcionando todos los vaticinios respecto a la duración del fausto enlace, sería la mujer que enterraría a Su Alteza Serenísima. (Moreno 37)

Dolores aparece en la novela como la jovencita que se casa “por poder” con el presidente Santa Anna, una “chiquilla inexperta, tímida, ignorante y curiosa” (Moreno 38). El narrador describe con lujo de detalle, el primer encuentro entre esta chiquilla y el “señor garañón que ya venía por lo menos diez veces de vuelta en las artes de la seducción y en el conocimiento de las técnicas del lecho, matrimonial o no” (Moreno 39); para terminar con el fracaso sexual de Santa Anna y la lista de insultos que él mismo se grita.

La relación de Santa Anna con Dolores es retratada por el narrador, como una relación de compañerismo, amistad y amor. Santa Anna permite que su mujer se refiera a él como “Toñis”, “guapito” o “excelencita” (Moreno 194), sin duda muestras de su relación de confianza y amistad. Santa Anna reconoce y admira la belleza de Dolores: “esos aromas, esa caída de ojos, ese tamaño de sus pies, esa languidez cuando la hago girar lentamente en el lecho [...] ese caminar que parece flotar, ese reír que me deleita, ese cantar que me conmueve” (Moreno 194); pero también su madurez: “Santa Anna sabía que su mujer era precozmente madura. Adelantada. Dueña de una intuición muy aguda y desarrollada. Podría carecer de conocimientos, pero sensibilidad y astucia le sobaban” (Moreno 204). A pesar de la admiración que Santa Anna siente por Dolores, el narrador no pierde la ocasión para evidenciar la ignorancia de la esposa de su Excelencia, al marcar con cursivas, en sus diálogos giros como: “*dijistes*”, “*despachastes*”, “*priotirarios*” (por prioritarios), etc.

La relación presentada por el narrador, es un matrimonio feliz, donde los dos personajes comparten la vida de forma armoniosa. A pesar de la diferencia de edad y de las infidelidades de Santa Anna:

Lola, permaneció con gran lealtad y entereza al lado de su marido, desde su matrimonio en 1844 hasta la muerte de Santa Anna. Invariablemente le concedió el tratamiento de presidente de la República, así como el protocolo y las cortesías inherentes a tan elevado cargo. (Moreno 558)

El narrador hace un reconocimiento a “Lolita” por haber permanecido hasta el final con el caudillo. Es importante marcar que, a pesar de que a lo largo de la novela son varias las ocasiones en que el narrador cede la voz a Dolores en diálogos con Santa Anna, realmente el personaje no es desarrollado como para conocer su “voz propia”, aparece sólo como un accesorio tanto para Santa Anna como para el narrador.

Una aventura amorosa o seducción de Santa Anna, que no es presentada por ninguno de los otros narradores de las obras estudiadas, es la de Emily Morgan:

Una mulata, una auténtica hija del trópico recalcitrante, una hembra dueña de unos atributos que, justo es decirlo, podrían conducir a la perdición de un hombre, más, mucho más, si éste es, como el caso del Libertador de los mexicanos, un varón verdaderamente sensible y frágil en lo concerniente a la belleza femenina. (Moreno 382)

Según el narrador esta mujer es la que provoca la derrota de San Jacinto, ya que Santa Anna se dedica a disfrutar los placeres de Emily, mientras los americanos se preparan para el ataque:

Que tenía al general-presidente en sus manos, que ella se encargaría de mantenerlo en la tienda de campaña hasta bien entrada la mañana, que él, el general norteamericano, debía aprovechar esa oportunidad para atacar con todas sus fuerzas, porque las tropas mexicanas de refuerzo, recién llegadas, estaban agotadas y muertas de hambre. (Moreno 385)

Sobre esta aventura no hay ningún dato histórico que la corrobore; resulta claramente una licencia del escritor, sin embargo es tan opuesta a lo que la mayoría de historiadores han consignado; que el intento del narrador por comprobarla: “obtuvo la libertad como esclava gracias a la intervención de Sam Houston, quien insistió en reconocerle su gesta heroica” (Moreno 557) resulta burdo. Emily es, según el narrador, una traidora que logra engañar al experto seductor.

Santa Anna es engañado por Emily, quien seduce al seductor y lo mantiene ocupado; por Houston, al pensar que las tropas que tenía enfrente eran tejanas y no americanas; pero sobre todo por él mismo: “contra todos sus pronósticos, Houston había decidido atacar. Se había equivocado de punta a punta. Sus generales tenían razón, toda la razón. No había enemigo pequeño” (Moreno 392). Según el narrador Santa Anna pierde la batalla de San Jacinto y finalmente toda la campaña de Texas por la trampa que le había tendido con tino, talento y oportunidad “*The Yellow Rose of Texas*”.

El narrador intenta justificar su acusación de que Santa Anna “era capaz de engañarse a sí mismo. Se robaba solo” (Moreno 263) con la anécdota:

Tal y como me habían contado, en una ocasión el famoso dictador se estaba vistiéndose y al meterse la mano en la bolsa izquierda de su pantalón encontró unas monedas de plata. Consultó, en silencio, enarcando las cejas frente al espejo, el origen del dinero, ¿cómo habría llegado ahí...? Fue entonces cuando, una vez que volteó a ambos lados para constatar que nadie lo veía, se cambió rápidamente las monedas a la bolsa derecha y siguió tan campante: había cometido su fechoría de cada día... (Moreno 263)

Sin embargo, resulta una burla o parodia del personaje, cuando se piensa en el caudillo “pretendiendo” robarse unas monedas de plata, al pasarlas de una bolsa a otra, de su propio pantalón. Esta hazaña, parece más la de un “idiota”, que la de un hombre consumado en el arte del robo a las arcas de la nación mexicana.

Otro de los defectos de Santa Anna que el narrador recupera es el de ser oportunista:

En 1838, diez años después de la invasión de Barradas, cuando se produjo la Guerra de los Pasteles, el famoso bloqueo francés en Veracruz y nuestro hombre perdió la pierna izquierda durante el bombardeo ¿no supo despertar la piedad y la ternura de la nación para que ésta lo premiara [...] por haber sido mutilado en combate? Todo un maestro autodidacta en las artes del oportunismo. Perdió la batalla pero ganó la gloria y conmisericordia

pública, misma que incrementó sustancialmente su capital político. (Moreno 27)

El narrador califica al caudillo como un oportunista consumado, muestra al político que sabe “construir” su prestigio a través de engaños; que maneja de forma “inteligente” las derrotas o los errores para obtener triunfos; que detecta la oportunidad exacta para resurgir en la arena política; y de paso, critica al pueblo mexicano que “compensa con creces a los políticos caídos en desgracia, otorgándoles premios de consolación tan absurdos, como generosos y suicidas” (Moreno 27). Para el narrador de la novela, el pueblo mexicano se “suicida” al encumbrar en el poder a los políticos, que como Santa Anna, demuestran una y otra vez su incapacidad.

El narrador de la novela no le reconoce a Santa Anna ninguno de sus logros militares; por ejemplo, sobre la defensa de la Independencia mexicana en Tampico, escribe:

El general Barradas, jefe de la expedición naval española, fue destruido prácticamente por un huracán y otras calamidades, todas ellas naturales, como las enfermedades tropicales, sin haber librado más allá de tres escaramuzas en Tampico. Santa Anna no gana una sola batalla, ni una, pero eso sí, gana la guerra y aprovecha la coyuntura geográfica y climática para ostentarse como el vencedor indiscutible. (Moreno 26)

El narrador presenta no sólo la ineficacia militar del caudillo, al acusarlo de cometer “todo género de torpezas” (Moreno 26), sino que de nuevo lo retrata como un oportunista que convierte la casi derrota, en una victoria que le da beneficios políticos y económicos.

Sobre la educación del personaje, el narrador presenta aspectos contradictorios, por un lado afirma, opuesto a lo que la mayoría de los historiadores dicen, que el propio Santa Anna contesta sus cartas: “una vez concluida la lectura de cartas enviadas de México y de Estados Unidos y de contestar con muy buena letra y no tan buena ortografía a sus remitentes o de entrevistarse con visitantes” (Moreno 265). Por otro lado, el narrador reconoce que Santa Anna no tenía un buen nivel educativo: “Ramón Martínez Caro, el secretario particular del presidente Santa Anna, el verdadero autor de sus discursos, el mismo que le enseñó técnicas de redacción y le dio pacientemente clases de oratoria” (Moreno 395). El narrador, también pone en la voz de Santa Anna reflexiones demasiado profundas, expresadas con un vocabulario refinado, para el nivel educativo que según los historiadores el personaje tenía:

Más tarde la Inquisición remachó las heridas cauterizándolas con fuego para que jamás se olvidaran las omisiones o los cargos.

Los autos de fe impuestos por la alta jerarquía católica mutilaron la imaginación, el coraje y cualquier capacidad de respuesta o de desafío, haciéndonos entender para siempre que en nuestro país jamás habría igualdad. (Moreno 208)

Una de las pocas virtudes que el narrador de la novela le reconoce a Santa Anna es la de conocer a sus compatriotas:

A los mexicanos los conocía por la textura de la piel de sus manos o por la mirada o por el andar o por el solicitar o por la manera de llevar el sombrero cuando se descubrían al llegar a la iglesia o por la forma de sujetar a sus mujeres al cruzar la calle o al quejarse o al tomar el tenedor o recoger los frijoles con la

tortilla partida en dos o al dar la orden letal a un pelotón de fusilamiento. (Moreno 305)

Santa Anna conoce a los mexicanos por sus más pequeños gestos, sabe con quién puede tener una complicidad y con quién no; le basta con verlos para saber que “cuerda jalar” (Moreno 305) para lograr lo que él desea. El narrador también menciona el conocimiento de Santa Anna sobre la política nacional:

Santa Anna parecía estar impartiendo una cátedra.

—¿Ve usted cómo la democracia no funciona en naciones como la nuestra, en la que se busca a un hombre recio que piense y decida por todos? Somos diferentes. Ustedes resuelven en concierto, nosotros buscamos al tlatoani, al supremo sacerdote, al sabio, al valiente, por ello no cabía una estructura federal y recurrimos a la centralización con un Supremo Gobierno...

(Moreno 413)

Santa Anna expresa sus puntos de vista sobre México y sus necesidades políticas, frente al general Houston, y compara a las dos naciones. De nuevo el narrador de la novela presenta una imagen del personaje histórico opuesta a la que muchos historiadores y biógrafos han trazado, ya que este Santa Anna entiende y conoce de sistemas políticos; mientras que el otro no sabe que son y mucho menos entiende de esos temas; no sabe qué es la República, ni siquiera en el momento de levantarse en armas por ella.

El narrador presenta a Santa Anna en la huida varias veces a lo largo de la novela, por ejemplo cuando pierde la batalla de San Jacinto:

No deja de escuchar cascos de caballo que se acercan mientras trata de conciliar el sueño en un pajar. Escucha un vocerío en el

que destacan exclamaciones y maldiciones en inglés. Oye, como fantasías propias de un pánico cervical, cómo cuelgan una soga de la rama de un álamo y ajustan el dogal. (Moreno 396)

Santa Anna tiene miedo a ser atrapado por los soldados yanquis, a la suerte que le espera por sus acciones en El Álamo o El Goliad. Contrario a como lo retratan otros narradores, por ejemplo Muñoz, quien decía que Santa Anna permanecía sereno en el momento de la huida o al estar frente a sus captores; este narrador lo muestra con miedo:

Santa Anna huye a Teotitlán y después a Coxcatlán. El miedo se le adivina en el rostro. Sabe las que debe. Teme emboscadas, torturas, envenenamientos, secuestros de su mujer o de su hija a cambio de que él se entregue. Odia el dolor físico. Confesaría ser la media hermana de Polk pero que no le lastimen los testículos ni le hundan astillas bajo las uñas. (Moreno 544)

Santa Anna va huyendo después de su derrota frente a Estados Unidos, en la ciudad de México; la angustia se apodera del personaje, al mismo tiempo que vuelve a presentarse como un tipo ruin capaz de cualquier engaño con tal de salvarse a sí mismo.

La principal características de Santa Anna para el narrador de esta novela es la de la traición; y por ello la explora exhaustivamente, desde la campaña en Texas hasta la guerra contra Estados Unidos en 1846. En Texas cuando se encuentra preso por Houston, Santa Anna escribe al general Filisola, para que éste se retire con su ejército hasta Monterrey:

¡Cobarde! Santa Anna por haber pedido que Filisola se retirara a cambio de salvar su pellejo y ¡cobarde, también mil veces

cobarde!, Filisola, por acatar órdenes de un presidente preso y evacuar el área cuando bien pudo aplastar a Houston por encontrarse tan cerca como el Brazos. En las grandes coyunturas de la vida es cuando se conoce a los hombres y tanto Santa Anna como Filisola tomaron decisiones movidos por el miedo.

(Moreno 419)

El narrador acusa de cobardía a Santa Anna y a Filisola, los dos hombres responsables, según él, de la pérdida del territorio nacional, cometen traición a la patria aconsejados por el miedo al enemigo; y se pregunta: “¿Esos militares de alta graduación eran los responsables de preservar la integridad territorial de México” (Moreno 419); para responderse: “¡Qué vergüenza para todos nosotros los mexicanos!” (Moreno 419); de nuevo es la voz del narrador subjetivo y tendencioso.

La mayor traición de Santa Anna, para el narrador de esta novela, es la de la guerra contra EE.UU. en 1846:

Si Polk quiere California y Nuevo México, tendremos que confeccionar una guerra para que en los tratados de paz y, a modo de derecho de conquista, Estados Unidos retenga las extensiones que desea. México recibirá una indemnización valuada en dinero de la que nos serviremos todos. (Moreno 130)

Santa Anna es presentado en el momento de idear su plan para “vender” los territorios a EE.UU., por medio de una guerra “confeccionada”, el caudillo expone su plan de “negocios” al español-americano Atocha, quien será cómplice de la transacción con los norteamericanos. Para el narrador, la traición de Santa Anna es un asunto totalmente probado y se dedica a presentar detalles, según él

ignorados por la Historia oficial, para comprobarla y convencer al lector; aunque estos detalles, como las visitas de Atocha a Polk y la de Mackenzie a Santa Anna en Cuba, han sido conocidos desde hace ya un largo tiempo.

El narrador menciona la posibilidad de un juego doble por parte de Santa Anna, en la Guerra de 1846:

Deseaba calmar a los yanquis. Jugar como siempre su doble juego: cobrar la indemnización y alcanzar la gloria entre los mexicanos. ¿Difícil? Hacía mucho tiempo que se había terminado lo fácil. Las grandes empresas son para los grandes hombres [...] bien por los dos lados, se dijo sonriente: la operación me reportará la gloria requerida, así como los recursos para una senectud feliz. (Moreno 441-42)

A pesar de esto, no le otorga el beneficio de la duda a Santa Anna; no se pregunta si sólo jugaba con los estadounidenses para ganar tiempo y recursos para la guerra; está convencido de la traición del caudillo. Por otro lado, Santa Anna sabe lo difícil que será salir exitoso del doble juego que está jugando, pero le emociona la apuesta y esperar la decisión de la suerte.

El narrador presenta la verdadera motivación de Santa Anna para la traición, en la desmedida ambición del militar:

Trist y Scott deciden darle a Santa Anna diez mil dólares y, además le ofrecen un millón más a la firma de los tratados de paz. Su Excelencia se frota las manos. Va alcanzando sus objetivos: hacerse de inmensos recursos y pasar a la historia como el auténtico Salvador de la Patria. (Moreno 491)

Santa Anna desea el dinero tanto como la gloria, y la Guerra contra EE.UU. parecía ofrecerle ambas cosas. El caudillo veracruzano no se preocupa porque está traicionando a la nación al pactar con los invasores, concentra su atención sólo en las recompensas que espera y es capaz de los actos más abyectos con tal de obtenerlas. Por eso no resulta sorprendente para el narrador cuando Santa Anna abandona a Valencia en Padierna:

¡Al ataque! Se entiende que esa debe ser la instrucción, pero Santa Anna no la da. No la dio. No la dará nunca. Montado sobre su caballo blanco, con el rostro impertérrito, desoye los gritos de desesperación de su gente, las reclamaciones para entrar en acción. No mueve ni un labio ni levanta la mano ni da voz alguna para entrar al rescate de Valencia. (Moreno 499)

Santa Anna decide castigar a Valencia, darle una lección, que sepa quién es el que tiene el mando, por eso lo deja solo; permite que los norteamericanos exterminen las tropas mexicanas al mando de Valencia: “el Benemérito se muestra satisfecho: había dado una lección inolvidable a Valencia. ¿Y el país? Bueno, Valencia ya nunca volvería a desobedecer” (Moreno 499). Lo importante para Santa Anna no es el país, sino él mismo, mantener su posición como general en jefe, que todos lo respeten como el máximo superior; el país y su defensa son asuntos de menos importancia. El diputado Ramón Gamboa denuncia a Santa Anna como traidor frente al Congreso nacional, no sólo por las sospechosas derrotas, como las llama el narrador, sino por el armisticio acordado con Scott:

Cuando sabe que el enemigo no tiene arriba de siete mil hombres útiles, que carece de muchísimos artículos necesarios, que su

tren es voluminoso y lleno de estorbos, y que espera el auxilio por Veracruz y aun por San Luis Potosí; y cuando, por otra parte, en la capital hay más de quince mil hombres y es público el ardor de venganza en que están los mexicanos. (Moreno 501)

Luis de la Rosa, secretario de Relaciones, apoyó a Ramón Gamboa en la acusación pública de Santa Anna como traidor; y la mayoría de los legisladores deciden llamar al caudillo para que explique y justifique sus actos. Resulta interesante que en el texto de la denuncia de Gamboa se subrayan las debilidades del ejército invasor, sin tomar en cuenta sus fortalezas, pero sobre todo no se mencionan las debilidades del ejército mexicano; no habla de las armas obsoletas, de la falta de parque, de las carencias en general de los soldados nacionales; por otro lado menciona a los quince mil hombres de la capital, pero olvida decir que no eran hombres entrenados en las tareas militares o que por las rivalidades políticas no estarían dispuestos a lanzarse a la batalla con el gobierno. Los legisladores condenan desde sus curules al militar que ha estado en la línea de batalla.

El narrador acusa a Santa Anna de que no pelea en ninguna de las batallas de la ciudad de México, lo que refuerza la idea de la traición:

Él mismo, presa de miedo, jamás se atrevió a participar en una sola de las batallas libradas en la Ciudad de México. Las dirigió a la distancia, viendo siempre por el fracaso de las tropas mexicanas [...] ¿El Castillo de Chapultepec? ¿Santa Anna se encontraba en el alcázar lanza en ristre? No, por supuesto que no, de la misma manera en que no estuvo en Padierna. (Moreno 508)

El Santa Anna de México mutilado es cobarde además de traidor, el narrador no le reconoce ningún mérito, no menciona su capacidad para organizar al ejército o la febril actividad que otros narradores marcan. Este Santa Anna no sólo es un espectador pasivo de la derrota mexicana; sino que la propicia al dividir el ejército o fortificar puntos que los norteamericanos no atacarían.

La figura del personaje histórico de Santa Anna en México mutilado presenta contradicciones, que impiden su consolidación como un personaje completo y logrado.

Paralelismos entre Santa Anna y Polk

Los dos personajes históricos más importantes en la novela son el presidente de EE.UU. James Knox Polk y el de México, Antonio López de Santa Anna. Para efectos del presente estudio, el personaje de Santa Anna es el relevante; sin embargo, el narrador de la novela constantemente contrapone a los dos personajes.

Una de las comparaciones que el narrador hace sobre Santa Anna y Polk se da cuando narra los encuentros amorosos que los dos personajes históricos tienen con sus respectivas esposas. Mientras que la relación de Santa Anna con su esposa es de amor y compañerismo, la relación de Polk con Sarah, su esposa, se presenta como una relación fría, sobre todo en la intimidad:

El rito fue concluido antes de lo que se tarda en producir un simple chasquido de dedos. Sin caricias ni besos ni arrumacos ni insinuaciones ni palabras obscenas ni advertencias lujuriosas ni respiración perdida ni sudores ni invocaciones ni contracciones ni

lamentos ni apelaciones. Acto seguido, salió de la cama y poniéndose de pie se retiró bajándose el camisón y ajustándose el imprescindible gorro nocturno, mientras silbaba el *Yankee Doodle*. Su esposa, entre tanto, le disparaba una certera mirada de odio a la nuca... (Moreno 237)

Debe notarse el recurso estilístico de la cita, donde el narrador omite los signos de puntuación para reforzar la idea de apresuramiento. La presentación de Polk es como inhumano, lejano y frío, aún en el momento de mayor intimidad; mientras que Santa Anna es mostrado como un amante experimentado, que sabe complacer a su compañera, que disfruta y juega en los encuentros amorosos; en conjunto más humano que su contraparte.

Los dos presidentes expresan su preocupación por la percepción histórica que se tenga de ellos. Por ejemplo Santa Anna reflexiona:

La plática que ambos hombres sostendrían debería escapar a cualquier registro, memoria, anal o diario [...] encontrar una versión de la charla, una transcripción “tendenciosa e irresponsable”, podría comprometer históricamente a Su Alteza Serenísima, al Benemérito de la Patria en Grado Heroico.
(Moreno 124)

Santa Anna se encuentra consciente de la clase de “charla” que sostendrá con Atocha, no debe haber registros de su negociación con los EE.UU.; no quiere ser comprometido históricamente; el caudillo busca la gloria del recuerdo nacional, desea mantener sus títulos para la posteridad, por eso, resulta tan incoherente la carta escrita a Atocha, donde enumera cada parte del trato cumplido con EE.UU. en la guerra “confeccionada”:

Yo cumplí porque entregué un país rendido. Cumplí porque mandé municiones de otro calibre. Cumplí porque escogí terrenos inadecuados distintos a los recomendados por mis generales. Cumplí porque me abstuve de apoyar con tropas de refuerzo a mis subordinados cuando bien podría haberlas mandado. Cumplí cuando me retiré y me di por rendido en batallas ganadas como en La Angostura. Cumplí cuando rechacé los puntos de vista de mis generales, mismos que habrían dado inequívocamente el triunfo a México. Cumplí porque sin mi ayuda Polk jamás habría ganado la guerra. (Moreno 527)

Es difícil de aceptar que el mismo personaje, que el narrador presenta en Cuba extremadamente preocupado porque nadie se entere de sus tratos con los americanos, escriba una carta de su puño y letra confesando todas sus traiciones; esto parece una inconsistencia del personaje. Santa Anna busca de nuevo la intercesión de Atocha frente a Polk, para lograr alguna compensación económica por su apoyo a la victoria de EE.UU.; aun así, parece demasiado arriesgado el poner por escrito sus “confesiones” sobre la guerra.

Por su parte el presidente Polk, también está consciente de cómo su imagen histórica podría ser ensuciada:

Era por todos sabida la resistencia de Polk a dar sus instrucciones por escrito [...] Polk también temía el juicio de la historia en el caso de que un documento confidencial, suscrito por él, fuera a caer en manos de biógrafos o investigadores que pudieran “ensuciar” su imagen de cara a las futuras generaciones. (Moreno 315)

A pesar de que Polk no firma ningún documento que luego lo pueda comprometer ante la Historia, el presidente de EE.UU. lleva un detallado diario de sus actividades en la Casa Blanca, espera que la posteridad no desvirtúe sus obras; que se sepa claramente cuáles eran sus objetivos y cómo los logró.

El narrador presenta otra comparación de los dos presidentes que se reconocen como seres incomprendidos:

Sólo tenía clavada la mirada en Veracruz, en el puerto, en el mar, en un bergantín que lo llevara lejos de la plebe, esos majaderos de todos los niveles de la sociedad que nunca comprendieron las dimensiones de mi benevolencia ni de mi talento ni de mi capacidad para gobernar este territorio tan rico y tan desperdiciado. ¡Ay de mí!: soy un incomprendido. (Moreno 70)

Cuando Santa Anna abandona México, después de perder la campaña para recuperar Texas, y de los desmanes del pueblo al destruir sus obras en la capital; siente una terrible incompreensión, la gente no lo entiende, no aprecia la capacidad de su talento para gobernar. Sobre el presidente Polk, el narrador dice:

Logra su objetivo, sí, pero no se siente reconocido ni aplaudido por su histórica misión. Soy un incomprendido. Dupliqué el territorio de Estados Unidos a un costo de 12,876 soldados muertos o heridos, 58 millones de dólares de gastos de guerra y una indemnización de quince millones de dólares a cambio de dos millones de kilómetros cuadrados [...] ¿Dónde están los planos para construir un monumento en Washington que recuerde

mi gesta heroica? Algún día me entenderán, me ensalzarán y reconocerán las futuras generaciones. (Moreno 546)

También Polk se siente incomprendido por su país, no ve el reconocimiento que él cree merecer por su hazaña histórica. Polk, al igual que Santa Anna, al final de la guerra es despreciado por su propio país:

–Parece bajo el costo de la guerra –dijo el senador Olliggy Smill–, pero no perdamos de vista que los territorios arrebatados a México equivalen a haber permitido el ingreso de Agamenón a Troya con todo y su famoso caballo [...] nos conducirán, más temprano que tarde, a una revolución doméstica que habrá de convertir a Estados Unidos en astillas. Maldito seas, James Polk. Que tu alma se pudra en el infierno. (Moreno 547)

Los senadores antiesclavistas reconocen que los territorios anexados darán más fuerza a sus contrarios y vislumbran la guerra civil, que más tarde estallará en su nación; por eso condenan las acciones del presidente Polk.

Otro paralelismo entre Polk y Santa Anna se da en su muerte, que el narrador describe en la sección de “A modo de epílogo”:

James Knox Polk terminó su mandato a principios de 1849 [...] en ese mismo año, falleció agotado en la cama después de incontables deyecciones, es decir, de una severa descomposición intestinal, similar a la padecida por Su Excelencia y que también le costó la vida. Como se verá, ambos personajes, claves en la historia patria, murieron en auténticos charcos de materia fecal, sepultados en excremento líquido y pestilente, tal vez como un homenaje a su existencia. *Pulvis est et in pulverem reverteris*:

“polvo eres y en polvo te convertirás”, Génesis, capítulo 3, versículo 19, o mejor dicho, como advirtió Martinillo en tono burlón al conocer la noticia: *Mierdis est et in mierdis eternis reverteris*. (Moreno 556)

Santa Anna y Polk mueren en circunstancias similares, el narrador implica que por la existencia también similar que tuvieron; los dos dirigen a sus países en una guerra acordada, los dos son pillos que buscan a cualquier costo lograr sus objetivos, los dos son incomprendidos por la mayoría de sus connacionales y los dos son despreciados por el mismo pueblo al que pretenden servir. Es claro el juicio del narrador contra los dos personajes históricos, que resultan merecedores del castigo escatológico; olvidando que los dos líderes fueron productos de una sociedad y una época; y no sólo creaciones espontáneas del mal.

Otros traidores

Volviendo al tema de la traición, en México mutilado se presentan a otros personajes, que según el narrador, también son traidores. Algunos ya han sido reconocidos como tales en la Historia oficial mexicana, por ejemplo el general Paredes, “el eterno insurrecto, amante del poder y escéptico de las instituciones nacionales” (Moreno 110); a quien el presidente Herrera le ordena avanzar con lo mejor del ejército mexicano contra los invasores norteamericanos; pero Paredes no avanza contra los enemigos nacionales:

En lugar de orientar las baterías, la caballería y la infantería hacia el norte, volvió a apuntarla en dirección ya no de Santa Anna [...] esta vez, con el país invadido, concentró su fuerza bruta en el

derrocamiento del presidente Herrera, recientemente confirmado en el cargo. (Moreno 111)

Al militar no le preocupó el destino de la patria, el patrimonio o la vida de los mexicanos, lo que él buscaba era ser nombrado presidente para luego llamar a un príncipe europeo que gobernara México, ya que estaba convencido de que México no podía autogobernarse. Paredes no sólo traiciona a Herrera al derrocarlo, con el mismo ejército que se le había confiado para defender a la patria; sino que además traiciona a México, a la soberanía nacional al querer entregar el país a un príncipe europeo.

Otro traidor presentado en la novela es Alejandro Atocha, quien resulta un personaje mayormente olvidado por la Historia oficial, a pesar de que para el narrador de esta novela, es uno de los principales protagonistas de la guerra entre México y EE.UU:

Don Alejandro Atocha, un español naturalizado norteamericano, quien, [...] jugó un papel determinante en la gran conjura organizada para mutilar el inmenso territorio heredado de la Nueva España. El tiempo y sólo el tiempo ha permitido desempolvar a una de las figuras claves en la historia de México, uno de los protagonistas más destacados, cuyos alcances pocos, muy pocos investigadores han podido descubrir ni suponer. En páginas posteriores dedicaré espacio, tinta, papel, vergüenza, rabia y tiempo para ocuparme de este personaje siniestro, ciertamente ignorado por los mexicanos de todos los tiempos. (Moreno 71)

El narrador subjetivo y lleno de rabia vuelve a aparecer con la descripción de Atocha, quien según la novela resulta un hombre con mucha responsabilidad en la “gran conjura” para mutilar a México. El personaje “siniestro” es descrito físicamente como:

Un elegante caballero extraído de las profundidades del Siglo de Oro español. Este hombre, ciertamente particular, obeso, de estatura media, quien aparecía siempre con un pañuelo bordado secándose el sudor del rostro, se distinguía invariablemente en las elegantes *soirées* del Castillo de Chapultepec por el trato exquisito que dispensaba a las mujeres. (Moreno 98)

Atocha es un hombre distinguido, en quien Santa Anna confía para llevar su mensaje al presidente de Estados Unidos; esto es lo que será Atocha, solamente un mensajero entre Polk y Santa Anna, realmente no es mucha su responsabilidad, sin su colaboración, los dos líderes se habrían comunicado de cualquier forma.

La Iglesia católica, apostólica y romana, como institución mexicana es uno de los mayores traidores para el narrador de la novela. Moses Beach, un periodista, o “agente secreto enviado por Polk que viene a aprovechar, a lucrar, con las diferencias entre el clero mexicano y el gobierno” (Moreno 446); conoce la religiosidad mexicana y también sabe que al clero mexicano le interesa la seguridad tanto de los oficios religiosos como de su patrimonio; así que EE.UU. se compromete a respetar ambas cosas a cambio de que:

Los sacerdotes, convezan desde el púlpito y los confesionarios a los feligreses, al pueblo, y al ejército en general, del sacrilegio que implicaría atacar a nuestras tropas con cualquier tipo de arma. Si

quieren quedar bien con Dios y con su santa causa tendrán que deponerlas, so pena de sufrir un terrible castigo el día del Juicio Final... (Moreno 351)

Además, Moses Beach también convence a los máximos representantes clericales de organizar y financiar la rebelión de los polkos contra el gobierno federal de Gómez Farías:

Estos soldados de elite, portadores de uniformes de gran lujo para lucirlos socialmente y distinguirse del grueso del ejército, ejecutan el levantamiento a las órdenes del general Matías de la Peña. A estos “soldados de la fe” no les fue difícil adueñarse de la ciudad porque la guarnición que la custodiaba había salido a defender a la patria amenazada por el general Taylor y sus tropas. (Moreno 447)

La iglesia es presentada como responsable absoluta de esta revuelta, que evitó el auxilio a las tropas en Veracruz y también como responsable de la rendición, sin batalla de por medio, de ciudades tan importantes como Jalapa o Puebla. A pesar de que las acusaciones son tan fuertes el narrador no da nombres exactos, sólo menciona a la institución en general, pero lo hace en un tono crítico y duro.

Otros traidores presentados en la novela son los mexicanos reclutados por los estadounidenses como espías:

The Mexican Spy Company. Una red de espías locales, todos ellos mexicanos, que le informarían en detalle de los planes de Santa Anna, el número de sus fuerzas de caballería e infantería, la cantidad de municiones, los lugares seleccionados para atacar,

la composición de la vanguardia y de la retaguardia, el tamaño de la artillería, el calibre de los obuses, los alimentos disponibles, el ánimo de la tropa. (Moreno 479)

Estos espías mexicanos, la mayoría poblanos, según el narrador, son “los mismos tlaxcaltecas que se aliaron con Cortés para derrocar a los aztecas en los días de la conquista de México” (Moreno 518). Son los hombres comunes, del pueblo, que a cambio de dinero se corrompen y deciden traicionar a su propia raza; son un engrane más de la máquina invasora de Estados Unidos, incluso desfilan como parte del ejército norteamericano, cuando éste entra en la ciudad de México.

Otros personajes importantes de la política mexicana, son también exhibidos en la novela como traidores:

El “trionfador” de los comicios resultó ser don Miguel Lerdo de Tejada. ¿Don? ¿Por qué “don”? Que sea simplemente Miguel Lerdo de Tejada. Punto. De alguna manera tenemos que llamarle a este sujeto, quien invitó nada menos que al general Winfield Scott, a celebrar su “éxito” electoral durante un almuerzo servido en el Desierto de los Leones. (Moreno 536)

En esta reunión organizada para celebrar la elección de Lerdo de Tejada (autor de las Leyes de Reforma) como presidente municipal de la ciudad de México, un grupo de lo más refinado de la sociedad mexicana: “políticos, intelectuales, empresarios, banqueros, maestros, además de distinguidos invitados de la aristocracia y del clero” (Moreno 536); le pide a Scott, el jefe del ejército invasor, que se constituya como presidente “de facto” de la República Mexicana. El narrador lleno de ira de nuevo explota en calificativos:

¿Qué significa la palabra patria para estos perfumaditos políticos, pensadores, purpurados y aristócratas que despiden un fuerte olor mefítico a caño? [...] El grupo encabezado por Lerdo de Tejada pasaría a la historia por este brindis ignominioso que yo jamás hubiera deseado presenciar. (Moreno 537)

El narrador hace un rápido resumen de todos los que han buscado un gobierno extranjero para México, por dudar de la capacidad nacional para autogobernarse, y con cada intento mencionado la ira se vuelve mayor; para terminar con la visita de una comisión de mexicanos encabezada por Manuel Justo Sierra O'Reilly a la Casa Blanca: “le externarán su deseo de que Yucatán también sea anexado a Estados Unidos. Queremos ser una estrella más de la bandera norteamericana” (Moreno 546). El narrador presenta toda esta serie de traiciones, para concluir que la derrota de México frente a EE.UU. no se debió a ningún otro factor que:

La infame cadena de felonías de la peor ralea cometidas tanto por la Santa Madre Iglesia Apostólica y Romana, como por los gobiernos federales y los centralizados, por los generales del ejército mexicano, por los léperos que saqueaban Palacio Nacional, por los espías poblanos al servicio de la inteligencia del invasor, por los aristócratas y criollos invariablemente escépticos y convencidos de la necesidad de traer a un príncipe como don Enrique, o a un militar extranjero como Scott, o a un diplomático como Joel Poinsett, para dirigir los destinos de México ante la manifiesta incapacidad de los nacionales. (Moreno 551)

Es interesante que en este resumen final de las traiciones que vencieron a México en la guerra contra EE.UU., no hay una mención directa de Santa Anna, son los militares en general o el gobierno federal, los acusados, así que aunque el narrador está convencido totalmente de la traición del caudillo, no está seguro de que él sea el único culpable de la “mutilación” de México.

México y EE.UU.

A lo largo de la novela el narrador y diversos personajes reflexionan sobre la sociedad mexicana y todos coinciden en una misma perspectiva:

¿Será una sociedad adormecida? No responde ante el hurto generalizado. Pareciera ser que el saqueado es un tercero, pero en ningún caso el mismo pueblo de México [...] de pronto pienso que quien no protesta está enfermo o resignado. ¡Cuidado! [...] los contribuyentes mostrarán un malestar pasajero ante la gigantesca estafa y posteriormente inventarán, a título de venganza anónima, un chiste para denigrar a quien cometió el delito de peculado. Festejarán a carcajadas la ocurrencia. Hasta ahí las venganzas. Hasta ahí las represalias. (Moreno 115)

En esta cita se encuentran los principales elementos del juicio del narrador sobre el pueblo mexicano, que para él es un pueblo adormecido, enfermo, que asiste al desarrollo de su destino como mero espectador, nunca tomando parte en los acontecimientos o decidiendo el rumbo del país. Los mexicanos son una nación de poca memoria, que fácilmente olvida las ofensas de sus gobernantes, los grandes robos y traiciones; es un pueblo que se venga

a través de denigrar al poderoso que lo engañó. No hay un castigo real para nadie que pase sobre las leyes. El pueblo mexicano, también es calificado como:

Supersticioso, místico, temeroso, indolente y, digámoslo así, contemplativo, se prestaba al saqueo, a la explotación y al abuso de los purpurados y de los ensotanados, a sabiendas que alimentaba con sus limosnas a un monstruo que, acto seguido, le devoraría las entrañas. (Moreno 169)

El narrador expresa juicios muy duros del pueblo mexicano, señala sus defectos más grandes y antiguos, sin duda presenta una visión negativa e incluso como en la cita anterior, apocalíptica. En la voz de Antonio López de Santa Anna también se presentan estos juicios:

Hombres, mujeres, niños y ancianos estamos mutilados espiritualmente. Estas inhibiciones impiden que los mexicanos protestemos airadamente las injusticias. ¿Conoces a alguien que no se trague las injusticias, que proteste, que exija, que demande, que grite airadamente cuando se le atropella, se le pisa o se le humilla? (Moreno 207)

De nuevo son los juicios del narrador, los mexicanos, están “mutilados” al igual que lo estará el país, al final de la guerra con EE.UU.; mutilados y cauterizados por los procesos históricos traumáticos que han sufrido: la conquista, la colonia, la Inquisición, etc. Además, Santa Anna reflexiona sobre la corrupción en el país que viene desde la colonia de los españoles, los mexicanos heredaron un país corrupto, en donde no hay forma de aplicar las leyes, porque todos están de acuerdo en su compra-venta; la sociedad completa es participe en la corrupción.

Al referir la reacción del pueblo mexicano ante la invasión norteamericana, el narrador resalta la indiferencia, los mexicanos no toman la invasión como algo personal, no se lanzan a la calle cuchillo en mano para matar al enemigo; al contrario aprovechan la ocasión para desahogar su resentimiento social:

Cuando el gobierno de la ciudad ha pegado bandos en las paredes y esquinas anunciando la llegada del invasor y suplica guardar compostura para evitar daños mayores, ese es el momento, el preciso momento que aprovecha la chusma para ingresar a Palacio Nacional y ejecutar verdaderos actos de vandalismo y de saqueo [...] la plebe se arrebató los tapetes, los cuadros, las perchas, las sillas, los sillones [...] los ladrones se entienden a patadas e insultos con quienes desean disputarles el botín. Son los léperos. El lenguaje descarnado los define y los acusa. (Moreno 512)

El robo es descrito por el narrador como mayúsculo, es una irreverencia del pueblo hacia el poder político y una falta de respeto a la patria que se encuentra invadida; qué resentimiento tan profundo debe tener este pueblo que busca destruir en lugar de preservar, entregar en lugar de defender. A los mexicanos no les importa que llegue el ejército invasor y destruya la Historia del país, son ellos mismos los que en lugar de defender el patrimonio de la nación, se lo llevan a su casa como despojos de guerra.

Sobre la recepción del ejército norteamericano en la ciudad de México el narrador escribe:

Los balcones se perciben llenos de personas. Hay quienes lanzan vivas y hurras al ejército invasor. La sociedad mexicana, en pleno, asiste al evento. Festeja la futura imposición del orden. Las clases acomodadas agradecen el sosiego. Los invasores son amantes de los negocios. Los estimularán. El clero sabe que se abre un paréntesis de paz. Nadie atentará en contra de su patrimonio ni impedirá el ejercicio del culto católico. (Moreno 519)

El narrador reclama una y otra vez la falta de valentía del pueblo mexicano, la recepción “calurosa y agradecida” a los invasores, que nadie resistiera a la afrenta de ver izada la bandera norteamericana en el Zócalo; que la alta sociedad empezara a fraternizar con los generales norteamericanos al igual que los léperos de la ciudad se emborracharan con los soldados yanquis en las cantinas de la ciudad. A pesar de que el narrador está presente en el espacio y tiempo de estas acciones o reacciones del pueblo que le causan tanta indignación, él tampoco reacciona con el patriotismo y valentía que tanto proclama, a lo largo de toda la novela, sólo presencia los acontecimientos: “¡Cuánto trabajo me costó mantener las manos dentro de las bolsas de mis pantalones y no estrangularlo rompiéndole la nuez con mis pulgares!” (Moreno 506). El narrador lleno de ira e indignación es, al igual que el resto del pueblo mexicano, sólo un espectador; dice tener el deseo de intervenir, pero nunca lo hace.

Al final de la novela el narrador presenta su reflexión concluyente sobre el pueblo mexicano:

Llegué a pensar que los mexicanos estábamos rotos por dentro, huecos, vacíos, pero cambié de opinión después de ver luchar a

nuestros soldados más humildes en Monterrey, en La Angostura, en el Castillo de Chapultepec [...] no tuve duda entonces: los líderes mexicanos son quienes están rotos por dentro, huecos, vacíos, sin principios, perversos y, en donde los ciudadanos son culpables, absolutamente culpables, es en tolerarlos y consentirlos en lugar de escupirlos, expulsarlos y mearlos.

(Moreno 554)

A pesar de las críticas y los reclamos contra el pueblo mexicano, que se presentan a lo largo de la novela, el narrador exonera al pueblo de todos los cargos, excepto de tolerar y consentir a los líderes corruptos; como si los dirigentes fueran parte de otro pueblo y no un producto de la misma sociedad.

Resulta conveniente mencionar que el narrador y varios de los personajes presentados, elaboran constantes comparaciones entre México y Estados Unidos, en las que a pesar del marcado antiyanquismo del narrador, la nación norteamericana resulta siempre mejor que la mexicana:

Cuatro jefes de Estado en cinco meses. Nada distinto a lo acontecido en la primera mitad del siglo XIX, en que de 1821 a 1848, cambiamos en treinta y seis ocasiones de titular del Poder Ejecutivo. ¿En Estados Unidos? En Estados Unidos, debo decirlo, entre 1789 a 1847, en cincuenta y ocho años, hubo tan sólo once presidentes, sin que ninguno de ellos hubiera terminado su mandato en forma violenta ni los hubiera derrocado la iglesia protestante en cualquiera de sus modalidades. (Moreno 539)

Estados Unidos es ordenado, respetuoso de las leyes, con un gobierno eficiente, patriótico; mientras que México y su sociedad son presentados como

desordenados, corruptos, deficientes, sin idea de lo que es el patriotismo, etc. Como mencionaba Josefina Zoraida Vázquez, resulta preocupante el mensaje de decepción y desesperanza que México mutilado deja al lector contemporáneo, justo en el momento de una nueva transición:

Desasosiega la versión y el mensaje que transmite este libro a un público desconcertado y lleno de incertidumbres ante las dificultades que la nueva transición nos presenta. Me queda el temor de que sirva para abonar el cinismo o la decepción. Eso es algo que le quita el sueño a cualquier educador que sigue confiando y no se rinde a la moda de hablar mal de México.

(Vázquez 32)

Es sin duda inquietante pensar que tanta gente haya leído esta novela en México, incluso en algunas escuelas de nivel medio superior se ha usado como libro de texto; y que los lectores hayan recibido, primero, una versión incorrecta de los hechos históricos y segundo, un mensaje de pesimismo y derrotismo absolutos. Las palabras finales de la novela abonan a esta preocupación:

Estos pasajes que padecí me evidenciaron las dificultades de los mexicanos para impulsar un cambio y evolucionar. Su conducta parece decirme: todo tiempo pasado fue mejor. Que nada se mueva, [...] que nada cambie, que nada evolucione porque lejos de avanzar, retrocederemos... ¿Será que la desconfianza es ancestral y equivale a tener remachado un inmenso e incandescente clavo en la nuca desde que durante siglos no hemos podido identificar a nuestro padre? (Moreno 554)

El narrador de México mutilado, recurre una y otra vez a esta explicación del carácter mexicano: la conquista, la violación, el no conocer al padre; como causas de todos los conflictos y defectos nacionales. El determinismo histórico: por su pasado México no tiene remedio, no hay salida ni solución, como ya se mencionó al principio de esta sección, es una salida fácil para justificar los problemas de México, donde se combinan la xenofobia con el chovinismo.

Conexiones entre el pasado de la novela y el presente del autor

Algunos de los puentes, que se tienden de la novela hacia el presente del autor, son las reflexiones del narrador sobre las condiciones del país, que parecen no haber cambiado del siglo XIX al XXI; por ejemplo cuando habla de la desigualdad social:

Ahí está el México del whisky y el del pulque, el de la copa de cristal de Bohemia y el del jarro de barro; el del canapé y el del taco; el de quienes comen sentados con tenedor, cuchara y plato y el de quienes lo hacen en cuclillas y con las manos; el de las uñas cortadas y pulidas con un filo blanco y el de los dedos cubiertos de lodo seco [...] el del médico graduado en el extranjero y el del brujo que cura el mal del viento con incienso y bailes rituales [...] el de los viajeros a Europa y el de quienes nunca pasaron más allá de su milpa. (Moreno 284)

Desafortunadamente México sigue siendo un país de grandes y graves contrastes sociales, con extremos intocables a uno y otro lado de la balanza económica.

Otro elemento que parece no haber cambiado, de la época de la Guerra México-Estados Unidos al presente, es la posición de los norteamericanos frente al mundo. El narrador de México mutilado presenta esta postura:

Es entonces nuestra obligación demostrarle a otros países y más tarde al mundo entero, inclusive por medio de la fuerza, que la única opción para alcanzar la felicidad y el progreso es a través de la adopción de instituciones democráticas similares a las estadounidenses. Los haremos felices y progresistas aun en contra de su voluntad. Ellos todavía no saben lo que les conviene.

(Moreno 493)

La doctrina del “Destino manifiesto” sigue en pie y se repite una y otra vez en la Historia de EE.UU. y del mundo; la guerra en Irak (2003) es un ejemplo más de esto. Juan Pablo Aranda comenta: “El dilema que el presidente Polk enfrentó fue el mismo con el que tuvo que lidiar Bush: justificar una injusticia internacional a los ojos de su sociedad, primero, y del escrutinio internacional, en última instancia” (Aranda 35). El círculo vicioso de la Historia se repite una y otra vez.

Francisco Martín Moreno señala que lo que busca con la novela México mutilado es revelar la conspiración, que cometieron en contra de su propio país, instituciones como la Iglesia Católica, los principales líderes nacionales, ya sean presidentes de la República o militares de altos mandos y hasta hombres y mujeres comunes; conspiración que llevó a la mutilación de una gran parte del país. El autor presenta su novela como una novela histórica funcional, ya que busca dar a conocer la Historia del siglo XIX mexicano, para que a partir de ese conocimiento los mexicanos actuales puedan aprender y no cometer los mismos

errores que México, como nación, realizó en ese momento tan complicado. Ésta podría ser, entonces, la principal conexión que la novela hace entre el México de Santa Anna y el México de inicios del siglo XXI; aunque como ya se mencionó se hace desde una perspectiva negativa y derrotista, en más de una ocasión presenta la idea de que México no tiene remedio, la corrupción llega hasta lo más profundo de la sociedad, los líderes y los hombres comunes están “rotos” y “mutilados”:

¿Quién va a administrar la purga que tanto necesitamos los mexicanos? ¿Los curas? ¿Los militares? ¿Los políticos? ¿Los periodistas? ¿O los empresarios evasores de impuestos? ¡Bah!, concluyó dando por terminada la conversación. Era inútil. Todo era inútil, al menos en ese momento. (Moreno 209)

Todo es inútil, no hay remedio para México, por su pasado traumático, por la incompetencia de los criollos para gobernar, por la destrucción de los levantamientos armados, por la dictadura perfecta de 70 años del PRI, por el poder del narcotráfico. Esta posición es extremadamente negativa. El narrador de México mutilado no ve una salida para el país, aunque pretende que su mensaje sea para aprendizaje y beneficio de la nación. Lo que la novela deja es un terrible sabor de boca y desesperanza; se dedica a buscar culpables de traición; cuando ya se ha comprobado que este enfoque no ha sido productivo: “ha sido nefasto historiar el evento empeñados en encontrar culpables. Individuos como Paredes debilitaron a la nación, pero su traición sólo facilitó la derrota” (Vázquez 32). Según esta novela los hombres que traicionaron a México, como Santa Anna o Paredes, causaron su derrota frente a EE.UU.; mientras que especialistas como Josefina Zoraida Vázquez presentan una visión

mucho más completa del evento: México fue vencido por muchos factores y no sólo la traición de unos cuantos.

CAPÍTULO 7

CONCLUSIONES

Antonio López de Santa Anna es un personaje histórico clave para la consolidación de la nacionalidad mexicana y para el desarrollo de la Historia Nacional; sin embargo, es un personaje satanizado por la Historia oficial; y por lo tanto no ha sido estudiado y explicado en su totalidad. La Historia de Santa Anna como el gran traidor y dictador de México, no es una Historia completa, se debe conocer a los otros participantes en el drama del México del siglo XIX: los políticos, la Iglesia, las potencias extranjeras, los intereses económicos, etc.

Las cuatro novelas analizadas comparten el deseo de profundizar los conocimientos sobre el periodo y el personaje históricos, son obras que buscan un fin didáctico y por ello son novelas históricas funcionales, siguiendo la clasificación de Jitrik. Aunque con este rasgo en común, cada una presenta desde su propia perspectiva al personaje de Antonio López de Santa Anna y su Historia.

Su Alteza Serenísima (1895-96) de Ireneo Paz es una novela histórica tradicional de finales del siglo XIX que buscaba “contar” la Historia, poner los acontecimientos y el personaje de Santa Anna al alcance del “gran público”, hacerlos accesibles para que el pueblo construyera su identidad nacional, para que aprendiera de su pasado y no cometiera los mismos errores; para que no permitiera de nuevo el abuso del dictador: Santa Anna, Porfirio Díaz o cualquier otro hombre que atentara contra la democracia, máximo valor del narrador liberal.

Santa Anna, el dictador resplandeciente (1936) de Rafael F. Muñoz

busca extender el conocimiento del personaje histórico, analizar el periodo histórico y dar luz a este punto oscuro de la Historia de México. Aunque la obra utiliza el lenguaje satírico, la ironía y tiene algunos episodios de farsa no se puede hablar propiamente de una novela histórica, sino de una biografía novelada de gran calidad; donde el narrador logra presentar al personaje histórico como ser humano de su época. La obra de Muñoz es una obra matizada; no es una novela histórica tradicional del siglo XIX, como la obra de Ireneo Paz; sino que está un paso adelante, acercándose a lo que será la nueva novela histórica. Las alteraciones de los hechos históricos o presumiblemente históricos, van en una línea similar: de cierta disculpa del caudillo por las condiciones del país; aunque todavía no se da una distorsión espectacular, como se dará después en algunas de las nuevas novelas históricas.

El seductor de la patria (1999) de Enrique Serna pertenece a la corriente de la nueva novela histórica, ya que la obra se separa del modelo de la novela histórica tradicional por la innovación en el tratamiento del tema, pero sobre todo por las novedades en el aspecto formal. Es una novela que busca un objetivo didáctico y adopta una posición crítica frente a la idea de la Historia como discurso legitimador del poder, además propone una relectura de la época y del personaje histórico de Santa Anna. La serie de cartas que conforman la novela de Serna, presentan visiones diferentes de los mismos hechos históricos, todas las voces son colocadas en idéntico nivel de veracidad, tanto la de los partes oficiales de guerra como los monólogos alucinantes de Santa Anna. ¿Quién dice la verdad? o ¿cuál discurso es más válido, el de la historiografía oficial o el

individual? La respuesta es dejada en el aire, para que cada lector la responda desde su referente.

México mutilado (2004) de Francisco Martín Moreno se encuentra mucho más cercano a la novela histórica tradicional o fundacional del siglo XIX, que a la novedosa concepción del género de finales del siglo XX. La novela carece de la multiplicidad de puntos de vista que podrían presentar diferentes “verdades históricas”, el narrador presume poseer “la verdad”, la única verdad, sobre los hechos históricos; por lo que no cumple con uno de los principales objetivos de la nueva novela histórica, que es el mostrar cómo resulta imposible conocer “la verdad” histórica, dada la multiplicidad de puntos de vista que existen sobre un mismo hecho. Por eso es que se considera más una novela ideológica, en el sentido nacionalista; que una novela de signo literario; aunque no se le puede negar su intento didáctico.

Su alteza serenísima de Ireneo Paz sigue el modelo de la novela histórica planteado por Lukács en cuanto a que refiere un pasado cercano al narrador y presenta la Historia como un devenir hacia el presente; sin embargo no sigue el modelo de Lukács sino el de Vigny en cuanto a mantener en el primer plano a los personajes y hechos históricos, cuenta la Historia “desde arriba”. Su versión completa y real de la “Historia” es levemente matizada con una historia de amor, para hacerla más accesible a los lectores comunes; para que éstos aprendan, entiendan y actúen en consecuencia.

Santa Anna, el dictador resplandeciente, de Rafael F. Muñoz es una biografía novelada que también refiere el pasado “desde arriba”, los grandes eventos y figuras ocupan el lugar protagónico, específicamente Antonio López de Santa Anna que está siempre presente, dominando la obra de principio a fin.

La distancia entre el pasado histórico que se narra y el momento en que Muñoz escribe la obra es de más de cien años; lo que sería contrario al modelo de la novela histórica de Lukács, pero que cabría en el modelo propuesto por Vigny o Menton.

En la novela México mutilado los personajes principales son personajes históricos, no hay la presencia con voz propia de personajes ficticios, la Historia se cuenta “desde arriba”, las grandes figuras y eventos históricos son los preponderantes en la obra. La distancia entre el pasado histórico que se narra y la novela es de casi dos siglos, lo cual resulta contrario al modelo planteado por Lukács; sin embargo el narrador marca constantemente a la Historia contada como precondition directa del presente: “como sé que es imposible entender el país de nuestros días sin conocer el México del siglo XIX, me apresuraré a contar” (Moreno 13); esto seguiría el modelo del mismo teórico.

La obra El seductor de la patria es una nueva novela histórica que refiere el pasado combinando las dos perspectivas posibles, viendo la Historia desde “arriba”, al presentar los grandes eventos y las grandes figuras históricas como protagonistas; pero también cuenta la Historia desde “abajo” al dar cabida a personajes ficticios que presentan su punto de vista de gente común y que son portavoces de una clase social y posición política determinados.

En la novela de Serna, el lector tiene la impresión de estar leyendo un archivo secreto, donde se le ofrecen puntos de vista antagónicos: por un lado el de Santa Anna justificándose, explicando sus acciones y buscando su reivindicación histórica; y por otro el de los personajes que contradicen los dichos del caudillo. La estructura epistolar de la obra logra la presentación directa de las voces individuales y su confrontación natural. Mientras que en las

otras tres novelas es la voz del narrador omnisciente y su perspectiva las que dominan la narración.

Enrique Serna dice al inicio de su obra: “cualquier aproximación a un personaje histórico es el resultado de un esfuerzo colectivo. La biografía de Antonio López de Santa Anna es un edificio en constante mejoramiento, construido y remozado por varias generaciones de historiadores” (Serna 9). Así pues, el personaje histórico es una creación colectiva y ningún historiador o escritor puede eliminar las voces que han contribuido a su construcción. La figura de Santa Anna recuperada en cada una de las cuatro novelas analizadas es una parte más de ese “edificio” y a la vez una visión específica del mismo.

Para el narrador de Su alteza serenísima, Santa Anna, el personaje histórico merece ser recuperado como un ejemplo del hombre condenado y despreciado por sus excesos, traiciones y ambiciones. Antonio López de Santa Anna es presentado como un hombre con vicios y defectos, para quién las dos únicas motivaciones son el poder y el dinero. Al final de la novela Santa Anna es mostrado como un anciano lúcido, que mantiene una acalorada discusión con un obispo de la iglesia mexicana donde juzga y aquilata los eventos históricos del país y hace un juicio negativo sobre la posibilidad de la democracia en México. No hay una degradación del personaje, ni un cambio en la posición que la Historia oficial le ha otorgado.

El narrador de Santa Anna, el dictador resplandeciente presenta constantemente las dos caras de la moneda, Santa Anna, no era el único ambicioso de su época, no era el único traidor: “Iturbide traicionó a favor de la independencia, Santa Anna traiciona a favor de la República” (Muñoz 63), pero tampoco es un hombre libre de culpa. La imagen final del caudillo es una imagen

casi romántica, del hombre que ha vivido y ha muerto como ha querido, sin consultar con nadie. La descripción final del narrador sobre el personaje histórico es congruente con el resto de la obra, presenta las contradicciones que son intrínsecas a Santa Anna, quien ha sido millonario y miserable, poderoso y perseguido a muerte, tirano y cautivo, un hombre patriota pero traidor, héroe de varias batallas y villano de otras; hombre de su época con todos los conflictos y contradicciones que ello implica. Santa Anna no es una figura de una sola cara, no es una estatua de museo sino un hombre del difícil siglo XIX en México, un caudillo que merece ser revalorado.

En la novela de El seductor de la patria, la construcción del personaje histórico de Santa Anna, se da desde diferentes perspectivas. Por un lado el propio caudillo reflexiona sobre su vida, carácter, virtudes y defectos; por otro lado las distintas voces, históricas y no, presentes en la novela, también señalan los rasgos de carácter del héroe. Resultando un contrapunto, entre las visiones de los personajes:

Si en verdad se ha propuesto evitar que otras voces interfieran con la de su padre, menudo trabajo le espera [...] le guste o no, su padre es nuestro invento, y aun si decide reinventarlo tendrá que partir de un modelo más o menos ficticio, mucho más elocuente y pulido que el original. (Serna 293)

En esta reflexión de Giménez, el secretario de Santa Anna, es clara la conciencia de que el caudillo, como personaje histórico, es una creación de otros personajes: tanto aquellos que lo admiran y siguen, como aquellos que lo critican y condenan han contribuido a la construcción de su imagen, que resulta una imagen compleja y mucho más rica que la presentada por la Historia oficial.

Además el personaje histórico es degradado y carnavalizado a lo largo de toda la novela, mediante el uso de la ironía, la parodia y la ridiculización; retomando desde detalles reales y absurdos de la Historia hasta el manejo de lo escatológico.

Aunque el narrador de México mutilado critica a la Historia oficial, realmente no existe una subversión de ella a lo largo de la novela, que mantiene a los personajes históricos que retoma en el lugar otorgado por la Historia oficial mexicana; los que están en el pedestal como Juárez siguen ahí, consagrados en bronce y los que desde hace mucho han sido denostados, como Santa Anna, se mantienen en el lodo como grandes traidores. El narrador no busca reescribir la Historia oficial, sólo desea presentar su visión liberal, aparentemente desde la izquierda mexicana, que resulta muy cercana a la Historia escrita desde la dictadura del PRI. Así el personaje histórico de Santa Anna es recuperado como el gran traidor que causó la derrota de México frente a EE.UU., un hombre al que sólo lo movía su ambición de poder y riquezas.

En la novela de Enrique Serna, Santa Anna afirma que sólo al triunfador se le perdonan los medios con los que alcanzó el éxito; mientras que al perdedor, como él, se le juzga negativamente por cualquier acción. Los liberales que vencieron después de la intervención americana y que finalmente lograron establecer el Estado mexicano, acusan a Santa Anna de su traición a México, de haber aceptado un soborno para entregar el país al invasor. Esta visión del traidor único y absoluto, de la Historia oficial, se mantiene en la novela de Irineo Paz; mientras que en la obra de Francisco Martín Moreno se agregan otros traidores igual de perversos, al nombre de Santa Anna se une el de Paredes o Alejandro Atocha, e instituciones como la Iglesia católica. Por otro lado, en la

novela de Rafael F. Muñoz se revalora la figura de Santa Anna como el gran caudillo del siglo XIX mexicano, quien a pesar de todos sus defectos fue mucho más capaz que el resto de los mexicanos que lo siguieron o lo toleraron. En la novela de Enrique Serna, también se revalora al personaje histórico como a un hombre de su época, con todas las contradicciones que esto conlleva, además de que se presenta a Santa Anna como una construcción histórica elaborada por múltiples voces. En estas dos últimas novelas el partido conservador es acusado directamente de haber usado al caudillo para obtener el poder, de ser el verdadero culpable de los abusos y errores cometidos por Santa Anna.

Toda novela histórica se refiere al menos a dos épocas: la era que busca reconstruir y el momento en que ha sido escrita; las cuatro novelas analizadas en este estudio buscan recuperar la difícil época de inicios del siglo XIX mexicano a través de la figura de Antonio López de Santa Anna, pero también mantienen contacto con la época en la que fueron creadas: Irene Paz critica a Santa Anna, el dictador y a través de él a Porfirio Díaz, también dictador a finales del siglo XIX. Rafael Felipe Muñoz recupera y revalora la figura del caudillo, Santa Anna como hombre de acción y no sólo de ideas o palabras, y con él a los caudillos de la Revolución Mexicana. Mientras que Francisco Martín Moreno presenta a Santa Anna, junto con otros “grandes traidores” como los causantes de la mutilación de México, la visión del pueblo como víctima es lo que prevalece en su obra; una visión que resulta negativa y envuelta en la desesperanza del determinismo histórico. Por otro lado Enrique Serna presenta las diversas voces que conforman la Historia, ya no como discurso unívoco sino como el conjunto de diferentes perspectivas; y con ello a la figura histórica de Santa Anna como un constructo, en el que la sociedad mexicana lleva la mayor

parte de acción y responsabilidad. Una sociedad que también a finales del siglo XX debe actuar con conocimiento y madurez sobre sus propios constructos. En el siglo XIX México fue vencido por muchos factores y no sólo la traición de unos cuantos. Santa Anna no es el único traidor a la patria, ni el único culpable de los graves problemas del país; la sociedad de entonces fue la mayor responsable de las terribles condiciones de la nación, por inercia, por cobardía o por buscar sólo el beneficio personal toda la sociedad mexicana fue culpable; al igual que hoy, en las acciones y respuestas de los mexicanos de inicios del siglo XXI están los problemas y las soluciones para el país, es necesario conocer la Historia para aprender de los errores y no volver a cometerlos, no permitir la dictadura de un hombre o de un partido político, no buscar poner la responsabilidad en alguien más, sino en uno mismo y ser hombres y mujeres de ideas y de acciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Eugenio. "La novela histórica en México." Revista de literatura mexicana contemporánea 6 (1997): 93-100.
- Aínsa, Fernando. "Presentación." Cuadernos Americanos 4:28 (1991): 11-12.
- , "La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana." Cuadernos Americanos 4:28 (1991): 13-31.
- Alcaraz, Ramón, Alejo Barreiro, José María Castillo, Félix María Escalante, José María Iglesias, Manuel Muñoz, Ramón Ortiz, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Napoleón Saborio, Francisco Schiafino, Francisco Segura, Pablo María Torrecano y Francisco Urquidí. Apuntes para la historia de la Guerra entre México y los Estados Unidos. México: Conaculta, 1991.
- Aranda, Juan Pablo. "Reseña de México mutilado de Francisco Martín Moreno." Entorno Octubre 2005 (2005): 33-35.
<<http://www.coparmex.org.mx/contenidos/publicaciones/entorno/2005/oct05/10>>.
- Barrientos, Juan José. Ficción-historia. La nueva novela histórica hispanoamericana. México: UNAM, 2001.
- Blanco, José Joaquín. "La novela mexicana en las décadas del entretenimiento puro." Nexos Abril 2007 (2007)
< <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo2print&Article=660798>>.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Fco. "Apuntes sobre El seductor de la patria, de Enrique Serna, o el epistolario no escrito de Antonio López de Santa Anna." Revista de literatura mexicana contemporánea 21 (2003): 89-96.
- Bonfil, Guillermo, José Joaquín Brunner, Jean Franco, Óscar Landi, Sergio Miceli. Políticas culturales en América Latina. Ed. Nestor García Canclini. 2ª ed. México: Grijalbo, 1987.

- Bustamante, Carlos María de. El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea, Historia de la invasión de los angloamericanos en México. México: Conaculta, 1990.
- Calderón de la Barca, Madame. La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país. México: Porrúa, 2006.
- Carballo, Emmanuel. Protagonistas de la literatura mexicana. México: Alfaguara, 2005.
- . "Los cuentos de Rafael F. Muñoz." México en la cultura 626 (1961): 9.
- Escalante Gonzalbo, Pablo, Bernardo García Martínez, Luis Jáuregui, Josefina Zoraida Vázquez, Elisa Speckman Guerra, Javier Garcíadiego, Luis Aboites Aguilar. Nueva Historia Mínima de México. México: El Colegio de México, 2004.
- Fleishman, Avrom. The English historical novel: Walter Scott to Virginia Woolf. Baltimore: Johns Hopkins Press, 1971.
- Fray Bartolomé. "Templo mayor" Reforma 24 marzo 2011 (2011). <<http://www.reforma.com/editoriales/nacionales/2011>>
- Fuentes Mares, José. Santa Anna, el hombre. México: Grijalbo, 1982.
- García Hernández, Arturo. "Explicar la circunstancia de Santa Anna resulta un poco reivindicatorio: Enrique Serna." La Jornada 28 septiembre 1999 (1999). <<http://www.jornada.unam.mx/1999/09/28/cul-anna.html>>.
- Garrido, Felipe. La figura del caudillo. Santa Anna: el dictador resplandeciente. De Rafael F. Muñoz. 5ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2006. 7-10.
- González, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela en México. México: Ediciones Botas, 1951.
- González Pedrero, Enrique. País de un solo hombre: el México de Santa Anna. La sociedad del fuego cruzado 1829-1836. Vol.3. México: FCE, 2003.

- González Peña, Carlos. Historia de la literatura mexicana. 16ª ed. México: Porrúa, 1990.
- Haw, Dora Luz. "Analizan un México mutilado." Reforma 17 febrero 2005 (2005) <<http://www.lexisnexis.com/lnacui2api/delivery/printdoc.do?jobhandle=2862%3a2793672>>.
- Hernández López, Conrado. "Santa Anna entre dos formas de ficción y de conocimiento". Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis. Coord. Conrado Hernández López. Zamora: Colegio de Michoacán, 2004. 183-190.
- Herrera Frimont, Celestino. "La vida múltiple de Santa Anna." Letras de México 12 (1937): 5.
- Hutcheon, Linda. A poetics of Postmodernism: History, theory, fiction. Nueva York: Routledge, 1988.
- Jeffery, I. Catherine. El arte narrativo de Rafael Felipe Muñoz. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1986.
- Jitrik, Noé. El balcón barroco. México: UNAM, 1988.
- , Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- Krauze, Enrique. "La cosecha editorial del 2010." Reforma 20 sept. 2009: 1ª 12.
- . Siglo de caudillos. México: Tusquets, 1994.
- Linares, Raúl. "La novela histórica está en un gran momento: Ignacio Solares." La crónica de hoy 6 sept. 2009. 10 agosto 2011 <http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_nota=456016>.
- Lukács, Georg. The Historical Novel. Trad. Hannah and Stanley Mitchell. Boston: Bacon Press, 1963.

Manickam, Samuel. "El seductor de la patria: a dialogic response to the historic Santa Anna." Chasqui 39.2 (2010): 17-27.

Márquez Rodríguez, Alexis. "Raíces de la novela histórica." Cuadernos Americanos 4.28 (1991): 32-49.

McDoniel, Leticia T. "México mutilado: la llaga que aún supura." Vanguardia. 27 febrero 2006 (2006) <[http://noticias.vanguardia.com.mx/d_i_517075_t_ensayo:-m%c3%a9xico-mutilado:-la...>](http://noticias.vanguardia.com.mx/d_i_517075_t_ensayo:-m%c3%a9xico-mutilado:-la...).

McHale, Brian. Postmodernist fiction. Nueva York: Methuen, 1987.

Menton, Seymour. La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992. México: FCE, 1993.

Mesa, Jaime. "La generación inexistente." Milenio 18 noviembre 2008 (2008) <<http://impreso.milenio.com/node/8040767>>.

Monsiváis, Carlos. "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX". Historia general de México. Ed. Centro de Estudios Históricos. 4ª ed. Vol.2. México: El Colegio de México, 1994

Moore, Ernest R. "Novelists of the Mexican Revolution." Mexican Life XVI.12 (1940): 21-25.

Moreno, Francisco Martín. México mutilado. México: Alfaguara, 2004.

---. "Mis libros." Página oficial. 10 sept. 2011 <http://www.franciscomartinmoreno.com/02libros_04mutilado.html>.

Muñoz, Rafael Felipe. Santa Anna, el dictador resplandeciente, 5ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Nivón Bolán, Eduardo. "Cultura e integración económica. México a siete años del Tratado de Libre Comercio." Pensar Iberoamérica: revista de cultura No.2, oct. 2002-enero 2003 (2003) <<http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric02a02.htm>>.

Notimex. "Enrique Serna destaca a autores del "boom" latinoamericano". El Universal 17 marzo 2009 <www.eluniversal.com.mx/notas/584413.html>

Noyola, Francisco M. "Ireneo Paz y el periodismo político del siglo XIX." Revista Zócalo 6 de julio del 2010 (2010)
<<http://www.revistazocalo.com.mx/index.php?view=article&id=667%3Aireneo-pz-y-el>>.

Palapa Quijas, Fabiola. "Guadalupe Victoria, excepcional, sensato y honesto, dice el escritor Eugenio Aguirre." La Jornada 27 marzo 2005 (2005)
<<http://www.jornada.unam.mx/2005/03/27/a05n1cul.php>>.

Paz, Ireneo. Su Alteza Serenísima. México: SEP y FCE, 1982.

Paz, Octavio. "Silueta de Ireneo Paz." Vuelta Febrero 1997: 4-8.

Perkowska, Magdalena. Historias híbridas. La nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia. Madrid, Iberoamericana, 2008.

Pi-Suñer Llorens, Antonia. "La historia como novela: Ireneo Paz y Victoriano Salado Álvarez." Literatura mexicana del otro fin de siglo. Ed. Rafael Olea Franco. México: El Colegio de México, Centro de estudios lingüísticos y literarios, 2001. 251-260.

Pons, Ma. Cristina. Memorias del olvido. Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX, México: Siglo XXI, 1996.

Prieto, Guillermo. Memorias de mis tiempos. México: Porrúa, 1985

Puga, Mario. "El escritor y su tiempo, Rafael F. Muñoz." Universidad de México X.2 (1958): 16-18.

Reyes, Juan José. "Los berrinches del caudillo." Letras libres Noviembre 1999 (1999) <<http://www.letraslibres.com/index.php?art=6073>>.

Roa Bárcena, José María. Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces. México: Conaculta, 1991.

Rodríguez, Napoleón. Prólogo. Manuel Lozada: el Tigre de Alicia de Ireneo Paz. México: Factoría, 2000. IX-XXVI.

Rulfo, Juan. "Rafael F. Muñoz." La Jornada 20 noviembre 2010. 5 abril 2011
<<http://www.jornada.unam.mx/2010/11/20/index.php?section=opinion&article=a04a1cul>>.

Ruiz de Chávez, Felipe. "Un grito de denuncia." Labrapalabra 3 (2011)
<<http://flan.utsa.edu/labrapalabra/no3/resena.html>>

Serna, Enrique. El seductor de la patria. México: Joaquín Mortiz, 1999.

---. "Santa Anna en la Historia y en la ficción". Historia y novela histórica: coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis. Coord. Conrado Hernández López. Zamora: Colegio de Michoacán, 2004. 167-182.

---. "Vidas de Santa Anna." Letras libres Agosto 1999. 7 septiembre 2007
<<http://www.letraslibres.com/index.php?sec=5&art=5956>>.

Shaw, Donald L. "The Post-Boom in Spanish American Fiction." STCL Invierno 1995 (1995)
<<http://www2.ups.edu/faculty/jlago/sp411/html/unit7/postboom.htm>>.

Sotelo Gutiérrez, César A. "El seductor de la patria de Enrique Serna: la novela histórica como instrumento de análisis político." Revista de literatura mexicana contemporánea 12 (2000): 62-69.

Tenorio Trillo, Mauricio. "La cena del bicentenario, de Héctor Zagal." Letras Libres Noviembre 2009 (2009)
<<http://www.letraslibres.com/index.php?art=14182>>.

Vázquez, Josefina Zoraida. Don Antonio López de Santa Anna, mito y enigma. México: Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1987.

---. "Verdades y mentiras de México mutilado." Letras libres Mayo 2005: 28-32.

Vázquez Mantecón, María del Carmen. "Santa Anna y su guerra con los angloamericanos. Versiones de una larga polémica." Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México No.22 julio-diciembre 2001 (2001) <<http://www.iih.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc22/272.html>>

